

SU Bebé Secreto DE SAN VALENTÍN

UN ROMANCE PROHIBIDO ENTRE UN MULTIMILLONARIO, EL MEJOR AMIGO DEL HERMANO Y UNA MADRE SOLTERA CON DIFERENCIA DE EDAD.

SCARLETT SHELTON

SU BEBÉ SECRETO DE SAN VALENTÍN

SCARLETT SHELTON

Copyright © 2026 por Scarlett Shelton

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto por el uso de citas breves en una reseña literaria.

❀ Formateado con Vellum

ÍNDICE

Sinopsis

1. Emmaline
2. Liam
3. Emmaline
4. Liam
5. Emmaline
6. Liam
7. Emmaline
8. Liam
9. Emmaline
10. Liam
11. Emmaline
12. Liam
13. Emmaline
14. Liam
15. Emmaline
16. Liam
17. Emmaline
18. Liam
19. Emmaline
20. Liam
21. Emmaline
22. Liam
23. Emmaline
24. Liam
25. Emmaline
26. Liam
27. Emmaline
28. Liam
29. Emmaline
30. Liam
31. Emmaline
32. Liam

33. Emmaline
34. Liam
35. Emmaline
36. Liam
37. Emmaline
38. Liam
39. Emmaline
40. Liam

También por Scarlett Shelton

SINOPSIS

Se suponía que debía olvidarle.

Al mejor amigo de mi hermano.

Al único hombre al que nunca debí tocar.

Hace cinco años, **Liam Weston** era mayor. Poderoso. Intocable.

Una alocada noche de San Valentín destrozó mi mundo.

A la mañana siguiente, me marché.

Embarazada.

Aterrada.

Sola.

Ahora ha vuelto.

Multimillonario.

Mi jefe.

Y el último hombre que jamás podrá saber la verdad.

Él no recuerda aquella noche como yo.

No sabe que mi pequeño tiene **sus ojos.**

Su sonrisa.

Su sangre.

Cuando una promoción de San Valentín nos obliga a fingir un romance,

cada mirada quema.

Cada beso parece demasiado real.

Porque un solo roce de Liam todavía me destruye.

Porque la química entre nosotros no es fingida.

Y porque está empezando a hacer preguntas sobre mi hijo.

Sobreviví a amarle una vez.

Sobreviví a criar a su hijo sola.

Pero ¿y este San Valentín?

Si Liam descubre la verdad,

no solo perderé el corazón…

lo perderé todo.

Author's Note: Un romance prohibido, emotivo y escandaloso lleno de anhelo, maternidad secreta y una revelación de San Valentín que lo cambia todo.

1

EMMALINE

Una ráfaga de aire frío me siguió al entrar en el bar. No contaba con perder mi tiempo —ni con desperdiciar mi conjunto— en este antro de mala muerte. La oferta de locales para comer y beber no era muy variada en este pueblucho en el que me había criado. Pero de verdad había pensado que a estas horas estaría en el restaurante italiano de la misma calle, cenando con mi novio en nuestra cita de San Valentín.

Pero no. Eso ya no va a pasar, ¿verdad?

Me dejé caer en el primer taburete libre que vi. En cuanto mi trasero tocó la madera dura, alguien se aclaró la garganta. —Perdone, está ocupado.

Qué tonta soy. Se me ha olvidado fijarme en tu amigo invisible. —Lo siento. —Me levanté, caminé unos cuantos taburetes más allá y volví a sentarme de golpe.

Si alguien podía presumir de ser invisible, esa era yo. Rechazada, descuidada, descartada y sustituida por otra. No se me ocurría ninguna otra forma de resumir lo que había descubierto hoy.

Apoyando el codo en la pegajosa barra, solté un pesado suspiro y miré al frente. Filas de botellas me saludaron, pero el atractivo de beber no me sedujo de inmediato. No tenía la intención de matar el tiempo aquí en concreto. Pero quizá ahora que estaba aquí y podía

pararme a procesar todo lo que se había desmoronado hoy, un poco de valor líquido no vendría mal. Porque iba a necesitar valor, o algo ingenioso y fortalecedor, para decidir mis próximos pasos.

Solo de pensar en tener que cambiar mis planes, volví a gemir de frustración.

—Ahora mismo le atiendo —dijo el viejo y gruñón camarero, ocupado preparando otros pedidos.

—No. Es que... no le estaba gruñendo a usted ni estaba esperando ni...

No me estaba escuchando; puso los ojos en blanco y murmuró entre dientes mientras se desplazaba por la barra para seguir con los pedidos de los demás.

Daba igual. Estaba demasiado deprimida y furiosa, y sentía tantas otras emociones feas, como para preocuparme por haberle irritado.

Frotándome la cara con las manos, me enfrenté a las dudas de haber venido aquí.

¿Pero a dónde más se supone que voy a ir? ¿Cómo paso página después de esto?

Cuando Tim me dio plantón en el restaurante para nuestra cena, me preocupó que hubiera pasado algo malo. Bueno, que le hubiera pasado algo malo a *él*. Yo ya había pasado por algo malo personalmente, y tenía ganas de hablar con él sobre la enorme bomba que me había estallado al volver hoy de la universidad para el puente festivo.

Sin embargo, no apareció en nuestra cita, y cuando le llamé para ver qué pasaba, tuvo la audacia de ignorar también mis llamadas. Recurriendo a los mensajes de texto, rompió conmigo porque estaba demasiado obsesionada con mi carrera.

—Ya, bueno, pues ahora te vas a reír —mascullé en voz alta, mirando de nuevo mi teléfono.

—¿Quién se va a reír? —preguntó un hombre mientras entraba y se sentaba a mi lado, en el único otro taburete disponible ahora que la gente había ido ocupando los demás asientos mientras me frotaba la cara deseando borrar este día.

Levanté la cabeza y me giré para ver un rostro familiar. *Muy* familiar. Liam Weston nunca andaba lejos de mi hermano mayor, Jack. Siempre estaban juntos en el colegio, en el fútbol y en mi casa. Se había ido del pueblo para ir a la universidad hacía un par de años, pero el tiempo no sería capaz de borrar su imagen de mi cerebro.

Sería imposible olvidar jamás mi primer flechazo, uno con el que había convivido desde que él era el mejor amigo de mi hermano.

Parpadeando rápidamente, fruncí el ceño. —¿Jack? ¿Qué haces tú en el pueblo?

No sonrió. Ni siquiera me miró a los ojos, aparentemente analizando la fila de botellas para decidir qué veneno elegiría para la noche. —¿No te has enterado?

¿Enterarme de qué? Había estado metida en mi propio mundo todo el día, así que no, no estaba prestando atención. —Solo he vuelto de la universidad para pasar el fin de semana —le recordé. Probablemente él ni siquiera sabía dónde había acabado yo después del instituto. Liam era el amigo de mi hermano, no el mío. Yo seguía siendo la hermana pequeña pesada que siempre quería ir con ellos y a la que nunca querían cerca. —O eso es lo que pensaba, que solo estaría aquí el fin de semana.

Después de que mis padres me explicaran que estaban vaciando la cuenta destinada a mi matrícula y gastos de estudios, no estaba del todo segura de a dónde iría después de este día desastroso.

Ahora me miró. Frunciendo ligeramente el ceño, como si sintiera curiosidad por el tono irónico que había usado en ese último comentario, soltó un largo suspiro. ——Mi abuelo ha muerto. He venido solo para el funeral.

—Oh, Liam, cuánto lo siento. —Debatí si ponerle la mano en la espalda o hacer algún gesto de consuelo, pero me pareció una idea demasiado cargada y arriesgada. No podía dar por hecho que quisiera que le tocaran. Y si llegaba a ponerle un dedo encima, despertaría todos esos sentimientos de atracción, nada reprimidos y negados, que él siempre me había provocado.

Se encogió de hombros con desinterés. —No iba a vivir para siempre.

Hice una mueca ante tan tajante afirmación. Técnicamente, era cierto. Nadie era inmortal. Pero no necesitaba preguntar nada para saber por qué tenía esa actitud. Me había enterado por Jack de cómo el patriarca de la acaudalada familia Weston se había distanciado de la familia y de la empresa que poseían y dirigían. Weston LLC gestionaba múltiples hoteles de élite y cinco estrellas por todo el mundo. Desgraciadamente, mientras el abuelo de Liam estuvo al frente de la compañía, dejó que la riqueza y el poder se le subieran a la cabeza, saltando de un escándalo a otro, acostándose con empleadas y mujeres que tenían un tercio de su edad, dejando embarazadas a mujeres por doquier y pagándoles para poder irse de fiesta y divertirse de nuevo.

—Ya no está, y eso es lo único que importa. —Se apretó el puente de la nariz, luciendo tan estresado como me sentía yo. —Se ha ido, y con mi padre haciéndose cargo de la empresa con su salud delicada, es hora de que yo aprenda cómo funciona todo y la gestione.

—¿No era eso lo previsto? —pregunté. Jack no hablaba mucho de los negocios de los Weston, pero era de conocimiento público que Liam se haría cargo del patrimonio y de la empresa familiar cuando llegara el momento.

—Claro, pero no ahora. —Me lanzó una sonrisa burlona. —Pensé que tendría un par de años más en la universidad para disfrutar del posgrado. Para vivir y simplemente ser antes de verme obligado a entrar en la carrera de ratas. Así que supongo que puedo estar de

acuerdo con tu amargo sentimiento. El chiste es para mí por pensar que realmente podría tener una vida propia durante un tiempo.

—Lo siento —dije de nuevo, ya que parecía lo correcto.

—Yo también. Siento muchísimo que *mi* vida se haya acabado solo porque ese viejo cabrito amante de los escándalos haya fallecido antes de lo que nadie esperaba.

Esbocé una pequeña sonrisa sarcástica. —Sé a qué te refieres —dije.

Levantó ambas cejas, desviando la mirada solo cuando el camarero se acercó a nosotros, para alejarse de nuevo de inmediato.

—Si estás aquí para beber, quizá quieras llamarle la atención. Parece que es el único que está trabajando.

Liam negó con la cabeza, apoyando los codos en la barra como había hecho yo. —Solo quería escapar un rato.

—¿Del funeral?

Él asintió. —De mi familia. De mi padre, que ya me está ordenando que cambie mis prioridades y esté listo para actuar como un líder respetable, no como un universitario idiota. —Soltó una carcajada lúgubre.

Aunque encontrármelo en este bar había sido inesperado, parecía que ambos nos enfrentábamos al mismo problema. Estábamos aquí cuando no queríamos. Atrapados teniendo que cambiar nuestras vidas.

—¿A qué te referías? —preguntó—. ¿Cuándo has dicho que sabes a qué me refiero? —Volvió a fruncir el ceño.

Solté un suspiro, dejándome llevar por esta libertad impulsiva de desahogarme con él. De hablar. Necesitaba quitármelo de encima, de todas formas. —He venido a casa para el fin de semana para salir con mi novio por san Valentín, y me ha dado el plantón.

—Vaya mierda.

Levanté los dedos de la barra, indicándole que esperara. —No, no. Eso no es ni de lejos lo peor. Luego ha roto conmigo por mensaje porque yo estaba demasiado centrada en mi carrera como para tener tiempo para él.

Girándose en su taburete para quedar frente a mí por completo y prestarme toda su atención, apoyó el codo en la barra. Ver su rostro directamente ahora cambió algo en el ambiente. Me estaba escuchando. Me estaba mirando fijamente. Después de lo ignorada que me había sentido, no podía tener suficiente del hecho de que este pibón rubio y sexy estuviera centrado en mí. Esos ojos azul claro me atravesaban, tentándome a confesarlo todo.

—Afirmó que yo estaba demasiado centrada en mi carrera, lo cual es de risa ahora mismo, porque mis padres han decidido decirme esta tarde que iban a sacar todo el dinero de mi matrícula para dárselo a Jack para su nueva empresa.

Parpadeó, pareciendo más sorprendido y alerta que molesto. —¿Todo el dinero? Eso no es justo.

—Eso es lo que he dicho yo. —Como ya había soltado lo peor, las secuelas de airear la mala noticia me impulsaron a reaccionar emocionalmente. A llorar. A enfurruñarme. A lamentar el abrupto parón de mi futuro.

¿Qué carrera, Tim? ¿Por qué se supone que voy a estar tan motivada y obsesionada ahora que mis padres me han cortado el grifo?

—Quiero lo mejor para Jack. Es mi hermano y le quiero, pero...

Liam levantó la mano. —Pero él ya recibió su apoyo.

Asentí mientras mis ojos se llenaban de lágrimas que no dejaba caer. ¿Lo ves? Hasta él lo entendía. *No era* justo.

—Recuerdo que después de graduarse, Jack hablaba de que tus padres le iban a dar capital para invertir en su idea de negocio.

Asentí, parpadeando para evitar que las lágrimas rodaran.

—¿Se lo ha pulido todo? —preguntó Liam, dejando caer su mano para apoyarla sobre la mía, que yo tenía sobre el muslo.

—Todo. Tomó algunas decisiones pésimas y tuvo que devolver préstamos y... no sé. Les pidió dinero y ellos dijeron que sí. —Me encogí de hombros. No recordaba todos los detalles. Quería perseguir modas, demasiado seducido por ideas dudosas que a menudo fracasaban. Ese no era mi fuerte. Yo había pasado el último año en un programa selectivo de cocina, decidida a conseguir el trabajo de mis sueños como jefa de cocina.

—¿Pero qué pasa contigo? —preguntó, mirándome directamente a los ojos, haciendo que ansiara un abrazo. Mientras me giraba la mano para que pudiera sostenerla, quise rendirme y acurrucarme contra él.

—Gracias. —Sorbi por la nariz. *¿Qué pasa conmigo? ¿Qué pasa con mis sueños? ¿Qué pasa con el hecho de que yo sí puedo ser responsable y no perder o jugarme un montón de dinero?* —Es la primera vez que alguien piensa siquiera en eso hoy. —Aparte de mí. En cuanto mis padres me contaron lo que pasaba, no dejaba de repetirse en mi cabeza como un estribillo.

¿Qué pasa conmigo?

¿Por qué no se preocupan también por mí?

—Es difícil no sentirse tan condenadamente ignorada y descartada. —Sacudiendo la cabeza ante la desdicha, intenté evitar que las lágrimas cayeran delante de él. Sin embargo, levantó la mano para acunarme la mejilla, impidiéndome mover la cabeza.

—Quizá debería preguntarte si *tú* necesitas una copa —bromeó con ironía, acariciándome la mejilla con el pulgar.

—Una copa no va a solucionar nada. —El contacto de su mano fuerte y cálida sobre mí me engañaba haciéndome creer que él

podía distraerme de recordar que tenía problemas que resolver.

—Así que ya sabes lo que se siente, entonces. Tener tu vida completamente detenida y que tus planes cambien de golpe.

Asentí, acercándome más y arriesgándome a poner mi mano sobre su rodilla. El calor de su cuerpo me tentaba a acurrucarme. La consideración que tuvo al escucharme me impulsó a atraerle más cerca.

—No tengo ni idea de qué voy a hacer ahora. —Bajando la mirada, hice una mueca al saber que eso era mentira. —No es verdad. En cuanto mis padres me dijeron que me retiraban la financiación, y después de que Jack intentara excusarse con que ya me llegaría el turno para mis metas en otro momento, hice una lluvia de ideas. Puedo buscar otro trabajo a tiempo parcial. Solo podré pagar una o dos clases a la vez y tardaré más en graduarme. *Y tendré que olvidarme de trasladarme a una escuela mejor.*

—Bueno, entonces no es el fin del mundo. —Me acarició la mejilla, bajando la mirada hacia mis labios. —Sigue sin ser justo, pero puedes recomponerte.

—Sí. —Solté una ligera risa. —Supongo que Tim tenía razón. Ni siquiera me había dado cuenta de que llevaba una hora sentada sola en el restaurante esperándole. Me pasé todo ese tiempo intentando planear el control de daños.

—Que le den —sugirió—. Céntrate en lo que te haga feliz a ti. En lo que te resulte más gratificante.

Levanté la mirada hacia él, preguntándome si esa mentalidad era algo a lo que él sentía que tenía que decir adiós ahora, empujado al nivel corporativo de gestión de una empresa multimillonaria. —¿Es eso lo que haces tú? —pregunté en voz baja—. ¿Es eso lo que intentas convencerte de hacer ahora que tu vida se ha puesto patas arriba porque tu abuelo se ha ido?

Negó con la cabeza, inclinándose un poco más mientras arrastraba la mirada de mi boca a mis ojos. Se lamió los labios y exhaló un fuerte suspiro por la nariz. —Ojalá pudiera. Porque si pudiera...

Demasiado rápido como para que me lo esperara, se echó atrás. —Olvídalo. —Antes de que yo pudiera reaccionar, hablar o moverme, él ya estaba de pie. —Olvídalo.

—Espera. ¿Qué...?

—Lamento oír que te estén fastidiando de esa manera —dijo, ajustándose el abrigo y la bufanda—. No sabía que Jack estuviera siquiera intentando conseguir dinero otra vez. No hemos hablado desde que estoy en la universidad, y ahora esto con mi abuelo... —Soltó un suspiro—. Yo... lo siento.

Justo cuando estaba enganchándome a su cercanía y a que me hiciera sentir vista, estaba listo para largarse.

Después del desprecio a lo que yo quería —que me arrebataran mis fondos escolares prácticamente de golpe—, me sentía como en una doble condena. Que él estaba haciendo lo mismo. Liam salía corriendo y me privaba de esta conexión espontánea.

—Lo siento, Emmaline. —Se marchó sin decir una palabra más, sacudiendo la cabeza mientras salía del bar.

Sentada allí atónita, me quedé mirando su espalda hasta que desapareció.

¿Pero qué demonios ha sido eso?

—Vamos, niña. No tengo toda la noche. —El gruñón camarero apoyó las manos en la barra, gruñéndome con impaciencia—. ¿Qué va a ser?

Entorné los ojos y me levanté. —Nada. —Nada aquí, al menos. Me ajusté el abrigo y salí tras Liam.

Iba caminando por la acera, dirigiéndose hacia el aparcamiento de la parte de atrás.

—¡Liam!

No se detuvo cuando giró para ir por el callejón entre los edificios que le llevaría a su coche. Le perseguí de todos modos, sin frenar hasta que le agarré del brazo y le obligué a girarse para mirarme. —¿Qué ha sido eso? ¿Por qué te has ido así y...?

Girándose para agarrarme por la cintura, me empujó contra la pared. —Tenía que hacerlo. Tenía que marcharme. Eres la hermana de Jack. No importa lo que esté pasando en nuestras vidas, sigues estando prohibida, ¡maldita sea!

Respirando con dificultad mientras se cernía sobre mí, inmovilizándome contra la pared de ladrillo, clavó su mirada salvaje en la mía. Como si estuviera atormentado. Tentado. Y apenas conservara el control.

—Porque si quieres preguntarme si voy a centrarme en lo que me hace feliz, en lo que más me recompensará, es en esto.

Contuve el aliento mientras bajaba la cabeza hacia mí, pillándome desprevenida con su beso brutal y hambriento. Rozando su boca sobre la mía con una necesidad posesiva, clavó sus dedos en mis costados como si no quisiera soltarme jamás.

El calor me consumió. Un agudo contraste entre arder por dentro por la lujuria instantánea frente al frío en mis mejillas que me electrizó.

Esto estaba muy mal.

Él tenía razón.

No debía sentir nada por él. Yo no debía estar en su radar por respeto a mi hermano. Pero algo en esta noche era un vacío legal.

Cuando se apartó, observándome con un deseo ardiente en su mirada azul hielo, me estremecí.

—Quiero centrarme en esto. —Me besó de nuevo, chocando sus caderas contra las mías con una fricción tan insistente que gemí levemente de necesidad.

—Quiero centrarme en ti —gruñó contra mis labios mientras deslizaba su mano por detrás para agarrarme el culo y empujarme hacia él mientras se apoyaba contra la pared para atraparme. De nuevo, me robó un beso intenso, arrebatándome la cordura.

—Quiero la recompensa de olvidarme de que mi vida está cambiando. —Otro beso mientras yo rodeaba su cuello con mis brazos para mantenerle cerca.

—Quiero la recompensa de hacerte sentir bien para que no estés tan triste por cómo tu vida tiene que cambiar. —Esta vez, me acerqué a él y le besé, bajando su cabeza mientras separaba mis labios.

Deslizó su lengua, batiéndose en duelo con la mía al instante. Un rayo inmediato de una emoción eléctrica me recorrió hasta el coño. Ya estaba excitada y mojada, excitada por este hombre besándome y diciendo tales cosas.

—Te quiero a ti, Em —susurró de nuevo, nuestro aliento mezclándose en el aire frío.

—Yo... —Tragué saliva con dificultad, atreviéndome a unirme a él en esta distracción prohibida. A vivir antes de que tuviéramos que separar nuestros caminos de nuevo y enfrentarnos a nuestros desafíos. Él se iría a Nueva York. Yo tendría que mudarme a una zona con una universidad más barata.

Pero por esta noche...

—Te necesito —confesé—. Solo esta noche. Justo ahora. Yo...

Gruñó, besándome con más fuerza y manteniéndome en mi sitio.

Antes de que me quedara más drogada por la pasión, se apartó bruscamente y me cogió de la mano.

No hicieron falta más palabras. Mientras me apremiaba hacia su coche y luego conducía hasta el hotel más cercano, no dejé de besarle. Una vez que consiguió una habitación, probablemente porque no podía llevarme a su casa cuando su padre acababa de decirle que se olvidara del estilo de vida de playboy, estuvimos solos y pudimos ser felices. Recompensarnos.

Porque mañana, la vida real estaría llamando a la puerta. La responsabilidad podía esperar una noche. Las obligaciones podían posponerse.

Demasiado ocupados besándonos y manteniendo nuestros labios pegados los unos a los otros, hambrientos, torpemente nos apresuramos a desnudarnos. Adictos a sentir todo lo que podíamos mientras nos desnudábamos, nos lanzamos a unos juegos preliminares precipitados.

Ni siquiera los necesité, estaba demasiado excitada por esta pasión prohibida para frenar ni un segundo. Sus dedos salieron relucientes por mi excitación después de haberme tocado. Su polla era una barra de acero después de que yo se la masturbara. Mis pezones me dolían por la aspereza de él succionándolos y mordisqueándolos, y se me hacía la boca agua por saborear su polla más tiempo una vez que me apartó.

—Solo esta noche —prometió una vez que me subió para cubrirle.

Asentí, montándome sobre él mientras se alineaba con mi entrada. —Solo esta noche.

El resto de nuestros problemas pueden esperar hasta mañana.

Agarrándome la nuca, me atrajo hacia abajo para darme un beso y luego nos hizo rodar. Mientras nos giraba hasta que mi espalda quedó plana sobre la cama, empujó su polla dentro de mí.

Estirándome. Llenándome. Dejándome sin palabras e incapaz de pensar en nada.

Ni en mis penas escolares. Ni en cómo mis padres eligieron a mi hermano por encima de mí. Ni en cómo Jack podía ser tan egoísta. Ni en cómo Liam y yo nos arriesgábamos a enfadar a la gente al atrevernos a acostarnos juntos de forma tan impulsiva.

—Oh, joder. —Lo susurré una vez que estuvo del todo dentro, tan profundo que ya me empujaba al borde del orgasmo. Se retiró lentamente, inclinándose para succionarme el pezón hasta que volvió a arremeter con fuerza.

Una y otra vez, movió sus caderas y hundió su gran polla dentro de mi ansioso coño. La excitación me resbalaba por el culo. Sus pelotas me golpeaban cada vez más rápido mientras me follaba.

—Céntrate en mí —dijo entre jadeos—. Céntrate en esto. En nosotros.

Asentí, arqueando la espalda mientras me alcanzaba el orgasmo. No habría un *nosotros*. Esta era una noche ardiente de pasión prohibida con el mejor amigo de mi hermano. Esto era apoyarse en una distracción para evitar la realidad.

Mientras superaba las olas de placer y sentía cómo él tenía espasmos y derramaba su semen profundamente dentro de mí, rodeé su cuerpo con mis brazos y lo mantuve cerca, decidida a exprimir cada segundo de amor prohibido que pudiera mientras durara la noche.

Mañana puede esperar.

Tener esta oportunidad de experimentar la recompensa de sentirme bien con él, no. Sonreí al pensar que me quedaría despierta el resto de la noche no con mi San Valentín, sino con el hombre que era capaz de compadecerse de lo mucho que este estúpido día festivo había sido una mierda.

2

LIAM

Cinco años después…

Un vistazo al calendario confirmó que parte de mi pésimo humor era simplemente un fenómeno estacional.

Siete de enero.

Fue por estas fechas cuando nos enteramos del diagnóstico de cáncer de mi padre hace cinco años, lo que significaba que tendría que someterse a quimioterapia, radiación y terapia para sobrevivir en lugar de hacerse cargo de la empresa.

También fue por estas fechas cuando nos avisaron de que mi abuelo padecía una enfermedad cardíaca rara que nunca le habían detectado antes.

Ambas cosas hicieron que aquel año empezara con una perspectiva de mierda.

Pero yo le había dado la vuelta a la situación. Weston LLC prosperaba, teniendo más y más éxito con cada año que yo gestionaba la corporación. Nuestra riqueza aumentaba, diversificándose cada vez más gracias a la confianza que depositaba en las decisiones comerciales que mi equipo y yo analizábamos y planificábamos.

Nadie podía negar que lo había «logrado».

La vida pintaba bien. Ninguna preocupación llenaba mi mente. Ningún problema me agobiaba.

Sin embargo, mientras giraba mi silla y contemplaba el cielo gris que desdibujaba el paisaje urbano de la Gran Manzana, con la llovizna helada y el aguanieve golpeando los cristales para deslizarse en regueros, me preguntaba si alguna vez llegaría a apreciar que me iba bien.

Que la vida *era* buena.

Que ese vacío en el pecho no era más que mi imaginación.

Suspirando lentamente al oír que alguien entraba en mi despacho, intenté al menos parecer despierto. Una sonrisa requeriría demasiado esfuerzo, pero qué demonios, solo eran Nina, mi directora de relaciones públicas, y Danny, mi genio de las finanzas. Estaban acostumbrados a verme de todos los humores: molesto, impaciente y aburrido.

—¿Listo para hablar de Maple Ville? —preguntó Danny con su sonrisa habitual. Nada molestaba a este tipo; siempre optimista, pero sin llegar a ser animado en exceso o cargante.

Asentí con la cabeza. —Sí, vamos a ello.

—Ojalá pudiéramos posponer este —admitió Nina, colocándose un mechón rubio tras la oreja mientras se sentaba—. Me parece tan… soso en lo que a proyectos se refiere.

Mi vida no era más que una sucesión de proyectos. Algunos eran fáciles, otros suponían un reto. Mi filosofía consistía en adquirir propiedades y expandir el imperio familiar, y así lo había hecho.

——A mí me intriga —admití—. Maple Ville era un alojamiento antiguo. Seguirá siendo un complejo pequeño cuando terminemos de absorberlo. Intentar convertirlo en algo demasiado grande no funcionaría en esa zona de Vermont, cerca de mi ciudad natal.

Quizá me interesaba porque se trataba de una adquisición cerca de donde me crié. Por mucha nostalgia que pudiera hacerme gracia, no estaría allí mucho tiempo para la toma de posesión. Después de que pusiéramos en marcha las reformas y los avances en Maple Ville, me iría a Cancún para otro proyecto.

Me vendría de perlas un poco de maldito sol.

La depresión estacional nunca había sido un problema para mí.

Pero estaba ansioso por algo brillante y bueno. Desde que mi padre me envió un mensaje esta mañana diciéndome que mi ex, Kelly, intentaba arrastrar mi nombre por el fango *otra vez*, estaba de mal humor. A pesar de haber roto con ella hace cuatro años, todavía tenía la capacidad de cabrearme.

Danny tomó el mando, como solía hacer. El dinero mueve el mundo, y parecía apropiado que él dirigiera nuestras reuniones. Todo lo que hacíamos debía basarse en un presupuesto. Todo lo que priorizábamos tenía que tener sentido con los beneficios finales. Aunque Maple Ville necesitaría obras importantes, no podríamos finalizar nuestros planes de adquisición hasta que viéramos la propiedad en persona. Las fotos podían engañar.

Igual que las mujeres.

Danny prosiguió, comprobando que yo escuchaba y asintiendo con la cabeza a sus informes y análisis. Nina se quedó más o menos allí sentada, esperando su oportunidad para hablar.

Durante la reunión, no obstante, revisé los mensajes que llegaban a mi teléfono. Jack, mi mejor amigo de la infancia, me envió un GIF como respuesta a mi mensaje sobre que pronto estaría por su zona.

Resoplé tan bajito que dudaba que los otros dos en mi despacho se dieran cuenta.

Jack siempre había sido un tipo bromista, nada serio y un poco ingenuo. Nos habíamos movido en círculos diferentes desde que nos

graduamos en el instituto, pero siempre habíamos mantenido el contacto. A distancia. Sobre todo por mensajes de texto. A veces llamadas.

Pero eso estaba bien. Si hiciéramos algo más y nos pusiéramos en contacto de una forma más cercana, como una videollamada o una visita, tendría que enfrentarme a ese persistente recordatorio de aquella noche.

De ella.

De cómo había perdido el control y cedido a la tentación en una de las peores noches de mi vida.

No solía dejar que Emmaline entrara en mis pensamientos, pero el hecho de volver a casa me incitaba a preguntarme qué aspecto tendría ahora. A especular sobre qué estaría haciendo. A imaginar si ella...

—¿Liam?

Me incorporé y fruncí el ceño, molesto por haber perdido el hilo de la reunión. Por el hecho de que Nina hubiera hablado y me hubiera sacado de mis pensamientos sobre esa morena esbelta que nunca debí haber deseado.

—¿Qué? —No era mi intención sonar brusco. Solté un gruñido y sacudí la cabeza—. Lo siento. Es que…

—Has estado desconectado los últimos veinte minutos —bromeó Danny.

Asentí, viendo que no servía de nada negarlo. —Perdonad, es que no consigo meterme en lo que estáis diciendo.

—¿Lo ves? —Nina puso los ojos en blanco—. Este proyecto *es* un aburrimiento.

—Los alojamientos rústicos de pueblo no son un aburrimiento desde un ángulo financiero —soltó Danny con su aire de sabelotodo—. Y

después de pasar por nuestras manos, tampoco son una decepción.

Eso sonaba mejor. Su optimismo siempre me animaba un poco. Estirándome e intentando espabilarme más, hice una mueca al sentir un tirón en la parte superior de la espalda. Me había pasado en el gimnasio esta mañana, con la esperanza de que un entrenamiento más duro me rejuveneciera. No fue el caso.

—Siento que estoy funcionando bajo mínimos desde antes de las malditas vacaciones —admití. Dirigir este negocio era todo lo que siempre había esperado hacer. Me gustaba el éxito de hacer que la empresa alcanzara nuevas metas. Pero, joder. ¿A ellos nunca les daba la impresión de que era siempre la misma mierda de siempre, una y otra vez?

Mierda, a lo mejor sí que tengo depresión estacional.

Nina frunció el ceño, apretando los labios. —¿Necesitas un descanso?

Nunca me tomaba descansos. No tenía sentido cuando toda mi vida era el trabajo. Saber cómo desconectar y relajarse era algo que había perdido con los años.

Mientras se levantaba y se acercaba a mí, intenté no hacer una mueca por su perfume. Era demasiado fuerte, pero no quería ser un imbécil y ofenderla.

—Estaría dispuesta a ayudarte a relajarte.

Poniendo los ojos en blanco, la esquivé mientras intentaba masajearme los hombros. —No —respondí para descartar la idea mientras giraba la silla e impedía que se acercara más—. Pero será agradable tener la ilusión de un poco de calor tropical que esta estación gris no nos dará. —Hice un gesto con el dedo para indicar a Nina que volviera a sentarse y repasara su plan de relaciones públicas para la adquisición, que hasta ahora no me había impresionado nada.

—Así que, cuanto antes terminemos de tratar todo lo relativo a Maple Ville, antes podremos ver un poco de sol. —Esperaba que aquello sonara alentador.

—Vaya actitud —sonrió Nina con sorna—. Parece que estás deseando terminar este proyecto y todavía ni siquiera lo hemos empezado.

Me encogí de hombros. —Estaremos allí mañana —les recordé—. Probablemente no nos lleve más de una o dos semanas.

Ella sonrió radiante, colocándose la punta del bolígrafo entre los dientes. —Bien. Porque hace demasiado tiempo que no voy a una playa contigo.

Su lento escrutinio de arriba abajo podría ponerla en un aprieto con Recursos Humanos. Incluso Danny tuvo que apartar la mirada, molesto. Pero no importaba. Nunca me ganaría, ni me seduciría, ni lo que fuera que estuviera intentando hacer.

Yo no estaba en el mercado para volver a confiar en una mujer o amar a nadie nunca más.

Y eso era definitivo.

3

EMMALINE

—Me duele. —Lewis hizo una mueca mientras yo le sujetaba la mano.

Apretando los labios, tuve ganas de regañar al joven ayudante de cocina. Pero no lo hice. No podía usar mi voz de «madre» con él como lo hacía con mi hijo de cuatro años, Rory. Lewis era más bien un compañero de trabajo y no podía controlarlo paso a paso. Esta cocina caótica, calurosa y fragante de Francino's era mi dominio, pero me negaba a hacer de niñera de todos ellos. El gerente de un restaurante tendría que encargarse de eso, pero Kev me explicó que tuvieron que despedir al gerente de Francino's hace meses por problemas de presupuesto.

—Claro que te duele —respondí secamente mientras intentaba mirar por encima de su hombro. Controlar la actividad en la cocina era imprescindible, y ayudar a este bobo que casi se rebana un dedo era solo un obstáculo más para que esta noche tan ajetreada fuera bien —. Greg, ese filete se va a quemar tanto que va a ser como morder un hueso.

—¡Que no! —replicó mi segundo chef, sin ofenderse—. Como si no me conocieras.

—Penny, saca esos platos de la línea —dije, sin esperar siquiera a la respuesta de Greg—. Sam, ¿esos no van a la mesa siete? No —

señalé los platos que estaban mezclando cerca del pasaplatos—. Ese no. El de pollo a la parmesana. Sí. No. *No*. Ese. Sí. Vamos. —Inspiré profundamente, echando un vistazo al dedo de Lewis bajo la toalla que usaba para hacer presión—. Greg, ¿cómo va ese salmón?

—Ya casi está —respondió él, moviendo ambas manos mientras trabajaba en varias cosas a la vez. Su rostro pálido estaba casi tan rojo como el pelo cobrizo que asomaba bajo la redecilla debido al calor de los fogones en los que se afanaba.

—Emmaline —gimoteó Lewis de nuevo—, me duele. ¿Debería ir a urgencias?

—¿Por cortarte un dedo? —Le puse una mueca—. No. Sigue pegado al cuerpo.

Él me lanzó una mirada de fastidio.

—Oye, no estoy aquí para perfeccionar mi trato con los pacientes. —Comprobé si la hemorragia había remitido, agradeciendo una vez más que se hubiera cortado fuera de la línea de preparación y sin comida cerca. No habíamos tenido que parar para lidiar con problemas de contaminación—. No está colgando como un fideo blando.

—¿Qué es lo que está blando como un fideo? —preguntó Greg, sin perderse ni una.

—Cállate, pervertido. —Sacudí la cabeza hacia Lewis—. Haz así. —Doblé el dedo y él hizo lo mismo, aunque con una mueca de dolor—. Ahí lo tienes. ¿Ves? Todavía funciona.

—¿Qué fideo blando sigue funcionando? —gritó Greg de nuevo, riendo entre dientes.

—Divertidísimo —respondí yo, arrastrando las palabras para mi amigo y compañero, solo para demostrarle que su personalidad picante no tenía gracia en este momento. No me importaban sus

tonterías, pero estaba demasiado ocupada para reír o para gestionar un retraso en una noche como esta.

Gracias, Kev, por ni siquiera avisarme de que habías lanzado un dichoso cupón para esta noche…

Estábamos hasta arriba. Era estupendo para el negocio, pero, por otra parte, en Francino's nunca faltaban clientes. Si no fuera porque este restaurante funcionaba como el ancla del Maple Ville Resort, el viejo refugio de piedra habría cerrado hace años.

Puse los ojos en blanco, apresurándome a vendar el dedo de Lewis mientras estábamos junto al lavabo del botiquín. —La próxima vez, no te quedes embobado mirando a todas las camareras, ¿vale?

—No miro a *todas* las camareras —masculló él mientras se ponía rojo.

—Vale. No mires a Whitney cada vez que pase. O abstente de hacerlo cuando tengas un cuchillo en la mano. —Lo cual era a menudo—. Es más, olvídate de ella.

Él sonrió con suficiencia.

—Juega en otra liga.

Greg soltó una carcajada de fondo.

—Eso no ha sido amable. —Lewis hizo un puchero.

Me encogí de hombros mientras le terminaba de vendar el dedo. —Es la verdad. Te saca ocho años.

—La edad es solo un número —respondió él con sequedad.

Hubo un tiempo en que yo quise creer eso. Cuando era joven, estúpida e ingenua y estaba coladita por el amigo de mi hermano, que me sacaba demasiados años y que también jugaba en otra liga. Lewis debería agradecerme que yo ya hubiera pasado por ese error para poder aconsejarle con sabiduría ahora.

—Puede que sí. Pero sigue estando fuera de tu alcance. Está buscando a un hombre que le dé la oportunidad de dejar de ser camarera. —Le di una palmadita en la espalda con una sonrisa sombría—. No a un adolescente que ni siquiera puede beber aún y que todavía vive con sus padres.

—Eso ha sido cruel, Emmaline —dijo él, llevándose la mano herida al pecho, como si tuviera que protegerla.

—Es una realidad de la vida. —Di una palmada y luego le pedí que volviera a su puesto mientras yo me dirigía al pequeño armario de la lencería para coger otro delantal, por si le había caído algo de sangre al mío—. Vamos, gente. Prestad atención. A la próxima que alguien se distraiga, es capaz de cortarse algo más que un dedo.

Lewis reanudó sus tareas y yo me apresuré a volver a mi sitio junto a Greg con un delantal nuevo, atándomelo por el camino. —¿Por dónde iba? —mascullé mientras escaneaba los platos y las comandas, volviendo de lleno a mi papel de multitarea, capaz de soportar la presión de preparar y perfeccionar numerosos platos.

—Estabas quejándote de que todo el mundo está distraído —me recordó él, moviéndose a mi alrededor en ese baile que habíamos perfeccionado tras trabajar juntos desde que empecé aquí, a mitad de mi embarazo de Rory—. Y también hablabas de fideos blandos que funcionan.

Le di un toque con la cadera. —¿Tu mente no sale nunca de la alcantarilla?

—Probablemente no. —Sonrió, moviéndose tan rápido como yo—. ¿Qué te pasa hoy? ¿Estás con la regla o algo así?

Le lancé una mirada asesina. —No.

—¿Entonces por qué protestas tanto porque la gente se distraiga?

Resoplé, dando la vuelta a la carne y sacándola del grill. —Sam, ¿eso no tenía que ir con la mesa siete?

—Oh, mierda.

Contuve un gruñido para que mi amigo no volviera a acusarme de estar de mal humor. —Si Lewis se corta una sola vez más porque está mirando a la camarera como un tonto enamorado...

Greg se rió. —No seas tan dura con él.

—Como sea más blanda con él —dijo Avery, la ayudante de cocina a tiempo parcial que reforzaba el lavavajillas, mientras traía una pila de platos—, se acabará cortando la mano entera.

Greg se inclinó hacia mí sin dejar de mover las manos sobre los fogones. Todo para susurrarme de forma dramática: —A lo mejor es su forma de romper el hielo. ¿Quién no se compadecería de un hombre herido?

Avery y yo pusimos los ojos en blanco al unísono. — ¿Qué, herido en su orgullo?

Me reí mientras ella volvía a la zona de lavado, sabiendo que era una bendición tener a estos dos amigos en mi vida. Greg me mantenía con los pies en la tierra con su forma de ser sarcástica y verde. Avery era mi mejor amiga y también la niñera principal de Rory cuando no estaba aquí.

—Todo lo que voy a decir es que a veces es difícil no distraerse cuando el amor flota en el aire.

—Aquí no hay amor en el aire. —Arrugué la nariz ante el penetrante aroma a exceso de ajo—. Afloja con eso, caballero. No estamos cocinando para cazadores de vampiros.

—El amor *está* en el aire —insistió él.

—Penny, por favor, dale esto a Whitney cuando pase. —La preparadora del pasaplatos cogió el plato mientras yo seguía trabajando con Greg—. El amor está en el aire para *ti* —le dije.

Él sonrió como el tipo cursi que era. —Lo está. Estoy tan enamorado... —Parpadeó con fuerza y soltó un suspiro fantasioso.

—Oye, me alegro de que Omar y tú os llevéis tan bien. Es tierno. Sois una parejita adorable. Pero estoy *más* agradecida de que no dejes que el hecho de tener novio te defina y te distraiga hasta el punto de no poder hacer tu trabajo.

En ese segundo, a Lewis se le cayó un bol. El estrépito me hizo estremecer.

—Gracias, tía —dijo Greg—. Pero tú nunca lo entenderás.

Solté una carcajada seca. —¿Eso ha dolido?

—Bueno, es que nunca te expones. —Sacudió la cabeza como si fuera un crimen.

—Estoy de acuerdo. No me expongo.

Avery trajo más platos. —Es que ni siquiera *quieres* exponerte.

—Tener citas me suena estresante —admití con una mueca.

—Lo es —empezó a decir Greg—, pero...

—Pero —terminé yo por él—, aunque me propusiera soportar el estrés de tener citas o buscar a un hombre, no encontraría el tiempo para hacerlo. —No tenía nada de tiempo ni energía para salir con nadie o pensar en cazar a un hombre. Todo mi tiempo se centraba en criar a Rory lo mejor posible como madre soltera y en ayudar a mi hermano a pagar su deuda. Bueno, quizá no contaba tanto como «ayudar» a Jack con su deuda, sino que más bien la pagaba yo directamente.

—Falta poco más de un mes para San Valentín —canturreó Greg—. Nunca digas nunca jamás.

—Como si me importara —respondí con sorna—. ¡Sam! ¡Mesa siete! El plato todavía está ahí arriba. —Solté un suspiro brusco—. Necesitamos un maldito gerente para este sitio.

—Y tú necesitas que te echen un polvo —replicó Greg.

Le di un manotazo con mi espátula. —Cállate y deja de distraerme.

—Todos tenemos motivos para estar distraídos —dijo Avery—. Con todos esos rumores y preocupaciones sobre que Maple Ville lleva tanto tiempo camino de la quiebra... Y ahora que van a aparecer nuevos dueños y lo van a cambiar todo.

Eso sí que era una preocupación válida que me molestaba. —No me importa lo que le hagan al complejo, pero más vale que no se metan aquí y arruinen algo que funciona bien.

—¿Y si nos obligan a cambiar a una nueva línea de productos? —preguntó Greg—. ¿A todos esos proveedores de segunda? Uf.

—¿Y si cambian los horarios de todo el mundo? —se preocupó Avery —. Me gusta tener flexibilidad.

A mí también. Sin ella cuidando de mi hijo la mayoría de las noches, no sabía qué haría. A Jack no parecía importarle ejercer sus deberes de tío para hacer de niñera a veces, pero no era a menudo.

—¿Y si sustituyen a Kev? —preguntó Lewis, uniéndose a la conversación desde su puesto.

Gemí. —¿Y si sustituyen a Kev por alguien que sea más Kev que el propio Kev?

Avery se rió. —No creo que nadie pueda ser peor que él.

Despistado, tímido, fácil de intimidar e incapaz de disciplinar a nadie, Kev era un gerente del complejo que se dejaba pisotear. Admitió más de una vez que se alegraba de que yo fuera una «fuerza de la naturaleza» en la cocina. Desde su perspectiva, podía aprovecharse y dejar que yo actuara como gerente interina de Francino’s, ya que no podía contratar a uno de verdad. Su vacío legal era esperar que yo hiciera dos trabajos por el sueldo de uno.

—¿Y si quieren cambiar este sitio? —preguntó Greg—. El menú, los platos de temporada, cómo llevamos la cocina...

Fruncí el ceño, físicamente en contra de la idea de semejante toma de control.

—¿Y si lo hacen más parecido a un bar? —preguntó Lewis esperanzado—. Como obligar a las camareras a llevar escotes y...

Greg le lanzó una botella de salsa vacía a la parte posterior de la cabeza al ayudante de cocina.

—¡Eh! —Lewis frunció el ceño y se frotó la zona.

—No lo distraigas —le dije a Greg. Tampoco me entusiasmaba la sugerencia sexista del adolescente. Pero teníamos que ser prácticos —. Como no preste atención, lo siguiente que se cortará será el pulgar.

Las camareras y el resto del personal de cocina intervinieron mientras trabajábamos como la máquina de trabajo en equipo bien aceitada y eficiente que habíamos perfeccionado. Todo el mundo sentía curiosidad y ansiedad por la llegada de los nuevos dueños. Y, oye, lo entendía. El cambio podía ser difícil. Yo sufrí cuando tuve que cambiar de universidad por una circunstancia ajena a mi control. También me enfrenté a un desafío enorme cuando tuve el cambio de mi vida con un test de embarazo positivo tras mi única noche con Liam Weston.

Sin embargo, la vida seguía. Pasara lo que pasara, siempre nos las apañábamos para seguir adelante y lidiar con lo que la vida nos deparara. Esta vez no sería diferente.

—Escuchad, no será para tanto —dije para que todo el mundo dejara de hablar de la preocupación por lo que harían los nuevos dueños—. Os prometo que aquí dentro nada va a cambiar.

De ninguna manera iba a dejar que alguien cambiara *mi* vida otra vez.

—Francino's es sólido. El negocio nos va de maravilla porque nos esforzamos mucho para que así sea para los clientes. —Si alguien quería provocar cambios aquí, cuando éramos lo único que evitaba que todo el complejo fuera un fracaso, lo tendría muy difícil para argumentar su caso.

—Confiad en mí. No voy a dejar que ningún idiota de una corporación me diga cómo hacer mi trabajo.

Algunos se rieron y Greg dio un grito de alegría con un pequeño movimiento de caderas, bailando mientras cocinaba.

—Probablemente ni siquiera sea gran cosa —dije—. Vendrán, echarán un vistazo y se irán. Seguro que es algún viejo que solo viene a ver el lugar porque tiene que hacerlo, no porque quiera. —Descartando sus preocupaciones con un gesto de la mano, sonreí—. Todo irá bien.

Whitney pasó por allí. Lewis la siguió con la mirada como el tonto enamorado que era. Luego puso una mueca de dolor y levantó la mano. —Oh, mierda.

Suspiré, sacudiendo la cabeza.

Sí, definitivamente *no* necesitábamos amor en el aire por aquí. Volví a colocar la sartén sobre el fuego con tal fuerza que la grasa chisporroteó por el movimiento mientras me dirigía a ayudar al chaval con otro incidente más por culpa de sus distracciones.

¿Amor? ¿Quién lo necesita? Amaba a mis amigos y a mi familia, pero ese asunto adictivo y complicado de la atracción absorbente no me atraía nada.

No, gracias. No importaba si se acercaba San Valentín o no. No tenía tiempo para romances; ni en mi vida personal ni, desde luego, en mi cocina.

4

LIAM

—Lo siento muchísimo. —El hombre, alto y delgado como un junco, se colocó las gafas excesivamente grandes sobre el puente de la nariz, solo para que volvieran a resbalarse—. ¡Cuánto lo siento! De verdad, no puedo creer que esto esté pasando.

—Oye, no te preocupes —le dijo Danny al actual gerente que intentaba mantener Maple Ville a flote lo mejor que podía—. Cosas que pasan.

Kev soltó una risita incómoda, pero a juzgar por su expresión de estreñimiento, parecía que nuestra llegada lo incomodaba profundamente.

Nina, Danny y yo acabábamos de llegar y, tras las presentaciones iniciales con aquel hombre, me pregunté si debíamos hacer algo por el pobre. Quizás darle un Xanax. O una silla para que se sentara y recuperara el aliento. Si una persona pudiera ser la definición de un ataque de pánico, sería él.

Desde el primer instante en que explicamos quiénes éramos y por qué estábamos en el complejo, perdió los papeles. Puede que lograra enmascarar su confusión absoluta durante los primeros segundos, pero a medida que asimilaba que yo era el nuevo propietario y que estaba allí, en persona, para revisar y evaluar la propiedad, se sumió en una espiral de nerviosismo.

No nos esperaba, alegando haber perdido la nota adhesiva en la que había anotado la fecha y la hora de nuestra llegada. Luego pareció espabilar y dudó de que fuéramos quienes decíamos ser, insistiendo en llamar al número que tenía de contacto. Aquello terminó en un momento tenso en el que él intentaba parecer profesional mientras llamaba a mi móvil. El cual levanté para demostrar que, efectivamente, me estaba llamando a mí.

—No me puedo creer que no tuviera esto en el calendario. —Parpadeó, pareciéndose a una tortuga al estirar el cuello hacia delante y tragar saliva con fuerza, esforzándose en el gesto—. O sea... Sí lo tenía. *Tengo* esta reunión en el calendario. Es que no debí de anotarla en el día correcto. O algo. Yo solo... —Se rio con un tono cantarín e intentó tragar de nuevo—. Lo siento. Me habéis pillado por sorpresa.

—No te preocupes, tío —repitió Danny, siempre tan alegre. Había días en los que parecía el típico surfero que nunca se estresa. Lo único que me importaba era que cumpliera bien su labor como el mejor director financiero que Weston LLC pudiera tener.

—¿Quieres que volvamos en otro momento? —preguntó Nina.

La miré frunciendo el ceño. Si estaba pensando en posponer esta reunión y retrasar el proyecto de adquisición, pasaría más tiempo hasta que pudiera cambiar de aires a un lugar soleado y cálido. Autodiagnosticarme una depresión estacional no era muy inteligente, pero me mantenía en mis trece. Lo decía en serio cuando afirmé que estaríamos aquí y terminaríamos lo más rápido posible.

—Quizás cuando te hayas... calmado un poco —añadió Nina encogiéndose de hombros ante mi mirada.

—Oh, no. No, no. Por favor, no os molestéis. Esto... ahora está bien. Es solo que no estaba preparado.

Inspeccioné el vestíbulo en el que nos encontrábamos, intentando no mostrarle al nervioso hombre lo molesto que me resultaba que

no estuviera preparado. Según la información que había recibido, los anteriores dueños de Maple Ville gestionaban el lugar a distancia y apenas se pasaban por allí. Básicamente estaban dejando que el sitio se echara a perder, sin comunicarse nunca con Kev, que era el máximo responsable de toda la propiedad.

Por ahora.

Nunca me ha gustado ser un desalmado y ver a cada empleado que conozco en una adquisición como alguien a quien sustituir. Hay personas que son muy buenas en su trabajo y conocen las propiedades de cabo a rabo. De esa forma, son activos que valoro mucho. Mantengo el talento y a los trabajadores leales porque no hacerlo es una estupidez y una pérdida de tiempo.

Eso es sentido común empresarial.

También valoro la profesionalidad, y no me daba la impresión de que Kev la tuviera en absoluto.

Tarde. Irresponsable. Poco organizado como para tener su agenda al día. Y prácticamente hiperventilando ahora que estábamos allí.

Lo entendía. Muchos gerentes y empleados me verían como el malo de la película, alguien nuevo que llega para cambiarlo todo. Sin embargo, preocuparse por lo que ellos consideraban importante podía o no estar alineado con la rentabilidad, así que cada adquisición era distinta.

Maple Ville era...

Suspiré, reparando en la moqueta anticuada, las luces tenues, las sillas que no pegaban ni con cola y el sonido de un extractor que traqueteaba con demasiada fuerza.

Estaba anticuado. Pero no se caía a pedazos.

Dejé que Danny tomara la iniciativa, viendo claramente que Kev necesitaba que alguien lo guiara para hacernos el recorrido. Nina y yo caminábamos detrás de ellos. Danny tomaba notas en su tableta.

Nina no parecía muy motivada a hacer lo mismo en su pequeña libreta. Mientras recorría el complejo, intenté hacerme una idea general de lo que estaba pasando allí. El análisis de una nueva propiedad siempre es minucioso, pero gran parte de la toma de decisiones se basa en los informes y documentos.

Salimos a un amplio patio en forma de U y asentí ante la belleza del paisaje. Los esquiadores se beneficiarían de esta ubicación tan cercana a las laderas nevadas y las montañas, pero aún no había visto a ningún cliente que estuviera allí por ese atractivo recreativo. De hecho, no veía a muchos huéspedes en general.

—¿No hay transporte hasta los remontes? —pregunté.

Kev negó con la cabeza—. No. Tuvimos que recortar gastos y el servicio de transporte no estaba en la lista de cosas que mantener.

Mmm.

Danny se dio cuenta de lo nervioso que estaba Kev al hablar conmigo directamente e intervino de inmediato para hablar por los codos sobre el esquí y lo mucho que le gustaban los deportes extremos. Kev me miró con una mueca de dolor, pero pareció agradecer la intervención de Danny mientras seguía mostrándonos el resto del lugar.

Cuando vimos el «gimnasio» en el ala oeste del edificio, mantuve la expresión neutra y asentí por educación para reconocer la presencia de ese supuesto servicio.

—¿Hablas en serio? —me susurró Nina mientras seguíamos a Danny y Kev.

—¿El qué? —pregunté.

—Este sitio. —Resopló, haciendo una mueca al mirar el papel pintado del pasillo—. Es un vertedero.

—No es un vertedero —respondí.

—Necesita un lavado de cara radical. Equipamiento nuevo. Instalaciones nuevas. Personal nuevo. Puaj. —Se estremeció de nuevo—. Siento como si esto fuera una broma. Como si estuviéramos protagonizando una película de terror o algo así.

—No está tan mal. —Ignorando su larga lista de quejas, intenté ser más conservador con las reformas que tendríamos que presupuestar y abordar antes de que esta propiedad fuera digna del nombre Weston. Estar allí me daba la oportunidad de ver lo viejo que estaba el lugar y cómo necesitaba una actualización, pero no se transformaría en algo glamuroso y modernista. La edad de algunas propiedades es lo que atrae a la gente. Más que nada, la decoración y el ambiente de la propiedad tenían que encajar y reflejar la ubicación. Un pueblo pequeño de Vermont no iba a ser nada sofisticado, por mucho que Nina pareciera contar con ello.

—Yo..., yo..., comprendo que algunas cosas necesitan un arreglo —dijo Kev mientras nos guiaba de vuelta hacia el vestíbulo—. Y me doy cuenta de que es en eso en lo que querréis concentraros. Pero no todo está tan mal.

Nina soltó una risita floja. Le lancé una mirada severa para que tuviera cuidado. Aquel hombre ya estaba bastante estresado. No hacía falta que perdiéramos la compasión y lo hiciéramos sentir peor. No era culpa suya que el lugar estuviera fracasando. No tenía los fondos para renovarlo él mismo. No iba a matar al mensajero, por así decirlo.

—Pero el Francino's *no* os decepcionará. —Kev negó con la cabeza y casi sonrió. Quizás fue una mueca, pero parecía mucho más entusiasmado hablando del restaurante del hotel que de cualquier otra cosa.

—Si los olores que he percibido antes sirven de indicativo —dije—, parece un establecimiento que sirve comidas deliciosas.

—Vaya que sí. Es lo mejor de todo el complejo —se entusiasmó Kev.

—¿Lo mejor? —murmuró Nina por lo bajo—. ¿Aquí?

Le eché otra mirada para que se callara. Podía ser muy crítica. Yo dependía de que mis empleados fueran buenos en lo suyo. Ella era una contratación en la que mi padre insistió por sus habilidades en relaciones públicas. Se suponía que acompañarnos para conocer el lugar la ayudaría a iniciar una estrategia de RR. PP. para mejorar este sitio con nuestra adquisición. Pero no había necesidad de ser grosera.

—El Francino's ofrece un menú variado con opciones de temporada. No he probado nada que no quisiera repetir, y tengo un paladar exigente. —Volvió a reírse, con un tono demasiado agudo para convencerme de que le hiciera gracia su propio comentario.

—Tengo muchas ganas de verlo —dijo Danny.

—Yo tengo muchas ganas de salir de aquí y...

Danny sacó el pie para ponerle la zancadilla a Nina, ahorrándome el tener que lanzarle otra mirada.

—El jefe de cocina del Francino's es un auténtico genio. Trabajador, decidido, con recursos y con una imaginación increíble para idear los mejores maridajes de sabores. Tenemos mucha suerte de contar con nuestro personal en el restaurante, pero estarían perdidos sin nuestro jefe de cocina al mando. —Kev asintió, deshaciéndose en elogios.

Hasta entonces, no nos había presentado a muchos miembros del personal ni supervisores. Tenía el presentimiento de que se mantenían fuera de la vista para no estar bajo el foco al conocernos. Solía pasar. Pero este jefe de cocina parecía estar en otra categoría.

Al pasar al restaurante, noté una diferencia inmediata. Todo estaba bien mantenido y limpio. Desde los suelos hasta la mantelería y las pantallas de las lámparas de cristal de colores, todo parecía correcto y pulcro. Aunque el ambiente era más bien de un entorno acogedor y de luces tenues, me fijé en el cuidado por los detalles. Las

camareras nos sonrieron amablemente mientras Kev nos presentaba al trío formado por Danny, Nina y yo como los nuevos propietarios que venían a echar un vistazo al restaurante.

—Bienvenidos —dijo una rubia con encanto—. Les tendré una mesa lista en cuanto pueda.

Me pregunté cómo actuaría cuando todo el lugar estuviera lleno. La cola en la puerta estaba formada por gente que nos miraba con impaciencia, como preguntándose si nos estábamos colando.

—¿Siempre está así de lleno? —le pregunté a Kev mientras seguía guiándonos hacia la zona de la cocina, insistiendo en que conociéramos al chef.

—¿Concurrido? —Kev asintió y sonrió por lo que parecía ser la primera vez—. Oh, sí. El Francino's siempre está a tope.

—¿Cómo no iba a estarlo? —preguntó Danny—. No puedo dejar de pensar en ese filete. —Estiró el cuello para ver al camarero llevar una bandeja hacia una mesa más alejada, mientras el aroma de la carne flotaba en el aire tras pasar a nuestro lado.

—Supongo que tengo más hambre de la que pensaba —dije.

—Si os apetece algo así, pues vale —dijo Nina frunciendo el ceño, todavía de mal humor e incómoda.

No son las raciones diminutas de comida extranjera a las que estás acostumbrada, esas que se supone que parecen obras de arte.

—Por aquí —indicó Kev, adentrándonos ya en la cocina.

—¿Hay algún gerente con el que debamos hablar? —le pregunté.

—No. Actualmente no tenemos ninguno —respondió él.

¿No tenéis a nadie gestionando lo que afirmas que es la mejor parte del complejo? —preguntó Nina, escandalizada.

—Lamentablemente, no —dijo Kev, subiéndose de nuevo las gafas y frunciendo el ceño—. Pero esperamos que eso cambie.

—¡Eh, eh, eh, McKevs! —dijo un pelirrojo musculoso desde detrás de una parrilla. Ataviado con una chaqueta blanca de chef, una redecilla oscura y un delantal negro, parecía el cerebro ocupado de la cocina —. ¿A quién traes por aquí, a mi cocina?

—Greg, esta buena gente viene por la adquisición —dijo Kev, estremeciéndose ante el estruendo de la cocina—. Ollas y sartenes, woks y utensilios... El rugido y los siseos no cesaban ni un momento, y con el sonido de la gente y los trabajadores hablando, no resultaba fácil mantener una conversación.

—Danny, Nia y...

—Es Nina —le corrigió ella.

—Cierto. Nina. Y, esto...

¿Me estás vacilando? ¿Ya se te ha olvidado mi nombre?

—¡Liam! —Kev me señaló, poniéndose rojo por su metedura de pata —. Liam Weston, el nuevo propietario. —Soltó un largo suspiro.

—Señor Weston. De la estirpe Weston, de esos hoteles tan estupendos por todo el mundo. —Greg se limpió la mano y sonrió mientras me la tendía para estrecharla—. No sabía que una familia tan famosa fuera a comprar este viejo y pequeño lugar.

En otras circunstancias, su encanto habría resultado excesivo. Era lo bastante educado y simpático, pero en su mirada juguetona vi un atisbo de curiosidad, como si estuviera jugando sus cartas con cuidado.

—Es un placer conocerle, señor Weston.

Le estreché la mano, sintiendo que me estaba analizando. —El placer es mío. He oído solo elogios sobre su trabajo aquí.

—¿Elogios para quién? ¿Para mí? —Me restó importancia con un gesto de la mano, mostrándose bromista y casi tímido. No me lo tragué—. Yo solo intento que la gente esté contenta y no pase hambre, ¿sabe?

Danny hablaba con Kev a un lado, pareciendo hacerle preguntas. Nina intentaba no estremecerse ante el ruido, abanicándose con la mano como si hubiera demasiado humo allí dentro.

—Por la multitud que hay fuera esperando mesa, parece que tiene mucho trabajo —dije.

—Qué va, es que se han enterado de lo guapo que soy y quieren tener la oportunidad de felicitar al chef. —Me guiñó un ojo y me di cuenta de que estaba casi coqueteando conmigo.

—¿Eso pasa a menudo? —pregunté, siguiéndole el juego a aquel tipo bromista.

—¿Que sea guapo? —Se rio a carcajadas—. Ah, ya veo cómo va esto. Tiene usted sentido del humor, ¿eh?

Me encogí de hombros, reprimiendo las ganas de devolverle la sonrisa. Era una de esas personas con esa capacidad fenomenal —y a veces irritante— de contagiar su buen humor.

—Por lo que puedo ver, y oler, me parece que su comida no es ninguna broma. Me muero de ganas de probar algo. ¿Qué me recomienda?

—¿Yo? ¿Qué recomiendo *yo*? —Se rio una vez, sin dejar de atender la parrilla mientras hablábamos—. ¿Por qué me lo pregunta a *mí*?

—¿Porque es el jefe de cocina? —aventuró Nina con tono socarrón.

Parecía que la sonrisa y el carisma contagiosos de Greg no estaban logrando ablandarla.

Él se rio con más fuerza. —Vaya, hombre. Le voy a hacer un favor. No le diré a ella que pensaba que *yo* era el que mandaba por aquí.

—Negando con la cabeza y con una sonrisa más amplia, soltó una carcajada—. Joder. Eso *sí* que tiene gracia.

Yo no le veía la gracia a que lo confundiéramos con el jefe de cocina. Era un error fácil de cometer y nadie nos había corregido. Una mirada a Danny y Kev mostró que seguían hablando. El estresado gerente estaba más contento, gesticulando con las manos y hablando de forma animada.

Parecía que él no iba a decirme quién era el jefe de cocina.

Inclinándome para mirar a través de los huecos de los estantes y por los espacios de la gran cocina, busqué con quién necesitaba hablar de verdad. —¿Dónde...?

Greg señaló por encima del hombro con el pulgar. —Vaya a buscar a la rarita que se piensa que esto también es la hora del karaoke. —Lo dijo con una sonrisa, ladeando la cabeza para indicarme que lo rodeara y me adentrara más en la cocina.

Al pasar a su lado, oí los acordes más fuertes de una mujer que se desmelenaba con un viejo éxito de los Stones sobre no conseguir satisfacerse nunca. Su gorro de chef subía y bajaba mientras movía la cabeza al ritmo de una radio que debía de estar al fondo. Mientras lo daba todo, manteniendo la cabeza baja frente a las sartenes que manejaba en una parrilla aparte y más grande, situada en diagonal detrás de la de Greg, el aroma de la comida me golpeó de lleno.

Me rugieron las tripas.

—¡Eh, jefa! —gritó Greg—. Tenemos visita.

Ella alternaba el canto con los pedidos gritados al personal de sala y a los ayudantes de cocina, moviéndose con la elegancia de un director de orquesta coordinando su espacio. Aquella mujer era claramente la que mandaba, y lo hacía bien, sin perder el compás, ni de la canción ni de las instrucciones que impartía.

—¿Visita? —preguntó ella, sin levantar la vista.

Entorné los ojos, suspicaz.

Esa voz me resultaba familiar...

Creía conocerla.

Rodeando con cuidado una estantería alta llena de platos y sartenes, me acerqué para verla.

—Sí. Visita —aulló Greg.

Ella levantó la cara. Aquellos ojos marrones se clavaron en mí, transportándome a cinco años atrás.

La última vez que vi a Emmaline Carter fue cuando la dejé en la cama que habíamos compartido aquella única noche prohibida en el hotel.

Esta vez no fue menos electrizante.

¿Emmaline?

Clavado en el sitio, no podía pensar. No podía hablar. Mirando a la mujer que creía que formaba parte de mi pasado, vi cómo abría los ojos de par en par, absolutamente conmocionada al verme allí.

Sus labios se movieron, probablemente formando la palabra *joder*.

—¿Em? —pregunté, demasiado bajo para que me oyera.

Se quedó boquiabierta ante mí en medio del ruido y el caos de aquella cocina abarrotada.

Antes de que pudiera reaccionar y hablar, se le cayó el wok que sostenía. El traspié volcó el contenido sobre el fuego, provocando que una enorme llamarada se disparara hacia arriba y ocultara su mirada atónita de mi vista.

5

EMMALINE

—¡Cuidado! —Avery retrocedió, alarmada por las llamas—. ¡Cuidado, cuidado! —y alargó la mano hacia el trapo para sofocar el fuego.

Cuidado era poco.

Había muchas otras palabras selectas que encajarían ahora mismo. Como *joder*. O *joder, puta vida*. *¿Pero qué cojones?* también servía.

Porque levantar la vista y ver que la visita que Greg anunciaba era Liam Weston, de entre todas las personas del mundo, me dejó estúpidamente sin palabras.

—¿Tal vez podrías bajar la música si no llegas a las notas y así no quemas este sitio? —bromeó Avery, ajena a la razón por la que yo había soltado el mango del wok.

Volviendo a la realidad ante el hecho de que las llamas habían estallado, di un respingo y cogí otro trapo. Ambas le dimos golpes para apagar las llamas. Un hábil movimiento con la espátula de mango largo ayudó a apartar la comida del fuego para que no se carbonizara e hiciera saltar el detector de humos.

Aunque quizá eso habría ayudado. Si saltaban los aspersores, se demostraría que Liam no estaba aquí.

No podía estar.

Tenía que estar imaginándomelo.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Avery, alternando su mirada preocupada entre el fuego que aún golpeaba y yo—. Parece que hayas visto a un fantasma o que se te haya olvidado cómo mover las manos.

—Yo... —Me lamí los labios y parpadeé ante el calor de las llamas que me irritaba los ojos.

En cierto modo, sí había visto a un fantasma. Un fantasma de mi pasado.

Liam Weston estaba *aquí*. No en algún lugar remoto, siendo un multimillonario importante. Estaba *aquí*, en la cocina del Francino. Más alto, más musculoso, más seguro de sí mismo. Me miraba con esos ojos azules con los que yo solía soñar. El chico con el que crecí era ahora un *hombre*. El adolescente por el que suspiraba era un tipo imponente con ese traje oscuro, observándome como si él mandara allí.

El padre de mi hijo había vuelto a mi vida —a mi cocina—, y me aterraba el motivo.

—Oh. —Avery levantó la vista y reparó en él. Al darse cuenta de quién me había distraído —lo cual resultaba sumamente irónico después de todo lo que yo había dicho sobre no distraerme—, arqueó las cejas, se aclaró la garganta y giró la cabeza para mirarme, dándole la espalda a él.

Madre mía.

¿Quién es ese?

Como yo seguía mirando embobada, como si ya no supiera mi nombre, ni qué día era, ni cómo se cocinaba nada, ella volvió a carraspear. Parpadeé y la miré.

—Venga, Em. Está cañón. Pero joder. Tú nunca cometes un error como perder el control de una sartén en tu cocina.

—Eh, ¿es seguro este sitio? —preguntó una mujer que apareció por detrás de Liam. Con un traje de chaqueta y pantalón, y demasiado maquillaje para aguantar ni un segundo en este calor sin que se le derritiera el potingue, era evidente que no pintaba nada allí.

Su comentario impertinente tampoco era bienvenido.

¿Seguro? Por supuesto que mi cocina era segura, joder. Avery tenía razón. Yo nunca bajaba la guardia hasta el punto de provocar un incidente así.

—¿Quién es usted? —exigí saber.

Evitando el hecho de que Liam estaba allí, clavé mis ojos en ella. Entonces me fijé en otro hombre, cerca de Kev.

¿Kev?

Él nunca entraba en la cocina; se ponía demasiado nervioso con todo el ruido y el jaleo.

Si estaba aquí ahora, con Liam, esta mujer y el otro hombre...

Oh, ni de coña. No. No, no, no. Tiene que ser una broma.

Solo había una explicación lógica para que Kev trajera a estos desconocidos aquí atrás, y no me gustaba. Liam no era un extraño, no para mí. No era un extraño hace cinco años cuando se acostó conmigo.

Pero que estuviera aquí ahora, y con Kev guiándole en un recorrido por mi espacio...

Por favor, por lo que más quieras, que no sea el nuevo dueño.

No puedes ser tú.

—Soy Nina. La nueva directora de RR. PP. de este... sitio. —Se mofó, haciendo una mueca ante una salpicadura de grasa de una sartén que Greg manejaba.

—Te lo he dicho, Em. Tenemos visita. —Él arqueó una ceja, sonriendo como si no tuviera suficiente con mi cara de sorpresa absoluta—. El señor Liam Weston está aquí para inspeccionar el complejo.

Me cago en todo.

—No me imaginaba que tendríamos que abrirnos paso entre semejante desorden. —Nina sonrió con suficiencia, mirando primero a Liam y luego la cocina—. ¿Verdad, Liam? —Le tiró de la manga, decidida a que apartara la vista de mí. Él parecía incapaz de hacer otra cosa que mirarme fijamente, como si dudara de que yo fuera real.

¡Oye, fíjate tú! ¡A mí también me ha dejado de piedra verte!

—¿Desorden? —Le puse mala cara a su asistente o quienquiera que fuera esa mujer—. Aquí atrás no hay ningún *desorden*.

—Ojalá mi cocina tuviera este aspecto —dijo el otro hombre del traje —. Ojalá todas las propiedades Weston pudieran tener un restaurante respaldado por un lugar tan ordenado como este.

Lo estudié, sin saber si fiarme de su sonrisa. —Gracias —respondí con franqueza.

—No. Todo este sitio es un caos absoluto —dijo Nina, negando con la cabeza.

—¿Perdone? —Me eché el trapo al hombro y me crucé de brazos—. ¿Quiere respaldar eso con pruebas? Enséñeme el desorden. Señáleme donde hay una sola mota de suciedad por aquí, señora.

—Para usted soy la señorita Moline —espetó ella—. Y le aconsejaría que no me respondiera—

Di un paso al frente, bajando los brazos mientras la fulminaba con la mirada. Ver a Liam me había puesto a la defensiva, y si estaba pagándolo con ella... mala suerte. Se calló en cuanto avancé. —Si quiere ponerse tiquismiquis con los títulos, entonces para usted soy la jefa de cocina Carter. Ahora, lárguese de mi cocina.

—Usted no puede decirme qué—

Levanté la mano y señalé la salida, sin inmutarme. —Tengo demasiados pedidos que atender y demasiados platos que preparar para que usted ande dándome la tabarra y apestando el lugar con cualquier fragancia que no es bienvenida cerca de la comida fresca. Salga de mi cocina y busque otro sitio donde quejarse de un *desorden*. Todos ustedes.

Llevaba este sitio de manera demasiado estricta como para que *nadie* me acusara de tener una cocina sucia.

Liam salió de su ensimismamiento. Sacudiendo la cabeza, soltó un bufido. —No puedes decirme qué hacer, Em.

Oírle acortar mi nombre fue como una puñalada en el corazón. Apreté los dientes y dejé que viera lo cabreada que estaba.

—Ahora este complejo es mío —explicó.

—Ya he atado cabos. Gracias —le solté con sarcasmo—. Pero esta sigue siendo mi cocina. A menos que quieras que haya un montón de gente cabreada e impaciente ahí fuera, sal de aquí. Haz la visita guiada cuando todo esté recogido. Habla con tus nuevas conquistas cuando no estemos ocupados.

Kev hizo una mueca, bajando la cabeza. —Está aquí por la adquisición del complejo, Emmaline. No es una conquista.

A mí me parecía lo mismo.

Sin dejar de mirar a Liam con furia, retrocedí hacia la parrilla y retomé el trabajo, recuperando mi ritmo al instante.

Liam soltó un largo suspiro y ladeó la cabeza, indicando a aquel hombre y a la mujer que salieran. —No quisiera estorbar —dijo al marcharse, con un tono tan sarcástico y gélido como el mío.

Solo cuando se fue, con Kev siguiéndoles los talones, pude encogerme y soltar una bocanada de aire. Greg dejó su puesto en la parrilla para ponerse frente a mí. —¡Liam Weston! ¿Él es el nuevo dueño?

Levanté la cabeza; sentía como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago. Aún me costaba respirar.

—Está *aquí* —añadió Greg, teatral pero serio.

—¡Ya lo he visto! —le espeté.

—¿No lo sabías? —preguntó él.

—Esa olla está a punto de rebosar. —Me puse a su lado, dejando que otro cocinero se encargara de lo que yo estaba haciendo—. No, no lo sabía. No sabía ni que estuviera por la zona. —Liam nunca volvía al lugar donde nos habíamos criado. Después de los primeros dos años, supuse que nunca lo haría. Verlo aquí era una conmoción.

—¿No sabías que era el nuevo dueño? —Greg sacudió la cabeza, tan atónito como yo. Él era la única otra persona que sabía que Liam era el padre de Rory.

—¡No! —Antes de ponerme con alguna olla o sartén, saqué el móvil y le escribí a mi hermano.

Em: **¿Sabías que Liam estaba otra vez por aquí?**

Eso apenas importaba. Jack y Liam habían mantenido el contacto a lo largo de los años.

Em: **¿Sabías que ha comprado el complejo?**

—¿Tu hermano no lo sabía? —preguntó Greg.

—Le acabo de escribir. No me dijo nada. Son amigos y han estado en contacto, pero no mucho. —Fruncí el ceño, esforzándome por concentrarme en lo que tenía que hacer. Estaba allí para trabajar, no para perder los papeles porque el padre de mi hijo hubiera aparecido. Estaba allí para cocinar, no para entrar en pánico porque mi aventura prohibida de una noche fuera mi nuevo jefe.

—Ninguno sabíamos quién había comprado el complejo —le dije a Greg.

—Ya lo sé. Lo sé, pero joder, Em. De entre toda la gente...

Tragué saliva y asentí. De toda la puñetera gente que podía estar aquí...

—Vas a tener que enfrentarte a él y hablar con él y... —Me puso una cara de espanto—. ¿Y si se entera de lo de Rory y—?

—Una cosa cada vez —dije levantando la mano—. No *tengo* por qué hablar con él.

—Más o menos has dicho que lo harías —intervino Avery, que seguía cerca. Ella también sabía que Rory tenía un padre ausente, pero, al contrario que Greg, nunca se había puesto a investigar quién era Liam.

Negué con la cabeza. —Los he echado de la cocina solo para quitármelos de en medio. Para ganar tiempo para entrar en pánico y volverme loca. —Y para pensar cómo gestionar esto. No se me ocurría nada, pero el móvil vibró y me libró de tener que pensar por un segundo.

Jack: **Sí, sabía que iba a volver por el pueblo. Mencionó algo de un trabajo por la zona. Quizá se refería al complejo.**

Jack: **¿Y a ti qué más te da? Es amigo mío, no tuyo. No tenías por qué saber que volvía.**

Solté una carcajada amarga ante eso. Era amigo de Liam, pero Liam también era el padre de mi hijo. A Jack nunca le había gustado la

idea de que ninguno de sus amigos se interesara por mí, pero a veces no parecía protección de hermano mayor, sino más bien celos de que alguien prefiriera pasar tiempo con otra persona antes que con él.

¿Que no tenía por qué saberlo?

Trabajaba aquí, joder.

¿Cómo no iba a estar al tanto de esta noticia? Si pensaba que su amigo iba a comprar el sitio donde yo trabajaba, ¿no tendría sentido mencionarme la posibilidad?

Sacudiendo la cabeza ante la ironía de cuánto habría agradecido el aviso sobre la reaparición de Liam en mi vida, solté un suspiro tembloroso.

—Whitney.

Ella se acercó deprisa. Sam la acompañaba. Toda la cocina estaba pendiente de mí ante la amenaza de la aparición del nuevo dueño.

—¿Dime? —preguntó la esbelta camarera.

Las miré a los ojos. —Id a ver de qué están hablando ahí fuera.

Whitney asintió y Sam me hizo un saludo militar.

Todos estaban nerviosos y en vilo por lo que el cambio de propietario significaría para sus vidas y su lugar de trabajo.

Pero ahora que él estaba aquí, a mí me invadía la ansiedad por intentar ocultarle un cambio crítico a *él*: el hecho de que me había dejado con un hijo hacía cinco años. Un hijo del que probablemente se arrepentiría si se enterara ahora.

No te preocupes, Rory. Me tienes a mí. Siempre me tendrás a mí.

Y eso tendría que seguir siendo suficiente para nosotros.

6

LIAM

Nina, Danny y yo seguimos a Kev fuera de la cocina. Greg no bromeaba cuando llamó a Emmaline *la Jefa*. Puede que a Kev lo hubieran contratado para gestionar el complejo, pero no actuaba como si tuviera autoridad alguna —ni como si la quisiera— cuando ella hablaba.

—Nos ha echado de la cocina de malas maneras —se quejó Nina con un bufido.

Emmaline nos había ordenado que nos largáramos. Normalmente, no permitiría que nadie me dijera cuál era mi sitio en una propiedad de mi familia. Pero mientras nos apartábamos del camino de las ajetreadas camareras y del equipo de cocina que hacía mil cosas a la vez, me di cuenta de que probablemente no era muy inteligente pretender hacer visitas turísticas en un momento así.

—A ti no te gustaría que alguien se entrometiera en tu oficina, ¿verdad? —le pregunté.

Nina me miró entrecerrando los ojos, pareciendo más enfadada por el hecho de que no le diera la razón.

En esa cocina imperaba un espíritu de equipo inquebrantable, y al volver a entrar en los salones del restaurante y ver a todos los clientes comiendo o esperando mesa, supe que era mejor no fastidiar algo que funcionaba tan bien.

—No me lo puedo creer —se quejó Nina—. De verdad nos ha dicho que nos quitáramos de en medio. —Frunció el ceño y sacudió la cabeza mientras Kev nos indicaba que siguiéramos a una camarera hasta una mesa—. ¿Os lo podéis creer?

No, la verdad.

No podía creérmelo. No que Emmaline fuera tan insolente y desafiante, sino el hecho de haberme encontrado con la hermana pequeña de Jack después de todo.

Me senté con la cabeza aturdida, todavía atrapado en las secuelas de la impresión de haberla visto.

Tampoco podía creer que *aquella* mujer fuera Emmaline Carter. Cinco años no era tanto tiempo, pero había cambiado. Sus ojos castaños todavía chispeaban con pasión; no de deseo, sino de una terca frustración por habernos presentado en su cocina y por las acusaciones inventadas de Nina sobre la falta de limpieza y orden. Su larga melena de ondas castañas parecía tan sedosa como siempre, a pesar de llevarla recogida y apartada de la cara mientras trabajaba con comida.

Reconocerla no me había costado nada, a pesar de que la última vez que la vi llevaba un vestido rojo ajustado para su fallida cita de San Valentín. O nada en absoluto. La última, ultimísima vez que la vi, estaba desnuda bajo las sábanas. Bajo la holgada chaqueta blanca de chef y con el grueso delantal negro ocultando casi todo su cuerpo, no había mucho que ver. Y sin embargo, se veía distinta.

Sexy.

Más madura, de algún modo.

—¿Liam?

Parpadeé, saliendo de mi asombro por habérmela encontrado. Danny me sonreía, divertido de verme tan perdido en mis

pensamientos. Inclinó la cabeza hacia un lado, indicándome que la camarera me había hablado.

—Buenas noches, señor. Mi nombre es Whitney y estaré encantada de tomarles nota de las bebidas.

—Ah. —Eché un vistazo a la mesa—. Esto... ¿alguna sugerencia?

Danny se rio por lo bajo. Kev sonrió con desgana. —Las acaba de decir todas.

Y yo estaba perdido en el recuerdo de tu jefa de cocina.

—No se preocupe —dijo Whitney con una sonrisa agradable—. No me importa repetirlas—.

—No hace falta. No es culpa suya que yo no estuviera prestando atención. —Sacudí la cabeza—. Tomaré lo mismo que él —dije, señalando a Danny. Teníamos gustos bastante parecidos.

Una vez que Whitney tomó nota de las bebidas y Kev sugirió una muestra de sus aperitivos favoritos, nos dejó solos. Antes de que nadie pudiera hablar, un hombre se nos acercó con una sonrisa, con un aire de ser el que mandaba allí. No parecía un cliente, y cuando inclinó la barbilla en señal de reconocimiento hacia Kev, supuse que trabajaba en el complejo.

—Ah, Pierce. —Kev se incorporó—. Señor Weston, Nina y Danny, les presento a Pierce Smithson, mi subdirector.

—Nina —corrigió ella fríamente.

—Nina. —Kev intentó sonreír, perdiendo la confianza tras el error. Cuando Pierce llegó a nuestra altura, Kev terminó las presentaciones. Comparar a los dos hombres era casi de broma. Kev parecía el empollón, torpe y con pocas habilidades sociales, mientras que Pierce se mostraba calmado, seguro y con todo bajo control. Demostraba más profesionalidad, pero también una actitud más astuta, como si no fuera alguien en quien pudiera confiar todavía.

Por el amor de Dios. No todo el mundo quiere darte caza, tío.

Confiar en los demás siempre sería una asignatura pendiente para mí.

Pierce no dijo mucho más allá de una bienvenida general y su entusiasmo por trabajar con nosotros. Sin embargo, el motivo de su visita a la mesa era llevarse a Kev para gestionar una «situación» con la compañía eléctrica.

—Eso no suena nada bien —dijo Nina una vez que el subdirector nos dejó.

—Pero *todo* esto sí —dijo Danny mientras ojeaba el menú.

—Va a ser difícil decidirse —estuve de acuerdo.

—Dudo que haya nada que no se pueda encontrar en cualquier otra parte del mundo —masculló Nina.

Pero lo hay. Estos platos los iba a preparar Emmaline Carter. Era ridículo el significado que aquello tenía para mí.

Mientras Danny y Nina hablaban del menú y de lo lleno que estaba el Francino's, yo luchaba por quitarme de la cabeza el recuerdo de Emmaline. Lo sorprendida que parecía al verme. Lo rápido que había salido en defensa de «su» cocina.

—Liam.

Fruncí el ceño, molesto por esa costumbre de que alguien tuviera que repetir mi nombre para sacarme de mis pensamientos de esa manera. Emmaline ya estaba acaparando todas las demás preocupaciones e ideas de mi cabeza. —¿Eh?

Danny soltó una carcajada. —Decía que este sitio es, sin duda, el ancla del complejo.

—Lo es. —Señalando el comedor abarrotado, asentí, sabiendo que Maple Ville no podía fracasar con este lugar en funcionamiento—. Está claro que al restaurante le va bien. Atrae a la gente de la zona

para cenar aquí. Pero basándome en las reservas y en cómo va el alojamiento, comen pero no se *quedan*.

—Así que no tendré que perder el tiempo promocionando el restaurante —concluyó Nina.

—No. Tendrás que centrarte en el resto del complejo —dije—. Me pondré en contacto con Xavier para que venga a planificar una sesión de fotos y una campaña.

Ella apretó los labios mientras llegaba la comida. Danny y yo dimos las gracias a Whitney y a otro camarero, Sam, por los platos, y no esperamos para empezar a comer.

—Es obvio que necesitaremos una campaña para volver a poner a Maple Ville en el mapa —dije entre bocado y bocado de la deliciosa comida—. Algo que atraiga a más huéspedes para mejorar el retorno de la inversión.

Nina sonrió con suficiencia. —Entonces quizá deberíamos contar con echar un vistazo también a Recursos Humanos y contratar a un chef mejor.

Danny frunció el ceño. —¿De qué estás hablando? Esta comida es fenomenal.

Nina se encogió de hombros. —Está bien, sin más.

—Hace meses que no te veo terminarte un plato entero, Nina —dije con ironía—. Nadie te ha obligado a comer. ¿Por qué no puedes admitir que ese pollo es el mejor que has probado, quizá en tu vida?

Ella puso los ojos en blanco. —Vale. Estaba aceptable.

Ahora fui yo quien puso los ojos en blanco. ¿Aceptable? La mayoría de los días estaba al borde de la inanición con ese rollo del ayuno intermitente y rara vez comía como es debido. Para que lo hubiera devorado así, tenía que estar delicioso. Mi filete estaba excelente, y me arrepentí de no haberlo comido más despacio para saborearlo mejor.

—Pero si vamos a promocionar este lugar, lo lógico es tener un personal por el que pondríamos la mano en el fuego. Esa mujer ha preparado una comida decente. —Dejó la servilleta en la mesa—. Pero no es una jefa de cocina acreditada con cinco estrellas.

No había revisado ninguna información sobre los empleados de aquí, pero sabía que otras personas a las que empleaba tenían acceso a todo ello.

—No creo que nos centremos en convertir esto en nada de cinco estrellas —dijo Danny, mirando a su alrededor—. No hace falta que lo sea.

—No, no hace falta —asentí.

—Si esto es demasiado exclusivo, no funcionará bien en este entorno —dijo Danny—. Tenemos que considerar la asequibilidad para el cliente objetivo.

—Lo sé. —Nina bufó—. Pero tener a un chef acreditado y con un título de verdad no vendría mal.

Normalmente, estaría de acuerdo con eso. Sin embargo, el talento real hablaba por sí solo, no había duda. Emmaline tenía talento de sobra. Ahora que la idea de su formación, o la falta de ella, rondaba mi mente, tuve que volver a recorrer el camino de los recuerdos.

La razón por la que acabamos en la cama aquella noche fue porque ella estaba muy afectada por haber tenido que dejar la universidad que había elegido. Jack nunca hablaba de ella cuando manteníamos el contacto. No sabía qué había estado haciendo Emmaline en estos últimos cinco años. Hiciera lo que hiciese, no le había impedido desarrollar la habilidad de preparar una comida exquisita.

No soy un hombre fácil de impresionar, pero ella sin duda me había dejado boquiabierto con esta cena.

—No me entusiasma esa idea —le dije a Nina—. Deja que la comida hable por sí sola.

Ella frunció el ceño y miró a un lado cuando Whitney volvió para ver cómo iba todo.

La felicitamos, aunque los cumplidos deberían haber ido dirigidos a Greg y a Emmaline. —¿Podría pedirle a la jefa de cocina que saliera un momento para que pudiéramos felicitarla? —pregunté.

Whitney nos dedicó otra de sus radiantes sonrisas. —Por supuesto, señor.

Nina puso los ojos en blanco y yo hice lo posible por ocultar una sonrisa ante el hecho de que mi momento de ver a Emmaline aún no había terminado por esa noche.

7

EMMALINE

Whitney se me acercó a la parrilla cuando el ajetreo de la cena por fin había terminado. Lucía una amplia y pícara sonrisa, con las manos entrelazadas a la espalda mientras se deslizaba hacia mí.

—¿Qué? —pregunté sorprendida, volviendo a mirarla cuando su sonrisa se ensanchó aún más.

—A nuestro guapo nuevo dueño le gustaría felicitar a la chef —respondió ella.

Bajé la cabeza y solté un gruñido.

—¡Toma ya! —festejó Greg—. Sabía que ese hombre no sería capaz de quitarme los ojos de encima ni de resistirse.

Levanté la cara para lanzarle una mirada de horror.

—Es que soy demasiado irresistible aquí atrás. —Se frotó los nudillos contra la camiseta—. Es el encanto irlandés, chicas. Nunca falla. —Me guiñó un ojo.

Me apreté los labios y le dirigí una mirada severa, ya que Whitney me daba la espalda. Aunque agradecía sus tonterías, sospechaba que estaba exagerando más de la cuenta ahora mismo porque sabía las pocas ganas que tenía de hablar con Liam. Y el motivo. Sin

embargo, era una broma del destino, porque yo era la que Liam una vez consideró demasiado irresistible para contenerse.

—Iré yo —se ofreció Greg.

Whitney le puso la mano en el hombro y dijo: —Ni hablar. Preguntó específicamente por *ella*. —Luego volvió a sonreír, recordándome al Grinch antes de robar la Navidad.

—Qué maravilla —respondí con tono impasible—. Dile que saldré en un minuto.

Un minuto me parecía demasiado poco. Una vida entera era demasiado poco. Sinceramente, no creía que volvería a ver a Liam Weston, y mucho menos así.

Greg me dio un golpe con la cadera, sacándome de la mirada perdida que había clavado en la parrilla que estaba limpiando. —Todo irá bien. No dejes que te afecte.

Asentí mientras escuchaba sus ánimos.

—Sal ahí fuera y deja que te diga que el filete que ha pedido es lo más delicioso que ha comido nunca. Aparte de ti, quizá.

—¡Oh, por Dios! ¡Para! —No necesitaba el recuerdo de Liam bajando entre mis piernas. No justo antes de enfrentarme a él. Ni nunca. Hay cosas que deberían quedarse en el pasado.

Él se río, disfrutando claramente de lo mucho que me incomodaba.

Pero esto no era, ni de lejos, lo más difícil con lo que tendría que lidiar en la vida. Con la barbilla en alto, me eché el trapo limpio al hombro. —Esto es trabajo. Son negocios. —No estaba segura de si se lo estaba recordando a él o si me estaba dando una charla motivadora que sirviera de aliento. Él asintió de todas formas.

—No se mencionará ninguna parte del pasado.

Sacudió la cabeza, conforme.

—Y no hay absolutamente ninguna necesidad de mencionar el hecho de que me dejó con un hijo.

Greg hizo el gesto de cerrarse la boca con una cremallera.

Yo nunca le ofrecería esa información. Si Liam no había visto motivo alguno para saber de mí en cinco años, entonces podía pasar otros cinco, o cincuenta, sin hacerlo. Jack nunca me mencionaba a Liam, y dudaba que Liam le preguntara por mí.

—Solo es un hombre de negocios en traje. Se irá tan rápido como ha venido.

Greg aplaudió. —Esa es mi chica. Ahora sal antes de que piense que tardas demasiado y que estás dándole largas.

—Es que *estoy* dándole largas.

Hizo una mueca de dolor fingida. —Eso no queda bien, Em. Termina con esto de una vez. —Apartándome de la parrilla, prácticamente me empujó hacia la salida.

Salí de la cocina con los nervios anudados en el estómago, pero me negué a dejar que él lo notara. Liam Weston no estaba aquí solo como un inoportuno fantasma del pasado. Estaba aquí como el nuevo propietario, el nuevo jefe por encima de todos nosotros.

Había que lograr un delicado equilibrio entre ser educada y firme sobre no permitir cambios en la cocina. En cuanto llegué a su mesa, me aclaré la garganta y me olvidé por completo de mi charla con Greg. Esto *era* un negocio. No estaba segura de cómo mostrarme firme para que no estropeara nada, así que opté por otro enfoque.

—Cuánto tiempo sin verte —dije a modo de saludo, con un tono entre sarcástico y real. Liam se había presentado antes en la cocina, pero yo me refería al hecho de que no nos habíamos visto en cinco años antes de aquello.

Nina hizo una mueca. —Qué graciosa. Si te acabamos de ver hace una hora.

—¿En mi cocina «desastrosa», verdad?

Vale, baja el tono. Deja que diga que estaba bueno y vete. Con eso bastará para cumplir con este papel de cortesía.

Debido a nuestro pasado, al secreto de que tenía un hijo suyo y a cómo ostentaba ahora el poder sobre mi lugar de trabajo, me sentía obligada a estar a la defensiva. A verlo como el problema.

Ella entrecerró los ojos.

—Un momento —dijo el director financiero.

Busqué su nombre en mi memoria. *¿Davis? No. Danny.*

Él captó que Nina estaba lista para replicar algo y la interrumpió para sonreírme a mí y luego a Liam. —¿Os conocéis vosotros dos?

Asentí. —El Sr. Weston es un viejo amigo de mi hermano. —Eso estaba mejor. Poner distancia entre Liam y yo no borraría el pasado que compartíamos, aunque fuera de una sola noche, pero ayudaría a mantenerlo alejado.

—Me crié aquí, Danny —dijo Liam con naturalidad, como si le divirtiera tener que recordárselo.

—¿Ah, sí? —Nina arrugó la cara—. Cuando tu padre me contrató, hizo que pareciera que eras neoyorquino de pura cepa.

—La familia de mi madre era de esta zona y pasé la mayor parte de mi infancia aquí. —Liam levantó sus penetrantes ojos azules hacia mí y asintió despacio—. Y tiene razón. Jack Carter y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo.

Bajo su atención directa, me sentí demasiado atolondrada para mi propio bien. Soportando el peso de su mirada sobre mí, resistí el impulso de inquietarme o apartar la vista. No era justo que pareciera capaz de ver a través de mí mientras escrutaba mi rostro. Y no era justo que nuestro reencuentro fuese de esta manera.

Él, con un aspecto impecable y elegante con ese traje, sentado allí tan sexi y distinguido, como si el haber envejecido cinco años lo hubiera vuelto más atractivo e inalcanzable.

Y luego yo, de pie aquí torpemente y luchando contra el rubor mientras entrelazaba las manos frente a mí en un débil esfuerzo por ocultar mi delantal sucio y mi camisa blanca holgada. No quería ni imaginar cómo tendría el pelo después de llevarlo recogido y apretado toda la noche en la calurosa y vaporosa cocina.

Basta. Basta de tonterías. No importaba mi aspecto. Esto era trabajo. Negocios. Nada más. Me defendería por mi comida y mi ética laboral, no por mi apariencia.

¿Has tenido ocasión de saludarle ya? —le pregunté a Liam, manteniendo el foco en que conocía a mi hermano. No a mí.

Aparte de haberse acostado conmigo aquella fatídica noche, él ya no me conocía.

—Todavía no —respondió él, sin dejar de recorrerme con la mirada como si aún no pudiera asimilar que nuestros caminos se hubieran cruzado de nuevo—. Pero tengo ganas de ponerme al día con él. No ha sido fácil mantener el contacto con lo mucho que viajo, pero me alegra poder verle mientras estoy en el pueblo por este proyecto de adquisición.

—Quizá podáis intentar saltar otra vez con el trineo esa colina que hay junto a la casa del viejo Crawford.

Una lenta sonrisa iluminó su rostro. —Nadie ha podido. No sin magullarse el coxis y destrozar el trineo.

—Hace unos años, alguien escribió un artículo sobre ello. Se hizo viral.

Él se rio entre dientes, sacudiendo la cabeza. —Cada vacaciones de invierno, hacíamos un concurso para ver quién lograba superarla.

—Jack y tú todavía ostentáis el récord.

Nina se aclaró la garganta, interrumpiendo lo que me parecía el comienzo de una conversación decente e inofensiva. Ella no estaba por la labor e irrumpió directamente en el asunto. —Esto es una reunión de negocios.

Vale, está bien. Menuda tipa.

—¿Cuáles son tus credenciales para dirigir la cocina aquí en Francisco's? —preguntó ella.

—Es *Francino's* —corregí con acritud.

—Mmmm. —Frunció los labios—. Con cada adquisición que Weston LLC asume, revisamos minuciosamente al personal. No he podido evitar notar que has obtenido un puesto alto sin la formación académica que lo respalde.

Maldita mujer.

Me crucé de brazos. —¿Qué tal la experiencia, entonces? Porque es gracias a mi sangre, sudor y lágrimas que esta cocina tiene el éxito del que ahora goza. —Me señalé con el dedo—. Yo di forma a este lugar hasta convertirlo en lo que es mientras el resto del complejo se deterioraba. Así que bájese de su pedestal y tenga algo de respeto.

—Tranquila, Em —dijo Liam con parsimonia—.

—No me llames así. —Entrecerré los ojos hacia él. Quizá fue un error por mi parte entablar una charla trivial sobre los buenos viejos tiempos y sugerir que podíamos estar en términos amistosos o familiares. Pero esto *era* un negocio. Y no me gustaba esa sutil amenaza que cuestionaba si era apta para mi puesto.

—Emmaline, debo advertirte que *yo* estoy más cualificada para determinar qué es un éxito o no en el sector de la hostelería. Y ahora mando *yo*.

Apreté los dientes tanto que me dolió la mandíbula. Bajando los brazos, me incliné más cerca. Era lo mejor que podía hacer para enfrentarme a él y parecer fuerte. —Muy bien, Sr. Experto. Adelante,

compre la propiedad. Pero le reto a que estropee esa cocina o este restaurante cuando solo va a estar aquí un par de semanas para dárselas de importante antes de marcharse volando a cualquier otro lugar.

Suponer que no se quedaría por aquí no era más que una corazonada. Sin embargo, rezaba para tener razón y para que se fuera más pronto que tarde.

En ese momento, yo tenía la sartén por el mango para dejarle con la última palabra. Me di la vuelta y me alejé, indignada por haber perdido el tiempo aquí fuera cuando podría haber estado limpiando la cocina para irme a casa con *mi* hijo.

Y ni siquiera has alabado ni una maldita cosa de la comida, imbécil.

Puse los ojos en blanco y empujé la puerta batiente de la cocina, sin dedicarle ni una mirada a él ni a sus compinches corporativos.

8

LIAM

Emmaline se equivocaba.

Yo no estaba aquí en Maple Ville para *parecer* importante. Mi presencia en este complejo *era* importante. Prefería ver una propiedad en persona que conocerla a distancia o enviar a alguien en mi lugar. Ese era el orgullo que sentía por mi trabajo, por el negocio familiar.

A medida que me familiarizaba con el complejo, instalándome en la mejor suite que tenían, fui dándome cuenta de la mucha ayuda que necesitaba la propiedad.

No todo estaba en una situación desesperada. El restaurante estaba bien. Todo lo demás necesitaba atención y, tras un primer vistazo, parecía una adquisición de gran envergadura.

Nina y Danny ya habían empezado el proyecto cada uno en sus funciones, pero también había hecho venir a un par de planificadores ejecutivos más para ayudar. Yo contrataba a los mejores y esperaba lo mejor, y sacaríamos este lugar adelante.

Durante los primeros días, me encerré en mi suite y analicé minuciosamente los documentos, inventarios, salarios y todo el papeleo que dibujaba un panorama sombrío. Una imagen de declive y mala presupuestación. No ayudaba que se esperara que Kev

gestionara el lugar sin ningún tipo de información de los anteriores propietarios.

—Sabes —dijo Danny una tarde, cuando nos reunimos en mi habitación para repasar material—, si no fuera por Francino's, hacerse cargo de este sitio sería una pérdida.

Asentí. —Estoy de acuerdo.

—Es un detalle que Emmaline haya sido tan servicial enviando todos los documentos —comentó.

—¿Emmaline te está entregando las finanzas del restaurante? —Arqueé una ceja.

—Sí. No suelo ver el trabajo de alguien tan organizado como yo. —Se rio entre dientes—. Parece que se ha encargado de gran parte de los pedidos y presupuestos incluso antes de que Kev despidiera al último gerente del restaurante.

—Mmm. —Estaba notando una tendencia. Emmaline era muy protectora y posesiva con el restaurante, y empezaba a tener más sentido el porqué. Le dedicaba toda su atención y esfuerzo, y parecía que no quería que ese trabajo fuera en vano.

Eso no quería decir que debiera permitirle ser tan terca y atrevida por sistema.

Cuando me cansé de forzar la vista mirando pantallas y papeles, salí de mi habitación y exploré un poco más el complejo. Esa inquietud y molestia general con el mundo estaban volviendo. Al otro lado de los amplios ventanales, el cielo seguía gris. La nieve cubría la montaña a lo lejos, tapando todo lo que alcanzaba la vista, pero era una escena muy diferente a la que estaba acostumbrado en Nueva York.

Por mucho que odiara darle la razón a Emmaline con eso de que no estaría aquí por mucho tiempo, tenía planeado marcharme en un par de semanas más o menos. El sol tropical me esperaba en Cancún.

Sin embargo, cada vez que pensaba en ello, reformulaba mis pensamientos de modo que se sentía como alejarse de Emmaline. Verla de nuevo había encendido algo en mi interior, pero no lograba identificar qué era.

Seguía siendo la hermana pequeña de mi amigo. No se suponía que fuera nadie para mí. No se suponía que significara nada para mí. Nada más que el recuerdo de una noche de pasión cuando ambos nos sentíamos vulnerables y deseábamos una distracción de los cambios de nuestras vidas.

Pasé por delante del vestíbulo principal y me di cuenta de que Xavier había llegado y estaba hablando con Nina. Estaban sumidos en una conversación, así que giré por otro pasillo para evitar verlos. Me pondría al día con el director de relaciones públicas más tarde. Cuando él y Nina se ponían a hablar de tecnicismos de PR, sentía que hablaban otro idioma. Nunca me había importado seguir las tonterías de internet, pero claro, me habían criado con una perspectiva negativa de los medios. Cuando mi abuelo continuó con su costumbre de acostarse con empleadas de todos los hoteles y muchas de ellas afirmaban haberse quedado embarazadas de él, mi padre despotricaba y clamaba contra la invasión de la privacidad que provocaba que un miembro de la familia no fuera decoroso.

Al girar la esquina, casi choco con otra cara conocida del pasado.

—¡Eh! ¡Liam! —saludó Jack.

Sonreí al reconocer a mi amigo de la infancia mientras nos abrazábamos y saludábamos. —¡Jack!

Éramos mejores amigos entonces, pero como les pasa a la mayoría de los adultos con los años, nos distanciamos. Fue sobre todo culpa mía, siempre viajando y yendo de un lado a otro por la empresa. Jack nunca pareció querer irse.

—¿Cómo va todo, tío? Me preguntaba cuándo tendría oportunidad de verte —dije.

—Va bien. ¿Y tú? ¿Cómo has estado?

—Mejor que nunca —mentí.

—Lo mismo digo. Lo mismo. —Sonrió, pero parecía forzado.

—Oye, no sabía que me encontraría con tu hermana aquí.

Jack se encogió de hombros. Nunca le había gustado que mencionara a su hermana, como si saber que tenía a Emmaline en mente fuera un acto que rompiera el código entre hombres.

Por eso nunca vas a enterarte de aquella noche en que me la follé.

—Ah, sí. —Miró a su alrededor—. Es cocinera en la cocina. Acabo de traerla.

Se veía igual, con el pelo castaño ligeramente largo en ese estilo informal entre descuidado y elegante. Era un espíritu libre, y dudaba que llegara a pisar una sala de juntas. Antes pensaba que nuestros opuestos eran los que nos hacían tan buenos amigos. Yo venía de la riqueza y él de la clase media. Él podía ser extrovertido y encantador, mientras que yo era un poco más reservado y callado. Verlo en persona hizo que me sintiera culpable por no haber intentado vernos en los últimos cinco años. Si seguíamos así, estaríamos más distanciados cuanto más mayores nos hiciéramos.

Me puse al día con él, respondiendo a sus preguntas sobre dónde había estado por última vez y a dónde iría después.

—Ir saltando por todo el mundo es algo que viene con el trabajo —dije con un suspiro. Quería preguntarle qué tal le iba el trabajo, ya que él nunca daba detalles. Además, el recordatorio de que nunca me quedaría en un sitio mucho tiempo también podía agotarme. Como si no perteneciera a ningún lugar excepto a mi oficina.

—Hay cosas que nunca cambian —dijo con una sonrisa burlona—. Tienes demasiada sed de aventuras en la sangre.

Yo no sabía si lo llamaría sed de aventuras u obligación de dirigir la empresa.

—Bueno, me alegra que te vaya bien. Y que el negocio funcione. Supongo que mientras la gente quiera alojarse en un hotel, tendrás seguridad laboral.

Mirando a mi alrededor, resistí el instinto de poner los ojos en blanco. —No estoy seguro de poder decir lo mismo de este sitio. No hay mucha gente que quiera quedarse aquí.

—Seguro que tú cambias eso. Todo el mundo sabe que una propiedad de los Weston garantiza una buena estancia.

Después de analizar los números con Danny y Pierce, ya que este parecía estar más informado de las finanzas que Kev, no estaba seguro de cuánto tiempo nos llevaría.

—Oye, escucha, tío —dijo—. Me gustaría hablar un poco más, pero tengo que irme.

Jack siempre era amable, pero no podía ignorar la sospecha de que parecía estar ocultando algo. Que estaba ansioso por alejarse de mí.

Por el amor de Dios, para ya.

¿Por qué tu primer pensamiento tiene que ser que te oculta un secreto?

No todo el mundo va a por ti.

Mi reticencia a confiar en nadie me crispaba los nervios. Tenía que preguntarme si tenía depresión estacional o si estaba dejando que la ansiedad social me venciera. Habían pasado años desde que Kelly arrastró mi nombre por el fango e intentó escandalizar a la empresa.

¿Cuándo lo superaría? ¿Cuándo sería capaz de confiar?

Es Jack. No está actuando con secretismo.

—Nos vemos —le dije, planeando que así fuera. Quizá la próxima vez que lo viera, encontraría la forma de preguntarle cómo le iba a Emmaline. Sin embargo, tendría que preguntar de tal manera que él no sospechara. Pasara lo que pasara, si se enteraba de que me acosté con su hermana, nuestra amistad se iría a pique.

Nos separamos y regresé hacia el vestíbulo.

Xavier me vio entonces, y el enérgico director no perdió tiempo en acercarse a mí. —Ahí estás. —Dio unas palmadas, impaciente como siempre—. Nina y yo estábamos discutiendo ideas preliminares para una campaña promocional que consistirá en una cuenta atrás para el día de San Valentín. Así que, andando, señor. No tenemos mucho tiempo.

En realidad, esa fue la idea que yo le había mencionado a Nina. Utilizar San Valentín como temática.

Las vacaciones o las estaciones eran buenos puntos de partida para el material promocional. Aunque faltaba un mes para San Valentín, estaba seguro de que con Xavier encargándose de las sesiones de fotos y Nina publicándolo todo con inteligencia, conseguiríamos atraer más atención hacia este complejo.

Mientras lo guiaba a la sala de conferencias, Xavier y yo nos pusimos un poco al día, ya que no había trabajado directamente con él desde hacía varios meses. Una vez que entramos en la sala de reuniones donde Nina nos esperaba, terminó la charla trivial.

Discutimos sobre grabar vídeos y hacer fotos para compartir, pero no nos poníamos de acuerdo con el público objetivo.

—Yo digo que nos centremos en parejas mayores —dijo Nina—. Este lugar es un poco viejo y anticuado, así que encajaría.

—No es viejo —respondió Xavier—. Es rústico y antiguo. —Le señaló con el dedo—. No todo tiene que ir a la velocidad trepidante de la ciudad.

Ella se encogió de hombros como si no le importara. —Aun así, creo que centrarse en un público de parejas maduras para las salidas y escapadas de San Valentín podría ser lo mejor.

Xavier hizo una mueca. —¿El romance en la madurez como tema? Tendré que ponerme en contacto con un par de personas para que nos busquen a una pareja que protagonice la promoción.

—¿Por qué no usar parejas jóvenes? —pregunté.

Xavier asintió repetidamente. —Creo que eso sería más fácil. Y creo que encajaría con tu público objetivo. Tienes las estaciones de esquí cerca. Esto podría ser más para parejas jóvenes y aventureras que para jubilados. La mayoría de ellos se van a Florida de todos modos.

Nina tiró su bolígrafo sobre la mesa. —Lo que sea. Confío en vuestro criterio. Pero eso no quita que Xavier tendrá que encontrar a una pareja que protagonice los vídeos promocionales.

Me alejé de la mesa, cansado ya de soportar otra reunión. Levantando las manos en señal de rendición, sonreí levemente. —Os lo dejo a vosotros. Si queréis hablar de quién va a ser la pareja más romántica con fines promocionales, no contéis conmigo. —Me levanté y me alisé la corbata—. Ya no sé nada de romance.

No estaba seguro de si alguna vez lo supe. No es que le hubiera dado una oportunidad real, ni siquiera con Kelly, antes de que ella me robara. Estaba demasiado comprometido con mi trabajo y con asegurarme de que mi padre nunca me acusara de ser un donjuán y una carga escandalosa para el nombre de la empresa como hizo con mi abuelo.

Nina parecía querer decir algo, pero Xavier ya estaba embalado, hablando de los lugares que había visto en el complejo y que le gustaría utilizar para las sesiones de fotos.

Parece que aquí no hago falta.

Salí de la habitación, dejando que mi estómago me guiara hacia el restaurante. También había una pequeña pastelería en el complejo, pero no me apetecía un dulce habiendo pasado ya tanto tiempo de mi hora de comer.

Tras cruzar Francino's —vacío por ahora antes de la hora punta de la cena—, me admití que solo estaba buscando una excusa.

Una excusa para verla.

Emmaline.

La encontré en la cocina, picando verduras con una precisión tan rápida que parecía una ilusión óptica. Solo se detuvo para levantar la cara y lanzarme una mirada fulminante.

—Tienes que estar bromeando —me soltó como saludo gélido.

Estábamos solos, pero me di la vuelta para comprobar que no estuviera hablando con otra persona. —¿Qué?

—Hay que tener muchas narices para aparecer de la nada y hacer unos cambios tan estúpidos y ridículos en el menú.

Negué con la cabeza. —No tengo ni idea de lo que estás hablando.

Puso los ojos en blanco y dejó el cuchillo a un lado. Rodeando la encimera, se dirigió hacia mí con fuego ardiendo en sus ojos brillantes. Sin esa chaqueta blanca de cocina, grande y holgada, sobre su silueta esbelta, podía ver mejor a la mujer espectacular a la que no pude resistirme hace cinco años.

En su camino, agarró un puñado de papeles de otra encimera y me los estampó contra el pecho.

No estaba de humor para que me diera órdenes cuando yo era el jefe, así que le agarré la mano y la mantuve cerca, pegada contra mis pectorales.

—Explica esto, entonces —dijo desafiante.

Aún sujetando su mano, intenté ignorar la excitación de discutir con ella. Estando así de cerca, sus labios fruncidos eran imposibles de resistir. Los miré y respiré hondo, conteniendo el impulso de gruñir ante esta atracción instantánea hacia ella, este pico de deseo que me incitaba a probarla.

—Explícamelo tú *a mí* —dije, devolviéndole sus propias palabras—. Explícame cómo crees que puedes tener esta actitud conmigo.

—No me importa quién seas. Vale, has comprado la empresa. Estarás al mando hasta el punto de que tu familia firmará las nóminas y pagará las facturas. Pero eso no significará nada cuando desaparezcas en un par de semanas, igual que hizo la otra gerencia.

¿Por qué tienes tantas ganas de librarte de mí?

Era la segunda vez que me recordaba que no me quedaría mucho tiempo.

Con ganas de buscarle las cosquillas, me pregunté cómo reaccionaría si me quedara.

¿Por qué no me quería cerca? ¿Porque nos acostamos hace cinco años cuando sabíamos que no debíamos?

—Te estoy haciendo un favor —dijo ella, todavía insolente y segura de sí misma.

Era una mezcla embriagadora por la que no quería dejarme tentar.

—Sé lo que funciona para este restaurante. También sé lo que no funcionó antes. Quiero que Francino's sea un éxito porque estoy comprometida con mi trabajo. Y me importa ser la mejor posible. Si hubiera margen de mejora, sería todo oídos. Pero ese menú es una idea estúpida.

Incapaz de apartar la mirada de ella, me pregunté si se daba cuenta de que su mano seguía sobre mí. —Yo no he sugerido ningún cambio en tu menú.

—¿Entonces cómo llamas a esto? —Usé mi mano libre para arrancarle los papeles de su agarre. Pero mantuve su otra mano plana contra mi pecho. Algo en el hecho de tenerla atrapada cerca de mí estaba jugándole una mala pasada a mi sentido común. Tenía problemas de confianza. Con lo combativa que era conmigo desde el principio, no me sentía inclinado a confiar en ella, pero mentiría si intentara convencer a alguien de que me estaba pegando a ella con el único propósito de tener cerca a mis enemigos.

Apenas unos centímetros nos separaban.

¿Siguen tus labios tan suaves como los recuerdo?

¿Sigues suspirando cuando te besan?

¿Sigue siendo tu sabor picante y dulce como un postre exquisito?

Echando un vistazo a los papeles pero sin soltarla, me di cuenta de que Nina había intentado actuar a mis espaldas. Había pasado por encima de mí, ideando un menú alternativo, y se lo había enviado por correo electrónico a Em esta mañana. Yo no era un experto en esto, pero incluso yo veía que parte de esto era basura. Parecía que había cogido platos al azar y los había juntado en una lista de aficionados. Probablemente por ninguna otra razón que la de incordiar.

—Yo no he hecho esto —le dije.

—Ha venido de uno de tus correos electrónicos oficiales.

Negué con la cabeza. —Investigaré esto y me encargaré yo mismo. Pero debo recordarte que ahora el jefe soy yo. Soy el dueño de este lugar...

—Pareces un disco rayado.

Entorné los ojos. —¿Cuántas veces hará falta para que entiendas que yo mando aquí?

—Oh, lo entiendo perfectamente —soltó ella, inclinándose un poco y entornando aún más los ojos.

Discutir con ella no debería hacerme sentir tan vivo. Enfrentarme a ella se convirtió en un momento de tensión que no podía abandonar.

—¿Ah, sí? —la provoqué.

Casi podría haber salido vapor de su cabeza por lo furiosa que estaba, pero no me pasó desapercibido que desvió la mirada hacia mi boca. Casi como si estuviera recordando lo que era besarme.

Como si pudiera desearlo de nuevo. Muy ligeramente, me incliné hacia ella. Se le cortó la respiración. Yo...

—¡Eso es!

Di un salto hacia atrás ante la exclamación de Xavier. Emmaline ahogó un grito y también se apartó de mí.

—Eso es. Eso es lo que necesitamos.

—¿Qué? —exigí saber, confundido por su presencia allí y lo que quería decir.

Rodeando la encimera, sonrió y nos dio su característica doble palmada de impaciencia. —Esto es lo que necesitamos para la promo. Esa clase de química cruda y visceral.

Puse los ojos en blanco. —Xavier, ¿qué haces siquiera aquí?

—¿Quién es este? —preguntó Emmaline.

—Te dejaste el móvil y te seguí —me dijo el hombre bajito con el bigote espeso y oscuro—. Y he encontrado a la pareja.

—¿Nosotros? —Señalé con el dedo entre Emmaline y yo—. Eso no va a pasar.

—Oh, sí. Sí, Liam. *Va* a pasar. Vosotros dos tenéis el tipo de química que vendería cualquier cosa.

Emmaline resopló. —¿Química? No. Lo has entendido todo al revés. Podría estrangularlo.

Asentí. —Solo es una cocinera. No una actriz para una campaña de relaciones públicas.

—¿Actriz? —Las cejas de Emmaline se dispararon.

—Xavier, no. Te estás pasando. Solo es una empleada y yo no tengo nada que ver con ella. —Después de cómo mi abuelo se había acostado con demasiadas empleadas de Weston LLC, tenía cuidado de no hacer eso jamás. Él había desdibujado los límites con demasiadas mujeres jóvenes y a mí me repelía seguir sus pasos.

No ayudaba que Emmaline estuviera empezando a despertar en mí el inicio de una atracción latente.

Xavier se encogió de hombros. —Me habéis contratado para dirigir una campaña de PR, y eso es lo que estoy haciendo. Vosotros dos venderéis esta campaña. —Se puso las manos en las caderas, como si el asunto estuviera zanjado.

—Un momento. —Emmaline negó con la cabeza—. No. No, no, no. No estarás sugiriendo que finja que él y yo somos pareja para un rollo de relaciones públicas, ¿verdad?

Me puse frente a ella, conteniendo una sonrisa. Ya me había cansado de su terquedad. Cuando era más joven solía ser tan callada y mansa. Era excitante ver cómo se había convertido en esta mujer con carácter y seguridad durante los últimos cinco años, pero confiaba en que Xavier sabía de lo que hablaba. Si creía que Em y yo podíamos lograrlo y promocionar bien Maple Ville, seguiríamos sus indicaciones y lo haríamos. —Él lo sugiere, pero yo lo ordeno.

Ella frunció el ceño. —Sí, claro. No lo creo.

—Creía que acababas de decir que entendías que yo soy el jefe por aquí. —Me crucé de brazos—. Eso significa que colaborarás con lo que se espere de ti, ¿no?

Apretó los labios y me lanzó una mirada asesina. —Lo que sea.

9

EMMALINE

La idea de fingir que era pareja de Liam me atormentó durante toda la noche en el trabajo. Aunque no he cometido ningún error que delatara lo distraída que estaba, me he sentido como una hipócrita por estar absorta en mis pensamientos durante todo el turno. Por suerte, no me he perdido tanto en ellos como para volver a echar comida y aceite sobre un quemador y provocar un pequeño incendio.

Me sentía hipócrita, y no porque quisiera darle vueltas a Liam y a esa sensación de que había querido besarme antes, cuando estábamos discutiendo... sino más bien por el hecho de que parecía creer que *yo* quería que lo hiciera.

Ni hablar.

Ni en sueños.

Besarlo era lo último que se me pasaría por la cabeza, sin importar lo que ese tipo de relaciones públicas afirmara haber presenciado entre el mejor amigo de mi hermano y yo.

Ver a Liam y lidiar con él también era lo último en mi lista de prioridades. Esa noche conduje de vuelta a casa con ganas de ver a Rory. Volver a casa con mi pequeño siempre era lo mejor del día. Sin embargo, en el fondo de mi mente, no podía quitarme la idea de

que Liam estaba más o menos dispuesto a obligarme a actuar como si fuéramos pareja.

Para variar, Jack estaba cuidando de Rory. Avery era mi niñera de confianza, mi mejor amiga y la persona más fiable para cuidar de mi niño. Becca, su hermana, era mi plan B cuando Avery estaba en Francino's o trabajando en el complejo. Aunque a Avery le encantaba ir de un lado a otro y tener flexibilidad, Becca solía estar ocupada como profesora de preescolar. Puesto que pronto sería la profesora de Rory, que lo cuidara ella de vez en cuando encajaba a la perfección.

Esta noche, a Rory le tocaba estar con su tío.

Y conmigo.

Nada pudo borrar mi sonrisa cuando entré y él corrió hacia mí. —¡Mami!

El sonido de su grito de alegría nunca me cansaría.

Me agaché para que se lanzara a mis brazos. Al estrecharlo con fuerza, dejé que toda la dicha de ser su madre me inundara. Aspiré su aroma de niño pequeño. Sentí la presión de sus bracitos alrededor de mi cuello. Y saboreé la música de sus risas mientras le hacía cosquillas en los costados.

—Te he echado de menos, mami.

—Y yo a ti.

—¿Tú también te has echado de menos? —preguntó, como hacía siempre.

—Te he echado de menos a ti —le revolví el pelo rubio mientras lo dejaba en el suelo—. Pero ¿no es mucho, muchísimo más tarde de tu hora de dormir?

Sonrió con timidez. —He oído tu coche y quería saludarte —se puso de puntillas para darme un beso—. Y decirte adiós.

Me reí mientras lo seguía a su habitación, donde lo arropé de nuevo en la cama y le di un beso. Llegar a casa tan tarde solía significar que no tenía mucho tiempo para estar con él, pero eso solo implicaba que aprovecharía al máximo las mañanas y los días.

Jack estaba sentado a la mesa de la cocina, picoteando unas patatas con salsa con las que yo esperaba darme un capricho. Casi se habían acabado, pero no me quejé. Estaba haciendo de niñero gratis. Y yo no le había dicho explícitamente que no se las comiera.

La próxima vez tendría que esconderlas en el armario.

—¿A qué viene esa cara?

Después de pelear con Liam y de sentirme inquieta por su supuesta idea de fingir que éramos pareja por alguna estupidez de marketing, no tenía energías para buscarle pelea a mi hermano. —Liam. A eso viene esta cara.

Arqueó las cejas. —¿Qué pasa con él?

Me senté, deseosa de descansar mis pies cansados unos minutos. Mientras él terminaba con las patatas y la salsa, sin molestarse siquiera en preguntar si yo quería mientras las tenía delante, le conté lo poco que sabía sobre cómo Liam se estaba haciendo cargo del complejo. El director financiero, Danny, era amable y algo divertido. La mujer de relaciones públicas no era nada agradable. Y Liam era, bueno, un mandón.

Tras mi resumen, Jack se encogió de hombros. No parecía estar escuchando mucho, pero se aclaró la garganta y se puso serio. —No te metas con los Weston.

Fruncí el ceño. —¿Qué quieres decir con eso?

—Ya sabes a qué me refiero.

—La verdad es que no.

Puso los ojos en blanco. —Puedes llegar a ser muy cabezota. Y no es inteligente buscarle las cosquillas.

—¡No estoy haciendo nada! Solo estoy allí para trabajar, y él llega comportándose como si todo tuviera que cambiar.

—No, no solo estás allí para trabajar. Estás aquí quejándote y lloriqueando porque ha comprado el lugar. Si no lo hubiera hecho, apuesto a que quebraría y te quedarías sin empleo.

Odiaba que, en parte, tuviera razón. Y Francino's estaba más o menos ligado al Maple Ville Resort por el simple hecho de estar ubicado allí.

—Quejarme de él o de su relaciones públicas no es «meterse» con él.

Se levantó, sin molestarse siquiera en recoger la bolsa de patatas vacía mientras se preparaba para irse. —Es tu jefe. Y punto. La familia de Liam es poderosa y rica.

Bufé. —Es humano, igual que tú o que yo.

—En realidad, no. La gente con dinero importa.

Entorné los ojos ante su prejuicio. —¿Dices eso porque estás con el agua al cuello por las deudas? —Crucé los brazos, a la defensiva y cansada, pero también sin miedo a decirle las cosas claras. Tenía deudas hasta las cejas que yo le estaba pagando por la bondad de mi corazón.

Me señaló con el dedo. —Más vale que no se lo menciones nunca. ¿Me oyes?

—Apenas he hablado con él.

—Pues no lo hagas —siempre había sido raro respecto a que yo hablara con Liam, como si no soportara no ser el centro de atención. Y siempre había sido excesivamente sensible ante la posibilidad de que alguien se enterara de su pésima visión para los negocios y sus

repetidos fracasos comerciales. Se moriría de vergüenza. De todos modos, yo no era así. A Liam no le incumbía que Jack estuviera endeudado. Jack podía contarlo él mismo si quería.

—No le contaré nada de tus deudas —negué con la cabeza, molesta por que pensara que lo haría. Los asuntos familiares no debían ser públicos—. Pero joder, Jack, algún día tendrás que reconocer tus propios errores. Si no ante él o ante cualquier otro, al menos ante mí —esa era la cuestión. Nunca lo reconocía. Siempre ponía excusas, como si fuera la víctima y nunca el responsable directo de sus deudas y sus malas decisiones—. Aprende de tus errores para evitar repetirlos ocultándolos.

—¿Ves? —frunció el ceño. No levantaría la voz para no despertar a Rory, pero estaba cabreado—. A esto me refiero. A esa terquedad y a que actúes como una sabelotodo. Tienes que aprender a trabajar en equipo.

Solté una carcajada, incrédula. —¿Me estás diciendo que trabaje en equipo con respecto a *tus* deudas? ¡Si te las estoy pagando yo!

—Me refiero en general —dijo con desprecio, como si necesitara usar cualquier cosa para pelear conmigo—. Te quejas de mí. Te quejas de Liam en el trabajo. Tienes que aprender a llevarte bien por una vez.

Tienes que estar tomándome el pelo. En mi mente, me reía de él. *Qué gracioso, Jack. Unas bromas buenísimas. Deberías ser humorista.* Resultaba patéticamente divertido así, diciéndome que me llevara bien con los demás.

Pero no estaba de humor para seguir discutiendo o peleando con él. Que pensara lo que quisiera, que asumiera que me quejaba de su amigo por tener que aguantar sus aires de mando en el trabajo.

Eso era solo la mitad de la historia.

Era la otra parte la que más me pesaba. El secreto. El hecho de que Liam fuera el padre de Rory, un hijo del que no sabía nada. Un hijo del que nunca quise que se enterara porque él me había dejado

claro durante los últimos cinco años lo poco que le importaba tenerme en su vida. Sin haberme molestado nunca en rastrear sus pasos e investigar qué hacía, era consciente de su estilo de vida de trotamundos soltero y libre. Liam Weston no era un hombre que quisiera establecerse y quedarse en un solo lugar. Tampoco parecía el tipo de hombre que quisiera verse atado a un niño.

No iba a exponer a Rory a conocer a un padre que, en realidad, nunca lo querría. Se merecía algo mejor que eso, aunque significara tenerme solo a mí como progenitora.

Jack se marchó sin molestarse siquiera en despedirse, dejándome solo el regusto amargo de otra pelea más entre hermanos.

Podía suponer lo que quisiera. Yo sabía cómo llevarme bien con la gente. No era un crimen ser sarcástica. Saber trabajar en equipo era esencial para que cualquier cocina funcionara correctamente, y entre Greg y yo, que manteníamos al personal a raya, todos sabíamos cómo entendernos y sacar el trabajo adelante.

¿Que no sabía trabajar en equipo? Volví a mofarme, negando con la cabeza mientras iba a comprobar que Rory dormía plácidamente.

En todo caso, cargaba con demasiado por los demás, especialmente por mi hermano. Odiaba que siempre contara conmigo para sacarlo de sus apuros económicos ahora que nuestros padres ya no estaban. Habían fallecido hacía tres años, y yo era lo único en lo que Jack podía confiar ahora.

¿O lo único de lo que podía aprovecharse?

Era difícil de decir.

Sentía que mi hermano se estaba aprovechando de mí para limpiar sus deudas. Mientras me iba a duchar y a prepararme para dormir, me asqueaba pensar que parecía que Liam también iba a intentar usarme para una campaña publicitaria.

10

LIAM

Danny: **Sé que hemos hablado de dejar el restaurante tranquilo por un tiempo, pero creo que sería inteligente usar las ideas de Emmaline en el futuro.**

Frunciendo el ceño ante su mensaje, aminoré el paso mientras me dirigía a mi suite.

Liam: **¿Qué ideas?**

Porque me sorprendía lo visionaria que era con respecto a su trabajo y su lugar de trabajo. Greg la llamaba «chica jefa», y se comportaba como tal. Ser la chef jefa debería haber significado que se dedicara a cocinar. No a proyectar objetivos a cinco y diez años y planes estratégicos para mejorar el local. Incluso para ampliarlo y expandirlo.

Danny: **Sobre la campaña de la cuenta atrás para San Valentín.**

Suspirando profundamente, me pregunté si me estaba buscando problemas con la idea de Xavier. Confiaba en su criterio. Nunca me había fallado en ninguna promoción que hubiera dirigido y rodado él mismo. El hombre era un genio, combinaba su don para el ojo fotográfico y su habilidad para dirigir una producción. Había convertido ventas pésimas en ganancias masivas antes, todo por promocionar algo de la manera adecuada.

Si decía que Emmaline y yo éramos la pareja modelo para esta promoción, de acuerdo. Haría todo lo posible.

Ella también parecía igual de reacia a hacer esto, pero parecía dispuesta a seguirme la corriente, tal como yo le había pedido.

Deslizando hacia atrás en nuestro hilo de mensajes, donde me había pedido detalles sobre esta expectativa fuera de lo común, reprimí una sonrisa ante nuestro intercambio.

Pequeña rebelde.

Em: **¿Cuál es el horario para este numerito publicitario?**

Liam: **No es un numerito.**

Em: **Pues lo parece. Porque tú y yo nunca seremos una pareja de verdad.**

Ese dolió. Era casi como si odiara la idea de haber cedido ante mí alguna vez, y eso no me gustó. Los dos nos habíamos deseado mutuamente aquella noche hace cinco años. Me aseguré de que llegara al orgasmo, varias veces. La había dejado saciada y satisfecha antes de tener que presentarme ante mi padre y comenzar mi carrera en serio.

¿Por qué estás… enfadada conmigo?

No es que hubiéramos tenido expectativas a largo plazo el uno con el otro después de aquella noche.

Liam: **Con esa actitud, no hay forma de que vayas a venderlo.**

Em: **Espera. No estarás esperando que esté contigo literalmente, ¿verdad?**

Em: **Esto es para hacer fotos y vídeos en el complejo para publicidad. No… para hacer nada realmente.**

Liam: **Es por las relaciones públicas. Nada más.**

Em: **Solo comprobaba.**

Em: **Porque, ya sabes. He pasado por eso, ya lo he hecho. No hay necesidad de repetir la historia.**

El impulso de gruñir de frustración regresó al releer esa frase.

Porque, maldita sea, mi mente no iba por ahí. No con ella. *He pasado por eso, ya lo he hecho* no sonaba bien referido a ella.

Se mostraba profesional, clara a la hora de obtener detalles de lo que tendríamos que hacer. Hablar con Xavier despejó la mayoría de sus dudas, principalmente sobre el cuándo y el dónde. Aunque la situación financiera general del complejo Maple Ville era deficiente y débil, Xavier tenía su propio presupuesto dentro de la empresa. Decirle a Emmaline que sería compensada por sus «horas extras» era una forma de apaciguarla. O eso habría pensado yo. Parecía más molesta por el tiempo que por lo mucho que pudiera necesitar o agradecer el dinero extra.

¿Qué tienes que hacer en tu tiempo libre que te preocupa tanto?

Me detuve en seco en el pasillo.

—Joder —susurré, alarmado por el hecho de que este pensamiento no se me hubiera ocurrido antes.

¿Y si no está soltera?

Frunciendo el ceño mientras retrasaba mi llegada al restaurante después de que hubiera cerrado, odié lo fácil que había dado por sentado que ella estaría disponible. Quizá tenía novio. Eso podría ser la razón por la que estaba inquieta con esto. Jack no daba detalles sobre ella, así que no habría dicho nada.

¿Por qué importa?

No estábamos saliendo. Esto era falso. Por publicidad. Para la cuenta atrás de San Valentín, para que los huéspedes acudieran en masa y aumentaran los ingresos.

No es que esto sea real. Esto no va a ninguna parte. Si tiene novio, pues… bien. Nada debería complicar eso.

—¿Quién *te* ha hecho enfadar?

Levanté la cabeza y vi a Danny alcanzándome. Una vez que procesé lo que había dicho, me di cuenta de que estaba frunciendo el ceño. La idea de que Emmaline estuviera con otro hombre me molestaba. Mucho.

—Nadie —resoplé—. No todavía, al menos.

Él sonrió, muy acostumbrado a mis cambios de humor. —Creo que Emmaline tiene algunas ideas decentes para esta primera sesión de fotos.

—Se muestra reacia a llevarlo a cabo —respondí.

—Claro. Es un poco arriesgado. Pero cuando ella y Xavier estaban barajando ideas, fue bastante creativa. Fue idea suya empezar con una cena romántica. —Se encogió de hombros mientras entrábamos en el Francino's—. Quizá se siente más cómoda en «su territorio» o algo así.

No hice ningún comentario. Una cena romántica era una idea sencilla. Muchas parejas tienen una agradable cena a la luz de las velas por San Valentín. Resultaba extraño ver el restaurante vacío en lugar de bullicioso. Debería haber hecho que pareciera más tranquilo, pero yo estaba tenso, deseando que esto terminara.

Como no podía —o no quería— renunciar a su horario habitual de trabajo en la cocina, y porque no había nadie que la sustituyera, tuvimos que esperar a que el Francino's cerrara para escenificar esta falsa cena romántica.

—¿Dónde está? —pregunté, divisando a Xavier y Nina cerca de una mesa a un lado. Él andaba trasteando con las velas y las flores, y Nina consultaba su teléfono.

—¿Quizá en la cocina? —El teléfono de Danny sonó y me señaló con un dedo que esperara—. Tengo que coger esto.

Lo dejé ir y fui a buscar a Emmaline a la cocina.

Allí estaba, desde luego, pero no parecía una chef trabajadora, agobiada y fatigada, sino una morena esbelta con largos y brillantes mechones ondulados cayendo sobre sus hombros desnudos. Un vestido negro sin tirantes se ceñía a su cuerpo atlético, resaltando todas las curvas adecuadas con un elegante equilibrio entre el recato y el atrevimiento de las aberturas en los muslos.

Joder…

Recordarme que esto era falso, puro teatro, de repente pareció una broma.

Era una diosa. La tentación personificada.

De espaldas a mí, con la cabeza inclinada mientras parecía revisar una lista de inventario en el mostrador, no era consciente de que yo no podía apartar la mirada de ella.

Pierce también parecía estar fracasando. Si estaba intentando que ella le prestara atención, no lo estaba consiguiendo. Mientras él le hablaba, tirándole los tejos, ella parecía no tener ninguna intención de escucharlo.

—Solo digo que, si quieres dejarte puesto ese vestidito y esperar a que termine la sesión de fotos, tú y yo podríamos…

—Em, ¿estás lista? —intervine bruscamente y sin importarme lo más mínimo que estuviera interrumpiendo su intento de invitarla a salir.

Pierce levantó la vista, pareciendo luchar por contener una sonrisa burlona.

—No del todo. —Emmaline se puso de pie y se giró para examinarme de arriba abajo sin sonreír—. Pero más nos vale terminar con esto de una vez. —Caminó hacia mí, demostrando que

no era nada torpe con los tacones—. Todavía tengo un inventario que terminar. Ya sabes, trabajo *de verdad*.

No me inmuté, ya acostumbrado a su insolencia. —Siempre puedes quedarte más tarde si es necesario —le advertí.

—No, no puedo —respondió ella, irritada.

—¿Por qué? —Lancé una mirada atrás a Pierce mientras salíamos juntos de la cocina—. ¿Tienes una cita importante después?

—Qué tonta soy. Y yo que tenía la impresión de que debía tratar *esta* farsa como si fuera una cita importante. —Puso los ojos en blanco.

Vale, eso responde a la pregunta. Si tenía a un hombre en su vida, no era Pierce.

—¿Entonces por qué las prisas por salir de aquí?

Ella resopló al entrar en el comedor. —¿Prisas por irme? Llevo aquí casi trece horas, Liam. No se puede decir que me esté *yendo deprisa*.

Maldita sea. Trece horas eran una jornada muy larga. —Entonces puedes quedarte más tarde si es necesario para terminar lo que te falte.

—No. No puedo —repitió mientras nos dirigíamos a la mesa donde estaba Xavier.

—¿Por qué? —pregunté.

Me lanzó una mirada sarcástica. —No puedes controlar lo que hago fuera de mi horario laboral.

Otro gruñido se formó en mi pecho. Se le estaba dando demasiado bien sacarme de mis casillas. Odiaba que ella también pudiera darse cuenta.

—Muy bien. Muy, *muy* bien, Emmaline. —Xavier asintió—. Me alegro de que hayamos elegido el vestido negro en lugar del rosa. —Me sonrió—. Hace que parezca más un misterio. Un enigma por resolver.

—Más bien un chiste del que hay que esperar el final —ironizó ella, deslizándose en su lado del reservado.

Xavier suspiró. —Ya basta de eso. Recordad, vamos a empezar con algo fácil. Como hemos hablado antes, tenéis que parecer que estáis en una cena romántica. Hablad. Sonreíd. Cogeos de las manos. Pareced locamente enamorados. —Movió las manos mientras el videógrafo se acercaba—. O locamente deseosos.

Hice una pausa al sentarme para girarme y dedicarle una sonrisa seca.

—Vamos. Vamos. —Me hizo señas con la mano para que me sentara frente a ella.

—Muy bien. ¿Ahora qué? —Emmaline arqueó las cejas hacia mí.

—Quizá empezar por no mirarme así.

Ella suspiró. —Vale. Pues guíame. ¿Cómo te miran tus adoradas fans y tus acompañantes pegajosas? —Pestañeó y se comportó como una tonta melindrosa, echándose el pelo hacia atrás por encima del hombro.

—Cállate y dame la mano. —Se la cogí, sosteniéndola sobre la mesa.

—Ay. —Frunció el ceño, y le giré la mano para ver una herida reciente en la parte inferior.

—¿Qué ha pasado aquí? —Tuve cuidado de no tocar la carne viva.

—Lewis —murmuró—. Se iba a quemar, así que me apresuré a quitarle la olla.

—¿Te la has puesto bajo el agua fría?

Ella me sonrió con sorna. —Llevo años trabajando en esa cocina, Liam. Sé muy bien cómo aplicar los primeros auxilios.

—Esto no está funcionando. —Xavier frunció el ceño—. Intentadlo de nuevo. Pareced que *no* os odiáis.

Emmaline exhaló. —¿Cómo?

—Compórtate como en todas tus citas —sugerí.

Se mordió el labio y evitó mirarme.

—¿O son demasiadas para recordarlas?

Me dedicó una sonrisa pícara. —¿No te gustaría saberlo?

Pequeña provocadora.

—¡Ahí! —Xavier dio dos palmadas—. Así.

—No. No quiero saberlo. No me interesa tu variada vida amorosa.

—Lo sé.

Fruncí el ceño con más fuerza.

—Porque esto es falso —me recordó ella—. Ergo, no te interesa. En absoluto.

Xavier suspiró y bajó la cabeza.

—Pensaba que habías dicho que tenían esa supuesta «química» —dijo Nina. Había estado apartada, supervisándolo todo.

—La tienen, yo la vi —insistió Xavier.

—Quizá me estaba confundiendo con una de sus muchas novias, amantes y líos de una noche.

Sonreí con maldad ante ese último comentario. *Ella* era el último lío de una noche que yo había tenido, maldita sea. Apretándole la mano un poco más solo para obtener una reacción por su parte, dije: —No es posible. Eres inolvidable, Em.

Se le entrecortó la respiración y desvió la mirada.

—Eh… —Xavier se tocó la barbilla—. Quizá deberíais sentaros más cerca.

Solté un suspiro y me levanté para sentarme en su lado. En cuanto estuve junto a ella, su aroma empezó a atormentarme. No era perfume, como el que usaba Nina para destacar, sino algo dulce. Terrenal, incluso. Simplemente *ella*.

—¡Aha! ¡Comida! —Xavier se giró, dándose por vencido con Emmaline y conmigo, que nos mirábamos como si el otro fuera contagioso—. Esto ayudará. Podéis daros de comer el uno al otro. Pareced íntimos y cómodos y todo eso. El atrezo siempre ayuda. —Dio dos palmadas para que Greg trajera el plato único.

Apenas lo miré, sin el más mínimo apetito. Estar sentado tan cerca de Em, y a su alcance, me tenía demasiado alterado para pensar en comida.

—¿A *eso* lo llamas comida? —criticó Emmaline.

—Lo tomas o lo dejas —dijo Greg entre dientes mientras sonreía.

—Parece chamuscado. Y no en el buen sentido.

—Em… —advertí.

—Yo no lo he hecho —respondió Greg—. ¿No se supone que tenéis que actuar de forma cariñosa para la cámara?

—Espero de verdad que no lo hayas hecho tú. —Ella apretó los labios, tocando el chuletón—. Está…

Cogí una pequeña porción de puré de patatas y se la metí en la boca. Se calló, clavando sus ojos en mí.

—Ahora asegúrate de lamer la cuchara como una niña mala también —se burló Greg mientras se alejaba.

Emmaline no lo hizo. Me fulminó con la mirada. Quizá fuera lo mejor, sin embargo. Aunque me miraba como si odiara cada segundo de esto, el hecho de tener mi mano cerca de su boca provocaba demasiados pensamientos ilícitos en mí. Como cuando me había chupado el pulgar después de que yo la masturbara en el hotel. O cuando yo…

Maldita sea.

Esto era fingir. No se suponía que ella debía afectarme así.

De repente solté el tenedor, desconcertado por lo mucho que podía excitarme con solo pensar en ella, por no hablar de estar sentado a su lado. El utensilio tintineó sobre la mesa.

—Muy fino, Liam. —Ella recogió la cuchara que le había caído en el regazo—. Realmente fino.

—Como si tú no estuvieras tan tensa y torpe como yo —murmuré mientras la ayudaba a limpiar el vestido.

—Yo no soy torpe —discutió, casi chocando su cabeza con la mía mientras limpiábamos el puré de su vestido.

—Ni hablar. Vamos. No es como si no hubieras estado nunca en una puta cita.

Ella sonrió con suficiencia. —Mi vida personal no es asunto tuyo.

Resoplé, arrojando mi servilleta a la mesa. —Eres demasiado atractiva como para no tener a un hombre —respondí secamente. Sus mejillas se tiñeron de rosa mientras fruncía el ceño—. Hablando objetivamente —añadí.

Subjetivamente, sin embargo…

Me aclaré la garganta y me incliné hacia ella para poder susurrarle. —Porque si la memoria no me falla… yo fui tu hombre por una noche.

Ella soltó una bocanada de aire. Sus ojos se abrieron un poco más con la sorpresa brillando en ellos. Antes de que pudiera reaccionar, me puso la mano en la boca para silenciarme.

Los dos sabíamos entonces que tendría que ser nuestro pequeño secreto. Una noche de pasión que el mundo no conocería. Especialmente su hermano. Pero susurrarle ese recordatorio así, cuando nadie podía oírnos…

¿Quién iba a decir que jugar al abogado del diablo podía ser tan divertido?

Sonreí, dejando que sintiera la curva de mis labios bajo su palma. Sin apartar mis ojos de los suyos, soportando el pulso acelerado que se disparó en mi pecho, le aparté la mano para recorrerla con besos. Su palma, el interior de su muñeca, justo en el punto donde latía su pulso.

—Perfecto —instruyó Xavier—. Esto es perfecto.

No.

Yo sabía qué clase de perfección quería experimentar.

Esto es mi idea de perfección…

Sujetando su mano, tiré de ella hacia mí hasta que chocó contra mi cuerpo. La atrapé fácilmente, moviéndome hasta que pude inclinar su cabeza. Sujetándole la barbilla, la obligué a levantarla para poder recordarle la magia que surgía cuando nos besábamos.

EMMALINE

Liam se inclinó hacia delante. Su cuerpo duro y caliente ya estaba casi pegado al mío. Me rodeó con el brazo. El ardor de sus yemas sobre mi costado se sentía como la marca de un hierro al rojo vivo.

Pero fue la mirada de sus ojos.

La necesidad.

La picardía.

La lujuria que volvía a encenderse por *mí*.

No había otras mujeres en su mente. Ninguna otra preocupación le nublaba la cabeza.

Al acortar la distancia entre nosotros, después de haberme tentado con la presión de sus labios suaves sobre mi mano, demostró que no solo quería susurrar una sombra de la historia que compartimos.

Quería mostrarme físicamente cómo fue una vez entre nosotros.

Nunca lo había olvidado. Solo en mis noches más solitarias y de insomnio me permitía revivir la fantasía de este hombre. Eso era todo lo que era. Una fantasía. Nuestra única noche de pasión en San Valentín fue un fragmento de tiempo y, a veces, parecía no haber sido más que un sueño.

Ignorando por completo que se suponía que aquello era un acuerdo falso, una maniobra de relaciones públicas para atraer la atención hacia el complejo vacacional, me rendí. Abandonando el sentido común e ignorando los cien motivos por los que no debería dejar que este hombre me afectara, di el paso definitivo.

Busqué sus labios y no pude evitar el suspiro de alivio y placer que me recorrió cuando nuestras bocas se rozaron. La forma en que soltó un ligero gruñido, más una sensación visceral difícil de detectar que un sonido audible.

Cerrando los ojos, saboreé el dulce truco del tiempo.

Porque eso era lo que era. Un truco. Una ilusión. Una broma y una mentira.

Sentir los labios de Liam sobre los míos me transportó al pasado. Seguía siendo amable, no autoritario ni insistente desde el principio. Seguía siendo tierno e inquisitivo, explorándome con una presión más profunda de su boca sobre la mía mientras deslizaba sus dedos hacia atrás, por mi mandíbula.

Era lo mismo.

Igual que antes.

Suspendida en una sensación de flotar, sin preocupaciones que me devolvieran a la tierra, sucumbí al impulso de sentirlo. De dejar de pensar, razonar y preocuparme.

Se retiró un poco, dándonos el espacio justo para perdernos en el embriagador fuego del deseo que se instaló entre nosotros. Le miré a los ojos, maravillada de cómo era capaz de viajar conmigo al pasado, llevándome a aquel momento en que nos distrajimos el uno al otro y elegimos la lujuria.

Con esa mirada, comprobó que yo estaba de acuerdo.

Que no iba a echarme atrás y darle una bofetada.

Que quería que posara esos labios sobre mí otra vez.

Tentada a seguirle el juego y esperando que no pudiera notar que no estaba fingiendo, renuncié a mi último resquicio de lógica y me acerqué a él. Estampando mi boca contra la suya, me gané su gruñido de sorpresa. De necesidad.

Y sin embargo, fue amable. Fue tierno.

Y era demasiado. Contrariamente a sus recordatorios de que él era el jefe aquí, hizo que recordara lo dulce y considerado que había sido como amante aquella noche que compartimos.

La noche en que me mostró tanto placer. Y tanta vergüenza por haber cedido ante el hombre que se suponía que era intocable.

Besarlo desbloqueó todos los recuerdos de aquella noche. Aunque sentía cómo se me aceleraba el pulso, el creciente dolor punzante en la entrepierna y la señal de que me estaba humedeciendo por él, no podía soportar esta amenaza a mi cordura.

No. En serio, no.

No puedes hacer esto.

¿Qué estás haciendo?

¿Qué está pasando aquí?

Las alarmas sonaban en mi mente. Las advertencias estallaban en mis pensamientos.

Porque si un simple par de besos era todo lo que hacía falta para que recordara *todo* sobre esa noche, él también podría hacerlo.

Él podría revisitar lo que una vez nos atrevimos a encontrar el uno en el otro. Una noche ardiente llena de lujuria.

Y largas horas de sexo sin protección.

Para.

Para, Em. Para ya.

Si él recordaba que no habíamos usado protección, y si se preguntaba qué pasó después, podría acercarse demasiado a la remota posibilidad de darse cuenta de que... podría ser padre.

Para.

No podía. Xavier y los demás pasaron a un segundo plano. Los sonidos se desvanecieron. En la oscuridad tras mis párpados cerrados, mientras concentraba el resto de mis sentidos en besar a este hombre rico de mi pasado, no quería que terminara. Liam me ofreció la oportunidad de olvidarme del resto del mundo cuando nos encontramos en aquel bar. Y aquí, me ofrecía otro escape donde el placer reinaba sobre...

Me aparté de golpe hacia un lado, soltándome de Liam. Él mantuvo sus manos sobre mí, sujetándome cerca, pero había estado tan abstraído y transportado por el beso que no había tenido tiempo de reacción para atraerme de nuevo a su sitio. Ni para anticipar que seríamos interrumpidos.

Nina se irguió, alisándose la blusa mientras se recomponía tras perder el equilibrio.

Mientras miraba a Liam e intentaba recuperar el aliento, luchaba contra la sorpresa de que nos hubiéramos besado de esa forma y de que su ejecutiva de relaciones públicas me hubiera hincado el codo en el costado.

Separados de esta manera, no podíamos hacer otra cosa que mirar hacia otro lado y jadear. Para recuperarnos. Y actuar de algún modo como si aquello no hubiera significado nada. Como si *estuviéramos* fingiéndolo todo.

Sí, claro. Fingiendo, mis narices.

Me eché hacia atrás y me lamí los labios, alterada por el beso. Mientras él soltaba un profundo suspiro, yo perdía más y más la

confianza en poder llevar esto adelante. En poder ocultar lo mucho que me había calentado y excitado.

—A *eso* me refiero —dijo Xavier, sonriendo como un artista orgulloso. Dio un par de palmadas—. Seguid. Continuad, tortolitos. Seguid con el numerito.

¿Cómo?

Me daban ganas de reír.

En realidad, quería salir disparada de ese reservado y echar a correr. No tenía ni idea de cómo bajar de aquel tentador subidón de euforia. No sabía cómo desconectar mi cuerpo y ser fría con todo esto.

Después de ese beso, deseaba tanto a Liam que no podía hablar.

Liam parecía más calmado. Observé por el rabillo del ojo cómo se aclaraba la garganta, se enderezaba el nudo de la corbata y luego levantaba el brazo para apoyarlo en el respaldo. Después, sin mirarme, cogió su vino y bebió un poco. Luego más. Se lo bebió de un trago, posando la copa con deliberada lentitud.

Alargó la mano hacia el plato, mojó un dedo en las patatas y lo probó. —Nada mal.

Maldito provocador. Verle chuparse el dedo me trajo más recuerdos. Como lo hambriento que había estado de *mí*.

—Está demasiado salado —respondí.

Con una lenta sonrisa ante el hecho de que le devolviera su acción sugerente, se giró hacia mí y suspiró. —Ya he oído *eso* antes.

Apretando las piernas, luché contra más detalles de nuestra noche. Cómo me había hecho cambiar de opinión sobre dar y recibir sexo oral. Sobre cómo se reía de mis comentarios sobre lo salada que sabía su piel por el sudor.

—¿Tienes hambre de verdad? —pregunté.

Me miró de arriba abajo y exhaló un largo suspiro. —No.

¿Qué significa eso? No sabía si estaba jugando conmigo, provocándome, o si me estaba diciendo que me rechazaba.

Bajé la mirada, demasiado nerviosa para seguir con esto. —Iba a decir que podría prepararte algo mejor. —Necesitando una excusa para huir de lo mucho que me hacía desearle, miré la hora—. Pero se está haciendo tarde.

Antes de que él, o cualquier otro, pudiera protestar, empecé a deslizarme hacia fuera del reservado, alejándome de él.

—No, no es tan tarde —dijo Xavier.

—Em, espera. —Liam se deslizó, siguiéndome fuera del reservado.

—Tengo que irme —dije—. Yo, eh, ya he dicho antes que no puedo quedarme aquí toda la noche.

Liam no se detuvo y fue tras de mí. Me puse en pie y le tendí la mano. Mi capacidad para mirarlo a los ojos era inestable, pero le dediqué una pequeña sonrisa. O eso esperaba. Parecía más bien una mueca.

—Em, ¿adónde…?

—Tengo que irme. —Ya le había dicho suficiente. No es que me estuviera rajando. Trabajar aquí a tiempo completo —con frecuencia haciendo horas extra— no me dejaba mucho tiempo con mi hijo. Avery no podía quedarse con Rory a pasar la noche, y aunque ella entendía que yo estaba intentando compaginar mi horario accediendo a este numerito publicitario, no podía chasquear los dedos y hacer que el día o la noche tuvieran más horas solo porque yo lo deseara. —Tengo que irme —repetí, encogiéndome de hombros para ver si así le convencía de que así eran las cosas.

—¿Por qué? —Liam no se rendía, caminando tras de mí mientras los otros se quedaban en la mesa, revisando el metraje que el videógrafo había captado. Solo querían el aspecto visual, y estaba

segura de que lo habíamos logrado. Ese beso tenía que haber funcionado.

—Yo... —Negué con la cabeza, alejándome—. No. No tienes por qué meterte en mi vida, Liam.

—Solo estoy confundido. Y... —Me alcanzó, frotándose la frente—. ¿Por qué huyes?

Me detuve en seco y le dediqué una mirada mordaz. —No huyo.

—A mí me parece que sí.

Crucé los brazos. —No huyo. —*Vaya si estoy huyendo. Lo más rápido que puedo.*

—Estás huyendo de mí.

Puse los ojos en blanco.

—Lo cual no tiene sentido. —Frunció el ceño y señaló hacia la mesa —. Porque no ha significado nada. ¿Recuerdas?

Habla por ti, capullo. —Sí. No ha significado nada. —Me encogí de hombros y fruncí los labios—. Solo un beso. Para la cámara y la estrategia publicitaria.

Entornó los ojos. —Exacto. Te he besado para la cámara.

Asentí, deseando pegarle por ser tan indiferente. No. Quería pegarme a mí misma por haber pensado que él sentía lo mismo. Por haberle malinterpretado y haberme dejado llevar cuando él solo estaba actuando.

—No es algo por lo que volverse loca —añadió.

Esbocé la sonrisa más dulce que pude. —¿Quién dice que me esté volviendo loca?

—Estás huyendo. A mí eso me parece volverse loca.

Negué con la cabeza, odiándole un poco más a cada segundo que pasaba. Me escocía. Me dolía. Que afirmara con tanta libertad que besarme no significaba nada para él lo empeoraba todo.

Pero tiene razón, Em.

No se supone que deba significar nada.

Todo esto es una farsa.

Una farsa estúpida, retorcida, irónica e idiota.

Aclarándome la garganta, asentí. —Si estoy huyendo, Liam, no es porque me intimides. ¿De acuerdo? Vamos a dejar una cosa clara. Me pediste que fingiera que somos pareja y me estoy esforzando al máximo. Pero te detienes ahí. No tienes derecho al resto de mí, a mi vida personal. Si digo que tengo que irme —dije, dándole un suave toque con el dedo en el pecho—, significa que me largo de aquí por hoy.

Dio un paso atrás y se metió las manos en los bolsillos. Yo arqueé una ceja, preguntándome en silencio si se atrevería a cuestionar ese punto.

Más segura tras haber trazado esa línea entre nosotros, dejando claro que de mí solo obtendría lo que para él era una atracción fingida, asentí una vez.

Toma ya. Así se habla.

Sin embargo, por encima de su hombro, vi cómo lo percibían los demás.

Nina me miraba con fijeza, con los brazos cruzados mientras golpeaba el suelo con el pie, impaciente.

Pierce se mantenía más atrás, con el ceño fruncido, como si no estuviera encantado con esta primera noche de sesión fotográfica. Xavier y su videógrafo sonreían ante las pantallas que mostraban lo que habían capturado.

Ninguno se merecía más de mí, y no iba a darles nada más.

Liam tenía razón. Yo no era actriz. No me habían formado para fingir que estaba en una cita o para besar a un hombre por el que una vez sentí algo tan fuerte.

Sin una palabra más, me di la vuelta para salir pitando de allí. El resto del inventario podía esperar a mañana. Quizá Greg lo hiciera y no cometiera errores.

Pero yo ya había terminado.

Había sobrevivido a la primera noche de esta estúpida petición de protagonizar este asunto promocional.

Ahora que había acabado, lo único que quería era alejarme lo más posible del hombre que me había tentado a recordar demasiado.

Porque en casa me esperaba su hijo. Rory estaría deseando abrazarme y sonreír al verme volver. Mi pequeño era todo mi mundo, y nunca tenía que preguntarme si era sincero en su felicidad al estar cerca de mí. No cuestionaba jamás si me quería y si disfrutaba de verdad estando conmigo.

¿Que no significó nada?

El recuerdo del cruel comentario de Liam me atormentó durante todo el camino a casa.

Una vez llegué a mi pequeño piso de alquiler y me agaché para que Rory saltara a mis brazos, gritando «Mami» con su preciosa vocecita, lo supe mejor.

Para mí siempre había significado algo. Ceder ante Liam siempre significó mucho más para mí que para él.

Hace cinco años, rendirme al placer que me dio significó convertirme en madre.

Y sucumbir al deseo que él podía reavivar en mí tan fácilmente ahora significaba que seguía siendo la misma tonta débil de siempre

cuando estaba cerca de él.

12

LIAM

A la mañana siguiente, mientras esperaba a que llegaran Pierce y Danny para una reunión sobre el calendario de las reformas, comprobé dos veces que el portátil estuviera conectado para que los contratistas pudieran unirse a la conversación de forma remota. Aquella empresa ya había trabajado en varias propiedades de Weston LLC, y me alegraba que estuvieran interesados en presentar una oferta para el proyecto.

Mi filosofía era que, en la vida, uno siempre recibe aquello por lo que paga.

Por eso defendía a capa y espada el concepto de contratar a los mejores, para ofrecer la mejor y más óptima experiencia a los clientes de Weston LLC en todo el mundo.

En cuanto a lo de anoche, con aquella primera cita falsa en la sesión de fotos con Emmaline, tenía que admitir que ese principio también se le aplicaba a ella.

Aquel beso seguía rondando mi mente. Hoy era un día menos para la festividad en la que una vez sucumbimos el uno al otro. Un día menos para que esta promoción estuviera terminada y el complejo pudiera, con suerte, tener más clientela gracias a ella.

En lo que a contratar y emplear a los mejores se refería, Emmaline había vuelto a cumplir con creces.

Frunciendo el ceño mientras estaba sentado a solas, usé el portátil para buscar los últimos vídeos que el equipo de Nina había publicado. Había un montón de fragmentos de lo que Xavier había dirigido y capturado. *Era* buen material. No pretendía ser un experto en romance, ni mucho menos. Pero sí entendía de relaciones públicas, y cuando volví a ver los vídeos e incluso me detuve en las capturas de Emmaline y yo besándonos, pude reconocer que funcionaba bien. Captaba la esencia de una pareja en una cita romántica. Tenía un aire de misterio, que probablemente haría que el espectador se preguntara si podría venir a Maple Ville y experimentar lo mismo con su pareja.

Los vídeos e imágenes de Xavier habían tenido tanto éxito que, mientras estaba aquí sentado, era imposible negar que quería repetirlo. Que deseaba poder volver a hacer este numerito con Em cuanto antes.

Besarla me atormentaba. Pero cada vez que me sorprendía deseándola de nuevo, me mantenía a raya recordando cómo había huido de mí.

Estaba escapando por completo.

Claro, la sesión de fotos casi había terminado para entonces. No habíamos planeado que se alargara toda la noche. Como Xavier era un profesional formado y solo trabajaba con videógrafos cualificados, sabían exactamente cómo captar lo que necesitaban en el menor tiempo posible.

¿Pero era necesario que saliera disparada de esa manera?

¿Por qué te alejabas con tantas prisas?

La posibilidad de que aquel beso la hubiera afectado era una idea demasiado peligrosa como para dejarla entrar en mi cabeza.

No tuve tiempo de seguir preguntándome sobre la reacción de Emmaline al besarme. Apareció una notificación en el portátil —al

unísono con mi teléfono—, así que suspiré y respondí. Había estado esperando su llamada.

—¿En qué demonios estás pensando? —dijo a modo de saludo.

—Buenos días —respondí.

—Más vale que tengas una razón condenadamente buena para que haya visto vídeos tuyos en una cita anoche, arrimándote a esa mujer.

—Es para una campaña de relaciones públicas —contesté con sequedad.

Aquello lo hizo callar. Era la mitad del hombre que solía ser. El cáncer le había pasado factura. Estaba en remisión, pero todo el tratamiento y las consecuentes infecciones que sufrió cuando tenía el sistema inmunitario deprimido lo habían debilitado mucho.

—¿No te estarás liando con una mujer que te saca la mitad de la edad? —comprobó, siempre temeroso de más escándalos.

—No. Y ella no tiene la mitad de mi edad. —Emmaline solo era diez años más joven que yo, pero esa década parecía menos problemática ahora que ambos éramos mayores. Cinco años más mayores que cuando nos acostamos juntos por primera vez, pero parecía marcar la diferencia.

—¿Por qué demonios estás *tú* en este numerito publicitario? —exigió —. No debería tener que recordarte que tu imagen *es* la imagen de la empresa. Si crees que vas a empezar a zorrear por ahí como hizo tu abuelo y a follarte a empleadas en nuestros complejos y hoteles para ir de estúpido donjuán, será mejor que estés preparado para que la reputación de la empresa se hunda también.

—No hace falta que me lo recuerdes. —Me froté la frente, cansado ya de oírle. Siempre era lo mismo de siempre. Las repetidas reprimendas para evitar escándalos. Para no arriesgarme a que nadie asumiera que me estaba comportando como lo hizo mi abuelo.

Cuando salía con Kelly, pensé que sería una buena forma de evitar que mi padre asumiera que yo podía ser como mi abuelo. No la había querido lo suficiente como para desear el matrimonio, pero me habría conformado con ello. Ella se me había adelantado, malversando mi dinero y arrastrando mi nombre por el fango. Desde ella, no había tenido a *ninguna* mujer. Ni novia. Ni citas. Cero. Nada.

Excepto por Emmaline anoche.

Y se suponía que debía considerar aquello como algo falso, puro fingimiento, cuando me pareció tan jodidamente real y auténtico.

Le concedí a mi padre cinco minutos de mi tiempo, explicándole que Xavier consideró que yo sería un buen sustituto para esta campaña. Aunque mi padre era escéptico respecto a que se me asociara con una mujer y la cosa saliera mal, tuvo que admitir que la repercusión de las publicaciones y los anuncios estaba siendo un éxito hasta ahora. Estábamos atrayendo la atención hacia este complejo moribundo, y ese era el objetivo.

En cuanto terminé la llamada con él, hice una mueca ante el inicio de un dolor de cabeza. La mayoría de las llamadas con mi padre me dejaban así. Sin embargo, lo dejé de lado y di la bienvenida a Pierce a la sala de juntas. Había llegado temprano. Danny llegaría pronto, y llamaría a la empresa de contratación una vez que estuviéramos todos aquí, junto con un par de planificadores más a los que había pedido que vinieran en avión durante unos días.

—Me alegro de tener la oportunidad de charlar con usted, señor Weston. —Pierce se sentó, arqueando las cejas—. Yo, esto, esperaba darle un consejo.

—¿Quieres aconsejarme a *mí*? —Supongo que ahora tenía curiosidad —. ¿Sobre qué? —Aceptaba todas las ideas. Ser cerrado de mente frenaría cualquier negocio.

Miró alrededor de la sala vacía, como comprobando que nadie más estuviera escondido allí y pudiera oírlo. —Sobre Emmaline.

Parpadeé una vez, sin esperar aquello. Manteniendo el rostro frío e inexpresivo, asentí. —Te escucho.

—Es solo que vi la sesión de fotos anoche. Y sé que todo es para las cámaras y solo para el material promocional. Yo, esto... —Bajó la mirada por un segundo—. No quiero que caiga presa de sus formas manipuladoras.

¿Em? ¿Manipuladora?

No podía imaginarlo, pero este tipo no sabía con quién estaba hablando. Después de mi ex, me había vuelto escéptico y pensaba que todo el mundo quería fastidiarme y engañarme. —Mmm —respondí, con la esperanza de que se explicara mejor.

—Sí. Me fastidiaría que se complicara la vida con ella. Puede ser poco de fiar.

Había querido largarse anoche.

—Y, entre usted y yo —dijo antes de mirar hacia la puerta para asegurarse de que nadie escuchaba—, tiene la costumbre de dar esperanzas a los hombres.

Contuve una risa.

Ni de coña.

Conocía demasiado bien a las mujeres que daban esperanzas a un tío. Emmaline no se estaba haciendo la difícil. No se estaba comportando de forma tímida y astuta conmigo. Esa no era la sensación que me transmitía en absoluto, no desde que me había vuelto a cruzar con ella. De hecho, parecía más inquieta que yo por este asunto de la pareja falsa. Como si se sintiera demasiado fuera de su zona de confort actuando como mi novia o mi cita, incluso para el evidente propósito del vídeo promocional.

Tenía que divertirme, sin embargo, porque en lugar de sentir que Pierce me estaba haciendo un favor y cuidando de mí con este consejo, me preguntaba si esta sería su estrategia para

ahuyentarme y tener él una oportunidad con ella. Antes de aquella cena, le vi tirándole los tejos sin ninguna suerte.

No te preocupes. No voy a dejar que esto se vuelva real.

Puedes quedártela.

Mientras aquel pensamiento pasaba por mi mente, sin embargo, resistí el impulso de fruncir el ceño.

En realidad, no.

Imaginar a Emmaline con este lameculos de subgerente no me agradaba.

—Gracias por el aviso —le dije, zanjando el tema con eso. Podía dejarle pensar que me estaba dando un consejo. Hasta que cambiara de opinión, lo vería como nada más que su débil intento de alejarme de la mujer a la que él había visto primero.

Pero no había sido así.

Había sido yo.

Yo vi primero a Emmaline. Toda ella. Cada delicioso y dulce centímetro de ella hace cinco años.

Danny entró en la sala, poniendo punto final a que nadie hablara de ella. La conversación se centró en las reformas, pero volví a mirar a Pierce, sabiendo que cualquier consejo para que me mantuviera alejado de una mujer era innecesario. No necesitaba que nadie me dijera que no confiara en una mujer. Apenas confiaba en nadie en absoluto últimamente.

A lo largo de la reunión, mi interés decayó. Estaba sentado en esta reunión solo para hacer acto de presencia y seguir siendo un participante activo en este proyecto, pero mi papel era pasivo. Escuchando más que hablando. Mientras ellos seguían adelante, discutiendo los plazos, el aburrimiento me hizo echar mano del teléfono.

Revisar los mensajes que Em y yo compartíamos no debería ser tan adictivo. Pero lo era. Su sarcasmo e ingenio me hacían gracia. Su descaro me desafiaba.

Chincharla también me entretenía.

Liam: **¿Vas a salir corriendo después de la sesión de fotos de esta noche?**

Em: **No salí corriendo. Fui directa y clarísima al decir que no puedo quedarme toda la noche después de turnos de trece horas para jugar a las casitas contigo.**

Entorné los ojos, preguntándome si era así. Si solo había estado fingiendo conmigo anoche. Había parecido tan enganchada a besarme como yo lo había estado con ella. Era ridículo lo emocionado y triunfante que me sentía al complacerla, al encenderla. Verla afirmar que ese no había sido el caso me irritaba.

Liam: **Tendrás que estar preparada para esta noche, de todas formas.**

Liam: **No podemos permitir que salgas corriendo en bañador como hiciste al huir de mí anoche.**

Ella respondió con un GIF de alguien poniendo los ojos en blanco.

Decirle que estuviera preparada para la sesión de fotos de esta noche era una broma. Si alguien necesitaba prepararse, era yo. Xavier quería que nos "acurrucáramos" en un jacuzzi bajo las estrellas, y no estaba seguro de cuánto podría convencer a Emmaline de que esto no significaba nada para mí. Las palabras eran fáciles de pronunciar como mentira. Le había dicho que besarla no significaba nada porque se suponía que debía ser así de insignificante. Cuando ella se mostró tan ansiosa por desaparecer, aquello... dolió. Se sintió como un rechazo y yo había querido contraatacar.

Esta noche, sin embargo, no sería capaz de persuadirla de que pasar el rato en un jacuzzi con ella no significaba nada; no si estaba tan pecaminosamente sexy en bañador como anticipaba que podría estarlo. Decirle que no me afectaba no resultaría creíble si ella conseguía ponérmela dura.

Con esa imagen en mi mente, una fantasía de Emmaline sonriéndome con apenas algo de ropa entre nosotros, tuve que removerme en el asiento y fruncir el ceño. Obligarme a prestar atención a esta reunión era lo único que podía hacer para desterrar a Emmaline de mis pensamientos.

Y era una causa perdida de todos modos.

No podía dejar de pensar en lo perfecto que fue besarla y oír esos suaves gemidos de necesidad.

No podía borrar la sensación fantasma de sus dedos en mi cara, acariciándome y atrayéndome más cerca.

Y no podía dejar de imaginar cómo iría la sesión de fotos de esta noche.

Una vez que terminó la reunión, me levanté y me excusé para salir de la sala. Todavía estaban ultimando detalles, pero yo no era necesario para eso.

En su lugar, tomé el camino más rápido y corto hacia el Francino's. Aún era primera hora de la tarde, pero apostaba a que ella estaría allí haciendo los preparativos.

Espero que estés aquí.

No podía pasar todo el día con este estúpido anhelo y deseo por ella, echándola de menos como si algo de esto fuera a durar.

Todo lo que necesitaba era verla. Discutir con ella. Y eso resetearía este extraño deseo. Al fin y al cabo, era una empleada, y mientras me aferrara a esa línea que nos dividía, no dejaría que ocurriera nada real.

Porque no iba a ser una repetición de mi abuelo.

Yo no zorreaba con el personal del hotel.

Tenía integridad y—

—¡Mami!

Un niño pequeño pasó corriendo a mi lado mientras yo caminaba por el restaurante para llegar a la cocina de Emmaline. El chaval no se detuvo. Golpeó con ambas manos la puerta batiente, con el entusiasmo patente en su voz y en la velocidad de su carrera.

—¡Mami! —gritó de nuevo con alegría.

Fruncí el ceño, sin saber por qué habría un niño allí cuando el restaurante aún no estaba abierto para el servicio de cenas.

Siguiendo al niño y curioso por lo que estaba pasando, rodeé un mostrador para seguirle el rastro.

Justo a tiempo para ver cómo Emmaline se agachaba y extendía los brazos, sonriendo mientras el niño se lanzaba a su abrazo.

¿Pero qué narices?

Me quedé helado, viéndola reír y abrazarlo con fuerza, cerrando los ojos con la intensidad de la pura felicidad que mostraba su expresión.

¿«Mami»?

¿Por qué la llama así?

13

EMMALINE

—¡Mami!

Rory me rodeó con sus brazos en cuanto lo cogí. Sorprendida de que estuviera aquí en mi lugar de trabajo, en la cocina, solté un jadeo repentino.

—¡Hola, pequeño! —respondí, sonriendo ante la familiar dicha de abrazar a mi hijo. Esto era lo único que importaba: tener a mi niño sano y feliz.

Pero esa felicidad se transformó de inmediato. La paranoia hizo acto de presencia. Si Rory estaba aquí y Liam andaba cerca, podría verlo.

Al abrir los ojos, me di cuenta de que no era una cuestión de *si* por casualidad aquellos dos acabarían estando cerca el uno del otro.

Sino de cuándo.

Y ese *cuándo* era ahora mismo.

Liam estaba de pie al otro lado de la cocina. Su mirada azul se clavó en mí mientras abrazaba a mi hijo. El asombro brillaba en sus ojos penetrantes. Irradiaba tensión mientras permanecía paralizado en su sitio, incapaz de hacer otra cosa que observarme con la confusión reflejada en el rostro.

Yo no estaba mucho mejor. Me costaba respirar por el pánico que me invadió. El corazón me latía a mil por hora, galopando frenético ante el hecho de que el secreto había quedado al descubierto. Me había visto con Rory. Tenía que haberlo oído entrar corriendo aquí y llamarme mami.

Peor que aquella otra noche a principios de semana, cuando vi a Liam por primera vez en la cocina y me llevé tal susto que se me cayó la comida y el aceite del wok sobre el fuego provocando llamaradas; esta vez reaccioné como un animal ante los faros de un coche.

Una cosa era sorprenderse por ver a Liam de nuevo.

Pero que mi secreto fuera revelado era una situación de *oh, joder* totalmente distinta.

—Tú... —Ladeó la cabeza, tal y como solía hacer siempre que intentaba descifrar algo—. ¿Tienes un hijo?

Había llegado temprano para ponerme al día y también para adelantar trabajo. Sabiendo que Xavier dirigiría una sesión de fotos conmigo y Liam en el jacuzzi después de este turno, me planteé entrar antes para hacer las otras cosas que no podía dejar desatendidas.

Por eso Avery estaba cuidando de Rory hoy. Probablemente también por eso Rory estaba aquí. Avery había mencionado que pasaría a recoger su cheque y que seguramente tendría que traer a Rory con ella. Él rara vez me visitaba en la cocina porque no era un lugar para niños. Podían derramarse líquidos calientes. Los cuchillos siempre estaban en uso. Yo era muy estricta con mantenerla limpia y ordenada, y esos dos adjetivos no suelen aplicarse a los niños en general.

Rory nunca debería haber estado aquí para cruzarse con Liam. Sin embargo, hoy, debido a que tuve que ajustar mi horario, resultó estar aquí y quiso saludar.

Detrás de Liam, Avery entró corriendo en la cocina. Tenía los ojos muy abiertos por la alarma. Tenía los labios entreabiertos y jadeaba, probablemente por haber perseguido a Rory hasta aquí. Al ver que Liam se me acercaba, puso una mueca de angustia.

—¿Tienes un *hijo*? —repitió Liam la pregunta en voz baja. La primera vez que lo había preguntado, no había alzado la voz. Como solo estábamos en la fase de preparación del día y no cocinando activamente, no había demasiado ruido aquí dentro. Su pregunta susurrada llegó perfectamente a mis oídos.

No necesitaba gritar. Ojalá nunca se hubiera enterado como para llegar a preguntar si yo era madre.

—Eh... —Me puse de pie, dejando que Rory me cogiera de la mano.

—Es mi mami —anunció él, más orgulloso que nada.

—¿*Tu* mami? —preguntó Liam, bajando la mirada y casi estudiándolo.

El tiempo pasó demasiado despacio mientras Liam observaba a Rory. ¿Se estaría fijando en lo rubio que era su pelo, como el suyo? ¿Vería que Rory tenía los ojos de un azul brillante, no marrones como los mios? ¿Se vería a sí mismo en mi hijo? ¿En *nuestro* hijo del que nunca tuve intención de informarle?

—Sí. —Rory se giró para abrazarme, apretando su cara contra mi pierna—. Es la mejor mami del mundo entero.

Liam enarcó las cejas y me miró fijamente.

Joder.

Joder.

¡Maldita sea mi estampa!

—¡Eh, Rory, tío! —Greg regresó a la cocina, saliendo de la cámara frigorífica. Llevaba un cajón de plástico con lechugas, pero tuvo el

detalle de no jadear ni estremecerse al ver a Liam allí atrás—. Y señor Weston. Qué sorpresa verle por aquí.

¡Cállate!

Liam no estaba sorprendido. Parecía conmocionado. Atónito. Y quizás un poco demasiado inquieto por este descubrimiento.

Rory salió disparado hacia Greg, que dejó el cajón justo a tiempo para coger a mi hijo en brazos y darle un abrazo. Lo hizo girar, pero cuando lo dejó en el suelo, empezaron con su saludo "secreto", una serie de choques de manos complicados, de puños y movimientos de dedos que yo nunca sería capaz de recordar.

—Avery y yo estamos aquí porque ella quería recoger su cheque —anunció Rory.

—Avery y yo —corrigió Greg.

Rory esbozó una sonrisa astuta y tímida, de esas en las que solo levanta un lado de la boca—. Avery y yo —respondió—. Tú ya estás aquí con mami. —Se acercó saltando a Avery, cogiéndola de la mano y sonriendo como el duendecillo lleno de energía que era—. Siento haber salido corriendo.

—No deberías hacer eso, Ror —le reprendió ella.

—Pero solo quería saludar a mami antes de que fuéramos a celebrar tu cumpleaños.

Avery asintió débilmente, poniendo sus manos sobre los hombros de Rory como si pudiera retenerlo. —Está bien, pero, esto...

—¿Es tu hijo? —preguntó Liam, señalando de nuevo a Rory.

Seguía estancado en el punto de partida, incapaz de asimilarlo.

—Sí. Esto... Rory. —No podía hablar. Sentía como si tuviera algodón en la boca mientras buscaba desesperadamente qué decir. Todo lo que podía hacer era mirar, como si fuera una espectadora esperando

a observar un espectáculo, para ver si Liam se preguntaría o adivinaría si Rory era *suyo*.

—Vamos a ir a comer tarta por su cumpleaños adelantado porque es este fin de semana —declaró Rory, balanceando la mano de Avery—. ¡Pero cuando sea veintidós de septiembre, ¡vamos a tener una tarta de chocolate grande, enorme, para *mí* cuando cumpla cinco años! —Acompañó su entusiasmo prematuro soltando la mano de Avery para correr y dar vueltas en círculos, bailando un poco. Algunos días, deseaba poder embotellar una fracción de su vitalidad y de toda esa energía infinita para mí misma.

—Feliz cumpleaños por adelantado —dijo Liam despacio, como si estuviera probando las palabras.

—Gracias —dijo Avery con una mueca de apuro.

Liam frunció el ceño, enfrentándome directamente de nuevo. —¿Cuándo...? —Sacudió la cabeza—. ¿Cómo...?

Aturdida y clavada en el sitio, me lamí los labios, preocupada por lo que querría saber. Esto era precisamente lo que no quería que sucediera, y ahora que me dirigía preguntas, deseaba que el suelo se abriera y me dejara escapar.

—Nos vamos —dijo Avery en voz alta, señalando con el pulgar por encima de su hombro mientras se llevaba a Rory con ella.

—¿De quién…? —Liam se giró para mirar a Rory una vez más.

—¿Quién es el tío más grande? —dijo Greg, forzando la voz y exagerando el tono mientras se marchaba con Rory y Avery, ayudando a sacarlos de vista.

Ambos sabrían lo aterrorizada que estaba, y agradecí que intentaran intervenir para suavizar la situación, sacando a Rory de allí. Sin embargo, una vez se hubieron ido, me quedé en un tenso y terrible duelo de miradas con Liam.

Él me miraba como si estuviera procesando un cálculo mental difícil.

Yo lo miraba como si quisiera hacerme un ovillo y hacerme la muerta para no tener que decir nada.

Antes de que pudiera hablar, sin embargo, entró Lewis con otro cocinero y el lavaplatos, los tres hablando en voz alta.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —preguntó Liam.

Lo planteó como una pregunta a la que yo podría responder *no, gracias*, pero me cogió de la mano y me sacó de la cocina. Sentir su contacto era mil veces más agudo ahora. Cualquier cosa que este hombre hiciera o dijera se vería amplificada mientras yo entraba en pánico por si adivinaba que le había ocultado a su hijo.

Me llevó a un pequeño rincón del comedor. Estaba vacío de clientes en ese momento, y ni siquiera había camareras o recepcionistas moviéndose por allí preparándose para la noche.

Éramos solo Liam y yo. Me condujo a ese pequeño rincón, no obstante, como si necesitara privacidad para acorralarme también.

—Tienes un hijo.

Debería haber sido una pregunta, pero lo afirmó como si necesitara oírlo de su propia boca para confirmar que era cierto.

—Tienes—

—Sí. —Esbocé una sonrisa rápida, demasiado breve como para convencerle de que estaba de buen humor—. Lo tengo. Rory es mi hijo. —Asentir como si fuera un muñeco de esos que mueven la cabeza también fue una estupidez. Lo único que conseguí fue parecer más torpe.

—Cuándo—

—Liam. —Sacudí la cabeza. Mantener la sonrisa falsa en los labios no borraría la tensión entre nosotros, pero esperaba al menos parecer amable y no una borde—. Ahora no. He venido temprano para compensar la sesión de fotos de anoche. Y por el tiempo que

espero perder esta noche con lo del jacuzzi. —Todavía negando con la cabeza, pero más despacio ahora, suspiré—. No tengo tiempo para hablar de Rory, ni del hecho de que tenga un hijo ni de ninguna otra cosa que probablemente creas que deberías saber.

—Tienes un *hijo*, Em. Eso no es una nimiedad. Esto es... eso es... — Frunció el ceño y bajó la mirada mientras invadía mi espacio personal—. Joder. Es un choque.

Me encogí de hombros. —¿Lo siento?

Soltó una risa amarga. —No me estoy quejando. Pero joder. Es... — Apartó la mirada de nuevo—. Tienes un hijo. ¿Eres madre?

Asentí una vez más, recurriendo al sarcasmo para ocultar lo incómoda que me sentía. —Por lo general, esas cosas van de la mano. Cuando una mujer tiene un hijo, por lo tanto, es madre...

—No te pases de lista conmigo —me advirtió suavemente, usando un tono más ronco, como si pudiera disfrutar discutiendo conmigo en cualquier otra circunstancia.

—¿Entonces cómo debería ser contigo? —Miré mi reloj, consciente de lo cerca que estaba de mí—. No puedo estar contigo, y punto. No ahora, para hablar ni para nada. Tengo que estar en la cocina.

—Pero—

Negué con la cabeza. —Nada de *pero*. —Cuando hice ademán de pasar por su lado, puso su mano en mi cadera para detenerme—. Tengo trabajo que hacer.

—Y yo tengo preguntas. Muchas.

Maldita sea. Justo lo que quería evitar.

—Muy bien. Pero ahora no es el momento.

Cuando intenté esquivarlo de nuevo, él fue un paso por delante de mí, moviéndose para bloquearme la salida de aquel rincón. Apoyó la mano en la pared también, casi enjaulándome.

—Liam. —Apoyé las manos en su pecho, intentando ignorar cómo le latía el corazón bajo mi tacto. Y lo bien que olía. Lo cálido que estaba, tentándome a acurrucarme cerca. Me aclaré la garganta—. Tengo que trabajar. Tenemos esa sesión de fotos esta noche.

—Y puedo —y lo haré— preguntar sobre esto más tarde.

Abrí y cerré la boca, bloqueada sobre cómo articular una respuesta que fuera negativa, afirmativa y evasiva todo a la vez.

Observándome de cerca, como si buscara algo en mi rostro, se inclinó y suspiró. —Te veré esta noche, Emmaline.

Tragué saliva. —Sí.

—No hay escapatoria.

Ojalá la hubiera. Haría cualquier cosa por escapar de su curiosidad sobre por qué tenía un hijo del que nunca antes había oído hablar.

Inclinándose aún más, bajó la mirada hacia mi boca. —Te veré esta noche —enfatizó en un susurro bajo.

Justo antes de que pudiera convencerme de verdad de que intentaba besarme, un flash se disparó al fondo.

Ahogué un grito, sobresaltada. Liam frunció el ceño y puso distancia entre nosotros mientras se giraba y se movía para ocultarme de la dirección de donde procedía el flash.

—¿Qué narices…? —

Xavier nos levantó el pulgar. —Lo tengo. ¡Perfecto! —Sonrió y se guardó el móvil en el bolsillo tras comprobar la foto que nos había hecho sin que nos diéramos cuenta—. Os lo dije. ¡Química! —dio dos palmadas—. Solo pasaba por aquí para recordarte lo de esta noche, Emmaline. —Me hizo un gesto con la cabeza—. Y no podía dejar pasar esa oportunidad para otra foto.

Se llevó los dedos a los labios haciendo el gesto de un beso de chef. —¡Vosotros dos realmente lográis transmitir la imagen de una

química perfecta!

Liam se alejó, suspirando. El momento había terminado, y la obligación de pasar tiempo con él esta noche en esa sesión de fotos planeaba entre nosotros.

Me di media vuelta, retirándome a la cocina.

¿Que transmitimos la imagen de una química perfecta?

Hice una mueca, volviendo a toda prisa a la tarea de picar alimentos.

Sí, bueno, hace cinco años también teníamos mucha química.

La suficiente para crear a ese precioso niño del que no debería enterarse jamás.

14

LIAM

No tuve mucho tiempo para preguntarme sobre el hecho de que Emmaline tuviera un hijo. La conmoción de ver a ese niño pequeño me acompañó, pero en cuanto salí del restaurante, me reclamaron demasiadas direcciones distintas. Demasiado ocupado.

Una rotura en la conducción de agua estaba causando graves problemas que había que solucionar. El hombre del telesquí más cercano apareció sin ser invitado para hablar de reanudar un servicio de chárter desde el complejo. Habíamos llamado y dejado un mensaje, pero pareció tomarse aquello como una señal para entrar a la fuerza y exigir hablar ya mismo con la dirección y el equipo del nuevo propietario.

A eso se sumaban clientes descontentos por problemas de atención al cliente, debido a que muchos empleados llamaron para decir que estaba enfermos, lo que hizo que Ken y Pierce tuvieran que cubrir para cumplir las tareas de limpieza. Después, otra llamada de mi padre, que parecía aburrido y solo quería quejarse. Por último, pero no menos importante, unos gamberros que dañaban las paredes de sus habitaciones y se pusieron tan agresivos que hubo que llamar a la policía.

Estaba molesto, por decirlo suavemente. Sabía muy bien que estas cosas ocurrían. Formaban parte del negocio. Con lo escaso que llevaba tiempo siendo el personal en este lugar, resultaba frustrante

no poder contar con gente disponible para apagar los pequeños incendios. La única parte de Maple Ville que me inspiraba confianza era Francino's, y eso debido a cómo lo gestionaba Emmaline.

Me apresuré a cambiarme para ponerme el bañador y salir a la gran terraza exterior. A lo largo del día había notado de pasada que Kev había puesto a personal de mantenimiento a limpiar la zona para la sesión de fotos programada.

Ubicado en un extremo privado de la larga zona pavimentada de la terraza, el jacuzzi borboteaba y echaba vapor a lo lejos. Luces y velas estaban colocadas, sin duda por indicación de Xavier para crear ambiente. El videógrafo ya estaba allí, tocando su trípode y pareciendo priorizar un ángulo que le permitiera grabar a Emmaline y a mí como una pareja enamorada en el jacuzzi, con el cielo oscuro de fondo y un telón de estrellas brillando sobre nosotros.

—Ajá. —Xavier levantó la cabeza de su tablet, donde estaba comprobando algo—. Ahí estás. —Dejó el aparato a un lado y aplaudió dos veces—. Vamos. Esto no tardará mucho.

No estaba seguro de querer apresurarme. El frío me escocía en la piel cuando me quité la bata y la tiré a un lado. Pero el agua humeante se sentía como el cielo.

—Tú también. —Xavier hizo un gesto a Emmaline para que también entrara—. No seas tímida.

Me sonreí ante su broma.

Emmaline estaba sentada en un lado, fuera de mi vista cuando me acerqué al jacuzzi. Se quitó la bata y la dejó a un lado, evitando todo contacto visual conmigo.

Joder. Fóllame ahora.

Con su bikini verde oscuro, parecía una sirena creada para atormentarme. Sus pechos apenas quedaban sujetos tras los triángulos que deseaba levantar. Su cintura se curvaba formando

una silueta de reloj de arena. Su cabello oscuro, ya no recogido, le caía sobre hombros y pecho en largas ondas, dándole un aire más suave. Más terrenal y relajada.

Al introducir sus esbeltas pantorrillas en el agua y unírseme en la bañera, alzó la mirada hacia mí.

No sabía si actuaba, mostrándose así tímida y sensual, pero funcionaba. Me funcionaba.

Ver más de ella, todo lo escondido bajo el vestido tan sexy que llevó anoche, era el empujón que no necesitaba.

El deseo hervía en mi sangre, haciendo que cuidara cada detalle para no mostrar ni un atisbo de cómo me atrapaba ni lo mucho que ansiaba decirles a Xavier y su videógrafo que se largaran de allí y me la dejaran para mí solo.

No. Eso no iba a pasar. Porque esto no era real. Por muy buena que estuviera, por mucho que tuviera que reprimir las fantasías de entrar a fondo en su coño y lamer el agua de su suave piel. De quitarle ese bikini y sentirla sin barreras entre nosotros.

—Me estás mirando fijamente —bromeó ella suavemente cuando ya estábamos sentados.

Xavier permaneció fuera de vista, cerca del videógrafo, pero dejó notar su presencia con una palmada doble. —Más juntos.

Así lo hicimos. Me deslicé hacia ella y ella se levantó para acercarse un paso.

Eso fue peor. Ver su piel reluciente de agua me tentaba a alargar la mano y…

No. Para. Te estás adelantando.

—Te miro porque estás jodidamente impresionante —nunca sobra ser sincero.

Ella entrecerró los ojos.

Casi volví a sonreír. —¿Esa es la reacción que le das a un hombre cuando te halaga?

Tragó saliva con fuerza, y no pude apartar la vista de su garganta contrayéndose al hacerlo. Estaba nerviosa. Otra vez.

Yo mismo empezaba a ponerme nervioso, inseguro de poder controlar mi deseo cerca de ella.

—Esa es mi reacción cuando *tú* dices algo así.

Arqueé una ceja. *¿Por qué? ¿Por qué te muestras tan hostil conmigo?*

—Pero bueno, supongo que esto vuelve a ser tu comentario objetivo. Y no significa nada.

Ooh. Me gusta ese fuego. Me estaba devolviendo mis propias palabras. No era inteligente, pero me sentí victorioso al saber que lo que le dije anoche la había molestado.

Como si… aquel beso hubiera significado algo para ella.

En vez de indagar en ello, aproveché la ocasión para retomar nuestra conversación interrumpida cuando insistió en que debía ir a trabajar a la cocina.

—Tienes un hijo.

Ella suspiró, manteniendo una expresión dulce con una sonrisa para la cámara.

Gracias a Dios Xavier solo quería la imagen, no también el audio.

—Rory. Sí, es mi hijo.

—No me gustan las mentirosas —dije.

Ella sonrió más. —¿Qué, necesito una partida de nacimiento para probar que es mi hijo? —Sacudió la cabeza, como si fuera absurdo pensarlo—. No he mentido.

—Has mentido por omisión, al no decirme que tenías un hijo.

Espera. ¿Qué? ¿Cómo se supone que funciona eso? No podía explicar por qué me importaba tanto que tuviera un hijo.

—Em… no, no lo hice.

La encaré con la mirada.

—Nunca me preguntaste.

—Jamás lo hubiera imaginado.

Ella se encogió de hombros.

—¿Quién—

Me salpicó, riendo. —Ya basta. Mi vida personal no es asunto tuyo.

Le devolví el salpicón, preguntándome si jugaba para la cámara o usaba cualquier excusa para distraerme de preguntar por Rory. Antes de que pudiera lanzarme más agua, la agarré de la mano y la atraje hacia mí, rodeando sus hombros con mis brazos. Cada centímetro de su piel descubierta contra la mía era puro tormento. No se resistió ni forcejeó. Apoyándose en mí, reclinó la cabeza y contempló el cielo antes de mirarme con un suspiro. —Mi vida personal no te incumbe, igual que la tuya no me incumbe a mí.

Solté una risotada. —No es cierto. Mi vida jamás es personal. Todo está al descubierto.

—Quizás. Tienes razón. Admitiré que busqué "noticias" sobre ti cuando te marchaste del pueblo después de… ya sabes. Eso.

—Así que sabes cómo pasé años limpiando los escándalos y el revuelo mediático de mi abuelo y su forma de vida.

Ella asintió.

—¿Nunca le preguntaste a Jack sobre mí?

Me dedicó una sonrisa tonta. —No. Odia cuando te menciono.

Casi respondí sonriendo. —Lo sé. Con él pasa igual contigo.

—¿Has preguntado sobre mí? —Parecía curiosa y algo nerviosa ante esa posibilidad.

—No. Aprendí a evitarlo. De jóvenes se molestaba mucho. Me recordaba que jamás podría acercarme a ti. El código entre hermanos y todo eso —me encogí de hombros, preguntándome por qué mi amigo era tan raro con eso—. Incluso preguntas triviales sin importancia.

Frunció el ceño. —Supongo que es posesivo así. Rápido en recordarme que tú eres *su* amigo. No *mío*. No concibe compartirte o algo así. Como si yo hubiera intentado ser tu amiga.

Si no tenía cuidado, se pondría a divagar en serio. —¿Por qué estás tan tensa conmigo?

—No lo estoy. Estoy relajada.

Puse los ojos en blanco y suspiré. —Sí, aquí se está bien. Pero no te librarás sin respuesta. ¿Por qué te pones tan nerviosa conmigo?

¿Por aquella noche que compartimos y porque volvió a desearme?

¿Porque exageré la verdad y la torcí cuando le dije que aquel beso no significó nada para mí?

¿Porque ahora era su jefe?

Ella se recogió el pelo tras la oreja y se mordió el labio. Era una tortura, un puro acto de provocarme. Deseé poner mis labios y dientes sobre ella. Y lo haría para hacerla sentir bien.

—Estoy nerviosa porque… —Frunció el ceño y desvió la mirada un instante—. Porque, eh, no quiero que Nina se haga una idea equivocada.

—¿Qué? —Yo arrugué el entrecejo, sin esperar eso.

—No me gusta que Nina asuma que en realidad pasa algo entre nosotros.

—Maldita sea. —Xavier negó con la cabeza—. La cámara está fallando. —Siguió maldiciendo con el videógrafo descontento, pero a mí me traía sin cuidado.

Los ignoré, mirando a Emmaline. —¿De qué estás hablando?

—Parece sentirse amenazada solo con la idea de que tú y yo finjamos ser pareja. No me corresponde decirlo, pero si es celosa, debe saber que no pretendo nada contigo.

—¿Celosa? —pregunté. Claro, Nina tenía la molesta costumbre de insinuárseme, pero debía entender que jamás pasaría nada entre nosotros. Tenía que saber que no tenía oportunidad conmigo.

—Tendremos que intentarlo otro día —dijo Xavier mientras ayudaba al videógrafo a recoger su equipo.

Ignorándolos, y demasiado cómodo para levantarme, le levanté la barbilla a Emmaline para que me mirara de nuevo. —¿Qué quieres decir?

Ella puso los ojos en blanco. —No puedes ser tan ciego. Te desea, Liam.

Al oír cerrarse la puerta cuando Xavier y el videógrafo entraban por la zona privada del jacuzzi exclusivo, volví a fruncir el ceño. —¿Y qué?

—Pues… está interesada, y no pienso meterme en medio. —Al incorporarse para marcharse, negó con la cabeza mientras me lanzaba una mirada compasiva.

Ni de coña.

Le ciñí el estómago con el brazo y la atraje hacia mí. Ella se acercó, cayendo sobre mis piernas.

—No importa lo que quiera Nina, ni lo que ninguna otra mujer quiera de mí —le dije mientras se recostaba contra mí.

Inclinó la cabeza hacia mí sin darme la cara del todo, como si dudara en arriesgarse a acercar nuestras bocas.

Con sus piernas sobre las mías, su espalda contra mi pecho y sus nalgas encajadas en mi regazo, supe que no podíamos dejar que esta tensión siguiera hirviendo entre nosotros.

Deslicé las manos por sus muslos bajo el agua, rozando con las yemas de los dedos cada vez más cerca de su coño. Su respiración se cortó. Sus caderas se arquearon. Y apoyó la cabeza en mi hombro.

—Ella no es lo que deseo.

—¿Qué deseas? —preguntó en un susurro tenso.

Pasé los dedos por el borde de su bañador. —¿Ahora mismo?

Asintió, poniendo su mano sobre la mía y guiándome para deslizar mis dedos bajo su traje de baño. —Ahora mismo —respondió al apartar la mano para llevarla a mi cara. Sus dedos húmedos y tibios sobre mi mejilla parecieron un gesto posesivo. Y fue todo lo que necesité para rendirme.

Era un déjà vu, que me preguntara qué deseaba. Eso fue todo lo que bastó para que mi control saltase por los aires hace cinco años.

—¿No es esa la pregunta que nos metió en líos la última vez que estuvimos solos? —Acaricié su coño terso, abriéndola para encontrar su clítoris y rozarlo.

—Ay— —Arqueó la espalda—. Sí. —Restregándose contra mi mano, respiró más rápido, haciendo que sus tetas emergieran en la superficie burbujeante.

—Sí, lo es —asentí, introduciendo y sacando el dedo de su entrada resbaladiza—. Quizá ya no deberíamos hacernos esa pregunta.

Gimió, cerrando los ojos y abriendo más las piernas. —Quizá… no deberíamos hablar en absoluto.

Gruñí, posando mis labios en su cuello para besar y chupar su piel mientras jugueteaba con ella bajo el agua. Era un uso mucho mejor de mis labios. Mucho más placentero.

Saber que aún podía responderme así fue mi perdición.

Aunque me negaba a seguir los pasos de mi abuelo y acostarme con una empleada de Weston LLC, no era lo bastante fuerte para privarme de un poco de diversión con una antigua amante.

—Ay, joder. Ay… —Arqueó la espalda, restregándose contra mi mano mientras yo le chupaba el cuello. Al deslizar sus dedos en mi pelo y agarrarse mordiéndome el cuero cabelludo, juré que esta era la línea.

Un poco de diversión.

Y un montón de problemas.

Porque cuando empezó a gemir y acercarse al orgasmo, no estaba seguro de poder confiar en mí mismo ni en este deseo por ella.

15

EMMALINE

Liam me succionó el cuello con más fuerza mientras me masturbaba. Entre sus dos dedos en mi coño y su pulgar trazando círculos alrededor de mi clítoris, ya estaba a punto de correrme de inmediato. Pero la presión de sus labios calientes sobre mi piel me tentaba, recordándome lo codicioso y voraz que se había mostrado cuando puso su cara entre mis piernas hace cinco años.

—No...

Jadeé cuando se me tensó el vientre. Me dolían los pezones. El corazón me galopaba y no era capaz de respirar con la profundidad suficiente para calmar este subidón. Dios, deseaba correrme con todas mis fuerzas.

Se quedó quieto.

—No lo hagas —supliqué.

Sentí la sonrisa de su mejilla elevarse contra mi cuello.

—No dejes marca —terminé lo que quería decir, restregando mi culo en su regazo para sentir el duro relieve de su erección.

Suavizó los labios, besando un tierno rastro hacia mi oreja mientras reanudaba su juego conmigo.

—Sin marcas —aceptó con un gruñido ronco. Todo esto era para mí, sus atenciones para instarme a estallar y correrme para él. Pero la aspereza de su voz delataba lo desesperado que se sentía él también.

—No podemos dejar que nadie sepa que estamos... que nosotros... —solté entre jadeos y quejidos. Estaba tan cerca, tan condenadamente cerca de esa dulce gloria que no había experimentado en tanto tiempo.

Ningún hombre me había tocado desde él.

—Nadie puede saberlo —repitió él.

—Jack me mataría si se enterase.

Gruñó mientras yo me frotaba contra él, sin aminorar el ritmo de sus caricias entre mis piernas—. Me mataría a *mí*. Debería tener más de dos dedos de frente.

De poco servía aquello de que no habláramos.

—*Sé* que debería. Pero no puedo...

Al interrumpirme mientras llegaba al orgasmo, desistí de intentar explicarlo. Aquí no intervenía la lógica. Ambos sabíamos que esto estaba prohibido. Era el mejor amigo de mi hermano. Era mi jefe.

—No puedo parar —susurré, temblando mientras disfrutaba del orgasmo que me estaba dando. Sin dejar de frotar sus dedos dentro y fuera de mi coño y de presionar mi clítoris, dejó que lo disfrutara todo.

—Qué mal —admití mientras las olas de alivio recorrían mi cuerpo—. Esto está mal, es un error.

—Pero también es jodidamente bueno —gruñó en mi oído.

Gemí, girándome para ponerme a horcajadas sobre él. Me temblaban las rodillas. Mis movimientos eran torpes, pero al girarme para sentarme de nuevo en su regazo, bajé la mano para desatar la

parte inferior de mi biquini. Luego le acaricié, desesperada por experimentar este subidón *con* él. —Jodidamente bueno —susurré por encima del zumbido del jacuzzi, decidida a compartir este pecado con él.

Él comprendió mi intención, tensando los rasgos faciales mientras intentaba resistirse a correrse demasiado pronto. Con sus embestidas contra mi mano, me esforcé en bajarle el bañador. Él levantó las caderas del asiento y se encargó de desatar el otro lado de mi braguita.

—Será nuestro secreto —me besó el pecho, buscando el valle húmedo entre mis senos—. Lo añadiremos al otro —dijo mientras nos coordinábamos para apartar nuestras prendas mojadas. No podía apartar su boca caliente de mí, como si fuera a marchitarse si no me probaba.

Nos lanzábamos de cabeza a esta rendición, ambos debilitados por el deseo. En segundos, estuvo desnudo en mi mano. Abrí las piernas sobre él y alineé su polla dura con mi entrada.

—¿Sigues tomando la píldora? —preguntó.

Quizá supuso que ya la tomaba antes. Yo ni siquiera había pensado en ello, tan necesitada de él en aquella noche de San Valentín de hacía cinco años. Sin embargo, ahora sí usaba anticonceptivos, y un asentimiento fue toda la paciencia que pude concederle mientras me apresuraba a hundirme en su gran polla.

Podía pensar que teníamos dos secretos que guardar. Pero mientras le recibía entero, estremeciéndome por cómo me ensanchaba al estar totalmente dentro, supe que en realidad eran tres secretos. Yo guardaba uno más sobre él.

Su hijo. El hijo secreto del que nunca había sabido nada.

En este momento, mientras me elevaba lentamente y abrazaba el lento roce de su polla dura contra mis paredes internas, no podía pensar en Rory. No podía darle vueltas al pasado, y no iba a

buscarme problemas preocupándome por lo estúpidos que estábamos siendo.

—Nadie puede saberlo —repetí mientras cabalgaba sobre él despacio, agitando el agua caliente y burbujeante.

—Nadie —respondió él mientras apartaba los restos de tela de mis pechos. El biquini empapado se aferraba debajo de ellos mientras subía los pulgares para frotar mis pezones endurecidos. Luego enganchó la boca en ellos, uno tras otro, lamiendo y succionando con fuerza.

En eso estábamos de acuerdo. No le diríamos a nadie que estábamos follando en este jacuzzi. Sin embargo, mientras le abrazaba con fuerza y rebotaba sobre su polla, odié que esto no pudiera ser igual a lo que compartimos hace cinco años.

—Esto no significa nada —dije, necesitando aclararlo ya que se suponía que estábamos fingiendo ser pareja.

—No significa nada —me agarró el culo, excitándome más que nunca mientras me guiaba para que le follara más rápido y con más fuerza—. Nada. Solo sexo.

—Solo algo físico...

Cerró sus labios sobre mi pezón otra vez, haciéndome perder cualquier rastro de habla.

—Solo sexo —susurré mientras se acercaba otro orgasmo.

Gruñó, apretándome el culo—. Nada más.

Pero maldita sea, a medida que me acercaba a correrme de nuevo, deseé que fuera real.

—Córrete para mí, Em. Ordéñame. Fóllame y déjame seco.

Sus palabras sucias hicieron que me muriera de ganas de hacer justo lo que decía. Pero cuando intentó besarme, giré la cabeza.

No podía. Si íbamos a llamar a esto un polvo rápido, prohibido y sin sentido, no podía besarlo. Eso era demasiado íntimo. Demasiado afectuoso. No me sentía con fuerzas para compartimentar esto si lograba drogarme con esa rugosa ternura de sus besos que me hacían sentir tan valorada, deseada y especial.

Él no protestó, volviendo a llevar su boca a mis pechos hasta que no pude aguantar más.

Cerrando los ojos mientras apretaba su cabeza contra mi pecho, me rendí y me corrí. Este segundo orgasmo me encendió, crispándome los nervios mientras una descarga de electricidad parecía recorrerme desde los pezones hasta el coño y de vuelta otra vez. La euforia de un clímax con este hombre era absoluta. Destructora. Definitiva. Así que fue con alivio que sentí cómo él también se tensaba bajo mi cuerpo al mismo tiempo.

Me agarró el culo, manteniéndome pegada a él con todas sus fuerzas mientras su polla palpitaba en lo más profundo de mi interior. Gruñendo por lo bajo y hundiendo la cara entre mis pechos, dio una sacudida con las caderas hacia arriba mientras me inundaba con su semen.

Agotada y demasiado laxa para moverme, me aferré a él mientras recobraba el aliento. Sus manos grandes sostuvieron mi espalda, asegurándome en su regazo mientras ambos bajábamos del subidón de haber cedido el uno ante el otro.

—Nuestro secreto —me recordó con voz somnolienta.

Asentí—. Nadie tiene por qué saberlo —murmuré.

—Porque no volverá a ocurrir —añadió.

Odié la punzada de dolor cuando lo dijo, sonando tan frío cuando se contradecía con esa ternura con la que me acariciaba la espalda.

—No ha significado nada —dije, necesitando escuchar las palabras de mi propia boca una vez más, como si eso fuera a hacer que se

cumplieran.

—Nada en absoluto —respondió mientras apoyaba la frente contra mi hombro.

16

LIAM

Al día siguiente, no vi a Emmaline. No me la quitaba de la cabeza, pero me surgieron más fuegos de esos que hay que apagar que me mantuvieron ocupado. Especialmente la rotura de una tubería principal cerca del complejo. La mayor parte de las grandes renovaciones esperarían hasta la primavera, pero, por ahora, teníamos que lidiar con un montón de infraestructuras viejas. Me pasé casi todo el día con los contratistas que habían enviado a un equipo.

Después de haber cruzado la línea con Emmaline en el jacuzzi, esperaba que un día o dos de distancia entre nosotros fuera un beneficio, y no un obstáculo, para que nos lleváramos bien con el propósito de la sesión de fotos.

Ambos tomamos la decisión de tratar aquel revolcón en el jacuzzi como algo que no tendría importancia. Sin embargo, a la luz del día parecía un truco de la mente.

Como una negación de la realidad.

Porque a mí sí me importaba. No me había acostado con muchas mujeres después de que Kelly intentara joderme a mí y a mi familia malversando dinero como lo hizo. Significaba algo, para mí, haber cedido ante Emmaline y nadie más. Y me importaba que pudiera hacerla sentir bien. Me importaba aún más que pudiera encontrar

una vía de escape con ella y no darle vueltas a mis obligaciones y preocupaciones cuando estábamos juntos.

Aunque solo es sexo casual. No es un concepto nuevo, idiota.

Fue un gran alivio cuando, al día siguiente, me pasé por el restaurante y vi que ella no se comportaba de forma extraña. Nos saludamos cordialmente. Estuvo un poco sarcástica y tuvimos una charla trivial rápida. Principalmente, nos distrajo Greg, que estaba haciendo el tonto. Pero estaba claro que ella estaba demasiado ocupada para cualquier tipo de conversación en su frenético lugar de trabajo.

Esa noche, Xavier nos citó para otra cena romántica para la sesión. Y no fue nada incómodo.

Vestida con otro modelo, pero menos provocativo que el vestido negro, cubría mucha más piel que la que había enseñado con aquel biquini. Eso no impidió que yo la imaginara por completo.

Empezó a hablar de presupuestos para Francino's, ya que era lo que estaba revisando antes de la sesión, después de un largo día en la cocina. Como yo dedicaba el noventa y nueve por ciento de mi vida y mi personalidad a la empresa, hablar del trabajo y discutir de negocios eran temas fáciles para mí.

Cuando Greg trajo la comida, le tocó a ella demostrar que también podía tener una mente de una sola vía.

—Nada mal —dijo a primera vista—. Esto no tiene mala pinta en absoluto.

Greg se rió, sin tomarse aquel cumplido con doble intención como algo personal. Ya me había dado cuenta de que ellos dos eran íntimos amigos. Era muy parecido a cómo nos llevábamos Danny y yo, no solo como CEO y CFO, sino como amigos.

—Va a saber aún mejor —dijo Greg.

—Eso habrá que verlo —respondió Em antes de dar un bocado.

Mientras comíamos, una vez que Greg se marchó con un sello de aprobación, Emmaline detalló el proceso de pensamiento detrás de este plato de pasta. Dio más detalles sobre su papel como jefa de cocina, y acabó derivando en que compartiera detalles más personales.

—Hizo falta mucho tiempo para que Francino's llegara a ser lo que es hoy —admitió—. Cuando empecé aquí, al anterior chef no le importaba nada. Cumplía con su trabajo. La comida estaba bien. Pero no había pasión, ni orgullo. No había inspiración sobre de qué otra forma mejorar.

Sonreí, sintiéndome identificado. —Eso se parece mucho a lo que me enfrento cada vez que hago una adquisición para la empresa. Coger lo que ya hay y hacerlo aún mejor.

El resultado final era cuánto beneficio más podía obtener, pero aun así entendía a qué se refería.

—Claro. —Se encogió de hombros. El movimiento fue inocente, pero me sentí atraído a mirar la piel suave de su nuca mientras se concentraba en cortar otro bocado de comida—. Tiene sentido. Una propiedad puede estar deteriorada y la administración puede empeorar un hotel o un complejo con su reputación. Pero cuando se trata de comida, eso es algo que siempre puedes empezar de cero. La creatividad es obligatoria y está en constante cambio, no es algo fijo.

Habiendo terminado casi con la comida y saboreando los matices del plato, supe que no hablaba por hablar. Lo decía en serio. Le importaba su trabajo.

Mientras consideraba lo deliciosa que estaba la comida —no preparada personalmente por ella, pero sí bajo su dirección y con Greg como su segundo chef—, supe que el correo electrónico que me había enviado Nina esta mañana no tenía sentido. Seguía intentando persuadirme sutilmente para que pensara en sustituir a Emmaline por un chef más acreditado. Leí el correo. Y también lo

borré. Porque era difícil no ver sus ideas bajo el filtro de sus celos. Em había señalado que no quería enfadar a Nina con la idea equivocada de que pasaba algo entre nosotros.

Dado que ambos habíamos decidido que en realidad no estaba pasando nada aquí, aquel momento en el jacuzzi solo fue sexo. No se suponía que nada tuviera importancia entre nosotros. Sin embargo, no dejaba de pensar en lo fácil que me resultaría desear que esto fuera algo real sobre lo que construir con Em.

Con esa mentalidad, era molesto tener que ignorar cómo Nina parecía estar presionando para echar a Emmaline de aquí, impulsada por los celos porque yo pasaba mucho tiempo con ella en estas sesiones de fotos.

Pero no significa nada.

Durante la semana siguiente, Emmaline y yo seguimos viéndonos por la noche después de sus turnos para hacer más sesiones. Me sentía mal por el hecho de que ella estuviera comprometiendo su horario para encajar esto, pero le estábamos cogiendo el truco. Fingir citas para la cámara ya no parecía una tarea pesada porque tenía ganas de verla.

En la siguiente sesión, otra cena, pero esta vez en mi suite para retratar el servicio de habitaciones que ofrecía Maple Ville, ignoré a Xavier y al videógrafo en segundo plano. Le pregunté a Emmaline cómo había llegado a este punto como jefa de cocina.

—Estaba revisando la información de los empleados y me sorprendió que empezaras aquí poco después de que yo me fuera de la zona.

Ella asintió. —Sí.

—¿Qué pasó con la universidad? —Después de nuestra noche de pasión hace cinco años, que fue el resultado de lo disgustada que estaba por haberse visto obligada a dejar los estudios para que Jack tuviera dinero, ella no había intentado entrar en otro programa, por lo que yo sabía.

—Fui a algunas clases a tiempo parcial en un colegio comunitario cuando pude. Pero fue por la época en que Francino's buscaba un chef. Me presenté. Conocí a Greg. Nos hicimos mejores amigos y compañeros y, al final, me dieron el puesto.

—¿Él no lo quería?

Ella negó con la cabeza y sonrió. —No. Dijo que valoraba demasiado su vida social como para renunciar a ella.

—¿Te arrepientes alguna vez de no haber vuelto a aquel programa?

Ella bajó la mirada, pareciendo de repente más incómoda después de esa racha de estar más a gusto conmigo durante toda la semana. Como si el habernos follado toda la tensión hubiera allanado el camino para ser más civilizados el uno con el otro. O como si nuestra decisión de que aquello no tenía sentido fuera una máscara tras la que podía esconderse.

—No me arrepiento de nada. —Pareció forzar una sonrisa mientras levantaba su copa de vino hacia mí.

Aquello me pareció extraño. Todo el mundo tenía al menos un arrepentimiento en su vida. El mío más grande fue engañarme pensando que podría llegar a amar a alguien como Kelly y que ella podría amarme a mí, y no el poder y el dinero que tenía mi familia.

Me alegraba que Em no estuviera insinuando que pudiera arrepentirse de nada relacionado conmigo, ya fuera de hace cinco años o de ahora.

—¿Qué pasó al final con el negocio de Jack? —pregunté.

Ella levantó las cejas y me dedicó esa sonrisa burlona que me resultaba tan entrañable. —¿Qué?

—El dinero que le dieron tus padres y que hizo que dejaras los estudios. —Dejé la servilleta sobre la mesa, habiendo terminado de comer.

Ella se encogió de hombros. —No salió bien.

—Vaya. No lo sabía. La verdad es que nunca habla mucho de sus negocios.

—Está trabajando en muchas ideas todo el tiempo.

Fruncí el ceño, intentando descifrar aquello. Sonaba como si Jack no tuviera negocios en este momento. Antes de que pudiera preguntar, o mencionar que me costaba contactar con su hermano solo para quedar, ella me cogió la mano y trazó con su dedo mi palma. Me hizo cosquillas de una forma agradable. Me tranquilizó con una sensación sensual de intimidad.

—Así que, ¿mañana tengo que venir antes de mi turno para dar un paseo romántico?

Asentí, sosteniéndole la mano y deseando poder instarla a que me tocara más. —Sí. Pero luego, al día siguiente, vamos a tomar café en la pastelería.

—No —dijo Xavier desde el fondo—. Vamos a cambiar eso. El tiempo no parece bueno para un paseo por el sendero de aquí.

Emmaline se encogió de hombros, pero cuando intentó retirar la mano, se la sujeté y froté mi pulgar sobre sus nudillos. Sonriéndole porque la cámara seguía grabando, le dije a él: —Lo que sea. Solo dinos dónde tenemos que estar.

Emmaline sonrió más ampliamente, y quise pensar que tenía ganas de que llegara el momento.

Aunque no signifique nada.

Cuando dieron la sesión por terminada, suspiré y quise ver cómo podía conseguir una oportunidad para hablar con ella a solas. No para una sesión de fotos. Solo para experimentar algo como lo del jacuzzi de nuevo.

—Vale —dijo Nina, acercándose a la mesa y soltando mi mano de la de Emmaline—. Las cámaras están apagadas. Ya podéis dejar de actuar.

Emmaline se mordió el labio, como si se estuviera guardando una réplica. —Sí. Tengo que irme de todos modos —dijo mientras se apartaba de la mesa.

—Con tu hijo, ¿verdad? —preguntó Nina con una sonrisa sarcástica.

Emmaline fruncí el ceño. —¿Eh… sí?

—¿No está su padre en casa con él mientras tú trabajas aquí? —Nina se cruzó de brazos.

Le eché una mirada de desprecio, harto de su mala leche.

Con razón ella mencionó sus celos.

—Em. ¿Quieres que te acompañe al coche? —Me puse el abrigo.

—No. No, estoy bien. —Levantó la mano a modo de saludo y se alejó apresuradamente sin mirar atrás.

Le dirigí a Nina una mirada lenta y furiosa. —¿Era necesario?

Ella resopló. —Solo estaba preguntando.

—¿Era putamente necesario? —le exigí.

Poniendo los ojos en blanco, se acercó con aire seductor. —¿Era necesario sujetarle la mano durante más tiempo de lo que captaban las cámaras? —Intentó deslizar su mano en la mía, pero pasé de largo y me marché.

La desafié a seguirme arriba, a mi suite. Después de aquella jugarreta, no estaba de humor para pasar ni un segundo más cerca de ella.

Después de ducharme y meterme en la cama, mi teléfono vibró con un mensaje de Emmaline.

Confundido por por qué me contactaría tan tarde pero ansioso por hablar con ella, cogí el teléfono tan rápido que se cayó de la mesita de noche.

Solté un taco y me levanté de la cama para cogerlo, dándole la vuelta para ver su mensaje.

Em: **Necesito un vaso de agua.**

Fruncí el ceño. *¿Qué?*

Em: **Necesito awa.**

—Pero qué—

Hizo una videollamada y no dudé en responder.

Hizo una mueca. —Lo siento muchísimo.

—¿Tienes… sed? —pregunté, dándome cuenta de que llevaba una camiseta vieja y ancha a modo de pijama mientras se metía en la cama.

—Rory estaba usando el altavoz inteligente en su habitación y de alguna manera falló e hizo este dictado de voz en mi teléfono. —Se tapó la cara—. Perdona.

Me reí por lo bajo, divertido por el simple incidente.

—¿No es tarde para que esté despierto? —En cuanto lo pregunté, quise retirar las palabras. ¿Qué sabía yo sobre ser padre o sobre cómo debía dormir un niño?

—Sí. Pero ha tenido una pesadilla y he tenido que leerle y hacer que le entrara sueño otra vez. Menos este repentino deseo de agua. —Bostezó, y no era legal lo jodidamente tierno y sexy que resultaba aquello.

—Siento las molestias de nuevo. Buenas noches, Liam.

—No te preocupes. Buenas noches, Em.

Después de que colgáramos, fui yo el que tuvo insomnio. No por una pesadilla como la de su hijo, sino por curiosidad.

—No hay forma de que él sea… —Negué con la cabeza, mirando al techo.

Si ese niño fuera *mi* hijo, ella me lo habría dicho. ¡Maldita sea, Jack también lo habría hecho! Era muy raro en cuanto a que Emmaline y yo estuviéramos siquiera en la misma frase, pero un hijo sería una excepción a la regla.

Dijo que su cumpleaños era a finales de septiembre, ¿verdad?

Conté los meses hacia atrás. Cuando vi al niño por primera vez y me chocó lo diferente que se veía de Em, pero lo parecido a mí con el pelo rubio y los ojos azules, mi instinto fue temer que hubiera repetido los errores de mi abuelo y hubiera dejado embarazada a una mujer con la que no estaba casado.

Pero las cuentas no salían.

Emmaline y yo tuvimos sexo el día de San Valentín, y eso significaba que el niño tendría que haber nacido en noviembre de ese año.

No. No puede ser mío.

Fruncí el ceño al ver lo profundos que eran mis problemas de confianza, llegando a pensar que Emmaline podría ocultarme a un hijo.

El padre de Rory debe de ser su antiguo novio de la universidad. El que le dio plantón en aquella cena de San Valentín. Aquella noche que la vi en el bar.

Con los pensamientos de nuestros pasados en la cabeza, pasé la noche pensando y preguntándome cómo podrían haber resultado las cosas de otra manera.

Si Emmaline y yo hubiéramos tenido la oportunidad de algo más que un rollo prohibido de una noche hace cinco años.

No podíamos rebobinar el tiempo y volver a hacerlo. Pero era difícil no dejarse llevar imaginando si algo podría ser diferente ahora…

EMMALINE

Equilibrar las expectativas de estas sesiones de fotos me estaba provocando un dolor de cabeza que no necesitaba. Agradecía la oportunidad de ganar un poco de dinero extra, y Xavier me estaba pagando una barbaridad por fingir que era la novia de Liam por motivos de relaciones públicas.

Lo más difícil de gestionar era la restricción de mi tiempo. Mi horario habitual como jefa de cocina era largo y agotador. Los fines de semana ya no significaban nada para mí porque siempre estaba entre fogones. Las horas del día eran mi oportunidad para estar con Rory, pero resultaba difícil ser madre soltera y mujer de carrera al mismo tiempo.

Olvida eso.

Era aún más difícil ser madre soltera y profesional mientras pagaba también la deuda de mi hermano.

Andaba justa de dinero. Siempre andaba justa porque había sacado adelante a mi niño yo sola, decidida a no aguantar los juicios de mi hermano por haberme acostado con su amigo. Le oculté la existencia de Rory a Liam porque, en cuanto lo vi ocupado en Nueva York haciéndose cargo de la empresa familiar y luego viajando por todo el mundo como un hombre de negocios adicto a la riqueza, quise una vida *de verdad* y una infancia auténtica para mi hijo.

La expectativa de Jack de que yo lo «ayudara» con su deuda hacía que mi vida fuera imposible a veces.

—Mami, ¿estás cansada?

Sonreí ante la franqueza de Rory mientras estábamos sentados juntos en la pastelería. Demasiado pequeña para tener un nombre propio, la pastelería de Maple Ville era un negocio pintoresco. La bollería básica se recibía ya hecha y no se horneaba allí, pero las máquinas de café eran bastante decentes. No solía pasar tiempo aquí, pero las pocas veces que Rory venía a visitarme, le gustaba sentarse en las mesas de bistró de estilo antiguo que había en la pequeña zona de la entrada, cerca del vestíbulo.

—No, cariño, no estoy tan cansada —mentí.

Siempre me faltaban horas de sueño entre mi trabajo y ser madre soltera. Y con las sesiones de fotos después de mis turnos, estaba exhausta. Sin embargo, odiaba que él lo notara. Me odiaría aún más si pensara que era culpa suya.

Rory había tenido problemas de pesadillas de forma intermitente durante su infancia. Yo se lo achacaba a una vez que se topó con un reportaje de noticias sobre una avalancha. Era una fase, como probablemente tenían muchos niños. Dudaba que durara para siempre, pero cuando se despertaba, era difícil no gruñir y echar de menos mi descanso. La semana pasada, cuando de alguna manera usó el dictado por voz de mi teléfono y tuve que llamar a Liam para disculparme, solo quería un poco de agua. Esta semana, me rendí y dejé que durmiera en mi cama conmigo la mayoría de las noches.

Solo quedan dos semanas y media, me dije, sabiendo que las vacaciones de San Valentín terminarían pronto. Esta campaña de relaciones públicas llegaría a su fin.

Este rollo de las citas falsas se acabará.

No quería pensar en el momento en que Liam no estuviera aquí y no tuviera una excusa para pasar tiempo conmigo. Pero tenía ganas de

tener un solo trabajo.

No, dos trabajos. Ser madre y jefa de cocina. No tendría que transigir ni hacer malabarismos para estas sesiones de fotos nunca más.

Como ahora mismo.

Rory estaba conmigo en la pastelería porque esperábamos a que Avery lo recogiera en cuanto terminara su turno en la lavandería del complejo, donde había cogido unas horas extra. Como hacíamos la mayoría de las sesiones después de que yo terminara de trabajar en la cocina y la pastelería no estaba abierta entonces, esta se había programado para ahora. Dudaba que tardara mucho. Rory podía quedarse atrás durante los cinco o diez minutos que tardaría el fotógrafo en captar lo que quería de Liam y de mí, en una foto en la que pareciéramos compartir un muffin o algo así y nos viéramos monos.

—Avery dice que pareces distraída —dijo Rory, balanceando las piernas mientras se comía la galleta que le había dado el empleado —. ¿Qué significa «distraída», mami?

Sonreí. —Distraída significa que estás pensando en algo en lugar de prestar atención a lo que estás haciendo en este momento.

—¿Te refieres a cuando te preocupas?

Bingo.

Me estaba preocupando, desde luego. Antes de venir aquí, había revisado mis correos electrónicos y comprobado cuánto me quedaba por pagar de la cuenta de cobro de deudas de Jack. La cantidad era una suma asombrosa para alguien como yo. Agobiada por la carga constante de saber que ese recibo llegaría cada mes, deseaba poder terminar con todo de una vez.

Ni siquiera era mi propia deuda. Era por la bondad de mi corazón y un sentido de lealtad familiar que me sentía obligada a «ayudarlo».

Si uso mis ahorros... dejaría de ser una losa sobre mi cabeza.

La idea se me había pasado por la cabeza antes. Tenía una buena suma de dinero guardada por vivir con austeridad, escatimando y ahorrando todo lo que podía. Por suerte, Rory era un niño sano. Nunca había tenido gastos médicos importantes. Aunque nació prematuro, nunca necesitó ir al médico para nada más que las revisiones rutinarias. Había sido bendecida con un niño sano y no tuve complicaciones en mi embarazo. Su rara alergia a los frutos secos no contaba realmente, porque lo único que tenía que hacer era asegurarme de que nunca estuviera expuesto a ese fruto seco específico.

Tampoco era un niño materialista.

Durante los últimos cinco años, había guardado cada céntimo extra con la esperanza de poder estar en posición de comprar una casa para nosotros algún día.

Ese era mi sueño: no tener que lidiar con mi apartamento y tener un espacio que llamar mío. Mis ahorros no eran suficientes para pagar una casa, pero servirían para una entrada cuantiosa.

No me imaginaba pidiendo una hipoteca para una casa pequeña al mismo tiempo que seguía ayudando a Jack con su deuda. Si usaba mis ahorros para saldar todo lo que debía, se habría acabado para siempre. Entonces podría empezar a planear otra cuenta de ahorros para Rory y para mí.

No necesité explicarle a mi hijo que me estaba preocupando porque apareció Liam. Entró rápidamente, con prisas y con el teléfono en la oreja. Con ese traje azul oscuro, parecía el típico hombre de negocios corporativo que tenía cosas más importantes que hacer que fingir que tenía una cita para tomar café con una novia falsa como yo. Se detuvo en seco al ver a mi hijo sentado frente a mí.

—Oh, lo siento. No me había dado cuenta de que sobraba aquí.

—Tú no sobras —replicó Rory.

—Es una forma de hablar —le dijo Liam a Rory mientras colgaba el teléfono y se guardaba el dispositivo en el bolsillo. Empezó a sonreír a mi hijo —nuestro hijo— y esa ligera expresión similar a una mueca de diversión se parecía de forma inquietante a la casi sonrisa traviesa que ponía Rory.

Oh, no.

Me asaltó una nueva preocupación: que alguien pudiera notar el parecido aún más. Hasta ahora, no me había dado cuenta de que instintivamente mostraban el mismo ademán.

—¿Te refieres a que es un dicho como cuando la gente dice que más vale tarde que nunca? —preguntó Rory.

Liam sonrió de par en par, riendo entre dientes. Su buen humor lo hacía ajeno a cómo su hijo lucía el mismo tipo de sonrisa burlona. —¿Tu madre dice eso a menudo?

Solté una risotada. —No.

Rory sacudió la cabeza. —Mi mami siempre llega a tiempo.

—Es un buen hábito —dijo Liam.

—Pero Avery lo dice cada vez que llega tarde para cuidarme —dijo Rory.

—Como ahora mismo —le dije—. Estará aquí en cualquier momento para recogerte y llevarte a casa. No sabía qué más hacer y lo traje conmigo.

—Puede quedarse conmigo —dijo Xavier desde más al fondo de la tienda. Ya conocía a Rory y se llevaban bien.

—Esto no puede llevar mucho tiempo, de todos modos, ¿verdad? —dijo Liam mientras ocupaba la silla que Rory había dejado libre. El niño saltó y corrió hacia Xavier, atraído, al parecer, por la piruleta que el hombre le ofrecía.

—¿Es de fresa y kiwi? —preguntó emocionado—. ¡Porque ese es mi favorito!

Liam lo observó, frunciendo el ceño como si estuviera pensando demasiado. —A mí me encantaban los caramelos de fresa y kiwi.

Era algo bastante específico, y me preocupó que fuera otra extraña coincidencia genética. —¡Lista cuando queráis! —les dije a Xavier y al fotógrafo. Agarrando la mano de Liam, desvié su atención de mi hijo. nuestro hijo.

Maldita sea. Ni siquiera puedo pensar con claridad.

Rory era *nuestro*, pero Liam nunca había formado parte de la escena. No era fácil abandonar la idea instantánea de que Rory era *mío*.

—Listo —dijo Liam, sonriéndome mientras nos dábamos la mano sobre la mesa. Una vez que se acomodó para mirarme con afecto, frunció el ceño—. ¿Por qué pareces tan preocupada?

¡Argh! ¿Pero qué pasa?

—Está distraída —dijo Rory, interviniendo desde el fondo.

Liam se rió. —¿Distraída, eh?

Suspiré. —Sí. Solo estoy pensando en mi lista de tareas y todo eso. —Cogí una taza de café que estaba allí como parte del «escenario». Un objeto de atrezo ayudaría.

—Sé cómo se siente eso —dijo él—. El día no tiene suficientes horas.

—Ni la noche —dije con ironía.

Me dirigió una mirada lenta, sugiriendo que estaba pensando en algo que sucedía por la noche que no era el trabajo.

—Eso está mejor —dijo Xavier—. Liam, dale un poco de ese muffin.

—¿Por qué? —preguntó Rory—. Ella ya sabe comer sola.

Me reí. Liam también.

—Bien. Bien —instruyó Xavier, elogiando lo supuestamente naturales que parecíamos al reír.

—¿Por qué tienes que dar de comer a mi mami? —preguntó Rory, poco convencido y esperando una respuesta.

—Porque sería romántico —explicó Xavier.

—¿Como cuando las mamis y los papis se besan en los anuncios que me dices que no vea? —me preguntó Rory.

No lo miré, manteniendo el papel con Liam. —Sí. Algo así.

—¿Por qué no la besas y ya está? —preguntó Rory—. ¿No es eso lo que significa ser romántico?

Liam se rió. —¿Debería?

Puse los ojos en blanco, avergonzada de que este estúpido rubor que calentaba mis mejillas fuera real. No fingido. La idea de este hombre besándome era demasiado peligrosa para contemplarla.

—En la mejilla —dijo Rory—. Para que no dé asco.

Suspiré mientras Liam tomaba mi rostro entre sus manos y me instaba a encontrarme con él por encima de la mesa. Al presionar sus labios contra mi mejilla, se detuvo un momento antes de apartarse de nuevo. —¿Te distraerá eso de lo que sea que te tiene con esa cara de preocupación?

Me encogí de hombros mientras él se recostaba. —Un poco.

—¿Qué es lo que satura tu lista de tareas? —preguntó.

Complacida por que actuara como si le importara, se lo enumeré todo mientras nos dábamos la mano, sonreíamos y fingíamos que estábamos en una cita en lugar de hablar de la vida. Cogiendo las tazas de café, fingimos dar sorbos.

—¿Y tú qué? —preguntó.

—Este sitio es una lista de tareas épica —admitió—. Pero al menos tengo personal en quien delegar.

Y yo no. Yo lo hacía todo por Rory y por mí. Y por Jack, en lo que respecta a pagar su deuda.

Quizá puedas subirme el sueldo pronto, y eso aliviará el golpe de agotar mis ahorros...

—Muy bien —dijo el fotógrafo con el pulgar hacia arriba—. Eso está genial.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudar? —preguntó Liam, demorándose y sin soltar mi mano.

—¿Con qué?

—A que tu vida sea menos estresante. —Frunció el ceño—. ¿No ayuda Jack con Rory y todo eso, si su padre no está presente?

Sacudí la cabeza mientras Rory volvía a la mesa. —El tío Jack está siempre demasiado ocupado.

Liam lo miró. —¿Haciendo qué?

—¿Qué pasó con eso de que nuestras vidas personales eran asunto nuestro? —le pregunté a Liam.

—No lo sé. —Rory se encogió de hombros, los dos sin hacerme caso —. Siempre dice que está ocupado si mami le pide que se encargue de algo.

Suspiré, odiando lo sincero que era mi hijo. Nunca fomentaba las mentiras, pero Jack era sensible y nunca quería que nadie supiera con qué frecuencia fracasaba en sus ideas de negocio.

—Hmm. Debe de estar ocupado con algo importante —dijo Liam mientras se levantaba y le devolvía la silla a Rory—. Porque antes

éramos muy buenos amigos. Está demasiado ocupado incluso para quedar conmigo.

La culpa y la tristeza me golpearon a la vez. Sabía que era probable que Jack estuviera evitando pasar tiempo con Liam en persona por miedo a que se enterara de que estaba endeudado y no tenía éxito como él. Pero no era justo. Él y Liam habían sido tan buenos amigos de niños y adolescentes, antes de que las bobadas de adultos como el dinero importaran.

—Nos vemos luego —me dijo Liam, sacando su teléfono del bolsillo.

—¿No tienes que darle un beso de despedida? —preguntó Rory inocentemente—. ¿Para parecer romántico?

Antes de que pudiera explicar que Liam y yo solo estábamos actuando, y para la cámara, Liam se inclinó y me besó la coronilla. —¿Qué tal así?

Rory sonrió.

—Adiós, Rory —le dijo Liam—. Hasta luego —me dijo a mí de nuevo.

Una vez que se hubo ido, revisé mi teléfono por si Avery me había enviado otro mensaje del tipo *más vale tarde que nunca*.

Sin embargo, la puerta de la pastelería se abrió y levanté la vista por si era ella.

No lo era.

Nina entró a grandes zancadas, con el rostro marcado por sombrías líneas de ira.

Genial. Simplemente genial.

Probablemente había estado mirando todo el tiempo a través de los cristales de la tienda. Liam no parecía preocupado por sus celos, pero desde mi posición era diferente. No necesitaba la ira de esta ejecutiva. Habíamos empezado con mal pie cuando mintió diciendo que mi cocina estaba sucia. Y en las últimas dos semanas y media,

no nos habíamos vuelto más amigables en las ocasiones en que tuvimos que cruzarnos.

—Mami, ¿por qué esa señora parece tan gruñona? —preguntó Rory en voz alta con su modo inocente y sincero de preguntarse por el mundo.

Maldita sea.

Nina nos entrecerró los ojos.

—Rory, por favor, cuida tus modales —respondí con firmeza pero con amabilidad.

Justo entonces, Avery apareció detrás de Nina y me dirigió su mueca de perdón-por-llegar-tarde. —¿Listo para irnos, colega?

Rory saltó de su silla para abrazarme y recibir un beso. Yo también me levanté, ansiosa por ir a trabajar. Él salió disparado hacia Avery, que le tendía la mano, esquivando a Nina.

Me dirigí hacia la puerta, sin miedo a pasar por su lado. Ella no había terminado conmigo, sin embargo. Dando un paso lateral para impedirme salir, echó humo, mirándome como si fuera basura. —Vas a tener que lidiar con que yo esté cabreada, Emmaline —amenazó en un tono caldeado y bajo—, no gruñona. —Entornó los ojos hasta dejarlos como rendijas—. Me voy a cabrear si sigues intentando quitarme a mi hombre.

Arqueé una ceja. —¿*Tu* hombre? —Eso aclaraba las cosas. No me imaginaba sus celos. —No estoy intentando quitar, quedarme o ni siquiera pedir prestado a ningún hombre. Liam y yo solo estamos haciendo esto para el material promocional. ¿Recuerdas?

—¿Puedes recordar tú que se supone que es falso? —gruñó ella.

Puse los ojos en blanco y pasé junto a ella antes de que pudiera ver la verdad en mi mirada.

Sabía perfectamente que Liam y yo debíamos estar fingiendo.

Lo que fastidiaba era lo mucho que deseaba que no fuera así. Se sentía demasiado bien simplemente hablar con él, verlo como un amigo. Y se sentía aún mejor cuando ignorábamos las reglas de mutuo acuerdo y cedíamos al deseo que aún chispeaba y crepitaba entre nosotros.

LIAM

Después de un par de días largos de reuniones, llamadas y de gestionar los negocios habituales, estaba agotado. Los dolores de cabeza me atormentaban por la falta de sueño y el exceso de cafeína para aguantar las jornadas.

Esto era lo normal en mi oficina de Nueva York, pero sabía que no podía durar. En lugar de estar deseando terminar con la adquisición de Maple Ville y marcharme a México para un proyecto distinto, más cálido y soleado, me sorprendí deseando simplemente pasar tiempo con Emmaline.

Ya había modificado el calendario, decidiendo quedarme aquí hasta el final de esta campaña promocional que ella y yo protagonizábamos. De momento, estaba haciendo maravillas. Las publicaciones tenían mucha repercusión. Los anuncios funcionaban bien. Las reservas estaban a tope. Se estaba hablando con Pierce y Kev sobre un par de eventos importantes para que celebraran aquí sus encuentros anuales.

Pero estaba demasiado cansado para sacar fuerzas para el vídeo promocional de esta noche.

—Bailar bajo las estrellas es un poco cliché, ¿no? —me quejé mientras atravesaba el complejo para reunirme con Emmaline bajo la zona cubierta del patio. Se habían encendido chimeneas allí fuera

con más frecuencia, y a través del ventanal vi cómo los clientes disfrutaban del calor.

—Es *muy* cliché —dijo Nina, caminando a mi lado.

Me giré y la miré con severidad. —No te estaba preguntando a ti.

Ella puso una mueca y miró hacia delante.

Me detuve en seco y me volví hacia ella.

—Liam. Vamos —dijo Xavier, dándome sus característicos dos aplausos.

—De hecho, ¿por qué estás siquiera aquí? —le pregunté a Nina.

Ella sonrió dulcemente y puso su mano en mi brazo. La aparté de un manotazo y ella abandonó su expresión coqueta para ponerse seria.

—Soy la jefa de RR. PP., Liam —dijo con una risa ligera, como si mi pregunta fuera una tontería—. Por supuesto que supervisaré un rodaje promocional de esta importancia.

—¿Igual que vas a supervisar cómo un par de empleados a tu cargo han pifiado unos cuantos anuncios y ahora tenemos que lidiar con las críticas de que nuestro hotel de cinco estrellas en Nueva Orleans sea comparado con un burdel y un club de sexo?

Ella hizo una mueca de dolor. Y con razón.

—¿Dónde estaba tu supervisión entonces? —le solté, más que irritado por la aparición de ese problema.

—Liam, tenemos *montones* de anuncios en marcha y tengo mucha gente en mi departamento. Un par de errores no son el fin de...

—*Aquí* es donde termina esta conversación —la interrumpí—. Sé diligente y supervisa lo que hace tu departamento. No eres necesaria para supervisar esta campaña. —Sosteniéndole la mirada y desafiándola a dar un solo paso más tras de mí, la despedí y me giré para caminar con Xavier.

—No te preocupes por ese incidente —dijo Xavier respecto a los anuncios mal gestionados y segmentados de la otra ubicación. Se trataba de anuncios que se hicieron como competencia, burlándose de lo que publicaba nuestra empresa. Nina tenía un departamento que controlar, es cierto, pero también tenía varios niveles de mando en los que podía confiar para que hicieran *su* trabajo. Simplemente no había hecho el suyo por no haber verificado las cosas—. En cuanto terminemos con esto, puedo volar para allá y hacer un par de campañas más para controlar los daños.

Suspiré, frotándome la cabeza—. Lo sé. Y gracias. —Era un genio y me alegraba de haberlo descubierto y contratado—. Pero no es por eso por lo que me quejo de lo de esta noche.

Llegamos a las puertas del patio, donde Emmaline estaba esperando. Estaba allí de pie con un abrigo largo, abrazándose a sí misma mientras contemplaba el cielo. Se giró para mirarnos y me arrepentí de haber intentado librarme del rodaje.

Si significaba pasar tiempo con ella, valdría la pena. Pero ella no podría quedarse mucho tiempo después.

—Entonces, ¿cuál es tu problema? —preguntó Xavier.

—Bailar bajo las estrellas *es* un cliché —repetí.

Él gruñó, molesto—. No es que tengas que bailar de verdad.

Emmaline levantó la mano—. Esto... no creo que pueda decir ni siquiera que sepa cómo hacerlo.

Le agradecí que estuviera de mi parte.

—Simplemente *pareced* que estáis bailando —dijo Xavier—. Abrazaros y haced como que bailáis. —Me miró con el ceño fruncido —. Sonríe, para empezar.

Me metí las manos en los bolsillos y no me importó lo gruñón que pareciera.

—Oye, quizá podamos cambiar el guion —sugirió Emmaline, acercándose a mí—. Él parece tan cansado como yo.

—Y con un puto dolor de cabeza —añadí.

—Y a mí me duelen los pies de estar de pie toda la noche en la cocina. —Hizo una mueca—. ¿Qué tal si en lugar de bailar bajo las estrellas y obligarnos a parecer felices cuando estamos hechos polvo, simplemente nos sentamos allí, cerca del brasero? —Señaló un sofá curvo—. Acurrucados y muy juntos.

—¿Y un chocolate caliente de atrezo? —dijo el videógrafo.

Xavier negó con la cabeza—. Qué va. —Suspiró, mirando alrededor —. Creo que esto puede funcionar. Acurruchaos bajo la manta y dad imagen de comodidad —dijo, señalando el sofá con un gesto de la mano.

—Eres mi heroína —le dije a Emmaline mientras nos dirigíamos hacia allí.

Ella soltó una carcajada—. Ya verás. En cuanto me siente, no querré volver a levantarme. He cogido mis zapatos viejos, los de repuesto, por error, y no son nada cómodos.

—Lástima que haga demasiado frío aquí fuera. —Nos sentamos juntos y levanté la manta para que ella se acercara más—. Te daría un masaje en los pies.

—Oh...

No sabía si se estaba burlando con ese tono y esa sonrisa o si realmente le conmovía que me ofreciera a algo así.

—Oye, que me preocupo por ti.

Su expresión se dulcificó y se acurrucó contra mí, pegada a mi costado—. Créeme. Mis pies no están bonitos ni tienen la manicura hecha. Considérate a salvo.

Levanté el brazo para rodear sus hombros, animándola a que se acercara más.

—Me importa —añadió ella mientras levantaba la mano hacia mi cabeza. Las líneas de su frente sugerían que era verdad, que su preocupación era sincera—. Me importa que estés tan gruñón por culpa de un dolor de cabeza.

Mientras me masajeaba la nuca, deslizando los dedos por mi pelo cerca del cuello, se me puso la piel de gallina y cerré los ojos.

—Oh, joder... —gemí.

—¿Te gusta? —preguntó.

Noté la sonrisa en su voz y eso me dio ganas de devolverle la sonrisa.

—¿Cómo es que estás tan cansado y agotado? —preguntó ella.

Me reí y abrí los ojos, clavándolos en los suyos. El castaño oscuro de sus iris parecía más brillante, centelleando con el reflejo del fuego del brasero que se veía en ellos—. Porque soy viejo.

—No eres *viejo*.

—Soy mayor que tú.

Ella suspiró, apartando la mirada un segundo—. Eso nunca ha importado antes.

—¿Importa ahora? —le pregunté.

Me lanzó una mirada severa—. Pensaba que se suponía que nada debía importar entre nosotros. —Aclarándose la garganta rápidamente, pareció ansiosa por cambiar de tema—. ¿Por qué estás tan estresado?

Me moví, acomodándome para que ella bajara conmigo sobre los cojines y almohadas. Después de que se acurrucara contra mí para

poder seguir jugando con mi pelo, le puse la mano en el costado para que pareciera que nos estábamos abrazando.

—Creo que ya tengo suficiente —dijo el videógrafo.

Xavier se sopló las manos y asintió—. Yo también lo creo. No ha costado nada.

—¿Ya? —preguntó Emmaline, pareciendo entusiasmada por haber terminado.

—Te lo he dicho. Parecéis jodidamente naturales. —Xavier levantó la mano a modo de despedida, retirándose con el videógrafo, que ya había recogido el trípode y se había colgado la correa de la cámara al cuello—. Nos largamos. Vete a dormir un poco, Liam.

Cuando Emmaline volvió a mirarme, no parecía tener prisa por levantarse—. Eso ha sido rápido.

Asentí—. ¿Tienes frío?

Soltó una risita—. ¿Con esta manta y tu cuerpo que desprende calor nuclear? No. —Reanudando el ligero masaje, suspiró—. ¿Por qué estás tan estresado? ¿O estoy rompiendo mi regla de que nuestras vidas personales no son asunto del otro?

—Te abrumaré con todos mis asuntos si de verdad quieres oír las miserias que llamo vida —dije con ironía.

—Ponme a prueba —dijo ella, acurrucándose más.

—¿No tienes que volver a casa con Rory?

Ella asintió—. Siempre. Pero Avery me mandó un mensaje hace como una hora diciendo que su idea de hacer un duelo de baile después de cenar en lugar de ver una película lo ha dejado agotado. Ya está profundamente dormido; lleva horas así. Vamos. Habla conmigo.

No tuvo que pedírmelo dos veces. Mientras nos relajábamos allí frente al fuego, le conté el estrés del día. Las reuniones. Las

llamadas. Los problemas entre empleados.

—¿De verdad una supervisora intentó decir que Danny la insultó? —Bufó—. No puedo imaginármelo en absoluto.

—Recursos humanos es la parte más difícil de cualquier negocio. Te lo juro. —No quería levantarme nunca. Entre sentirla cerca y saber que escuchaba todas mis penas sin juzgarme, me sentía satisfecho de una forma que no recordaba en mucho tiempo. Relajado y aprovechando esta oportunidad para desprenderme de mis preocupaciones, mencioné cómo estaban saliendo a la luz antiguos escándalos con el error de los anuncios en Nueva Orleans para el hotel de Weston LLC de allí.

Eso me llevó a hablar de mi abuelo y de cómo se acostaba con todo el mundo—. No le importaba llevarse a las limpiadoras a la cama, a veces con mujeres que le sacaban un tercio de la edad. Orgías y de todo.

Ella hizo una mueca.

Luego compartí más sobre cómo Kelly intentó arrastrar mi nombre por el fango—. En cuanto Danny la pilló malversando fondos de la empresa, ella intentó insinuar que yo era igual, un hombre de negocios horrible y un mujeriego como mi abuelo.

—Pero no lo consiguió. No creo que llegara a conocer a tu abuelo, pero por lo que he visto en las noticias, tú no has hecho más que trabajar duro y viajar mucho.

Asentí—. He trabajado duro. Desde el día en que murió mi abuelo, y cuando nos dimos cuenta de que el tratamiento del cáncer de mi padre significaba que yo estaría al mando, me he dejado la piel para que esta empresa sea lo que es ahora. —Sonaba como ella, por cómo se había adueñado del restaurante y el orgullo que sentía por él. Éramos almas gemelas en ese sentido, y me pregunté si ella sentiría lo mismo—. Pero nunca cambia. Mi padre ha llamado hoy, quejándose de la mala prensa por el error publicitario de Nueva

Orleans. Siempre siento que necesito demostrarle diez veces más que no soy un playboy estúpido al que se le suben el dinero y la fama a la cabeza. Me he dejado los cuernos para ser un hombre de negocios. Al pie del cañón.

—A veces es imposible convencer a alguien de tu verdadero carácter —dijo ella suavemente—. Lo único que puedes hacer es ser fiel a tu naturaleza y dar lo mejor de ti.

—¿Hablas por experiencia? —pregunté.

—No realmente. —Se encogió de hombros—. Desde que mis padres fallecieron, me ha costado ponerme de acuerdo en algunas cosas con Jack. Su visión de mí ha cambiado con el tiempo, pero... —Sacudió la cabeza y sonrió rápidamente—. Olvídalo. No viene al caso. —Mirándome a los ojos, suspiró—. Siento que sientas que tienes que demostrarle tu valía a tu padre. Y que tu ex intentara joderte.

Me incliné para besar su mejilla—. Y yo siento haberte tenido aquí fuera toda la noche quejándome y lloriqueando por todo esto.

Ella se rió—. Cállate. No lo has hecho. No es «toda la noche». Y me alegra escucharte y simplemente hablar. Es casi como si fuéramos... amigos.

¿Amigos que tienen sexo supuestamente casual y sin sentido?

No estaba seguro de poder seguir manteniendo esa mentira.

Algo había cambiado entre nosotros esta noche. Con una conversación sencilla y honesta, no podía ver a Emmaline como la hermana pequeña de Jack, como la terca jefa de cocina del restaurante del hotel.

Ni siquiera podía etiquetarla como mi aventura, ni de hace cinco años ni de la semana pasada.

Esta noche, era más bien como una amiga. Una confidente. Alguien en quien podía confiar más partes de mi historia y de mi supuesta

vida personal. Abrirme a ella no era un desafío.

¿Por qué iba a serlo?

Siempre había estado ahí, en segundo plano, siempre dispuesta a abrazar y confiar.

Yo simplemente había cometido el error de no abrir los ojos lo suficiente para verla y tener el valor de iniciar algo.

EMMALINE

Fui a trabajar al día siguiente con una dosis extra de entusiasmo. Saber que vería a Liam en algún momento de mi turno, o incluso después si había otra sesión de fotos, hacía que mi perspectiva sobre las largas noches fuera mejor.

Él era un incentivo que me hacía ilusión, pero uno al que tenía que observar desde la distancia porque estaba ocultando el hecho de que Rory era su hijo.

Después de lo que dijo sobre trabajar tan duro para demostrarle a su padre que dirigiría bien la empresa, me sentía segura de no exponer a Rory a un adicto al trabajo como él. Ya era bastante difícil que yo trabajara tanto como lo hacía, pero yo nunca viajaba. Nunca daba prioridad a ganar miles de millones por encima de estar con Rory. Aparte de esta inusual petición de horas extra para hacer estas sesiones de fotos antes de San Valentín, nunca las aceptaba. Valoraba mi tiempo con mi hijo en nuestro estilo de vida austero y sencillo que ponía el estar juntos por encima de tener cosas o ver lugares.

Cuando llegué a mi turno, el día después de que Liam y yo habláramos toda la noche, me estremecí al ver a Nina en la cocina. En mi opinión, la jefa de relaciones públicas nunca tenía motivos para estar en mis dominios.

Sin embargo, después de dejar mi bolso en el pequeño espacio de las taquillas del personal y entrar en la cocina, Greg se me acercó rápidamente. Demasiado rápido. Sacudió la cabeza con una expresión severa de advertencia.

—¿Qué ha pasado? —Algo malo debía de estar ocurriendo para que se viera tan asustado y preocupado.

—Em. Espera. No entres...

Me asomé por detrás de él al vislumbrar de nuevo a Nina pasando por allí. No estaba sola. Con un asistente pisándole los talones, parecía estar tomando notas mientras le enseñaba *mi* cocina a un extraño.

—Como puede ver, esto es con lo que tendría que trabajar —alardeó Nina, señalando las encimeras impecables y los espacios libres donde Greg y yo preparábamos los platos por los que la gente volvía.

—¿Qué está pasando? —Guiada por mi instinto y la corazonada de que no tramaba nada bueno allí atrás, esquivé a Greg, que intentaba bloquearme el paso.

Nina se detuvo y suspiró. De espaldas a mí, lo único que pude ver fue el subir y bajar de sus hombros mientras emitía aquel sonido dramático.

Se dio la vuelta lentamente para mirarme, luciendo una sonrisa alegre y autosuficiente.

—¿Qué haces aquí atrás? —Me puse las manos en las caderas—. En mi cocina.

——¿En *tu* cocina? —dijo el hombre mientras se giraba. Una vez que estuvo frente a mí, lo reconocí. El pelo negro azabache debería haberlo delatado. Su mirada de ojos saltones y su fino bigote también me dieron la pista.

—Había entendido que me estaba enseñando el lugar ante la posibilidad de que *yo* pudiera trabajar aquí —le dijo a Nina.

Tiene que ser una broma.

¡Tiene que ser una puta broma!

Hice todo lo posible por no reaccionar ante el descubrimiento de que le estaba enseñando la cocina a otro chef sugiriendo que el puesto de jefe de cocina estaba vacante. O bien quería despedirme de verdad o... realmente quería quitarme de en medio. Ninguna de las dos cosas era justa. No tenía motivos para despedirme cuando yo mantenía el éxito de Francino's. ¡Y no tenía derecho a desear tanto a su jefe como para sentirse amenazada por su interés supuestamente falso en mí!

—Como he dicho, Marcus, mi interés era simplemente ofrecerle una visita —Nina extendió las manos como si fuera la azafata de un concurso, presumiendo de algo de lo que apenas podía atribuirse el mérito—. Solo para plantear algunas ideas.

Me crucé de brazos. —¿Ideas como que estás intentando regalar mi trabajo antes incluso de despedirme?

—Un momento. —Marcus, un chef que, hay que reconocerlo, era algo famoso en el estado en un restaurante más exclusivo y que tenía bastantes seguidores en las redes sociales, sacudió la cabeza —. No entiendo qué está pasando aquí.

—Lo que pasa —dijo Greg acercándose— es que Nina se ha enterado de sus últimos intentos con esa receta de solomillo Wellington por la que todos hemos estado tan interesados.

Marcus sonrió, mirando a mi amigo. Mi salvador. Con su gran sonrisa encantadora y ese tono que sugería picardía y diversión instantánea, cambió el ambiente.

—Oh, me doy por vencido con eso —dijo Marcus, riendo y sacudiendo la cabeza—. Hice lo que pude, pero no hay forma de

hacer un solomillo Wellington decente como sugiere ese desafío. ¿Con esos ingredientes limitados? ¡Ja!

—Pero lo intentó —dijo Greg—. Vi ese vídeo la semana pasada y, maldita sea, tengo que reconocerle que pensó de forma original.

—¿Alguna vez han intentado participar en esos desafíos que lanza esa empresa? —Marcus pasó por delante de Nina, totalmente absorto en esta conversación sobre comida y cocina. No creía que Greg siguiera realmente a ningún chef en internet. Ya de por sí tenía una relación de amor-odio con las redes sociales. Mientras distraía a Marcus de por qué Nina le estaba enseñando este lugar, y lo alejaba de la idea de que pudiera reemplazarme aquí, yo fulminé con la mirada a la princesa de las relaciones públicas y la desafié a que intentara esto de nuevo.

—No me mire así —siseó ella.

—¿Sabe Liam algo de esto? —exigí.

—Liam quiere lo mejor para su empresa. —Levantó la barbilla e intentó mirarme por encima del hombro.

—¿Sabe que está trayendo a otros chefs aquí bajo la insinuación de que hay una vacante?

—Eso no es asunto suyo.

Apreté los dientes y decidí atacarla con más fuerza. —Muy bien. Se lo preguntaré a él. Él me lo dirá.

Su sonrojo instantáneo y su ceño fruncido me dijeron todo lo que necesitaba saber. Probablemente ella era la única detrás de este empeño por sustituirme.

Sin molestarse en responder, ni siquiera en volver a hablar con Marcus, giró sobre sus talones y murmuró algo soez entre dientes. No me importaba que quisiera llamarme zorra. Pero más le valía pensárselo dos veces antes de volver a hacer algo tan rastrero como esto.

Marcus acabó marchándose, y me alegré de que Greg y yo tuviéramos un poco de tiempo libre antes de estar demasiado ocupados para hablar.

—¿De verdad conocías ese desafío? —le pregunté.

—No, ni de coña —se burló, y sacudió la cabeza mientras ambos nos apresurábamos a preparar el turno. Aun así, podíamos hacer varias tareas a la vez en el trabajo y hablar sin perder el ritmo. La única diferencia era que la cocina aún no estaba abarrotada ni era demasiado ruidosa—. Cuando he visto que ella lo traía aquí y le hacía esa visita, como si quisiera ofrecerle un trabajo, sabía que algo tramaba. Lo he buscado y he pensado que podía usar ese vídeo como distracción.

Le tiré de la parte delantera de la camiseta hacia abajo para poder besarle la mejilla. —Te ofrecería a mi primogénito, pero ya es tarde.

Se rió de mi humor seco. —Ponle mi nombre al siguiente.

—Al siguiente. Ja.

—Bueno, sé quién estuvo involucrado en la creación de tu primogénito, y ya que está por aquí por la zona...

Le lancé una mirada para que se callara. —¡En serio estaba intentando encasquetarle mi trabajo a otro!

—¿Sabe Liam algo de esto?

Sacudí la cabeza pero fruncí el ceño. —No. No lo creo.

—¿Estás segura? Porque recuerdo lo mucho que fue de «yo soy el jefe» esos primeros días. Y Nina no paraba de decir que no estás tan acreditada como otros chefs.

—Estoy bastante segura. —Después de que Liam y yo tuviéramos una charla larga y sincera anoche, no quería pensar que no podía leerlo o conocerlo. O que no era alguien a quien pudiera llamar amigo.

Pero no lo sabes.

Él es el que manda.

Y estaba diciendo lo mucho que tener éxito es su forma de demostrarle a su padre que no le defraudará.

La posibilidad de que me hubieran engañado haciéndome creer que mi trabajo estaba a salvo me perseguía. La ansiedad se apoderó de mí y, por mucho que le dijera a Greg, no podía quitarme de encima la preocupación de que Nina pudiera ganar así. De que pudiera traer a alguien mejor y que Liam no fuera capaz de resistirse a "tener lo mejor" para ofrecer lo mejor a sus huéspedes.

Greg intentó quitarme el miedo, diciendo que Nina simplemente se sentía amenazada.

—Me advirtió que no le quitara a su hombre —le dije.

Él dio un golpe con la mano en la encimera. —¡Lo ves! Está intentando jugar sucio y deshacerse de ti.

—¿Quién está intentando deshacerse de quién?

Me di la vuelta sobresaltada, sin esperar oír la voz de Liam en la cocina. Aún no estábamos en lo peor del trabajo, justo antes de que el ajetreo de la cena se volviera frenético. Supuse que había venido a saludarme, como hacía todos los días, pero ahora mismo no estaba de humor para saludos ni charlas agradables.

—¡Ustedes! —dije.

——¿Están intentando deshacerse de mí? —preguntó él con las cejas muy levantadas.

Lo fulminé con la mirada, trabajando a su alrededor mientras manejaba las sartenes en los fogones. Se apartó de un salto pero no se fue.

—Está intentando sustituirla a *ella* —dijo Greg, respondiendo por mí.

—¿Sustituir a Emmaline? ¿Por qué? —Liam frunció el ceño, observándome.

—Pregúntele eso a su gerente de relaciones públicas —le espeté—. A menos que sea idea suya y simplemente no tenga el valor de decírmelo.

—¿De decirle qué? —Intentó impedirme que me moviera a su alrededor, pero yo no me detuve.

—Nina ha estado aquí, enseñándole el lugar a otro chef como si estuviera lista para ofrecerle el puesto de jefe de cocina —dijo Greg, con un tono cortante y nada bromista como de costumbre.

—¿Qué? —Liam se burló—. No, no ha sido así.

Golpeé una sartén con fuerza. —No me hables como si estuviera loca.

—Liam, colega. Sr. Weston. —Greg sacudió la cabeza mientras trabajaba—. Estaba aquí. Lo he visto y oído todo. Pregúntele a Nina. Pregúntele a Lewis.

—¿Preguntarme qué? —gritó Lewis desde su puesto a un lado.

Greg suspiró. —Que Nina ha estado aquí antes...

—Esa es la rubia de la... —hizo una mueca y puso cara de timidez—. Eh, sí. Esa tal Nina. Ha estado aquí enseñando el lugar a ese otro chef y diciendo que encajaría perfectamente por lo acreditado y famoso que es.

Liam se giró bruscamente para mirarme. —No tengo planes de sustituirte, Em.

—¿Ah, sí?

—No es algo que haya considerado en absoluto.

—¿A pesar de que toda tu vida consiste en demostrarle a tu padre que puedes hacer bien este trabajo? ¿Y de que quieres lo mejor para

dar lo mejor a los huéspedes?

Él sonrió con suficiencia. —Sí, y eso la incluye a usted.

—No según Nina —le espeté.

Se encogió de hombros. —¿A quién le importa una mierda lo que piense ella? Ella no es la jefa. Lo soy yo. Y no tengo planes de sustituirla.

No podía mirarlo, estaba tan furiosa, tan herida y tan decepcionada conmigo misma por haber bajado la guardia con él en lo más mínimo. No podía verlo como a un amigo. Era mi jefe. Era el padre de un niño que le estaba ocultando.

Solo podía culparme a mí misma de esta situación. Debería haber sabido que nunca debía perder de vista lo que más importaba: mi hijo y asegurar un hogar estable para nosotros.

—Con permiso, por favor —le dije a Liam secamente—. Estoy trabajando.

Ignorando su mirada sobre mí mientras dudaba si irse, me volví más obstinada en resistirme a él. En recuperar algo de esa distancia de antes.

Una vez que se hubo ido, gruñí y deseé haber podido gritar en su lugar.

—Creo que está diciendo la verdad —dijo Greg.

Yo ya no sabía qué pensar.

—Pero en cualquier caso, quizá sea un buen momento para plantearte proteger tu puesto.

Le fruncí el ceño. —¿Qué pasa, que darlo todo por este lugar no cuenta?

—Claro que cuenta. Pero si el complejo va a ser ahora una propiedad de los Weston, quizá todos tengamos que ser más

competitivos.

Solté un profundo suspiro de frustración. —Ese era mi plan... hace cinco años. Ojalá estuviera acreditada y hubiera terminado ese programa que empecé.

—Lo sé —dijo Greg.

—¿Por qué no lo hiciste? —preguntó Lewis mientras me traía cosas.

—Porque sí —le espeté.

No quería decírselo. Él no necesitaba saberlo. Pero Greg sí. Y odié la mirada que me lanzó, una que sugería compasión.

—Odio haber tenido que dejar de ir por su culpa.

—Yo también lo odio —dijo Greg con sinceridad—. Y odio a Jack solo por haber hecho que cambiaras tu vida por él.

Suspiré. —No fue mi elección. Mis padres pagaban mis estudios y, cuando Jack dijo que necesitaba el dinero para empezar el negocio, decidieron dejar de financiar mis metas y dárselo todo a él.

—Lo cual es una putada, Em. —Greg me frunció el ceño.

—Supongo que mis padres pensaron que el negocio de Jack despegaría. Y que él me devolvería el dinero.

Greg se burló. —Pero nunca lo hizo. Ninguna de sus ideas de negocio despega jamás. Lo digo lo más amablemente que puedo, Em, pero si tus padres no hubieran fallecido, estarían condenadamente decepcionados con él.

Me dolió el corazón ante la verdad.

—¡Y me gustaría pensar que estarían igual de furiosos que yo por el hecho de que siga aprovechándose de ti, pidiéndote que le "ayudes" con sus deudas cuando él no paga ni un céntimo de ellas!

No era la primera vez que nos enzarzábamos en esto, y sabía que no había hecho más que empezar. Ese era el grado en que me quería como amiga.

—Tienes que dejar de permitir que te pisotee así. Me cabrea que te dejes el lomo trabajando y trabajando y a él no le importe ni intente ayudar. Solo lo da por hecho y tú eres demasiado buena para decirle que no.

—¿Cómo puedo hacerlo? Es mi familia. Mis padres se habrían sentido decepcionados con él por fracasar, pero se habrían sentido más decepcionados conmigo si no le ayudara. Soy todo lo que Jack tiene ahora.

—¿Y es un inútil? ¿No puede dar la cara y ser un adulto?

Fruncí el ceño, odiando cuánta razón tenía. —¿Pero si no le ayudo yo, quién lo hará? Si yo estuviera en su lugar, esperaría que él hiciera lo mismo por mí.

Greg puso cara de asco. —Sí, los cojones.

—Pues claro que sí...

—Claro. ¿Porque quién dejó que te quedaras con él cuando de repente te desahuciaron de tu apartamento no hace mucho cuando hubo una fuga de gas que no podían reparar rápido?

Bajé la cabeza.

—Eso es, yo. Rory y tú os quedasteis *conmigo* en mi apartamento minúsculo porque él "no tenía sitio" en la casa de tres dormitorios que le dejaron vuestros padres.

Suspiré, hundiéndome más en la culpa. Por ser tan estúpida con respecto a lo que debería significar la familia. por no querer dejar a mi hermano desamparado, Por el hecho de que incluso se había quedado con la casa porque así figuraba en el testamento de nuestros padres, que no se actualizó desde que tuve a Rory. Y luego

el muy imbécil también había perdido la casa, por no pagar los impuestos y retrasarse en la hipoteca.

—Vaya, esa es una vista de la que nunca me canso.

Pierce tenía una puntería pésima. Se rió para sus adentros mientras se acercaba a mí. Su tono me lo dijo todo. Pensaba que podía intentar ligar conmigo y probar suerte para que saliera con él.

—Ahora no —dije entre dientes.

Frunció el ceño ante mi actitud instantánea. —Cielo santo.

—Nunca —añadí, dándole la espalda y entregándome a las tareas que tenía entre manos.

No era una vista impresionante. Me sentía sudorosa y asquerosa por el calor. Estaba alterada y enfadada con Nina y con Jack, y si seguía dándole vueltas a todo lo que Greg y yo habíamos hablado, me enfadaría con el resto del mundo también.

Pero, sobre todo, era un desastre de mujer indignada y malhumorada; indignada porque no podía con todo ni sabía cómo abordar y atacar todos esos factores de estrés que se amontonaban para ponerme así de tensa de golpe.

Aquella felicidad y relajación que había sentido hablando con Liam me parecía ahora un maldito sueño, una ilusión tan fuera de mi alcance que sería una estúpida si volviera a confiar en ella, o en él, alguna vez.

20

LIAM

Salí de la cocina empeñado en encontrar a Nina y tener una charla muy seria y profunda con ella sobre Emmaline. Bueno, no sobre Emmaline. Sino sobre el puesto de jefa de cocina. El cual Em tenía... y mantendría. No podía arriesgarme a que Nina pensara que iba en serio con Emmaline, porque entonces eso arriesgaría de nuevo todo el asunto del escándalo, el que me estuviese acostando con una empleada. Y...

—¡Eh! ¿Qué pasa?

Danny acababa de pasar por mi lado. No me había fijado en quién venía por el pasillo, pero él se había girado bruscamente y se había apresurado a alcanzarme.

—¿Dónde está Nina? —gruñí.

—Creo que se ha ido al pueblo. Ha dicho que le apetecía emborracharse en algún bar y sus asistentes han dicho que ellas también se apuntaban a una noche de juerga. ¿Por qué? —Hizo una mueca de dolor.

—Esta vez ha ido demasiado lejos.

Él me detuvo, poniéndome la mano en el hombro. —¿Qué está pasando?

Solté un suspiro profundo y se lo conté. Él escuchó, caminando conmigo hacia el patio. Ni una sola vez la defendió. Y cuando Xavier nos vio en el patio, donde estaba tomando unas copas con un par de empleados más, Danny y yo nos unimos. Todos aportaron ideas sobre cómo solucionar la preocupación y el enfado justificados que Emmaline probablemente llevaría sintiendo toda la noche.

—Fácil —dijo el videógrafo—. Envía un correo electrónico a toda la empresa diciendo que cualquiera que vaya a ser reemplazado en este complejo recibirá la noticia directamente de ti. Pon en copia a los de Recursos Humanos, y listo. —Asentió.

Nadie habló mientras el fuego de la gran hoguera chisporroteaba. Sopesé la sugerencia rápidamente.

—Me gusta.

Danny retiró la cerveza que estaba a punto de ofrecerme. —Quizá sea mejor que hagas eso *antes* de beber nada.

Asentí, sacando ya mi teléfono y redactando el borrador. El departamento de Recursos Humanos se ampliaría aquí mismo, en el complejo, pero hasta entonces, no iba a permitir que Nina se extralimitara de ninguna manera. Las adquisiciones eran épocas de cambios y movimientos, pero ella no iba a volver a hacer algo así, no bajo mi mando.

Después de enviar el correo electrónico, suspiré y acepté la bebida. —¿Cuándo empiezan las obras para volver a tener un bar aquí?

Los demás se rieron, pero uno de los contratistas que estaba en aquella reunión informal fuera de horario señaló la zona y me recordó cuándo tendría Maple Ville su propio bar. Esa era una cosa más que podía mejorar esta propiedad en general.

La noche transcurrió sin incidentes, todos relajados y pasando el rato. Danny ayudó a distraerme para no darle vueltas a lo de Emmaline. Pero cuando volví a estar solo en mi suite, no pude resistirme.

Liam: **¿Has visto el correo?**

Me duché y recé para que me contestara esta noche. Era tarde, pero apenas estaba ebrio. No iba a dormirme pronto.

Después de secarme y prepararme para meterme en la cama, vi que había respondido.

Em: **Lo he visto.**

Liam: **¿Y?**

Em: **Has puesto "ay" en lugar de "hay" en un sitio.**

Entorné los ojos y la llamé por videollamada.

Respondió; parecía que estaba en la cama y lista para dormir.

—¿Acaso trabajas de noche como inspectora de gramática?

Ella bostezó y se encogió de hombros. —Siempre ha sido una de mis manías.

—Venga ya. Di la verdad.

Se encogió de hombros, rodando sobre la cama hasta quedar boca arriba, con toda su larga melena castaña desparramada mientras sostenía el teléfono en alto. —Esa es la verdad. Tenías una errata.

—Em...

—Está bien. Agradezco haber visto ese correo y saber que cualquier despido o contratación será decidido por ti. No por ella.

Asentí y me metí en la cama. —Lo digo en serio, Emmaline. No tengo ningún plan ni deseo de reemplazarte.

—Te escuché la última vez. Pero eso sigue sin significar que encaje en tu filosofía de contratar a los mejores para ser los mejores.

—Em. He comido tus platos. He visto la lista de espera en Francino's. He leído todas las críticas.

—¿Ah, sí? —Bostezó—. ¿*Todas* las críticas?

Asentí. —La mayoría.

—Eso es impresionante.

—También lo es tu capacidad para seguir despierta a estas horas.

Ella bostezó, casi desafiando ese comentario. —Usted también sigue despierto.

—Porque no podría ni intentar dormir pensando que crees que yo organizaría algo tan rastrero como eso para despedirte.

—Gracias. Quiero decir, ¿lo siento? Siento haberte causado angustia. Y gracias por no querer despedirme.

Un gruñido nació en mi pecho pero lo reprimí. Podía ser sarcástica. Y parecía a punto de desmayarse de sueño.

—Me voy a dormir ya —dijo—. Buenas noches.

Colgó, pero me sentí seguro de haber calmado las aguas por esa noche.

Al día siguiente, llegó temprano para otra sesión de fotos, tal como estaba planeado. Caminamos por la nieve recién caída y tuvimos una pequeña guerra de bolas de nieve. Fue una oportunidad para que ella desahogara cualquier resto de enfado conmigo, pero cuando la derribé en la nieve y pareció que se inclinaba para un beso rápido pero se lo pensó mejor, apartándose demasiado deprisa, las cosas volvieron a sentirse normales entre nosotros.

La noche siguiente, llevamos a cabo la idea del chocolate caliente frente a la hoguera. Casi me había toqueteado bajo la manta todo el tiempo, con su picardía fuera de la vista de los demás.

Tuvimos otra cena de cita.

Luego otro montaje en la pastelería.

Perdí la cuenta de cuándo tenía que recordarme a mí mismo que todo era para aparentar. Todo falso. Porque la tensión entre nosotros se sentía demasiado real.

—¿Y si probamos el jacuzzi otra vez? —sugirió Xavier.

Emmaline y yo evitamos estratégicamente el contacto visual.

—¡Oh! —Xavier chasqueó los dedos—. Ya lo sé. Todos esos arreglos florales llegarán pronto. Planearemos algo con ellos.

Emmaline se encogió de hombros. —Vale, pero recordad que pronto tenemos ese gran banquete. No podré adaptar mi horario para eso.

Como verdadera señal de una tendencia comercial ascendente, una empresa cervecera había elegido Maple Ville para su cena de invierno. Parecía algo benéfico mezclado con celebraciones de empresa, quizá programado así después de las fiestas para que no fuera otro evento navideño más.

Emmaline ya estaba más ocupada con los preparativos para eso, y yo respetaba que no pudiera estar en dos lugares a la vez.

Sin embargo, llegaron los arreglos florales, algunos por piezas y otros en grandes cargamentos para ser colocados. Una de las piezas centrales era el elaborado arco de follaje y rosas en forma de corazón. La altura de la estructura estaba sin duda planeada para que fuera un lugar para selfis, de modo que la gente pudiera hacerse fotos con él y así difundir el nombre de la empresa floral que lo diseñó, ya que su logotipo estaba pegado en la parte delantera.

Después de terminar una reunión con Danny y los contratistas, caminé en dirección a Francino’s para mi habitual "inspección" y simplemente para saludar a Emmaline. No teníamos un motivo para vernos hoy, pero no estaba seguro de poder soportar el mono de ella.

Por el camino, vi a Avery mirando de un lado a otro como si buscara algo frenéticamente.

—¿Todo bien? —pregunté.

Ella se detuvo y se desinfló. —Liam, quiero decir, Sr. Weston. Verá...

—Es el sujetavelas —dijo Rory con una sonrisa alegre mientras aparecía de detrás de ella.

Me reí entre dientes. —Sí. Soy yo otra vez.

—Necesita dinero.

Levanté las cejas.

Avery hizo una mueca. —Rory. No. Es que me he dejado el bolso en la cocina y no quiero estresar a Em y a Greg y a todos los que están ahí dentro. Tres ayudantes de cocina se han dado de baja y andan cortos de personal. Necesito mi *bolso*, Rory. Porque tengo que echar gasolina de camino a tu casa.

Saqué unos cuantos billetes y se los ofrecí.

Rory abrió mucho los ojos al ver el dinero. —Vaya. Debe de estar forrado.

Avery volvió a hacer una mueca. —¡Rory!

Me lo tomé a risa.

—Gracias, Sr. Weston. Pero no. No puedo aceptar eso. En serio, solo necesito mi bolso. Mi teléfono también está dentro. Es que no sé dónde decirle a Rory que espere para saber que no tendrá la tentación de subirse a ninguna de estas cosas de flores.

Me encogí de hombros. —¿Quieres quedarte aquí conmigo? —le pregunté al niño.

Él asintió. —Vale.

Avery hizo una mueca. —¿Está... seguro?

—Sí. Adelante.

Ella retrocedió lentamente, como si no supiera si aquello era una decisión realmente mala. —Vuelvo enseguida.

Asentí. —De acuerdo. —Me metí las manos en los bolsillos y volví a mirar a Rory.

—¿De verdad retó a mi tío Jack a llamar al timbre y salir corriendo en casa del director cuando erais pequeños? —preguntó.

Me reí. —¿Sabes lo que es llamar al timbre y salir corriendo?

Negó con la cabeza. —Pero quiero saberlo.

—Es una travesura —dije, no queriendo darle ideas que Emmaline quizá no quisiera que tuviera todavía—. Puede que seas un poco joven para eso aún.

Él asintió, como si esperara esa respuesta.

—¿Te ha contado eso Jack?

Negó con la cabeza. —No. Me lo contó mamá. El tío Jack siempre está ocupado.

¿Haciendo qué, exactamente?

Rara vez me devolvía los mensajes. Nunca me devolvía las llamadas.

No sabe que Em y yo...

Deseché el pensamiento.

—¿Sabe qué hay que hacer en un alud?

Parpadeé. —Yo… creo que no lo sé. ¿Por qué?

—Es mejor estar preparado.

Asentí. —Eso es inteligente. ¿Pero un alud?

—O un tornado. O un huracán.

—Creo que aquí estamos a salvo de los huracanes.

—¿De verdad? —Se animó—. Qué alivio.

Esta es una conversación de lo más extraña.

—Espere. ¿Cuál es peor?

—¿Entre un tornado y un huracán? —Lo pensé un segundo—. Creo que ambos son igual de peligrosos. Solo depende de dónde estés.

Echando un vistazo para ver si Avery había vuelto ya, me pregunté si este niño tendría fobia a los desastres naturales o algo así. —Sabes, cuando era niño, vi *El mago de Oz* y les tuve un poco de miedo a los tornados durante un tiempo.

—¡A mí me daban miedo los monos voladores!

Sonreí. —Pero esos no son reales.

—Los tornados sí. Y los huracanes y las inundaciones y los aludes.

—Sí, pero la gente puede ayudarnos a avisarnos sobre ellos. Especialmente los tornados y los huracanes. La gente puede prepararse y luego ir a refugiarse a otro lugar, y después reconstruir.

—¿No es difícil eso?

Negué con la cabeza y me puse en cuclillas mientras sacaba mi teléfono. —Mira. —Busqué entre mis fotos por palabras clave—. Así era este hotel antes de que le azotara un huracán en el Caribe.

Se acercó más y miró. —¡Hala! ¡Qué alto es!

—Esto es después del huracán. —Le mostré los daños.

—Ya no es alto —comentó.

—Y así es como se ve hoy. —Le enseñé la foto más reciente.

—¡Está casi como nuevo otra vez! —Sonrió.

—Lleva algo de tiempo, pero siempre se puede volver a unir lo que se ha roto. El gerente de ese hotel sabía lo del tiempo e hizo que todo el mundo se fuera para que nadie resultara herido. Luego, después de que pasara la tormenta, la comunidad se unió para reconstruir. Nosotros también ayudamos a que las organizaciones benéficas de la zona volvieran a funcionar, con donaciones y recogidas de comida y suministros.

—¡Hala!

Avery regresó corriendo. —Lo siento. Siento haber tardado tanto en salir de allí.

Rory levantó la mano para susurrar pero en realidad no bajó la voz. —Ella cree de verdad que más vale tarde que nunca.

Me reí mientras me incorporaba.

—¡Es que no encontraba mi bolso! Alguien lo había movido. —Negó con la cabeza, avergonzada.

—No pasa nada. El Sr. Weston me estaba hablando de huracanes.

Ella abrió mucho los ojos. —Oh… no…

—Le estaba enseñando cómo la gente puede reconstruir después de los huracanes.

Ella se relajó. —¡Ah! Ah, bien.

—¡Echamos una carrera hasta las puertas, Avery! —Salió disparado, gritándome un adiós casi como una idea de último momento.

—Está lidiando con esta fobia a los desastres naturales y... —Hizo una mueca, retrocediendo para ir tras él—. Así que, bueno, gracias. Por ser tan paciente y amable con el tema.

Asentí, levantando la mano a modo de saludo.

¿Por qué no iba a ser paciente y amable con un niño curioso como él?

No tenía experiencia con niños, pero eso no significaba que nunca hubiera pensado en tener una familia. El trabajo tuvo prioridad durante tanto tiempo que se había quedado relegado en mi mente. Mientras caminaba hacia el restaurante, iba absorto en mis pensamientos, reflexionando que no era solo mi compromiso con mi carrera lo que me impedía tener una familia. Para tener hijos, tenía que tener una esposa. Después de Kelly, ni siquiera había querido sacar tiempo para encontrar a otra mujer en quien confiar.

Y entonces apareces tú.

Eché un vistazo a la cocina y vi a Em trabajando duro, demasiado ocupada incluso para un saludo mío.

Tenía un hijo pero no marido. Y estaba igual de comprometida con su carrera.

Eso demostraba que no todas las familias eran tradicionales, con marido y mujer. O incluso con dos progenitores.

Mientras me marchaba y me dirigía a mi suite, me pregunté cómo habría llegado ella a esa situación.

¿Qué clase de hombre se alejaría jamás de una mujer como ella?

Ella no era mía, y no se suponía que importara nada entre nosotros. Pero ya me resistía a la idea de dejarla atrás cuando tuviera que marcharme al siguiente proyecto del calendario.

Había estado deseando que algo iluminara mi vida.

No contaba con que ese algo fuera *ella*.

EMMALINE

Me desperté después de una noche con poco personal en el trabajo y sentí que acababa de llegar a casa y de desplomarme en la cama. Sin embargo, ya había dormido varias horas y solté un gruñido al levantarme. Rory seguía durmiendo a mi lado, pero le dejé tranquilo. Lo lógico habría sido que yo durmiera un poco más, pero no era lo que quería hacer en mi día libre. Quería aprovechar al máximo todo el tiempo posible con mi hijo, no pasármelo durmiendo.

De todos modos, él se despertaría en una hora, y tener esa hora de tranquilidad para mí sola me permitiría recoger un poco y prepararme para que hiciéramos algo divertido después del desayuno.

Dudaba entre ir al museo local o dirigirme a nuestro parque favorito para dar un paseo y visitar los columpios.

Pero alguien vino de visita.

Jack llamó a la puerta una vez, y me estremecí por lo fuerte que sonó.

Él sabía perfectamente que Rory estaría durmiendo a estas horas.

Me apresuré a dejarle entrar. —Vas a despertar a Rory —le advertí.

—No he llamado tan fuerte.

Puse los ojos en blanco; aún no había tomado suficiente café para discutir con él. No por su forma de llamar. —¿Qué pasa? —pregunté en su lugar, sin importarme si no parecía demasiado alegre o curiosa.

Solo aparecía sin avisar cuando quería algo. Greg no se alejaba mucho de la realidad cuando describía a mi hermano.

—Tengo un favor que pedirte.

Me detuve en seco de camino a la cocina, lamentando no haber elegido quedarme durmiendo después de todo para evitar esto. A veces tenía el sueño profundo, y él no se habría arriesgado a aporrear mi puerta despertando a los demás vecinos del edificio. Ese era el inconveniente de tener un apartamento con pasillo exterior. Cualquiera podía presentarse allí.

—Un favor. —Debería haber sido una pregunta, no una confirmación de lo que acababa de decir.

—Sí. —Se quedó cerca de la isla donde yo preparaba el café—. Espero que puedas prestarme algo de dinero.

Posé mi taza de café con más fuerza de la que pretendía. Él se sobresaltó un poco y frunció el ceño.

—No es mucho —añadió.

—¿Qué es «no es mucho» para ti?

Enumeró una suma de miles que, sin duda alguna, era «mucho». Me iba bien en el trabajo. Pero era madre soltera. Y cargaba con su deuda *y* con los costes restantes del funeral de nuestros padres.

—O estás loco o eres tonto.

Él frunció el ceño con enfado. —Eso no es cierto.

Me quedé sin palabras.

—Es solo un poco de dinero prestado.

—¿Como todo lo demás que me has «prestado»? —le espeté. No me lo iba a devolver nunca. Lo sabía. Y me ponía enferma que se aprovechara de mí. Me daba asco cómo permitía que se aprovechara de mí.

—No te pongas así —dijo él.

¿Que no me ponga *cómo*, Jack? —Agarré el borde de la isla de la cocina para no tener la tentación de darle un puñetazo o algo peor.

—No seas tan tacaña.

—No puedo creer que esas palabras acaben de salir de tu boca.

Él entrecerró los ojos. —Estás actuando como si te estuviera rogando una millonada.

Si pensara que tengo millones, se serviría él mismo.

—Tengo unas ideas y solo necesito algo de capital de inversión para que salgan adelante.

—¿Otra idea de negocio?

Él asintió. —Sí.

—Repito: o estás loco o eres tonto. ¿Cómo puedes intentar pedirme dinero para empezar otro proyecto que podría no llegar a ninguna parte…?

—No seas tan negativa, Em. Estoy harto.

—¡Yo estoy harta de que intentes montar estos negocios y que ninguno prospere! —Lo había intentado. Había intentado durante tanto tiempo apoyarlo y tener fe en él, y nunca funcionaba.

—Sabes que no todos los negocios multimillonarios despegaron de inmediato. Hay que tener visión y empuje, y no dejar que la idea de fracasar te impida intentarlo.

Negué con la cabeza. —No. No, no, no. Puede que tengas empuje, visión y sueños, pero también tienes una larga lista de fracasos y de decisiones pésimas. Este no es tu primer intento.

—Entonces, ¿qué me estás diciendo? —Lanzó los brazos al aire—. ¿Que me rinda y ya está?

—¡No! Pero si quieres intentar empezar algo nuevo, búscate un trabajo para pagarlo tú mismo por una vez.

Él entrecerró los ojos. —Tengo trabajo.

—Búscate uno mejor. Búscate otro. —Me pasé la mano por la cara, tan frustrada que podría haber gritado—. No trabajes quizá diez o veinte horas a la semana para luego venir a mendigarme otra limosna.

—Eso es cruel —respondió acaloradamente—. Eso es muy cruel. Sabes que eres mi hermana. Eres mi única familia y me gustaría pensar que siempre querrías apoyar mis ideas. Pero eso es muy cruel.

—¿Y qué? —Me dieron ganas de reír. Me negaba a llorar—. La vida puede ser cruel. La vida puede ser dura. *Es* dura. Por eso creo que estás loco o eres tonto por siquiera pensar en pedirme más dinero cuando ya estoy pagando tu deuda.

—¿Sabes qué? —Levantó las manos y negó con la cabeza mientras retrocedía hacia la puerta—. Sabía que esto era una mala idea.

Por fin estábamos de acuerdo en algo.

—Es obvio que te acabas de despertar. Y estás de mal humor. Sabía que debería haber esperado a más tarde para pedirte este favor.

Madre mía. Iba a estallar de lo furiosa que estaba. ¡Ni siquiera me estaba escuchando!

—Hablaremos luego —dijo, saliendo y dejándome allí plantada, atónita.

Me quedé sin habla, clavada en el sitio y mirando la puerta cerrada como si aquello fuera producto de un mal sueño.

Pero no lo era. Además, esto no sería más que una pesadilla recurrente. Greg me había plantado la verdad en la cara por última vez con sus palabras directas.

Jack nunca dejaría de aprovecharse de mí.

Negué con la cabeza y seguí preparando el café.

Se acabó.

No puedo aguantar más esto.

Usaría mis ahorros para pagar el último de esos enormes recibos de la empresa de cobros. Y después, se habría terminado. No podía seguir así, dejando que él pensara que podía coger, y coger, y coger sin más.

Tenía que cortarle el grifo para siempre. Se lo debía a Rory; tenía que dejar de ser tan blanda con mi hermano. Tenía que centrarme en mí misma y en Rory, en nuestro futuro.

—¿Mami? —salió del dormitorio, frotándose la cara para quitarse el sueño—. ¿Estabas gritando?

Suspiré y extendí los brazos para que viniera a sentarse en mi regazo. —Lo siento. ¿Te he despertado?

Él negó con la cabeza. —Pensaba que era la tele o algo así.

No tuve valor para decirle que Jack había venido solo para pedir dinero. No quería estropear la imagen que tenía de su único tío.

—¿Cómo has dormido?

—Bien. —Bostezó mientras se terminaba de despertar—. He tenido un sueño con huracanes.

Maldita noticia sobre el alud en la televisión. Había sido el detonante de este miedo a los desastres naturales.

—Pero el señor Weston me ha enseñado fotos de cómo la gente se pone a salvo y luego arreglan los edificios.

Me eché hacia atrás para mirarlo. —¿El señor Weston ha dicho eso?

Él asintió. —También me ha enseñado fotos.

Durante el desayuno, Rory me contó cómo Liam le había enseñado en su móvil lo que hizo uno de los hoteles de su propiedad después de un huracán. Me sorprendió, y también me puso un poco nerviosa, que hubiera pasado tiempo con Rory. Solo habían sido unos minutos, pero me preguntaba cómo era posible que no sospechara nada.

Durante todo el día, mientras Rory y yo íbamos al parque, luego hacíamos unos recados y después descansábamos en casa, no podía dejar de pensar en cómo Liam ni siquiera había sabido nunca de la existencia de Rory.

Después de mi pelea con Jack por el dinero, me mantenía firme en mi decisión. Tenía que centrarme en mí misma y en Rory. Solo nosotros dos, como siempre había sido.

¿Pero y si no fuera así?

Una vez que acosté a Rory y se durmió, saqué mi portátil para comprobar el saldo de mis ahorros y cuánto me quedaba por pagar de la deuda de Jack.

Por última vez.

Mientras estaba conectada, busqué más información sobre Liam. Sobre su reconstrucción tras el huracán. Sobre otras organizaciones benéficas con las que colaboraba y que financiaba.

Odiaba lo fácil que le resultaría a él mantener a nuestro hijo. No quería nada de él, pero que un padre multimillonario pagara una pensión alimenticia supondría un cambio de vida radical.

Mientras buscaba y navegaba leyendo sobre él, suspiré al darme cuenta de que realmente nunca sería padre. Viajaba demasiado. Estaba por todo el mundo por trabajo. No veía cómo podría dar un giro de ciento ochenta grados y querer establecerse en un solo lugar para ayudar a criar a un niño.

Con lo decidido que estaba a evitar escándalos después de todo el daño que había hecho su abuelo, y viendo cómo lo trataba su ex, apostaría a que no le haría ninguna gracia saber que había tenido un hijo secreto conmigo. Un niño fruto de una noche de amor prohibido.

Liam no era un donjuán como su padre, ni tampoco el hombre horrible que su ex describía.

Pero no estaba segura de qué más *podía* ser.

¿Un padre?

¿Un… marido?

—Sigue soñando —murmuré para mis adentros mientras cerraba el portátil y me metía en la cama.

Rory se giró para acurrucarse contra mí y lo abracé con fuerza para combatir la soledad.

Era imposible sentirse sola con este niño tan brillante y tierno en mi vida.

Sin embargo, en noches como esta, a veces, el deseo de compañía me golpeaba con fuerza en el pecho.

Liam nunca querría a alguien como yo para siempre. De verdad. Había sido muy rápido en decidir conmigo que todo esto de la pareja falsa para la sesión de fotos era fingido, sin importancia. Yo luchaba contra la sensación de que parecía estar interesado en mí de verdad, como aquella noche en el jacuzzi, cuando ambos habíamos cedido.

En el fondo de mi corazón, sabía que nada tendría sentido jamás entre nosotros. Él era rico, viajaba a lugares exóticos y estaba comprometido a ser un adicto al trabajo y nada más. Yo vivía de la forma más austera posible, agotándome por ser una mujer trabajadora y madre.

Nunca lo lograríamos.

Nunca haríamos que fuera real y duradero.

Todo lo que podía hacer era estar agradecida por lo que tenía con él ahora.

Cerré los ojos y deseé que fuera así de sencillo. Que pudiera obligarme a cambiar de actitud, a alegrarme de tener al menos esta oportunidad temporal de pasar tiempo con él y estar cerca por este montaje publicitario.

Podía probar un poco lo que sería ser suya.

Y, sin embargo, eso no era nada comparado con el anhelo real y visceral que se estaba asentando en mi alma. Este deseo de pertenecer a su lado y desear que él quisiera encajar en mi vida, con nuestro hijo.

LIAM

—Vale. Muy bien. Vamos allá. —Xavier dio una doble palmada en otra sesión de fotos a la tarde siguiente.

Miré de reojo a Em, que entrecerraba los ojos como si intentara recordar los pasos. Ayer había tenido el día libre y me imaginé que eso la ayudaría a desconectar. Supuse que la «gente normal» que tenía «horarios normales» podía hacer eso: desconectar. Yo sentía que estaba envejeciendo antes de tiempo de tanto trabajar.

Sin embargo, parecía más distraída que de costumbre, y no pude evitar ser consciente de lo mucho que me desagradaba eso.

—Entráis por las puertas. Vais de la mano. Parecéis monos y todo eso. Luego vais al mostrador de recepción. Emmaline, quizás podrías apoyar la cabeza en él. Después camináis hacia la pastelería, os sentáis y pedís algo de beber. Como un check-in romántico perfecto desde la entrada hasta que os sentéis a la mesa de las rosas.

—Entendido. —Em asintió y dio un paso adelante mientras yo me giraba para volver a la entrada del vestíbulo.

Ella gimió y dio media vuelta.

—Vas por el camino equivocado —bromeé, rodeándole la cintura con el brazo y haciéndola girar de nuevo en la dirección correcta.

—Lo siento. Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

No le quité el brazo de encima. —¿Te espera un día largo?

Ella asintió. —Sí. Pero ¿qué hay de nuevo en eso?

Tenía en mente ampliar la plantilla de Francino's, pero me parecía prematuro todavía. No obstante, si podía hacer que eso sucediera para que ella no tuviera tanto exceso de trabajo... lo haría.

La realidad era que la quería para mí solo.

Y ese no era el tipo de mentalidad que debería tener un hombre que no cree en el romance.

—Sé a qué te refieres —dije.

—¿Ah, sí? —bromeó ella, mirándome de reojo.

—Sí. Yo nunca dejo de trabajar.

Ella frunció el ceño y me pregunté a qué vendría aquello.

—¿Lista? —pregunté.

Asentimos e hicimos otra toma. Pero cuando avanzamos por el vestíbulo, ella se desvió hacia la pastelería y yo me dirigí a recepción, y casi tropezamos el uno con el otro.

En la siguiente toma, llegamos al mostrador de reservas, pero ella empezó a caminar de vuelta a la puerta principal mientras yo iba a la pastelería.

En la tercera toma, cuando ella se quejó por cometer tantos errores, la levanté en vilo.

—Vale, entraré con ella en brazos.

Cuando eché a correr un poco, se echó a reír y me exigió que la bajara.

Hasta Xavier se rió. —No es mala idea.

—¡No! —Emmaline se sonrojó, alisándose el vestido—. ¡Este vestido siempre se sube y no quiero que se me vea el culo!

Una vez que todos dejamos de reírnos, conseguimos bordarlo. De la puerta principal a la recepción, ella apoyó la cabeza en mi hombro, y luego caminamos juntos hasta la pastelería y nos sentamos. Como solo era vídeo, la fui guiando con los pasos sobre la marcha, lo que la hizo reír. Luego ella bromeaba diciendo que yo me equivocaba de paso y discutíamos sobre quién tenía razón. Y entonces le advertí que volvería a levantarla en brazos.

Todo salió a pedir de boca. Como Xavier quería algo más de nosotros sentados y bebiendo cafés con hielo que tenían pajitas con forma de corazón como decoración, nos quedamos en la mesa más tiempo, pareciendo una pareja que estaba allí para hablar, sonreír y cogerse de la mano.

Lograr que Em se relajara bromeando con ella me hizo sentir bien. Acurrucarnos en el pequeño banco en lugar de estar en una mesa fue una tortura, estar tan pegado a ella.

Estaba seguro de que Xavier daría por terminada la escena en cualquier momento pero, antes de que pudiera hacerlo, Nina pasó por nuestro lado tras salir del fondo, donde estaba esperando para ayudar a Xavier si fuera necesario.

Se acercó mucho y tiró el café de Emmaline justo sobre su regazo.

—¡Ah! —Ella se levantó de un salto, consternada.

—Vaya, maldita sea. ¡Lo siento *muchísimo*! —Nina hizo una mueca, fingiendo una sonrisa de arrepentimiento.

—Mierda. —Emmaline intentó limpiar la mancha marrón—. Está frío.

Le lancé una mirada fulminante a Nina. Ya había hablado con ella sobre la contratación de aquel chef. No le había gustado nada el correo electrónico que envié a toda la empresa y afirmó que era una

«exageración». Centrándome en Emmaline, intenté quitarle el líquido frío.

—Maldición. Esto no va a salir nunca.

—Te compraré otro.

Emmaline dejó escapar un suspiro y miró a Nina. —No importa. —Miró a Xavier—. ¿Has grabado suficiente?

Él estaba mirando la cámara. —Sí. Ya lo tenemos.

—Voy a ir a limpiarme antes de que empiece mi turno. —Emmaline se alejó mientras el café seguía goteando de su vestido blanco y rosa.

Fui tras ella, cabreado porque Nina se hubiera entrometido. Un correo para toda la empresa cumplía su función, pero tenía que hablar con esa mujer y asegurarme de que dejara de hacer estas gilipolleces.

Tal vez había sido un accidente, pero lo dudaba.

—Em. Em, espera.

No aminoró el paso, dirigiéndose hacia los vestuarios cercanos al gimnasio que ya no estaba abierto. Los habían convertido en vestuarios para el personal, y allí es donde se dirigía ella.

—No pasa nada, Liam. Los accidentes ocurren. —No se detuvo ni me esperó, gritándome por encima del hombro.

—No está bien.

—Es café con hielo. Sobreviviré.

—Te repondré el vestido.

—En serio que no importa —dijo mientras abría las puertas y entraba con decisión.

—*Sí que* importa. —Corrí para alcanzarla y la detuve cerca de las duchas.

Ella levantó las cejas y me miró de arriba abajo. —Pensé que habíamos acordado que nada de esto significaba nada.

La llevé hasta el interior de una de las cabinas de ducha, sacudiendo la cabeza. —¿Acaso te lo crees todavía?

Ella retrocedió y no se detuvo hasta que tuvo la pared a la espalda. —No sé qué pensar la mitad del tiempo que estás cerca.

Agarré su vestido, tirando de él hacia arriba para sacárselo por la cabeza. Presionando mi cuerpo contra el suyo para mantenerla inmovilizada contra la pared, me lancé a besarla en cuanto el vestido mojado salió.

Ella gimió, devolviéndome el beso y rodeándome el cuello con los brazos.

—Yo no sé cómo dejar de pensar en ti —respondí.

Sin embargo, ella frunció el ceño, mirándome como si no estuviera segura de si esto era inteligente. Bajando la cabeza, se apartó. —Liam, hay una cosa que sé con seguridad.

Le levanté la barbilla y le robé otro beso antes de que pudiera hablar.

Cuando nos separamos para tomar aire y vi el deseo en sus ojos, sonreí.

Ella volvió a fruncir el ceño. —Sé que *no* me voy a meter en medio de lo que sea que tengas con Nina.

Puse cara de pocos amigos, bajando las manos hasta sus caderas. —No tengo nada con ella.

—Pero ella... —

La besé de nuevo, acallándola.

—Pero ella parece estar intentando que pase algo.

—No lo conseguirá —susurré, besándola una vez más. En lugar de seguir con el beso y provocar esos sonidos de necesidad tan dulces y sexis, bajé los labios por su cuello y luego descendí aún más—. No lo conseguirá teniéndote a ti. Justo aquí.

Tiré de sus bragas para quitárselas y ella movió las piernas para ayudarme.

—Nadie más, Em. No tengo a nadie más en la cabeza cuando te tengo así. —Deslicé los dedos entre sus piernas, buscando su coño.

—Oh, maldita sea —dijo ella, dejando que se notara la sonrisa en su susurro.

La necesidad.

El hambre.

La alcé para que se sentara en el borde de la cabina de ducha. Mientras soltaba un chillido de alarma y sus ojos se agrandaban, me acerqué para echar la cortina. No era gran cosa en cuanto a privacidad, pero mientras susurráramos y ella se mantuviera callada, nadie se enteraría.

—Te deseo —susurré mientras volvía a su lado. De pie entre sus piernas, me aseguré de que me mostrara su sexo.

Ella se estremeció cuando acaricié la carne húmeda.

—Deseo esto —le dije mientras hundía un dedo en su interior.

Cerró los ojos y me atrajo la cabeza hacia el pecho.

Antes de que pudiera empujar contra mi mano y cabalgarla, saqué el dedo y lo lamí para limpiarlo. —Deseo *esto* —dije mientras me agachaba para poner la cara frente a ella. Jadeó suavemente al primer contacto de mi lengua, pero dejaría que fuera ella quien decidiera cuánto ruido hacía.

Lo que más me convenía era evitar que alguien supiera que estaba aquí dentro con ella. Este era el tipo de comportamiento escandaloso que tenía mi abuelo y que dañaba la reputación de la empresa.

Pero, para mí, Emmaline no era solo una empleada.

Algo se estaba desdibujando en mi mente, donde ella simplemente se había convertido en la mujer perfecta para mí.

La que quería, de cualquier forma que me permitiera tenerla.

Lamí y succioné su clítoris, viéndome recompensado cuando su respiración se agitó.

La besé y le di pequeños mordiscos, volviendo a introducir mis dedos en su estrecho agujero, complacido cuando arqueó la espalda. Cuando puso las manos sobre mi cabeza para guiarme sobre su coño, sonreí sabiendo que nunca me arrepentiría ni un segundo de esto.

Nunca.

Me empapó la lengua. Sus muslos apretaron mi cabeza. Pero no iba a parar hasta que se corriera.

—Pensaba que se suponía que solo debías besarme delante de la cámara —susurró, pícara y traviesa.

Me levanté y la besé, dejando que se saboreara a sí misma, lo que pareció excitarla aún más mientras gemía contra mi boca y buscaba mi polla.

—Pensaba que se suponía que solo debías ponerme duro y desesperado en sueños —respondí.

Me agaché para volver a follarla con la boca, sin cansarme del sabor de su piel.

—¿Sueñas conmigo? —susurró, restregándose contra mi cara.

Hice una pausa el tiempo suficiente para responder: —Cada puta noche.

Jadeó y llegó al orgasmo. Sus piernas temblaron. Su abdomen se tensó mientras arqueaba la espalda. Pero fue el suspiro de alivio, de éxtasis, de pura satisfacción lo que nunca me cansaría de escuchar.

Sabiendo que no podíamos quedarnos escondidos aquí eternamente, me puse en pie y la vi desplomarse contra la pared de la cabina.

—Sueño contigo. Pienso en ti. Y me pregunto... —

El sonido de alguien caminando por el vestuario me hizo callar. Ella entró en pánico y me tapó la boca con la mano.

EMMALINE

Liam y yo nos quedamos mirándonos mientras esperábamos a que el sonido de los pasos de esa persona se alejara. El corazón me latía a mil, tanto por el sexo oral que me había dado, por lo sucio que me había hablado y por haberme hecho correrme, como por el miedo a que alguien hubiera escuchado algo.

El tiempo pasaba demasiado despacio.

Finalmente, alguien se aclaró la garganta. Luego se oyó abrirse y cerrarse la puerta. Fruncí el ceño, reconociendo el sonido de alguna manera. Entonces le dije sin voz: *Creo que era Pierce.*

Él me apartó la mano de la boca y frunció el ceño. —¿Estás segura? —preguntó.

La pasión había desaparecido de sus ojos. Ahora parecía preocupado.

Le limpié el rastro de mi excitación de la barbilla, pero antes de que pudiera bajar la mano, él me acercó el pulgar y lo lamió hasta dejarlo limpio.

—¿Estás segura? —volvió a preguntar.

Joder. Tenía tanto cuidado de no seguir los pasos de su abuelo. De no ser «malo» ni hacer nada escandaloso como acostarse con el

personal de un hotel de Weston LLC. Esa era yo. Trabajaba en Francino's, pero seguía formando parte del complejo Maple Ville.

Lógicamente, entraría en pánico si alguien nos hubiera oído.

—Eso creo. —Avergonzada por ser tan débil ante él, y temiendo que se metiera en problemas, salté de la encimera y recogí mis bragas—. He oído a alguien ahí fuera.

—Yo también —admitió—. Cómo...

—Ejem. Ejem, ejem, *ejem*. —Alguien más había entrado, y yo también conocía ese tono exagerado.

—Greg. —Aparté la cortina para que se acercara.

Él se acercó, tapándose la cara con la mano. —No veo nada.

—¿Has visto a Pierce salir del vestuario ahora mismo?

Bajó la mano. —No lo sé. Pero he oído que has entrado aquí corriendo porque se te ha estropeado el vestido. —Hizo una pausa y se agachó para asomarse a los pocos centímetros de espacio que había entre el final de la cortina y el suelo—. Y he oído que el señor Weston...

—Por el amor de Dios, puedes llamarme Liam —dijo él bruscamente.

Greg se mordió los labios e intentó reprimir una sonrisa pícara dirigida a mí.

Le lancé una mirada de advertencia.

—Greg no dirá nada —le dije a Liam tras darme la vuelta para encararlo dentro del cubículo.

Él arqueó las cejas, escéptico. —Ya.

—No lo haré —dijo Greg desde el otro lado.

—No lo hará. De verdad, sé que sabe guardar un secreto.

—Ya —repitió Liam, todavía escéptico.

—Te contaré mis secretos si quieres —se ofreció Greg.

Negué con la cabeza y cerré los ojos. —No lo hagas. *No* aceptes su oferta.

—He vivido una vida muy ilustre hasta ahora, pero este pequeño capítulo de aventura picante parece más fuerte que cualquier cosa que *yo* haya...

Volví a mirarle, sujetando la cortina para ocultarme. —¡Chitón!

—Toma. —Greg me tendió una bolsa—. He cogido tu bolso de la cocina.

Lo cogí y le di las gracias en silencio, aliviada por tener ropa ahora.

—¿Puedes sacarlo de aquí sin que lo vean? —le pregunté—. Creo que Pierce estaba aquí y puede que, ejem, haya oído...

—No ha oído nada. ¿Verdad? Nada, jefa. —Hizo un gesto con la mano para que saliera—. Vamos. Yo lo sacaré de aquí a hurtadillas.

Liam me atrajo de nuevo tras la cortina y me dio un beso. Luego salió por el otro lado.

—¡Vaya, *joder*! —exclamó Greg cuando Liam se reunió con él en el pasillo del vestuario—. Vale. Sé que te hace ilusión verme a *mí* también, pero tienes que... —Soltó una carcajada grosera—. Tienes que domar a ese monstruo o algo así, porque todo el mundo se va a dar cuenta...

—Cállate —le dije, apresurándome a ponerme la ropa.

—Eres muy directo —se quejó Liam—. ¿Te lo ha dicho alguien alguna vez?

—A todas horas —respondí mientras sus pasos se alejaban.

Para cuando terminé de vestirme, Greg había vuelto.

Era todo sonrisas y caminaba con un contoneo exagerado. —Y bien... ¿cómo va tu día?

Esbocé una sonrisa burlona ante su tono cantarín mientras me ataba los zapatos de trabajo, sentada en un banco fuera de la cabina.

—¿Cómo has podido? —bromeó dándome un golpecito en el hombro mientras se sentaba conmigo—. Tú y el padre de tu hijo, en la cabina de la ducha... —Chasqueó la lengua como la *drama queen* que podía llegar a ser cuando le apetecía.

—¿Cómo he podido? —Sonreí, sin poder evitarlo—. ¿Cómo no iba a hacerlo?

Él sonrió y negó con la cabeza. —Ya no te estarás engañando a ti misma llamando a esto algo falso y sin importancia, ¿verdad?

Hice una mueca.

—Porque, por lo que yo he visto...

Le di un empujón suave. —¿Podrías *no* comentar su erección de esa manera?

Se rió de nuevo. —Le estaba haciendo un favor.

Me dieron ganas de estremecerme ante esa palabra. Greg le había hecho un favor a Liam al avisarle de que su erección marcaba sus pantalones y cualquiera se daría cuenta. Pero la palabra *favor* me recordó cómo mi hermano había llamado a su petición de más dinero «un simple favor».

—Porque, por lo que yo veo —dijo Greg de nuevo—, vosotros dos no estáis fingiendo nada de nada. Y por lo que todo el mundo está viendo en esos vídeos que publica el equipo de relaciones públicas, el mundo entero también piensa que sois una pareja encantadora.

Bajé la cabeza y suspiré.

Se suponía que esto no debía pasar. No así.

—Con él parece real —admití.

—Entonces quizá sea real. —Me pasó el brazo por la espalda y me dio un medio abrazo—. Y quizá sea hora de aceptarlo y decidir qué quieres hacer al respecto.

—No hay nada que pueda hacer. —Me lamí los labios y me levanté, sintiendo de repente la necesidad de caminar de un lado a otro—. Tiene problemas de confianza. Tiene problemas por ser un adicto al trabajo y por querer demostrar su valía. Si supiera la verdad sobre Rory, nunca me perdonaría. Me odiaría. Y cualquier cosa que parezca real y sólida entre nosotros ahora se desvanecería ante eso.

Él se levantó, metiéndose las manos en los bolsillos mientras yo cogía el vestido estropeado y me preparaba para salir antes de que alguien más pudiera entrar en esta sala, que solía estar desierta.

—Así que quizá sea mejor recordar que solo estará aquí hasta San Valentín, hasta que termine esta promoción.

—¿O no? —preguntó él encogiéndose de hombros—. Haré de abogado del diablo.

—Yo haré de la mujer estúpida cegada por la lujuria, entonces —ironicé.

—¿No de mujer enamorada?

Le lancé una mirada fulminante. —No tengo tiempo para el amor.

—Y yo que pensaba que la festividad más romántica del año estaba surtiendo efecto en ti.

Nos dirigimos juntos hacia la puerta, conscientes de que teníamos que empezar nuestros turnos. —*Él* es quien ha estado surtiendo efecto en mí, sin siquiera intentarlo.

—Lo único que voy a decir es que tus peores vaticinios no tienen por qué ser el final de esto.

Fui de morros mientras salíamos del vestuario. —Pero ese es mi punto. Ya sé que esto tiene un final. Él se irá al siguiente trabajo. Creo que dijo que es en Cancún. Luego a otro después de ese. Y a otro y a otro.

—¿Pero cómo? Dijiste que se crio aquí, contigo y con Jack. Fuisteis niños juntos.

—Sí. Su madre era de la zona y quería que tuviera una infancia normal.

Simuló un grito ahogado dramático y fingió golpearse la cabeza. —¡Madre mía, qué idea tan original!

Puse los ojos en blanco. —Sí. Así es como lo criaron. Sus padres querían que se criase aquí. Pero eso no significa que Liam vaya a hacer lo mismo. Está tan obsesionado con trabajar, y eso significa saltar de un lugar a otro. Yo no haré eso. ¿Te lo imaginas? ¿Algo de custodia compartida con Rory yéndose fuera todo el tiempo? —Negué con la cabeza.

—No me puedo imaginar *eso*. Pero sí me lo puedo imaginar perfectamente queriendo cambiar de vida y quedarse aquí contigo y con su hijo, del que acaba de enterarse.

Apreté los labios. —Claro, porque todo el mundo sabe que pretender cambiar a un hombre es algo muy factible, realista y justo.

—Quizá él aún no se ha dado cuenta de que ya te toca dar un giro así a tu vida.

Entramos en la cocina, y no pude estar más agradecida por la familiaridad del trabajo para distraerme de todas esas preguntas y preocupaciones que se acumulaban sobre Liam. Sobre todo lo que pasaba en mi vida.

—No sabía que pudieras ser tan profundo y filosófico —dije mientras atravesábamos la cocina para ponernos a trabajar.

—Y yo no sabía que una mujer pudiera manejar algo del tamaño de...

—¡Oh, por Dios! —Le di un empujón mientras él se reía. No pude evitar soltar una pequeña risita yo también—. Ya basta, pervertido.

Avery negó con la cabeza al pasar por nuestro lado. —Ni siquiera quiero saberlo. Ni siquiera quiero saberlo… —se repetía a sí misma.

—¡Oh, claro que *quieres* saberlo! —se burló Greg.

Le lancé una mirada, nerviosa por si se iba de la lengua. También confiaba en Avery, pero cuantos menos supieran lo mío con Liam, mejor.

Él suspiró y negó con la cabeza, volviendo a ponerse serio. —Ni una palabra —prometió.

Sabía que podía confiar en él y que mantendría su palabra.

Era una lástima, sin embargo, que no pudiera saber si podía confiar en Liam y en lo que quería decir cuando afirmaba que me deseaba.

Ni siquiera puedo confiar en mí misma en lo que a él respecta.

LIAM

—¿Está sirviendo para algo todo esto? —preguntó Emmaline al día siguiente.

Se pasó por la sala de conferencias que yo estaba usando como despacho mientras me encontraba aquí. Me gustaba que tuviera la iniciativa de venir a verme en lugar de ir yo siempre a buscarla a la cocina. Incluso esas breves visitas para saludar importaban. Eran una prueba más de que ella era la fuente que me levantaba el ánimo.

Dejé el móvil sobre la mesa y giré la silla para mirarla cuando entró.

—¿El qué, exactamente?

—Los vídeos. La campaña de relaciones públicas para insuflar algo de vida a Maple Ville y alejarlo un poco más de la bancarrota.

Puse los ojos en blanco y solté un bufido, haciéndole un gesto para que se acercara. —Ninguna propiedad mía llegará tan cerca de la quiebra.

—Tal vez no ahora, ya que has tomado el mando y... ¡ay! —soltó un gritito de sorpresa cuando tiré de ella para que se sentara en mi regazo. Sentada sobre mis muslos, estaba lo bastante cerca para mirar mientras yo cogía el móvil y le enseñaba los vídeos en las redes sociales.

—¿No tienes redes sociales? —le pregunté.

Ella negó con la cabeza. —No tengo tiempo para eso.

Entre ser jefa de cocina y la madre de Rory, dudaba que lo tuviera. Sin embargo, quería cambiar eso. Si podía mejorar su conciliación entre la vida laboral y familiar, lo haría.

Pero no... personalmente. Seguíamos manteniendo lo nuestro en secreto, así que me parecía un salto enorme e improbable pensar en integrarme más en su vida.

—Las reservas *han* subido. E incluso si no fuera así, el complejo está recibiendo muchísima atención —le enseñé los vídeos—. Con ella en mi regazo, alargando la mano para desplazar el contenido con el dedo en la pantalla de mi móvil, resistí el impulso de poner mi mano sobre su muslo. De abrazarla más fuerte y aspirar más profundamente su olor, tan limpio y dulce.

—Eso está bien. Quizá un aumento de sueldo no sea algo descartable algún día.

Casi le sonreí. —Estaba pensando más bien en aumentar la plantilla a todos los niveles aquí, para que personas como tú —le di un toquecito en la nariz— no estéis crónicamente sobrepasadas de trabajo.

—¿O haciendo el trabajo de varias personas? —preguntó esperanzada—. Agradecería un gerente de verdad para el Francino's antes que un aumento de sueldo.

—Tendrás las dos cosas —dije.

Nina apareció en la puerta y llamó. —¿Señorita Carter? Greg la está buscando en la cocina.

Emmaline soltó una carcajada sin pizca de gracia y se levantó. —No, no me busca. No entra hasta dentro de una hora. —Mientras se alejaba de mí, levantó la barbilla, audaz y sin miedo—. Si quería que

me marchara y me alejara del señor Weston, podría haberlo dicho simplemente.

Nina frunció el ceño, intentando sin éxito ocultar lo cabreada que estaba por el hecho de que Em no se dejara intimidar.

Una vez que Emmaline se fue, arqueé las cejas en un mudo interrogante. No estaba muy contento con ella después de que trajera a aquel chef. —¿Necesitas algo?

Ella asintió y señaló con el pulgar hacia atrás por encima del hombro. —Sí. Necesito que entres en razón. Mi campaña de RR. PP. está funcionando.

¿Tuya? Había sido idea mía en primer lugar. Qué demonios, si hasta yo la protagonizaba junto con Em.

—Y a medida que las renovaciones mejoren, tenemos que ceñirnos al lema de la empresa de contratar a los mejores para ofrecer lo mejor. Ella no es lo «mejor» que podemos encontrar, Liam. —Entró en la sala y suspiró, como si fuera una lástima—. Te he enviado varios currículums de otros chefs que aportarían más al restaurante.

—Sus nombres. Eso es todo.

Ella apretó los labios. —Liam, si queremos que Maple Ville sea un éxito, tenemos que contar con gente de éxito.

—Emmaline está bien donde está. Fin de la discusión —dije con brusquedad.

—Esa es tu opinión.

—No he abierto nada de lo que me has enviado sobre otros cocineros, igual que tú probablemente no has abierto nada de lo que yo te he enviado. Como las numerosas y brillantes reseñas sobre el desempeño de Emmaline como jefa de cocina.

Sacudió la cabeza y miró hacia otro lado. —No eres objetivo. Lo entiendo. No eres objetivo y tienes favoritismo con ella porque es

una amiga de la infancia.

¿Qué? Me contuve para no echarme a reír. Jack siempre se ponía raro con la idea de que yo fuera amigo de su hermana pequeña. El código entre colegas y todo eso.

Sin embargo, estaba convencido de que Nina podría tener razón. *No era* objetivo. Quería lo mejor para Em. Me importaba y me disgustaba verla tan estresada. Que mencionara su esperanza de un aumento de sueldo había hecho que saltaran todas las alarmas en mi cabeza.

Mi falta de objetividad con Emmaline se basaba en mi atracción por ella. Mi juicio estaba nublado porque veía a esta mujer de mi pasado como una fuente de luz y felicidad en mi vida, algo que rara vez encontraba por lo poco que podía confiar en nadie, especialmente en una mujer.

Pero no era solo una atracción física. Durante estas últimas semanas, mientras hacíamos la cuenta atrás para San Valentín y el final de nuestra pantomima de pareja por las relaciones públicas, me sentía más atraído por ella.

Porque era hermosa y preciosa, y capaz de ponerme duro en un segundo por lo sexy que era, incluso con su desastrosa ropa de chef.

Porque era dulce y generosa, y demostraba ser una madre excelente para su hijo.

Porque era apasionada y estaba comprometida con su trabajo, actuando como una empleada dedicada, leal y buena que tenía la suerte de tener aquí.

—Basta.

No pestañeé mientras sostenía la mirada a Nina.

Esa sola palabra salió dura y clara.

—Deja de intentar deshacerte de ella.

Se cruzó de brazos, sin darse por vencida todavía. —¿Va a ser esto un problema? ¿Al estilo de... cómo a tu abuelo le gustaba «probar el producto» de las propiedades de Weston LLC y sus jóvenes empleadas?

Golpeé la mesa con el puño, haciéndola sobresaltarse. —Ni se te *ocurra* intentar retorcer esta situación.

Abrió y cerró la boca.

—No fue idea mía hacer esta promoción con ella. Fue de Xavier. Y está funcionando. Eso es todo lo que hay.

Rogué para que no detectara la mentira en lo que decía.

—No será una campaña permanente —le recordé—. Tenemos que centrarnos en el complejo y el alojamiento. Las reformas que acapararán este lugar en primavera. El Francino's no necesita una revisión crítica por ahora. Si quieres intentar mantener ese enfoque de «contratar a los mejores para dar lo mejor», deberías pedir a Recursos Humanos que busque una nueva gerencia para reemplazar o apoyar a Kev.

Bajó la mirada, pero no pareció un movimiento de sumisión o un gesto de entendimiento.

Mientras la veía darse la vuelta y salir de la habitación, me preocupó que haberla puesto en su sitio de esta manera no fuera suficiente. Que mi correo electrónico a toda la empresa sobre la contratación y el despido de cualquier persona tampoco fuera suficiente.

Si ya había empezado a mover los hilos para reemplazar a Emmaline, no lo toleraría.

No me importaría el hecho de que mi padre hubiera contratado específicamente a Nina como publicista para ayudar con el daño persistente de las acciones de mi abuelo, o de la reacción violenta cuando Kelly intentó arrastrar mi nombre por el fango y calumniar a la empresa.

Sustituiría a Nina en un abrir y cerrar de ojos.

Porque aunque fuera plenamente consciente de que esta campaña promocional que nos había unido a Emmaline y a mí se acercaba a su fin, no estaba ni de lejos preparado para pensar en dejarla y renunciar a la oportunidad de disfrutar de su presencia cada día o cada noche.

25

EMMALINE

Llegué a mi jornada de día y noche con el dinero en mente. Desde que me había planteado utilizar mis ahorros para saldar la deuda de Jack de una vez por todas, lo había dejado todo preparado para hacerlo. En cuanto recibiera mi próxima paga y la ingresara, liquidaría mis ahorros, a excepción de unos pocos cientos de dólares que quedarían de sobra, y me quitaría esa carga de encima.

Pedirle a Liam un aumento, o comprobar que estaba poniendo de mi parte para que el complejo fuera más estable económicamente, era otra de las cosas que rondaban mi cabeza. Sin mis ahorros, tendría que volver a ahorrar todo lo posible. Un aumento ayudaría. Pero contar con personal adecuado aquí en Francino's también sería una bendición. No sentiría que estaba haciendo malabarismos con *todo* ahora que Greg estaba de vuelta.

Nina más o menos me espantó de Liam cuando entró, y me di cuenta de qué aspecto tenía la escena. Estaba sentada en su regazo. Él parecía debatirse en si quería tocarme o no. Parecía una estampa acogedora, y allí dentro no había cámaras grabando.

No me extraña que se sienta amenazada.

Mientras preparaba la línea para una noche intensa de cocina, me picó la curiosidad por saber por qué la aguantaba así. Por qué no le decía que se mantuviera al margen.

Porque si le dice que se mantenga al margen, sería más o menos admitir que está pasando algo real entre nosotros.

Hice una mueca. Habíamos puesto mucho empeño en negar eso.

—Me he enterado de que preguntaba por el éxito de la campaña de relaciones públicas —dijo Pierce al entrar en la cocina, dejando claro que quería hablar conmigo.

Fruncí el ceño, sin dejar de cortar los restos que necesitaría más tarde—. Buen trabajo escuchando a escondidas, entonces.

Él se rio entre dientes—. He estado siguiendo todo desde que empezó. —Apoyó la cadera en un estante de platos y se cruzó de brazos, con aire de querer entablar una conversación que yo no deseaba. Desde el primer día, siempre había sido así. Interesado. Persistente.

Pesado.

Nunca le había dado ni la más mínima señal de que estuviera interesada en nada con él. Ni siquiera tenía motivos para estar en la cocina. Su función era ayudar a Kev en la parte de hostelería del complejo.

—Por supuesto, cualquier cosa protagonizada por *ti* llamaría la atención —me echó un vistazo lento y lascivo de arriba abajo.

Qué asco.

Con él mirándome así, no pude evitar preocuparme por si había estado en el vestuario el otro día y sabía que yo estaba allí con Liam.

—Funcionará. Maple Ville volverá a tener un negocio boyante —predijo.

—Eso espero. —*Y tener de nuevo un gerente de verdad para Francino's para no tener que cargar yo con todo ese trabajo extra también.*

—Si puedes —hizo una mueca—. También he oído a Nina hablar con Liam sobre sustituirte.

Me negué a dejar que viera cuánto me dolían esas palabras. Quería creer que Liam hablaba en serio cuando dijo que no me sustituiría, que no veía razón alguna para considerarlo por lo bien que desempeñaba mi función aquí. Pero ¿cómo podía saber lo que realmente quería decir? ¿Cómo podía confiar en mis creencias sobre lo que decía cuando estábamos bailando en una línea complicada y volátil de deseo e interés prohibido?

—Tiene una lista de otros chefs que le gustaría considerar para el puesto de jefe de cocina —dijo Pierce con un toque de preocupación fingida.

Solté el cuchillo y lo miré. Enfurecida. Preocupada. Amenazada.

Ya no sabía qué creer. Y no estaba segura de qué demonios pretendía él al contarme lo que había oído después de que yo saliera de aquella habitación.

—¿A qué viene contarme esto? —Encogí un hombro y lo dejé caer.

—Pensé que deberías saberlo. —Frunció el ceño, como si le hubiera dolido mi tono cortante—. Eso es lo que hacen los amigos.

—No somos amigos, Pierce —dije, señalándolo a él y luego a mí—. Nunca ha habido nada más entre nosotros que una relación de compañeros de trabajo y lo sabe.

Él sonrió, separándose del estante y acercándose a mí—. Pero si te despiden, apuesto a que tendrías mucho tiempo libre para darme una oportunidad para algo más, ¿no?

Retrocedí un paso y odié que esa acción pareciera sumisión, como si me estuviera intimidando. Di un paso adelante de nuevo y levanté la barbilla—. No va a pasar nada entre nosotros. ¿Me oye?

—Eso dices ahora —sonrió con suficiencia e hizo intención de cogerme la mano.

La aparté de su alcance de un tirón.

—Todo este tiempo, pensé que eras simplemente frígida o algo así. Ahora que puedo ver lo bien que finges ser dulce para la campaña, me doy cuenta de que solo tengo que esforzarme más para conseguirte.

—No —levanté las manos—. *Ni se le ocurra*. *Usted no* me interesa —dije, vocalizando con claridad.

—¡Cuidado! ¡Paso, que quema! —Greg pasó a toda velocidad, metiéndose deliberadamente entre Pierce y yo. Sostenía una olla grande de agua hirviendo que no tenía motivo para transportar por allí y me guiñó un ojo. Pierce retrocedió de un salto. Eso puso distancia entre nosotros y, antes de que pudiera pensar que yo quería seguir escuchándolo, le di la espalda y reanudé mi tarea de picar. A través de los huecos de la línea de parrillas, crucé la mirada con Greg.

Le di las gracias moviendo solo los labios y él asintió una vez.

Pierce captó el mensaje y se marchó. No tuve tiempo de hablar con Greg sobre lo que había dicho aquel tipo en toda la noche. Fue un ritmo incesante de emplatar platos, y sentí que al terminar la noche no solo había corrido un maratón. Era una fatiga propia de un triatlón la que me acompañaba de camino a casa.

Al aparcar en mi plaza, solté un profundo suspiro y me di cuenta, con retraso, de que Pierce no había dado ninguna señal de haber estado en el vestuario y haberme oído con Liam.

Bueno, eso es un detalle a mi favor.

Había aprendido a valorar las victorias en la vida, por minúsculas que fueran.

Jack se había quedado con Rory porque Becca no podía y Avery había estado en la cocina conmigo toda la noche.

Estaba comiendo otra bolsa de las mismas patatas especiales de edición limitada que había devorado antes. La salsa también estaba casi agotada, y apreté los dientes al pensar que debía de haber visto la nota adhesiva en la bolsa y el envase nuevos. Había escrito una advertencia pidiendo que no se lo comiera, por favor, y él la había ignorado.

—¿Está dormido? —pregunté mientras me quitaba los zapatos.

Se levantó del sofá y se sacudió todas las migas de la camiseta, ensuciando el suelo.

Gracias. Muchas gracias. Qué modales tan maravillosos, Jack.

—Sí, está frito. Lo cual es perfecto, porque quería aprovechar para recordarte lo del préstamo que necesito.

Negué con la cabeza, hartísima de él, de trabajar hasta la extenuación, de Pierce, de Nina. De todo—. No.

—Oh, vamos —se alejó del sofá, dejando la bolsa vacía y la salsa sobre la mesa de centro—. Lo necesito.

—Mala suerte.

Su ceño fruncido fue la gota que colmó el vaso. No quería perder los estribos y gritar o despertar a Rory o a algún vecino, pero ya no podía más.

—¿Cómo puedes ser tan egoísta, Emmaline, de no querer ayudarme?

Me quedé boquiabierta. La ira encendió una mecha en mi interior y cerré la boca de golpe, haciendo castañear los dientes—. ¿Cómo puedes siquiera decir eso?

Él resopló enfadado—. Eh, ¿porque no quieres considerar ayudarme?

—¿Igual que no estoy considerando ayudarte pagando toda tu deuda, mientras tú no haces nada para contribuir?

—Estoy en ello.

—No. —Negué con la cabeza, con ganas de apretar algo hasta que explotara—. No. Ya tuve que renunciar a *mis* sueños por ti una vez. No dejaré que vuelva a pasar.

Él puso los ojos en blanco—. Querías ser cocinera y lo eres. No parece que estés sufriendo precisamente, desde donde yo lo veo.

—Renuncié a ir a aquel programa y a aquella universidad en la que era tan difícil entrar. Y... —Cerré la boca de nuevo, guardándome el hecho de que quería conseguir un hogar de verdad para Rory y para mí, una casita. Porque a él no le importaría. Diría que volvía a ser una egoísta, a pesar de todo lo que había hecho por él.

—No dejaré que vuelvas a interponerte en *mis* sueños —dije.

Me miró con desprecio, poniéndose el abrigo de un tirón—. Tú misma arruinaste tus sueños, Emmaline. —Frunció el ceño mientras metía los brazos en las mangas, furioso y a la defensiva—. Arruinaste tus propios sueños de ir a la universidad o a cualquier programa elegante porque fuiste tan estúpida de quedarte embarazada de un perdedor que ni siquiera quería a tu maldito bebé.

Un frío gélido me recorrió el cuerpo, reemplazando la sangre hirviente que alimentaba mi rabia hacia él. Mirándolo fijamente, tan conmocionada por que hubiera dicho algo así, fui hacia la puerta y la abrí.

—Vete de aquí ahora mismo.

—Em —soltó un suspiro profundo—. Lo siento. No debí decir eso. ¿Vale? Siento que se me haya escapado.

Estaba demasiado paralizada por la furia gélida como para escuchar sus excusas.

—Quiero a Rory. Lo sabes —se acercó a la puerta, suavizando el ceño y haciendo una mueca, no porque se arrepintiera de lo que

había dicho, sino porque se había dado cuenta de que la había cagado.

—Fuera.

—Lo siento...

—No me hables. —En cuanto estuvo totalmente fuera, en el pasillo, cerré la puerta de un portazo.

Invadida por tanto odio y rabia hacia él, por mi situación, apoyé la espalda contra la puerta cerrada y me cubrí la cara con las manos.

Probablemente él sí pensaba que el padre de Rory no lo había querido.

Nunca les dije a mis padres que Liam era el padre.

Nunca le dije a Jack que me había acostado con su mejor amigo.

Con el fin de proteger a Rory y dejar que tuviera la infancia más normal y amorosa posible, con un progenitor que lo quisiera y no estuviera distante por el trabajo y los viajes, nunca le dije a nadie, excepto a Greg y Avery, mis amigos más cercanos, quién era el padre de Rory.

Cada vez que mis padres o Jack preguntaban quién era el padre, nunca decía mucho. Nunca di pistas. Evité dar cualquier indicio de lo que pasó, así que no me sorprendía que Jack asumiera que el padre no había querido a Rory.

Pero estaba tan jodidamente lejos de la verdad.

Liam no era un perdedor.

Era un hombre de negocios, exitoso y que seguía conservando un buen corazón.

Jack no tenía ninguna autoridad moral para acusar a nadie de ser un *perdedor*.

¿Casi cuarenta años y sin hacerse cargo de sus asuntos ni actuar como un adulto? ¿Contando con que su hermana pequeña le solucione los problemas de dinero?

Solté una carcajada amarga y negué con la cabeza.

Se equivocaba.

Pero mientras me preparaba para ir a dormir después de comprobar que Rory seguía dormido, odié que pudiera tener razón en algo.

¿Querría Liam a Rory si llegara a saber de él?

¿Me perdonaría por haberlo ocultado todo?

¿Llegaría a quererme a *mí*, en una relación significativa y real, y no en este hábito secreto de encuentros que habíamos empezado?

No era capaz ni de empezar a adivinarlo, pero con el peso pesado y ansioso de la culpa y la duda intenté conciliar el sueño, preocupada por estar cometiendo un error enorme al seguir ocultando la identidad del padre de Rory... a ambos.

LIAM

Mis sospechas de que Nina estaba intentando reemplazar a Emmaline a mis espaldas resultaron ser totalmente acertadas.

Después de que ella saliera de la sala de conferencias, me puse en contacto con la jefa de Recursos Humanos que pronto se encargaría del departamento aquí en Maple View.

Le hice una videollamada y recé para que no le molestara.

Respondió de inmediato. —¡Hola, Liam! ¿Cómo va todo?

Sonreí al ver su cara de felicidad. —Carly, pensaba que *acababas* de tener al bebé.

Ella sonrió de oreja a oreja, bajando la barbilla para adorar a la niña que dormía sobre su pecho. —Lo sé. El tiempo vuela de una forma cruelmente rápida. Te juro que hace nada estaba en el hospital con ella y ahora ya tiene casi dos meses.

No tenía mucha confianza con Carly, pero siempre había sido muy buena en su trabajo, demostrando con creces su valía en otras sedes y en el edificio corporativo de Nueva York. Tenía mi edad, pero llevaba con nosotros tanto tiempo como yo, ya que empezó nada más terminar la universidad.

Al igual que Emmaline, era una mujer de negocios seria, decidida a prosperar en Weston LLC. Había dedicado su tiempo, se había dejado la piel y había subido escalafones hasta ganarse el alto cargo que ocupaba en Dirección de RR. HH. Aunque actualmente estaba de baja por maternidad y lo estaría un par de meses más, era la persona ideal para poner al frente de Maple View. Vivía cerca de la zona, tenía familia por allí, y era una mujer justa y constante para ser ascendida a la dirección de recursos humanos del complejo cuando las renovaciones cambiaran el lugar.

Mientras seguía observándola sonreír a su bebé, me percaté de en qué otra cosa se parecía a Emmaline. Ambas tenían esa misma sonrisa secreta al mirar a su hijo. Me había fijado en que Em también miraba a Rory como si fuera su mundo entero. Un nivel de amor y vínculo tácito entre madre e hijo que nunca podría romperse.

Yo nunca lo había experimentado, pero empezaba a darme cuenta de lo que me estaba perdiendo.

Maldita sea. Estoy comparando a Em con cada mujer que veo.

Porque cada vez estaba más claro que nadie podía estar a su altura.

—¿Necesitabas algo? ¿O es que te ha entrado una especie de reloj biológico masculino y querías ver a mi pequeña antes de que crezca todavía más rápido?

—Es preciosa —le dije con sinceridad—. Sin embargo, me aclaré la garganta para volver al motivo de mi llamada—. Necesito algo y entiendo que, estando de baja por maternidad, no es algo de lo que tengas que ocuparte ahora.

Ella hizo una pedorreta silenciosa para no despertar al bebé. —Tonterías. Puedo encargarme de un pequeño proyecto para ti.

—Puede esperar, pero será algo que te estará aguardando cuando termine tu baja.

Ella sacudió la cabeza. —Liam, no hay manera de que encuentre a otro empleador en este planeta que sea tan generoso y comprensivo con mis deseos para la baja por maternidad —Su sonrisa se suavizó, volviéndose más triste—. Y también sé que nunca encontraría a otro jefe que fuera tan generoso y comprensivo con mi situación familiar.

Acababa de perder a su último progenitor vivo por culpa del cáncer, y tenía una tía que también padecía una enfermedad terminal. Carly era otro ejemplo de por qué contrataba a los mejores para ofrecer lo mejor. Y nunca dudaría en ayudar a mis empleados cuando lo necesitaran.

—Además —admitió—, me vendría bien algo en lo que hincar el diente. Echo de menos hablar con adultos —Puso una mueca graciosa y se rió un poco.

—¿Ya ha vuelto Nathan a trabajar? —pregunté por su marido.

Ella asintió. —Sí, y aunque me encanta ser madre y aprender a serlo, no me importaría tener algo que evite que mi mente se quede inactiva.

—¿Estás segura? No quiero presionarte. Es algo que solo quiero que se solucione cuando regreses.

Sonrió con más entusiasmo. —Totalmente. Hacer crucigramas y leer no me mantiene lo bastante ocupada cuando ella duerme la siesta. ¿Qué tienes para mí?

La puse al corriente de lo decidida que estaba Nina por sustituir a Emmaline. No entré en todos los detalles sobre ella, limitándome a decir que era la chef jefa que quería mantener en Francino’s para siempre.

Tomó notas mientras yo le explicaba mis preocupaciones y, al final, me dedicó una expresión de desconcierto. —Así que quieres que compruebe si Nina está actuando a tus espaldas para despedir a esta cocinera y sustituirla por otra persona.

Asentí. —Investígalo como creas conveniente.

Con su puesto en RR. HH., tendría acceso básicamente a cualquier cosa que Nina hiciera con su teléfono o su ordenador, ambos propiedad de Weston LLC.

—¿Pero por qué iba a estar tan empeñada en deshacerse de esa mujer?

Su pregunta me puso en un aprieto. No estaba seguro de qué responder, pero opté por algo cercano a la verdad. —Em es una vieja amiga, alguien a quien conozco de toda la vida.

Ella sonrió y se le iluminaron los ojos. —¡Ah! ¿Es la mujer que ha estado haciendo esos vídeos promocionales contigo?

Asentí.

Soltó un quejido juguetón. —Es guapísima. Lo que daría por tener ese pelo.

—Sí, Emmaline es una preciosidad.

Me lanzó una sonrisa pícara. —Bueno, eso lo explica. Apuesto lo que sea a que Nina se siente frustrada porque tú nunca le vas a dar una oportunidad. Seguro que está celosa.

Puse los ojos en blanco. No necesitaba ocultarle ningún detalle a Carly. Estaba más que familiarizada con los escándalos a los que se enfrentaba la empresa. Y sabía perfectamente lo recto que era yo como jefe.

—No es que sea la primera vez que se la amonesta por esto —Esta vez fue ella quien puso los ojos en blanco. El director de RR. HH. estaba en un largo año sabático, pero en el departamento era de conocimiento público que a Nina había que leerle la cartilla. Decirle que se alejara. Que dejara de tirarme los trastos e insinuarse.

Curiosamente, sin embargo, Nina era intocable. Como mi padre insistió en contratarla como publicista cuando estábamos reparando

el daño causado por el comportamiento de mi abuelo justo antes de morir —y había muerto en la cama con dos camareras de uno de nuestros hoteles—, no dejaba que nadie, ni siquiera yo, la despidiera o la sancionara.

Le daría el mérito que merecía. Ayudó a rescatar la reputación de la oscuridad tras lo que hizo mi abuelo. Pero no todo se debió a ella. Me gustaba pensar que Weston LLC tenía buena fama ahora gracias a todo el liderazgo que yo le daba a la compañía.

—Es de locos que piense que te acostarías con una empleada o que empezarías un lío con una —sacudió la cabeza—. Has dejado meridianamente claro en todo momento que no eres como tu abuelo.

Sentí un poco de culpa al oír eso, porque no era del todo cierto.

Emmaline trabajaba para el complejo porque trabajaba en el restaurante ubicado allí. Y me estaba acostando con ella.

O lo había hecho.

Y quería volver a hacerlo.

—Avísame con lo que encuentres.

Terminamos la llamada con su promesa de que se pondría a ello de inmediato.

Hice una nota en mi teléfono y le envié un mensaje a Danny diciéndole que quería recompensar a Carly con una bonificación por encargarse de un asunto laboral mientras estaba de baja.

No tardó mucho en informarme.

Nina se había puesto en contacto con otros siete chefs, dejando caer activamente la idea de que el puesto de chef jefe quedaría vacante aquí pronto.

Furioso por su forma de actuar tan rastrera, di un paso más para detener este despropósito. Llamé a los chefs y les aclaré que no se

ofrecía tal vacante para el puesto de chef jefe. Aun así, aproveché para pedir recomendaciones de gerentes de restaurantes. Nunca venía mal hacer contactos cuando se presentaba la oportunidad.

Al día siguiente, persistía la frustración y el enfado que sentía por el hecho de que ella intentara esquivar mis órdenes.

Emmaline se dio prisa para llegar al complejo antes de que empezara su turno, y odié lo apurada que iba de tiempo.

—¿Llevará mucho tiempo? —preguntó mientras se calzaba los tacones frente a un enorme arco floral en forma de corazón que acababan de entregar. Xavier y el cámara se estaban posicionando.

—No. No debería llevar más de un par de minutos —Xavier le sonrió —. Te agradezco que hayas sacado tiempo para esto. Quedará mucho mejor con luz natural que por la noche.

—Lo siento. No intento ser una aguafiestas. Es que he tenido que traer a Rory conmigo. Vendrán a recogerlo. Y luego tengo que darme prisa para prepararme para el turno.

Cada vez era más consciente de lo mucho que esa mujer necesitaba mejor personal en la cocina.

—Solo una sonrisa rápida y un posado —prometió Xavier.

Cuando me acerqué a Emmaline bajo el arreglo floral, vislumbré a Nina al fondo.

¿Qué pasa? ¿Estás celosa? ¿Deseando poder estar aquí conmigo?

Sujeté a Em más cerca y ella suspiró, posando su mano sobre mí. —Maldita sea —bajó la mirada hacia mis labios—. Hueles bien.

Lo había susurrado demasiado bajo como para que formara parte de su actuación para la cámara.

—Tú también te *sientes* bien bajo mis manos —le susurré al oído.

Disfruté de cómo se elevaba su mejilla al sonreír.

Al apartarme un poco para ver si Nina reaccionaba, decidí contraatacar donde más le dolería.

Nunca serás la mujer con la que quiero estar.

Ninguna otra me había tentado siquiera.

Ni siquiera Kelly, la ex con la que me tuve que convencer para dar una oportunidad y conformarme antes de que me la jugara.

Solo tú.

Le sonreí a Emmaline, que me miraba hacia arriba. —¿A qué viene esa sonrisa burlona? —preguntó.

—A ti.

Un ligero atisbo de rubor coloreó sus mejillas de forma encantadora.

—¿Qué tal un beso? —preguntó Xavier—. De verdad —Dio dos palmadas y soltó una risita—. Es que estáis hechos para quedar bien juntos.

No necesitaba su sugerencia. Luchaba contra el deseo de besar a esta mujer cada vez que estaba cerca, e incluso cuando no lo estaba.

Emmaline sonrió, alzando el rostro hacia mí.

¿Te das cuenta de que no estás fingiendo?

La besé y saboreé el suave suspiro con el que me correspondió después.

¿Puedes notar que esto no es fingido para mí?

La besé de nuevo.

Entonces ella puso esa mueca pícara y me tomó la cara para besarme.

Y otra vez.

Otra vez.

Sabiendo que Nina estaba mirando, y con la necesidad posesiva de mostrarle a ella y al resto del mundo lo cómodo que me sentía al ser visto besando a Emmaline, dejé de pensar que esto se suponía que estaba preparado.

Al fondo, oí a Xavier decir que ya habían terminado. El cámara soltó una risita y dijo que ya se marchaba.

Pero aun así, seguí besando a esta chef descarada que hacía que mi sangre hirviera a fuego lento.

Ella tampoco parecía capaz de parar, devolviéndome el beso a pesar de que el equipo estaba recogiendo para irse.

No me importaba quién nos viera. Porque esto era lo que no me había dado cuenta de que necesitaba. Lo que me había estado faltando.

Vine aquí buscando algo brillante en mi vida. Algo bueno que esperar, pero nunca habría imaginado que sería ella. Esta cocinera sexy y testaruda que me mareaba de deseo.

¿Tú también lo sientes?

¿Puedes notar lo real que quiero que sea esto?

¿Puedes ver lo mucho que me importas?

Se apartó y abrió lentamente los ojos. —Creo que me estoy volviendo adicta —susurró con dulzura.

—Me alegra no ser el único —Le acuné el rostro y la besé una vez más, deseando tener toda la noche para compartir con ella, pero respetando el hecho de que tendría que salir corriendo a su trabajo.

Presionando mis labios contra los suyos, estaba decidido a que este último beso fuera largo y pausado, para asegurar que nos aguantara hasta la próxima vez que pudiéramos estar juntos de nuevo.

Ella también parecía ansiosa por prolongarlo, apoyándose contra mí como si no quisiera alejarse nunca.

Pero lo hizo. Yo también me aparté de ella de un salto cuando un grito atravesó la sala.

—¿Qué demonios cree que está haciendo?

Jack estaba allí, mirándome con furia, con Rory a su lado.

Oh, joder.

EMMALINE

Me lamí los labios, saboreando el rastro de la boca de Liam en ellos.

Porque estaba claro que nuestra oportunidad de besarnos se había acabado definitivamente.

Mi hermano avanzó hacia el arreglo floral, con Rory justo a su lado.

Maldita. Sea.

Si las miradas mataran, Jack me querría muerta. O querría a Liam bajo tierra.

En un rincón de mi mente, mientras se acercaba a toda prisa con el rostro furioso, podía oír todas aquellas veces en el pasado en las que me advirtió que no viera a Liam como a un amigo. Solía recordarme que no podía colarme por él. Me decía una y otra vez que Liam era amigo *suyo*, no mío. Era posesivo de una manera que me hacía preguntarme qué nivel de autoestima tendría para necesitar ser siempre el centro de atención y nunca el segundo plato.

—¿Qué demonios te crees que haces besando a mi hermana? —exigió saber, dirigiendo su ceño fruncido a Liam.

Entorné los ojos, molesta por que se comportara como un hermano mayor abnegado y preocupado justo ahora, después de cómo me

había tratado en nuestra última pelea. Todavía estaba resentida y enfadada con él por cómo había zanjado nuestra discusión la última vez que hablamos.

Pero más que nada, me incomodaba que pensara que Liam y yo podíamos estar juntos. Porque ya lo habíamos estado antes y lo habíamos ocultado. Lo que era peor, nuestro hijo estaba allí mismo, sonriendo y observando la interacción como si fuera una película de estreno.

¡Maldita sea!

No me gustaba exponer a Rory a ver a adultos peleando y discutiendo. No necesitaba eso en su vida. Quería estabilidad para él, no caos.

—Jack, ahora no —advertí.

—No. —Me señaló con el dedo, con una expresión tormentosa—. No te atrevas a decirme *ahora no* cuando lo estás besando ahí como si...

Le puse la mano en el pecho para evitar que se encarara con Liam. —¿Como si estuviéramos en medio de una sesión de fotos? —terminé por él.

—¿Sesión de fotos? Yo no veo ninguna cámara —replicó él.

Miré a mi alrededor y me di cuenta de que Xavier y el cámara ya se habían marchado.

—*Era* para una sesión de fotos —dijo Liam—.

No iba a dejar que me encargara de esto yo sola. Se puso a mi lado para apoyarme, a pesar de que a los dos se nos había ido la mano con los besos cuando las cámaras ya no grababan. Con sensatez, mantuvo las manos lejos de mí, sin apoyarlas en mi espalda ni nada parecido—. Es para una campaña de relaciones públicas.

Jack torció el gesto, todavía más enfadado. —Eso son chorradas.

—No, no son chorradas —dijo Rory, interviniendo con su vocecita inocente.

Le lancé a mi hermano una mirada asesina. Sabía lo que pensaba de que mi hijo pequeño oyera palabrotas y las repitiera como un loro.

Jack ni siquiera se inmutó, demasiado absorto en su ira. Demasiado impactado por haber entrado para recoger a Rory y llevarlo a casa de Becca. Había llegado y se había encontrado a su mejor amigo besándose conmigo, y nada iba a atravesar ese muro de sorpresa.

—Rory —lo reprendí—. Ese lenguaje...

—Pero no son chorradas —insistió el niño, tirando de la manga de Jack para llamar su atención—. Te lo dije, tío Jack. Te dije el otro día que mamá era como una actriz de un anuncio en la pastelería.

Jack frunció el ceño, incapaz de dejar de fulminar a Liam con la mirada.

Seguro que Rory le había mencionado aquel día a mi hermano. Y Jack probablemente tampoco le había hecho ni caso.

—Es para promocionarnos —dije de nuevo—. Para unos vídeos que promocionarán el complejo. Todo está preparado como parte de una cuenta atrás para una promoción de San Valentín —añadió Liam, señalando el enorme montaje floral.

—A mí no me ha parecido preparado —replicó Jack.

Negué con la cabeza. No tenía tiempo para lidiar con él de esta manera. Y no agradecía su papel de hermano protector ahora. Quizás cuando éramos más jóvenes y yo estaba colada por Liam, Jack podría haber tenido un motivo para querer protegerme. Pero ahora todos éramos adultos. También éramos adultos cuando Liam y yo nos acostamos hace cinco años.

—Es para una campaña publicitaria —repitió Liam—. Llamaré al director para que vuelva y te explique que solo estábamos haciendo fotos y vídeos junto a las flores para los anuncios.

Agradecí que Liam me defendiera. Pero no estaba convenciendo a Jack de nada. Él frunció más el ceño, sin dar su brazo a torcer.

—Esto es una mierda, Liam. Se supone que eres mi amigo. No un imbécil que se aprovecha de mi hermana pequeña.

Gruñí. —¿Hermana *pequeña*? Creo que eso ya ha quedado un poco desfasado.

Liam dio un paso al frente, levantando la mano. Su rostro estaba serio pero calmado, como si estuviera decidido a reconducir la situación antes de que fuera a más, y a hacerlo siendo la voz de la razón.

—Espera un momento. ¿Aprovecharse de ella? —Negó con la cabeza —. Te equivocas de medio a medio al decir algo así.

—¡Sabes perfectamente a qué me refiero! —gritó Jack.

Liam frunció el entrecejo. —*Soy* tu amigo. Y supongo que eso significa que me conoces. Que yo no me aprovecho de nadie. —Sacudió la cabeza y resopló—. Vamos, Jack. Aunque esto no fuera para una campaña, ¿qué estás intentando decir? ¿Que yo no sería lo bastante bueno para ella?

Jack gruñó, pero Liam no había terminado.

—Tengo mucha curiosidad, Jack. ¿Por qué no querrías que estuviera con alguien como yo? —Se encogió de hombros, pareciendo ofendido—. No soy un vago de mierda que maltrate a las mujeres. No soy un perdedor patético ahogado en deudas o que huye de la ley.

Giré la cabeza y me estremecí.

Oh, Dios mío.

No.

Mala elección de palabras.

Jack se puso rígido, irguiéndose en toda su estatura. Sus fosas nasales se dilataron, delatando que se había fijado claramente en las palabras de Liam: la parte de no ser un *perdedor patético ahogado en deudas*.

Aquel era un tema delicado para Jack y, con su actitud gélida, demostró lo cerca que estaba de estallar.

Va a pensar que yo le he contado a Liam lo de su deuda.

—Emmaline —dijo Jack entre dientes—. ¿Puedo hablar contigo un momento aquí a un lado?

Intentó cogerme del brazo, pero yo le esquivé mientras me apartaba con él, alejándome de Liam y Rory.

—No tengo tiempo para esto —le advertí—. Tengo que ir a la cocina.

—¡Ah! ¿Pero sí tienes tiempo para ir por ahí besándote con mi mejor amigo? —susurró él con acaloramiento.

—No voy a entrar en esto. No. Los dos hemos explicado que estábamos haciendo algo para un vídeo promocional. Si te niegas a escuchar y a aceptarlo, vete a enfadarte a otra parte.

—¿Se lo has dicho?

Puse los ojos en blanco y me crucé de brazos.

—¿Le has hablado de mis problemas de deudas?

—¡No!

—¿Entonces por qué lo ha dicho así? ¿Eh? —Se pasó la mano por el pelo—. ¿Por qué ha dicho *eso*? ¿Cómo voy a saber que no andas por ahí largando sobre mis problemas?

Le dediqué la mirada más fría posible y solté una carcajada seca. —Qué gracioso. —Estaba demasiado harta como para preocuparme por herir sus sentimientos ahora—. Nunca han sido *tus* problemas.

Tienes el don especial de convertirlos siempre en *mis* problemas. Y estoy harta.

LIAM

Rory suspiró mientras Jack se llevaba a Emmaline a un lado. No quería que ella tuviera que enfrentarse sola a la ira de su hermano. Si le molestaba tanto que alguien como yo quisiera besarla, entonces que lo hablara conmigo.

¿Pero de qué vas, tío?

No era como si fuera a hacerle daño o a utilizarla. No es que no pudiera cuidar de ella.

Lo único malo de mi pasado era cómo Kelly intentó pintarme como un capullo mujeriego, pero aquello no caló y ella misma lo confesó cuando la demandé por calumnias.

El niño miraba a su madre y a su tío discutir, y odiaba que tuviera que presenciar un momento tan disfuncional.

—El tío Jack está de mal humor —comentó.

—Eso, ejem, eso parece —respondí.

Se giró hacia mí y, mirándome con curiosidad, ladeó la cabeza. —Estabas besando a mi mami como un marido besa a su mujer.

Arqueé las cejas. —¿Ah, sí?

Él asintió. —Becca es mi otra niñera, y cuando viene a las cosas de la familia con su marido, se besan así. Es un asco.

Solté una risita.

Él sonrió despacio, pero empezó como una mueca burlona.

Entorné los ojos, sintiendo un extraño chispazo de reconocimiento. Como si hubiera visto aquel gesto muchísimas veces en fotos y vídeos míos. *Yo* tenía la costumbre de sonreír así cuando algo me intrigaba o me divertía.

—¿Eres el novio de mi mami?

Ojalá lo fuera. De verdad.

—No creo que tu mami tenga tiempo para salir con nadie ahora mismo —le contesté.

—No. No tiene. —Frunció el ceño y volvió a mirar cómo discutía con Jack—. Nunca ha tenido novio.

Excepto tu padre, en la universidad.

—Si le pidieras salir, ¿acabarías siendo mi papá?

Joder, no se guardaba nada de lo que se le pasaba por la cabeza.

—¿Tu papá?

Asintió. —No tengo ninguno.

Y sin embargo, podrías pasar por una versión mini de mí. Tragué saliva con dificultad, resistiéndome a la pregunta que me rondaba la mente.

—Mami dice que mi papá nunca estuvo cerca.

Vale, ese podría ser yo.

O su novio perdedor de la universidad antes de que ella dejara los estudios.

No podía soltarle una pregunta así al niño sin más. Además, si Rory fuera mío, ella me lo habría dicho. Eso no es algo que se oculte y se ignore.

—Si salieras con mi mami y pudieras ser mi papá, ¿me dejarías comer más caramelos después de cenar?

Me reí. —¿No se te picarían los dientes?

Suspiró. —Eso es lo que dice mami. —Frunció el entrecejo—. ¿Me dejarías ver las noticias?

—Ehh. Probablemente... ¿no?

Hizo un puchero. —¿Me dejarías jugar con mi pelota de baloncesto dentro de casa?

Sonreí. —Te dejaría jugar todo lo que quisieras donde fuera seguro hacerlo. ¿Te gusta el baloncesto?

Asintió, aferrándose a su amor incipiente por el deporte.

Jack alzó un poco más la voz y Rory frunció el ceño.

—Oye, ¿quieres salir un momento conmigo y ver la nieve que ha caído del tejado?

Abrió mucho los ojos. —¿Como una avalancha?

Mierda. Recordé demasiado tarde que Avery había dicho que el niño tenía fobia a los desastres naturales. —No. No. Unos hombres subieron al tejado para revisar unas partes para arreglarlas. La quitaron con palas con cuidado.

Sonrió y se dirigió a la puerta. Me detuve a coger mi abrigo y lo saqué al largo patio. Em podía vernos a través de las ventanas, y no nos alejamos mucho.

Rory estaba maravillado con los grandes montones de nieve.

Le señalé los montones, luego cogí un puñado pequeño para dar forma a la primera bola de un muñeco de nieve en miniatura. Él se unió a mí, haciendo su propio personajillo, hablando de que a los muñecos de nieve siempre hay que ponerles nombre.

Hicimos toda una hilera, colocándolos en el borde de la chimenea exterior que estaba apagada. Solo había querido evitarle al niño ver a su madre y a su tío pelear, pero no me había dado cuenta de lo gratificante que era simplemente hablar con él, escucharlo. Era un buen chico de verdad. Curioso, pero educado.

Me preguntó cómo éramos Emmaline, Jack y yo cuando éramos más jóvenes, si hacíamos muñecos de nieve entonces.

—Oh, sí. Hacíamos muñecos de nieve, fuertes de nieve, pistas de obstáculos en la nieve.

Sonrió y preguntó más sobre todo aquello. No le corregí con el hecho de que, en realidad, yo solo jugaba con Jack, y no con Emmaline también. Ella nos seguía a veces, pero existía esa extraña distancia que Jack se empeñaba en mantener.

—Lo mejor de cada invierno era cuando intentábamos saltar una colina cerca de la casa del viejo Crawford. Comparábamos los trineos y los toboganes.

—¿Y los flotadores de nieve? —preguntó.

—Esos también. Si era plano y podía contar como trineo de cualquier tipo, alguien lo intentaba. Una vez, un par de chicos intentaron usar el capó de un coche viejo. Hicieron falta cuatro personas para llevarlo hasta allí.

—¿Funcionó?

Negué con la cabeza. —No, era demasiado ancho para pasar entre un par de árboles en el camino de la colina más grande para llegar a la rampa cerca de la casa del señor Crawford.

—A mi mami le encanta ir en trineo.

Sonreí, imaginándonos haciendo eso en una cita. En mi mente, era la fantasía de una cita real, sin Xavier ni las cámaras delante. Rory también podría estar allí.

Te estás volviendo a adelantar a los acontecimientos, tío.

—¿Tú tienes un papá?

Me detuve en seco mientras hacía la cabeza de otro mini muñeco de nieve. Desde luego, me había salido por donde no me esperaba con esa pregunta.

—Lo tengo.

—¿Es divertido tener un papá?

Solté un hondo suspiro, odiando que no tuviera un padre en su vida. Esa punzada de curiosidad sobre si *yo* podría ser su padre me carcomía, pero lo dudaba. Emmaline me lo habría dicho. Eso era algo demasiado importante como para ocultarlo.

—Puede serlo —admití—. Mi padre y yo no tenemos la mejor de las relaciones.

—¿Por qué? —preguntó—. Yo quiero a mi mami. Si pudiera conocer a mi papá, también le querría.

Buen chico.

—Yo le quiero —dije rápidamente—, pero también es complicado, porque antes trabajaba para él. Era un jefe muy exigente y estricto.

—Oh... —Frunció el ceño y pareció reflexionar sobre ello.

Poco después, y antes de que Rory pudiera preguntarme nada más, Jack salió y se metió las manos en los bolsillos. —Rory, puedes entrar. Ahora mismo voy para llevarte a casa de Becca.

Rory asintió y levantó la mano para chocar el puño conmigo. —Adiós, señor Sujetavelas.

Me reí y me despedí de él también. Me sacudí la nieve de las mangas mientras Jack se acercaba. Seguía pareciendo enfadado, pero más contenido, como si estuviera midiendo cuánto dejaba que su ira le controlara.

—Te voy a avisar por última vez, Liam. Aléjate de mi hermana.

Bajé las manos y lo miré fijamente, intentando comprender por qué se ponía tan combativo conmigo. Me dolía. Y me cabreaba. Como ya me costaba bastante permitirme imaginar un futuro real con Emmaline, me fastidiaba que él lo viera con malos ojos.

No era el momento de discutir con él ni de reclamar nada por el estilo. Emmaline ya tenía suficiente encima. Tenía demasiadas responsabilidades y yo no quería meterle ninguna idea en la cabeza a Jack para que viera cualquier cosa entre ella y yo como un problema. No quería agobiarla con la actitud de él, por muy fuera de lugar que estuviera.

—Solo era por las relaciones públicas, Jack.

Era mentira. En cuanto lo dije, sentí el peso de la falsedad en mi conciencia. Ya no era solo para las cámaras.

Me estudió durante otro largo segundo antes de marcharse sin decir una palabra más. Sin dar ninguna razón ni explicar su firme postura en contra de que yo estuviera con su hermana.

No era a él a quien le correspondía decidir.

Si Emmaline y yo queríamos estar juntos, eso dependía de nosotros y de nadie más.

Al verlo irse, solté un profundo suspiro. Mi aliento se empañó en el aire, pero el frío en mi cara ayudó a calmarme y a relajarme más.

Había empezado como algo puramente publicitario.

Habíamos empezado esto con el fin de crear material para promocionar el complejo.

Solo durante un largo momento, reflexioné sobre cuánto habían cambiado las cosas desde la propuesta inicial de Xavier de que Emmaline y yo protagonizáramos los vídeos.

Ya no es solo por publicidad.

Me sentía demasiado atraído por ella como para que esto fuera algo simple y desechable.

Y no estaba seguro de hacia dónde se cruzarían nuestros caminos y nos llevarían a continuación.

EMMALINE

Por primera vez en años, el Francino's estaba más tranquilo de lo habitual.

Greg y yo disfrutamos del ritmo más pausado al emplatar la comida, y me consoló el hecho de que esta noche, menos frenética de lo normal, no fuera una señal preocupante de que el restaurante estuviera en declive.

—Es raro —dijo Whitney mientras pasaba unos minutos en la parte de atrás, clasificando cubiertos en los contenedores. Era una tarea que a todo el personal de sala le horrorizaba ayudar a hacer. Normalmente la evitaban, pero ellos también tenían tiempo muerto.

Les había dicho a la mitad de los camareros que se marcharan a casa antes de que empezara a nevar para que no se quedaran atrapados aquí.

—No recuerdo el último turno en el que *solo* tuviéramos a los huéspedes del complejo cenando aquí, en vez de los clientes normales que vienen y se van —dijo ella.

—Yo tampoco —asintió Penny mientras empezaba a clasificar utensilios a su lado en esa estación.

—Han dicho que va a ser una buena —respondí, comentando la tormenta de nieve que probablemente tenía a toda la zona

resguardada por la noche. Por eso no me preocupaba que la noche fuera floja ni que las únicas personas que comieran en el Francino's fueran los huéspedes del hotel del complejo.

—¿Cómo de grande? —preguntó Greg, acercándose con otra carga de cubiertos limpios para que ellas los clasificaran. Vació la bandeja y arqueó las cejas con picardía—. ¿La más grande que hayas visto jamás?

Cuando hizo un pequeño contoneo, enrollé una servilleta y se la tiré. —No tienes remedio —bromeé mientras Whitney y Penny se reían de él.

—También tengo esperanza —argumentó él juguetón, siguiéndome de vuelta hacia las parrillas. Solo habíamos mantenido una línea abierta durante la noche y habíamos limpiado a fondo la otra.

—¿Esperanza de qué? —preguntó mientras limpiaba de nuevo la superficie de acero inoxidable—. ¿De que este gran evento de mañana por la noche salga bien?

Él me restó importancia con un gesto de la mano. —Oh, no hay que tener esperanza para eso. *Saldrá* bien.

Hice una mueca. —Ha pasado tiempo desde la última vez que un grupo reservó todo el restaurante.

Se apoyó contra el mostrador y se cruzó de brazos sobre el pecho. —Oye, si tus vídeos con Liam funcionan tan bien que este lugar empieza a rebosar de clientes, quizá amplíen para tener un local de eventos de verdad.

Me encogí de hombros. —¿Y qué, ofrecer servicios de catering?

—¿Por qué no? —Se frotó las yemas de los dedos con el pulgar—. Quizá eso signifique subidas y mejores sueldos.

No quería hacerme ilusiones. —Sería diferente incluir un posible catering para eventos en un espacio aquí. Pero solo si tenemos más

personal. —Me aterraba la idea de intentar dirigir la cocina *y* preparar grandes fiestas fuera de los salones de aquí.

—Obviamente —estuvo de acuerdo—. Pero me refería a que tengo la esperanza de poder llegar a casa.

—Tienes el coche adecuado para ello —dije, sabiendo que hoy había traído el vehículo de tracción a las cuatro ruedas de su novio en previsión de la nieve.

—¿Quieres que espere a que termines y te lleve a casa también? —preguntó.

Hice una mueca de dolor. —No. Todavía tengo más cosas que comprobar para mañana por la noche. Además, te pilla fatal llevarme a casa.

—No me importa. Lo que sea más seguro, jefa.

Sonreí, muy contenta de tenerlo como mejor amigo. —Qué va. Seguro que me las apaño.

—Ya han dicho que habrá emergencia por nieve en una hora o así —dijo Penny, escuchándonos.

—Entonces deberíais marcharos todos ya. No puedo dejar tantas cosas para mañana. Ya será bastante estresante de por sí.

—¿Y tú qué? —preguntó Whitney.

Me encogí de hombros. —No lo sé. No es que tenga que ir muy lejos. Estaré bien.

—Llámame cuando estés en casa para que sepa que estás a salvo —me dijo Greg mientras se ponía el abrigo, junto con los otros pocos que quedaban al final del turno.

—Lo haré —le dije.

Después de que se fueran, seguí trabajando y preparándome para la noche siguiente. El inventario era lo que más tiempo consumía, y me

alegró ver que teníamos suficiente de lo que usaríamos para la mayor parte de la gran reserva.

Mantuve la radio encendida mientras trabajaba y me estremecí al ver lo rápido que empeoraba la tormenta.

Pierce me encontró en la cocina justo cuando estaba a punto de dejarlo por esa noche.

—Vaya, vaya, vaya… Mire quién se ha quedado hasta las tantas.

Puse los ojos en blanco. Si no tuviera siempre ese tono de voz baboso cuando me hablaba, y si no intentara siempre invadir mi espacio personal, quizá no le habría cogido una aversión tan instantánea y constante.

—Aún no es medianoche —le dije.

—Pero lo será pronto. —Sacudió la cabeza y se detuvo ante el último informe de mi móvil, que tenía sintonizado el canal del tiempo—. Y parece que ahora se quedará atrapada aquí toda la noche.

Suspiré, odiando que tuviera razón. La tormenta de nieve se intensificó justo después de que les dijera a los demás que se fueran a casa. No había forma de que mi cochecito lo lograra con las condiciones de ventisca que había ahí fuera. Y yo no era tan temeraria como para intentarlo.

Becca —y Avery, ya que se había ido a casa de Becca para quedarse allí con Rory después de marcharse mucho antes— ya me habían estado enviando mensajes de texto preguntándome si tendría que quedarme en Maple Ville hasta que despejaran las calles.

—Supongo que puedo quedarme en una de las antiguas habitaciones del personal. —No eran gran cosa, pero yo no era difícil de complacer. Podría ducharme y tener una cama pequeña donde descansar. No tenía ropa de repuesto, pero me apañaría y me pondría lo mismo de nuevo.

—Y supongo que eso significa que no tendrá ninguna excusa para rechazarme *a mí*. —Se acercó hacia mí con una mirada decidida en sus ojos.

—No. Váyase a la *mierda*, Pierce. No me interesa.

—Eso es lo que usted dice —dijo, arrinconándome.

Lo esquivé, debatiendo si tendría que coger una maldita sartén y darle un golpe con ella.

—Y debería escucharme. No me interesa.

—Solo se hace la difícil. —Se lanzó hacia delante más rápido de lo que creía que podía moverse. Sus dedos se engancharon en mi holgada chaqueta de chef y me atrajo hacia él.

—¡Basta, Pierce! ¡Suélteme! —Le pisé el pie, lista para darle también un rodillazo en las pelotas. Esto era absurdo. Se estaba pasando de la raya y empecé a temer que fuera más grande y fuerte que yo y consiguiera lo que quería.

—No quiere que pare, ¿verdad? Quiere hacerse la difícil y provocarme para que todo sea un gran juego.

Lo empujé hacia atrás con ambas manos en su pecho, empujándolo hasta que retrocedió tambaleándose. —He dicho que no. No me interesa. Déjeme en paz.

—Ni hablar. Solo me está dando largas y diciendo cosas que no siente. —Se lanzó de nuevo a por mí.

—¡No! ¡He dicho que *no*!

Lo empujé y me giré para rodear otra isla de preparación. Pero no llegué lejos. Alguien más estaba allí, dándome un susto. Pero solo era Liam. Se adelantó a toda prisa, pasando de largo junto a mí, y detuvo a Pierce en seco.

—Ha dicho que no —gruñó Liam.

—En realidad no lo dice en serio —dijo Pierce con una risa siniestra —. Yo la vi primero. Antes de que tú llegaras siquiera. Quítate de mi camino.

—No. —Liam le dio un empujón.

Cuando Pierce evitó caer contra otro mostrador, gruñó. Recuperó el equilibrio y arremetió contra Liam. Todo sucedió tan rápido que contuve el aliento y dudé de lo que veían mis ojos.

Los golpes secos de carne contra carne sonaron con fuerza en la cocina vacía y silenciosa. Todo terminó tan pronto como había empezado. Pierce lanzó su puño contra Liam, y Liam le dio de lleno en la barbilla.

Ahogué un grito, de pie detrás de Liam mientras Pierce salía despedido contra el mostrador. Se apoyó sobre él, gimiendo y llevándose la mano a la cara.

—No. Significa. No. —Liam se ajustó los puños de la camisa y exhaló con fuerza—. La próxima vez que una mujer lo diga, escúchala, joder.

Pierce se giró lentamente para enfrentarse a él, con el pecho agitado por respiraciones fatigosas mientras echaba humo. —Hijo de puta...

—Estás despedido. —Liam hizo un gesto con la mano como si fuera una mosca a la que espantar—. Con efecto inmediato.

Me quedé boquiabierta.

Pierce se enderezó, sujetándose la mandíbula. —No puedes...

—Puedo. Y lo he hecho. Lárgate de mi vista de una puta vez.

Pierce maldijo, lanzándome una mirada furiosa mientras se daba la vuelta y se marchaba.

Me quedé mirando la espalda de Liam mientras sacaba el móvil del bolsillo. —¿Danny? Sí, soy yo. Necesito que busques a Kev y le ayudes a ocuparse de Pierce. Está despedido.

Hubo un momento de silencio.

—Me importa un bledo si caen dos metros de nieve. Sácalo de la propiedad. Mételo en un camión quitanieves cuando pase, por lo que a mí respecta.

Terminó la llamada y dejó escapar un suspiro tan profundo que sus hombros subieron y bajaron. —¿Te ha hecho daño?

—No. Se estaba poniendo pesado y...

Cuando Liam se giró para mirarme, vi que él no podía decir lo mismo. —Ay, joder.

Él frunció el ceño.

—Ay. —Fui hacia él, mirando con preocupación la piel hinchada de su mandíbula—. No perderé el tiempo preguntando si él *te* ha hecho daño a ti.

—Solo un golpe de suerte. Apenas ha escocido.

—Tienes un pequeño corte ahí —dije, levantando los dedos para girar su cabeza y poder ver mejor.

—Estará bien.

Sonreí con ironía. —Esa es *mi* frase. —Cogiéndole de la mano, lo guié hacia el botiquín de primeros auxilios—. En esta cocina, yo soy la que dice a todo el mundo que está bien. —Le insté a sentarse en un taburete mientras mojaba un trapo en el fregadero—. Como Lewis. Todos los malditos días se lesiona.

—Em. —Me cogió la mano libre y la apretó—. Estoy bien.

—Lo sé. Pero aun así puedo ayudar.

No me soltó la mano mientras yo permanecía de pie entre sus piernas.

—Ya que tú apareciste de la nada y me ayudaste a *mí*.

—¿Te ha asustado? —preguntó, amable y paciente.

—Me ha cabreado —respondí, dándole toques con el trapo en su pequeño corte—. Así que... gracias. —Tragué saliva con fuerza, aturdida porque todo hubiera sucedido así. Al darme cuenta de lo loco que había sido el día —primero esa pelea con Jack y luego tener que aguantar a Pierce—, me sentí instantáneamente más agotada por todos los problemas que había tenido que soportar.

—Estará bien —dije de nuevo, preguntándome cuándo mi vida parecería estarlo de verdad.

30

LIAM

—Em.

Me miró mientras ponía el trapo bajo el chorro de agua fría.

—¿Estás bien?

Soltó otro suspiro pesado que indicaba que no lo estaba. —Es que estoy en shock.

—¿Por qué?

—¡Porque le has dado un puñetazo!

Fruncí el ceño.

—Porque le has soltado un golpe así, sin más. No era necesario.

Negué con la cabeza, alejándome de su alcance para volver a presionarme la herida con el trapo. —No estoy de acuerdo.

—Te agradezco que intervinieras. Podría haberme escabullido y se lo habría contado a Kev lo antes posible. Pero odio ser la razón por la que alguien pierda su trabajo, aunque sea un asco de persona y se lo merezca.

Esbocé una pequeña sonrisa. —Tienes un corazón que no te cabe en el pecho, ¿lo sabías?

Hizo una mueca. —Es mi peor defecto —se quejó.

Solté una risa leve. —Es lo que te hace tan dulce —rebatí—. No me gusta que nadie intente tratarte mal.

Volvió a acercarme el trapo fresco a la mandíbula.

—Y eso incluye a Jack.

Al encontrarse con mi mirada, pareció buscar alguna pista de lo que quería decir. Pero luego bajó la barbilla y negó con la cabeza. —Él no es...

—No me pongas excusas por él, Emmaline. No tiene derecho a ser tan maleducado contigo ni tan prepotente.

—Lo sé. No lo tiene.

Contento de tener esta oportunidad de hablar de verdad con ella, volví a cogerle la mano y la insté a sentarse en mi muslo. Ella siguió presionando suavemente el trapo frío contra mi mandíbula.

—Por lo enfadado que estaba, me dio la impresión de que parece tener algún problema contigo. ¿Qué está pasando?

—Él es... —Frunció el ceño—. Le cuesta lidiar con su orgullo. Y es excesivamente sensible cuando alguien lo desafía.

—¿En qué sentido?

—Mira lo nuestro, por ejemplo. Siempre ha intentado evitar que llegara a verte como un amigo. Siempre tenía que haber esa distancia entre nosotros. Antes pensaba que le preocupaba *perderte* por mi culpa. O que él dejaría de ser tan importante o algo así.

—Yo también solía pensar eso —admití—. Cuando éramos más jóvenes. Pero ahora todos somos adultos. Y Jack y yo ya no estamos tan unidos ni en contacto como cuando éramos niños.

Asintió despacio. —Quizá vea la sola idea de que estemos juntos como una amenaza para su propia relevancia. —Se encogió de

hombros y frunció el ceño—. Suena muy tonto dicho en voz alta, pero así es como yo lo interpreto. Porque él *es* egoísta. —Me sostuvo la mirada con terquedad, mientras volvía a mojar y enfriar la punta del trapo para presionarla donde Pierce me había dado ese golpe de suerte—. Lo digo de forma objetiva, subjetiva y de todas las maneras posibles. Mi hermano es un egoísta. Así que, si siente que su amistad contigo corre peligro por mi culpa, es solo otra faceta de su egoísmo.

—Déjame adivinar. ¿Lo consideras un egoísta porque vuestros padres le dieron el dinero que era para que tú hicieras ese programa de cocina?

Asintió y se mordió el labio. —Por eso. Entre otras cosas. Su actitud tampoco ayuda.

Nos quedamos allí en la cocina durante media hora. Yo permanecí en el taburete y apoyé la espalda contra la pared mientras ella seguía sentada en mi muslo.

Me contó que él era demasiado soñador y que veía el mundo con anteojeras, como si sus objetivos fueran lo único importante.

Me sentí identificado y le hablé de que mi padre era demasiado soñador, pero de una forma negativa. En lugar de pensar a lo grande y apuntar a las estrellas, dejó que los miedos y las pesadillas por los daños causados por las acciones de mi abuelo rigieran su motivación y sus expectativas sobre mí.

Empezó a explicarme lo diferente que podría haber sido su vida si no hubiera dejado que Jack influyera en ella y la hiciera sentir culpable.

Le confesé que me preguntaba si alguna vez encontraría el momento adecuado para cambiar la trayectoria de mi vida, teniendo en cuenta que trabajar era lo único que me había permitido hacer.

Fue como un déjà vu. Casi como cuando coincidimos en el bar hace cinco años y nos lamentamos de que nuestras vidas estuvieran cambiando por circunstancias ajenas a nuestro control, hablamos de

cómo habíamos llegado a donde estábamos ahora y deseamos que pudiera haber sido de otra manera.

Ambos habíamos caído desde el lugar donde pensábamos que estaríamos.

Mientras la acompañaba hacia las pequeñas habitaciones donde el personal podía quedarse en caso de emergencias nocturnas, como tormentas de nieve, ninguno de los dos podía dejar de hablar.

—Pensaba que a estas alturas estaría casada y tendría mi propio restaurante —admitió.

—Yo pensaba que ya habría podido encontrar a un director ejecutivo que me sustituyera para poder reducir mi jornada laboral —dije.

—Llevo tanto tiempo ahorrando para comprarme una casa, y parece que nunca va a ocurrir. —Frunció el ceño ante la confesión.

—He estado posponiendo buscar a alguien con quien empezar el resto de mi vida porque no puedo confiar en nadie.

El camino desde el restaurante hasta las habitaciones del personal no era largo. Gracias a nuestra conversación fluida y abierta mientras caminábamos, el tiempo pareció pasar más despacio. Esperé con ella mientras recogía la llave del cansado empleado de recepción, que estaba lidiando con las preocupaciones por la tormenta de nieve y demás.

Kev me saludó con la cabeza mientras ayudaba al joven, ambos haciendo exactamente lo que debían hacer. Al parecer, Emmaline era la única empleada que necesitaba quedarse en una de esas habitaciones. El resto del personal se había marchado antes de lo peor de la tormenta y llevaba la mayor parte de la noche a salvo en sus casas.

—¿Se preocupará Rory por ti? —le pregunté cuando llegamos al pasillo de las habitaciones.

—No. Ya está dormido. Y les he estado enviando mensajes a Becca y a Avery toda la noche sobre la posibilidad de que me quedara aquí atrapada por la nieve.

Asentí, manteniendo las manos en los bolsillos para no intentar coger las suyas. Me moría de ganas de tocarla. Siempre. Pero esta intimidad de simplemente hablar era demasiado especial como para empañarla con deseo.

Así, *éramos* amigos. Había necesitado a una amiga como ella durante más tiempo del que me atrevía a admitir.

—Menos mal. Porque con lo que le preocupan los desastres naturales y todo eso... —Me encogí de hombros—. No me gustaría que se preocupara por ti.

Me miró con una sonrisa tonta. —¿Cómo sabías que le tiene miedo a los desastres naturales?

—Me lo contó Avery. —Le hablé rápidamente de aquel incidente en el que observé a Rory en el vestíbulo durante unos minutos.

Ella me explicó que un reportaje en las noticias sobre una avalancha le hizo empezar a investigar y a temer todo tipo de catástrofes naturales. Al oír eso, comprendí su pregunta sobre si le dejaría ver las noticias si yo saliera con Em y fuera su «papi».

—Y gracias por eso también, por cierto. —Se detuvo ante su puerta y me miró—. Antes, cuando Jack estaba discutiendo conmigo y te lo llevaste fuera. Odio que vea a los adultos peleando o discutiendo. Me alegro de que lo distrajeses unos momentos.

—No fue nada. Es un niño estupendo.

Sonrió, pero enseguida bajó la mirada para acercar la tarjeta al panel y abrir su habitación.

En ese preciso instante, las luces del pasillo parpadearon.

Ella frunció el ceño, apoyando su tarjeta en el panel.

Una vez.

Dos veces.

Otra vez.

No se encendió ninguna luz en la caja rectangular.

—Tal vez la electricidad esté fallando y las cerraduras no funcionen —dijo.

—Eso parece.

Me miró y se mordió el labio. —Supongo que puedo preguntarle a Kev si puedo quedarme en una habitación en otra ala del hotel.

—O... —Me lamí los labios, mirándola fijamente y ahogándome en la profundidad de sus cálidos ojos marrones. El corazón me latía a mil por hora mientras me debatía si preguntarle lo que llevaba queriendo decir desde que la vi en la cocina.

—¿O qué? —preguntó.

—O... ¿podría ofrecerte que vengas a pasar la noche a mi suite conmigo?

Ahora que lo había dicho, las palabras flotaban entre nosotros. Estaban en el aire, pronunciadas, ya no atrapadas en mi cabeza como una idea prohibida.

—¿Quieres que vaya a tu habitación? —preguntó, arqueando las cejas como si dudara de haber oído bien.

—Claro. —Me encogí de hombros, como si *eso* fuera a hacerlo más casual. La forma en que me miraba, con ese atisbo de sonrisa y un rastro de picardía en los ojos, me indicó que esta era otra forma de caminar sobre hielo fino.

Estaba buscando problemas al invitarla a mi habitación.

Ambos lo sabíamos.

Pero también podía ser un gesto amable sin expectativas. Nunca me aprovecharía de ella ni la obligaría a nada.

—Ya que no puedes entrar en la tuya. Y estás atrapada aquí por la nieve. —Me encogí de hombros de nuevo y me maldije por ello. Se estaba convirtiendo en un delator de lo nervioso que estaba.

—Tengo una suite en la que me estoy quedando desde que llegué.

—Ya veo. —Se mordió el labio.

—Y tengo una segunda habitación, una zona de invitados. —Me aclaré la garganta, sabiendo que ambos estaríamos tentados de ignorar que no estábamos limitados a una sola cama.

—¿Estás seguro? —preguntó—. Quiero decir, ¿no es una mala idea?

Solté un suspiro profundo, sin querer responder a eso. *Sabía* que estaba mal quererla en mi habitación. Era un enfoque directo para desafiar toda esta supuesta parte sin sentido de lo que estábamos viviendo.

—¿No sería una mala idea que alguien supiera que he ido contigo esta noche? —Se colocó el pelo tras la oreja y sonrió con tristeza—. Después de todo lo que decías sobre sentir que tienes que demostrarle a tu padre que eres un hombre de negocios respetable y que no eres como tu abuelo... —Hizo una mueca—. No me gustaría que tu gesto amable de ofrecerme un lugar donde pasar la noche se malinterpretara como algo que él habría hecho.

Sonreí, tranquilo ante sus palabras. Era demasiado buena, demasiado dulce para estar tan preocupada por cómo podría verse aquello. Se preocupaba por cualquier repercusión negativa sobre mí, y eso me convenció de que no sería capaz de hacerme daño ni de engañarme.

—Estoy dispuesto a arriesgarme —le dije con sinceridad.

Sonrió, asintiendo una vez. —Bueno, si tú te atreves, yo también. Gracias por tu ofrecimiento.

Nos dimos la vuelta juntos y volvimos por el pasillo, esta vez para subir a mi planta.

Para estar verdaderamente solos durante toda una noche. Exactamente como aquella última vez hacía cinco años, cuando aprendimos la poca resistencia que realmente teníamos el uno ante el otro.

EMMALINE

Durante todo el camino hasta la suite de Liam, no dejé de dudar de mi decisión.

Su oferta de que me quedara en su habitación no tenía por qué significar nada. Me había quedado atrapada aquí de forma inesperada. Me había quedado fuera de la sala del personal por culpa del apagón. Y necesitaba algún sitio a donde ir.

Claro, podría haber vuelto a la recepción para pedirle a Kev otra habitación en el otro lado del complejo, pero ya estaba bastante estresado y ocupado. Con el despido repentino de Pierce por parte de Liam —algo de lo que todavía no me había recuperado—, Kev y el empleado de recepción andaban aún más cortos de personal para una noche de tormenta, cuando los huéspedes bien podrían estar llamando para pedir ayuda o con preguntas y preocupaciones.

Tenía más sentido usar simplemente la habitación de invitados de la suite de Liam.

Pero mientras caminábamos en silencio y luego subíamos las escaleras hasta su planta, sentía que ambos estábamos jugando con fuego y lo sabíamos.

Él no había planeado esto.

Yo tampoco.

Sin embargo, estábamos aquí, en este momento, y la tensión sexual entre nosotros no hacía más que aumentar. El aire estaba cargado de deseo. Si lo miraba de reojo y lo sorprendía observándome, la cálida punzada de la lujuria se reavivaba. Cuando lo rozaba al entrar en su habitación, él contenía el aliento como si fuera una tortura desear más contacto.

Este trayecto demasiado silencioso hacia su habitación me carcomía los nervios y acababa con mi paciencia. Inquieta y anhelándolo ante la perspectiva de estar *realmente* a solas con él, no podía evitar sentirme muy nerviosa. Emocionada, también. Pero tan…

—¿Te apetece darte una ducha?

Di un respingo al oír su voz, sobresaltada y dejando en evidencia lo inquieta que estaba.

Su suite era grande, pero me gustaba que fuera un poco desordenada y que no lo tuviera todo guardado y recogido. Parecía más acogedora, aunque no descuidada. Demostraba que no era una persona tan rica como para necesitar que las limpiadoras estuvieran a su entera disposición.

Ver un pequeño montón de ropa sucia en el suelo lo hacía, de algún modo, más humano.

—Eh... no —negué con la cabeza—. Ve tú primero.

Él frunció el ceño. —¿No dijiste ayer que siempre deseabas ducharte después de una noche larga y calurosa en la cocina?

Lo había dicho. Como habíamos cogido la costumbre de enviarnos mensajes de buenas noches y buenos días a diario, le había escrito que me gustaba llegar a casa y ducharme después de mis turnos. Él me había preguntado si lamentaba que Rory estuviera dormido cuando yo llegaba. Le dije que sí y que no, porque eso significaba que podía tener tiempo sin interrupciones para ducharme y quitarme la suciedad del trabajo.

—Ve tú —sonreí lo mejor que pude y me senté en una silla en la zona de estar.

Me observó un segundo, como si se debatiera si decir algo más. —Vale. Eh, ponte cómoda. —Señaló otra puerta—. Ahí está la habitación de invitados.

Asentí y lo vi darse la vuelta y desaparecer en el baño.

En cuanto estuve sola, hice una mueca y me oculté el rostro entre las manos.

¿Cómo era posible que hoy mismo hubiera tenido que defender el hecho de pasar tiempo con Liam cuando Jack nos vio besándonos, y ahora estuviera en la suite del hombre?

Era íntimo. Era arriesgado. Me estaba trastornando la cabeza.

Saqué el móvil y le escribí a Greg, recordando que me había olvidado de ponerlo al día. Por otra parte, en realidad no me había *ido* y el final de mi turno había sido una locura.

Em: **Me he quedado bloqueada por la nieve y voy a pasar la noche en el complejo.**

Debía de estar esperándome porque respondió de inmediato.

Greg: **Me lo imaginaba. ¿Te vas a quedar en las cutres y frías habitaciones del personal?**

Añadió un GIF de alguien congelándose.

Em: **Esa era la idea.**

Em: **Pero la electricidad ha fallado y el panel de la cerradura no funcionaba.**

Greg: **Entonces… ¿dónde estás ahora?**

Greg: **Espera.**

Greg: **No fastidies.**

Greg: **NO ME LO PUEDO CREERRRRR**

Greg: **Estás con Liam, ¿a que sí?**

No tuve oportunidad de responderle con un mensaje. Me llamó.

En cuanto acepté la videollamada, apareció en pantalla y entrecerró los ojos mirando lo que había detrás de mí. Se quedó boquiabierto y abrió mucho los ojos. —¡Lo estás! ¡Estás en la suite presidencial!

Le hice callar. El agua seguía corriendo y no estaba segura de si Liam podía oírnos, pero no quería arriesgarme. —¿Cómo sabes *tú* qué aspecto tiene la suite presidencial?

Se encogió de hombros y me dedicó una sonrisa pícara. —Me muevo mucho.

Puse los ojos en blanco. —Vas de un novio formal a otro. Tú no te *mueves mucho*.

—Bueno, una vez ayudé a traer el servicio de habitaciones aquí —se encogió de hombros—. ¡Em! ¡Ma! ¡Line! ¿Vas a pasar la noche con él?

—No se lo digas a nadie.

Él ya estaba haciendo el gesto de cerrarse la boca con una cremallera. —No lo haré.

—Se ofreció porque me había quedado atrapada y todo eso, pero oye, esa no es ni de lejos la noticia más jugosa que puedo contarte esta noche.

Él sonrió con malicia. —Bueno, la noche es joven...

—¡Chis! —Miré hacia el baño y supe que no tenía mucho tiempo para hablar con él—. Está en la ducha y no sé si debería estar contándote esto o no.

—¿Que está en la ducha? —Se rió—. No, no debería ser de dominio público que estás en su suite y que él está desnudo y mojado en la

ducha.

Puse cara seria. —¡Calla! También ha despedido a Pierce esta noche. Por eso he tardado tanto en escribirte. Ni siquiera me he ido después de mi turno y demás. Y entonces pasó eso.

Dio unas palmadas silenciosas. —Ya era hora. ¿Qué ha pasado?

Le conté que Pierce me había acorralado y que Liam había venido para hacer que se alejara.

—¿Le ha soltado un *puñetazo*? —Greg se quedó con la boca abierta.

—No se lo digas a…—

De nuevo, hizo el gesto de la cremallera en los labios.

Charlamos un poco más, pero su novio lo llamó para que volviera a ver su serie. Corté la llamada después de que me diera el consejo de despedida de que me olvidara del resto del mundo por una noche y me divirtiera. Luego me chincho para que fuera a por lo que quería y viviera el momento con imprudencia por una vez.

—Eh, ya lo *he* hecho. Con él. ¿Te acuerdas? —Viví el momento de forma imprudente hace cinco años, casi por estas fechas, aquel San Valentín en el que Liam y yo nos vimos en aquel bar.

Antes de perder la oportunidad de hablar con alguien sin que Liam estuviera delante, llamé a Becca para ver cómo estaba Rory.

Le conté que me quedaría aquí.

—Se ha quedado profundamente dormido —me contó—. Estaba entusiasmado por irse a dormir y saber que mañana habría nieve nueva con la que jugar.

Sonreí, adorando lo fan que era del invierno.

—También estuvo hablando de cómo hizo muñecos de nieve en el complejo antes —sonrió con dulzura—. Con tu jefe, Liam. Hicieron

mini muñecos de nieve y Liam le contaba cómo era el invierno cuando él era pequeño y jugaba con Jack.

Suspiré, conmovida porque Liam pudiera ser tan paciente con Rory. No tenía hijos en su vida, así que no era como si tuviera experiencia de primera mano con ellos. Sin embargo, tras ese pensamiento, me dolió el corazón al pensar que podía estar privando a Liam de conocer a su hijo.

No, es lo mejor.

Tiene que ser mejor así.

Durante la última semana o así, había mencionado muchas veces lo mucho que priorizaba su objetivo de hacer que su padre se sintiera orgulloso, de demostrar que era un hombre de negocios y un jefe fiable y libre de escándalos.

En ninguno de sus comentarios decía que deseara tener un hijo.

De hecho, hoy mismo, había dado a entender que no estaba seguro de cuándo querría tener hijos.

—He estado postergando lo de encontrar a alguien con quien empezar el resto de mi vida porque no puedo confiar en nadie.

Eso también me dolió.

Tenía problemas de confianza por culpa de su ex, y sentía que tuviera que sufrir así. Pero yo estaba haciendo lo mismo. Le estaba mintiendo al ocultarle a Rory, al ocultar el hecho de que Rory era su hijo. No había tenido la oportunidad de preguntarme directamente, con todas las letras, quién era el padre de Rory, pero yo no es que hubiera facilitado que llegara a esa pregunta.

Lo había estado evitando.

Terminada mi llamada con Becca, una vez más oculté el rostro entre las manos.

Parecía que hiciera lo que hiciera, estaba destinada a meter la pata.

Dos sonidos se produjeron casi al mismo tiempo, haciéndome levantar la cabeza de golpe.

El agua se detuvo, indicando que Liam había terminado de ducharse y que tendría que volver a enfrentarme a él.

Justo después de eso, alguien llamó a la puerta.

Ay, Dios mío.

Me puse en pie de un salto, mirando fijamente la puerta.

Había alguien.

Alguien podía entrar y ver que yo estaba en la habitación de Liam, que tenía a una empleada con él en su suite personal. Que él y yo—

Los golpes se repitieron. —Servicio de habitaciones —gritó una voz. No supe distinguir de quién se trataba, pero daba igual. ¡Cualquiera que trabajara aquí sabría quién era yo y que, definitivamente, no pintaba nada en la suite del nuevo dueño!

Con una mueca de pánico, recorrí la estancia con la mirada, buscando algún sitio donde esconderme.

Agacharme detrás del sofá era mi mejor opción, pero mientras me apresuraba en esa dirección, Liam salió del baño.

Llevaba una toalla blanca enrollada que le colgaba baja en la cintura, tentándome con la visión de su pecho desnudo y sus abdominales. Gotas de agua recorrían el plano de su tableta y los demás músculos de su cuerpo escultural.

Eso era todo lo que llevaba. Solo la toalla. Nada más.

Arqueó las cejas al verme mientras se pasaba la mano por el pelo mojado. Oscurecidos por la humedad, los mechones salpicaron gotas de sus dedos.

—Qué—

—Hay alguien en la puerta —susurré, rodeándolo y maldiciendo lo mucho que esa sola mirada a él recién salido de la ducha hacía que me doliera el sexo por él. Que se me hiciera la boca agua por él.

—Será el servicio de habitaciones, probablemente —supuso él mientras se dirigía a la puerta.

Lo empujé en esa dirección antes de retirarme a esconderme en el baño.

—He llamado para que te envíen algo de la tienda de regalos, ya que no tienes ropa para cambiarte.

Asentí, apresurándome a entrar y desaparecer. —Bien. Y gracias. Pero, eh... ¡espera a que esté fuera de la vista antes de abrir esa puerta!

Sin dejar que dijera nada más, me deslicé en el baño, todavía empañado, y me estremecí por lo cerca que había estado.

¿Qué ha pasado con eso de acordar que no querríamos que nadie supiera lo nuestro?

Me quité la ropa y me metí en la ducha, decidida a asearme y ver si eso me ayudaba a despejar la mente.

Bajo el agua caliente, sin embargo, me di cuenta de que ya me había dejado llevar por el impulso instantáneo de reconocer que, después de todo, existía un *nosotros*.

LIAM

Negué con la cabeza ante el miedo de Em a que nos atraparan o nos descubrieran. No es que no pudiera abrir la puerta y aceptar algo en mi nombre. No es que fuera ella la que estaba en toalla y con un aspecto inapropiado.

No le había dejado a ella la tarea de abrir la puerta con el propósito de incomodarla. Tal como yo lo veía, habría estado esperando a que ella usara el baño y se duchara primero mientras yo recibía la ropa que tuvieran en la tienda de regalos.

Pero por lo que escuchaba desde el baño, parecía que no se planteaba abrir la puerta en absoluto.

Cogí un albornoz y me lo anudé para cubrirme más que solo con la toalla. Cubierto y listo para recoger lo que tuvieran para Em, fui a abrir la puerta.

Esperaba a alguien del servicio de habitaciones o incluso a alguien de recepción, pero era Kev quien estaba en el pasillo.

Esbozó una sonrisa rápida, confirmando mi creencia de que carecía de habilidades sociales sólidas. El pobre hombre siempre parecía nervioso y ansioso, como si algo malo fuera a suceder.

—Hola, Kev. Gracias por esto.

Él asintió, moviendo la cabeza con rapidez, lo que por supuesto hizo que sus gafas se le resbalaran por la nariz. —Claro. Por supuesto, Sr. Weston —dijo, tendiéndome una bolsa de papel—. La tienda de regalos no tiene muchas existencias. Ni está actualizada. Ni...

—Lo sé —le interrumpí suavemente, con una sonrisa. Esa tienda de regalos era mediocre y aburrida. Había revisado lo bajas que eran las ventas. Debido a eso, estaba en los puestos bajos de la lista de prioridades, pero se renovaría en primavera, cuando toda la primera planta y el vestíbulo recibieran un lavado de cara importante.

—Pero he pedido a alguien que cogiera lo que hubiera. Espero que a Nina le parezca satisfactorio. —Sonrió rápidamente, con un gesto que resultó forzado.

—¿Nina? —Fruncí el ceño—. Ella no está... —Negué con la cabeza—. Nina tiene su propia habitación dos plantas más abajo.

—Oh. —Arrugó el entrecejo, como si no supiera si se suponía que debía saberlo ya o si tenía la información equivocada—. Cierto. Es verdad.

Me resistí a poner los ojos en blanco. Me fastidiaba que asumiera que necesitaba ropa para Nina. Ella no estaba en mi maldita habitación y nunca lo estaría. Pero para no dejar que Kev se preguntara o adivinara quién podía estar atrapada en mi habitación, no divulgué ni un solo detalle.

—Espero que lo que haya ahí dentro sirva. Le dije a la de la tienda que buscara cualquier prenda suelta que tuvieran en el perchero.

Asentí. —Gracias de nuevo, Kev.

Él volvió a asentir, casi como si le preocupara si debía hacer una reverencia e intentara ejecutar una. Mientras retrocedía y se despedía con la mano, empecé a cerrar la puerta.

No esperé a echar la llave antes de llevar la bolsa hacia el baño. El agua volvía a correr y pensé que era el momento perfecto para

llevarle a Emmaline algo que pudiera ponerse. Si le pedía a alguien del hotel que llevara su ropa de chef a la lavandería, se revelaría que estaba conmigo.

Me quité el albornoz, ya que era demasiado grueso y daba calor. Extrayendo el suave material de lo que habían traído, dejé caer la bolsa sobre la mesa.

Un retal de lencería satinada colgaba de mi dedo mientras lo elevaba.

—Pero qué... —susurré, arqueando las cejas ante el picardías. Diseñado en rojo y negro para San Valentín, las tiras cruzadas de encaje y tela translúcida no dejaban nada a la imaginación.

—Joder. —Negué con la cabeza y solté una risita. Si le ofrecía esto a Em, ella asumiría que le estaba haciendo una sugerencia muy clara. Que me gustaría que se pusiera esa pecaminosa prenda, y que solo le había pedido que se quedara en mi suite esta noche con el único propósito de quitársela.

No me importaría.

No me oponía a la idea de disfrutar de la noche con ella en mi cama.

Pero tendría que ser por iniciativa suya, su movimiento.

—¿Qué han traído? —preguntó desde el baño.

La puerta seguía entreabierta unos centímetros, dejando que los jirones de vapor salieran y se enroscaran en un lento ascenso hacia el techo.

—Bueno, no estoy seguro de que sea algo que tú elegirías —admití, entrando en el cuarto de baño.

—Greg puede traerme una muda por la mañana.

Al entrar, vi que asomaba la cabeza por el borde de la cortina. La imagen mental de ella bajo el agua, con su cuerpo desnudo y

húmedo, caliente y a mi alcance, hizo que la sangre bajara de golpe a mi polla.

—¿Le has dicho que estabas aquí?

Ella se lamió los labios.

Mi miembro dio un respingo, y reprimí un gemido.

—Le he dicho que me quedaba aquí porque la nieve me había dejado atrapada.

Asentí, levantando el insignificante camisón. —¿Qué te parece? —pregunté—. Por lo visto, era lo único que han podido encontrar en la tienda de regalos.

Soltó una risotada, ocultando su cuerpo con la cortina de la ducha. —Me lo creo. No venden mucho ahí.

Me encogí de hombros, tendiéndoselo.

—Parece un poco inútil incluso ponérselo —esbozó una sonrisa pícara, recorriéndome con la mirada desde la cara hasta mi erección, que empezaba a tensar la toalla, y de vuelta a mis ojos. Sus dedos aferraban la cortina de la ducha, pero la soltó un poco. Al revelar otro centímetro de su piel —más de su hombro y la zona de la clavícula— me arrancó un gruñido de necesidad—. No es que vaya a ocultar nada.

Me acerqué más y respiré hondo. Este deseo por ella era un monstruo embriagador difícil de refrenar.

Si me estaba provocando y flirteando de esa manera...

Casi sonreí, divertido por que dijera algo así. —No ocultaría nada que no haya visto ya —respondí.

Se mordió el labio inferior y pareció luchar contra una sonrisa mientras bajaba más la cortina, mostrándome la curva de su pecho.

—Tampoco tiene sentido que yo intente ocultar nada —dije.

Al soltar el camisón, busqué el nudo de mi toalla y lo deshice. El tejido de rizo blanco cayó a mis pies. En lugar de esperar un jadeo de sorpresa por su parte, me concentré en sostenerle la mirada.

Ella sonrió tímidamente, dejando que la cortina se desplazara para revelarla allí de pie. Si quería mirarme a placer, podía hacerlo. Me tendió la mano, invitándome a entrar en la ducha.

—También será bastante inútil que intente ocultar las ganas que tenía de volver a hacer esto —dijo mientras yo entraba en la cabina de la ducha.

El agua caliente me golpeó, pero en cuanto entré y cerré la cortina tras de mí, no perdí ni un segundo en estrecharla contra mí. El primer contacto de su cuerpo desnudo contra el mío me envió una onda de choque de lujuria. La sentía entera: las piernas esbeltas y los brazos fuertes, sus músculos de un trabajo duro; sus suaves curvas y generosos pechos aplastados contra mi pecho; toda la suavidad resbaladiza de su piel, desnuda y solo para que yo la saboreara.

No tuve oportunidad de hacer más que abrazarla con fuerza antes de que se incorporara para presionar sus labios contra los míos.

Gruñí durante el beso, deleitándome en su confesión de que había querido besarme durante todo el día. Que se había aferrado a la idea de mis labios tocando los suyos durante todo su turno.

—Va a ser aún más inútil que yo oculte cuánto había soñado con volver a hacer esto —respondí, llevándola hacia la pared de la enorme cabina de ducha para acorralarla allí.

—Por favor —suplicó. Apoyando la cabeza en la pared, separó las piernas mientras yo deslizaba la mano entre ellas. Dos pasadas de mis dedos hacia delante y hacia atrás mostraron lo excitada y empapada que ya estaba.

—¿Qué te parece rápido y duro esta vez? —sugerí entre besos mientras acariciaba su apretado coño y frotaba su clítoris.

Gimió, inclinando la cabeza para dejarme vía libre para besarle el cuello. Sus dedos rodearon mi polla y comenzó a dar brazadas constantes arriba y abajo de mi erección.

—Rápido. Pero la próxima vez, quiero ir despacio.

Sonreí con los labios pegados a su pecho.

Esta vez.

La próxima vez.

¿Cuándo llegaríamos al punto en que ambos admitiéramos que queríamos *todo* el tiempo posible el uno con el otro?

Le subí la pierna derecha, sosteniéndole el muslo en alto para poder abrirla más. Ella me estrechó contra sí, ansiosa e impaciente. Mientras volvía a atraer mi cabeza hacia la suya para besarme de nuevo, me rodeó el cuello con el brazo.

Alineando mi polla con su entrada, la sostuve contra la pared y me preparé para follarla tan duro y rápido como pudiera aguantar.

—Por favor, Liam. Por favor. —Susurró la pecaminosa súplica mientras yo bajaba los brazos para situarla a mi altura.

No necesitó decírmelo dos veces. No necesitaba que me dijera nada. Sentía lo excitada que estaba, lubricada con su sexo succionando la cabeza de mi miembro. Oía lo frenética que estaba, jadeando y gimiendo por mí. Saboreaba la desesperación en su boca mientras batallaba con mi lengua.

Sujetándola contra la cabina, me deslicé y arremetí con una embestida brutal para llenarla con mi polla.

Jadeó contra mi boca, pero tras un segundo de aclimatarse a tenerme dentro, me besó con fuerza de nuevo y me rodeó la cintura con las piernas.

Di un paso atrás, cargando con todo su peso en mis brazos mientras hacía palanca contra la pared. Una y otra vez, salía y volvía a

rellenarla rápidamente con mi miembro. Y otra vez.

Separó su boca de la mía, necesitando aire, pero mientras se agarraba fuerte y arqueaba la espalda para responder a cada una de mis embestidas, terminó demasiado pronto.

Estaba demasiado estrecha, envolviéndome como la perfección misma.

Estaba demasiado húmeda, haciendo que me deslizara tan profundo cada vez.

Y yo estaba demasiado hambriento por el alivio de follarla y llenarla con mi corrida. Sabiendo que, al dejarme llevar y rendirme a esta adicción de complacerla, ella se venía conmigo. Gritando fuerte y apretando mi eje, se hizo añicos en un clímax mientras el agua caía sobre nosotros.

Me estremecí, temblando por cómo este orgasmo, y cada uno de los que tenía con ella, me sacudía hasta el alma.

No era solo sexo.

No estaba seguro de si alguna vez habíamos podido afirmar eso. Cada vez que nos uníamos así, se sentía como otra unión perfecta, predestinada. Una conexión que el tiempo, y nuestros trabajos o familias, no podían romper.

—La próxima vez —susurró cansada mientras yo le besaba la frente y la ayudaba a bajar las piernas para que pudiera mantenerse en pie varios minutos después.

Me reí entre dientes. —Sí. La próxima vez, podemos ir despacio.

Tarareó su aprobación ante esa respuesta. Antes de que me retirara de ella por completo, suspiró y me acunó la nuca, instándome a inclinarme hacia ella para un beso perezoso y satisfecho.

EMMALINE

Me he despertado antes que Liam y he disfrutado de la paz silenciosa de la mañana.

Ayer estaba tan cansada que no creía que fuera capaz de quedarme despierta toda la noche. Sin embargo, después de esa ducha caliente y picante que compartimos, me he apuntado sin dudarlo a otra ronda de sexo más pausada y sensual en mitad de la noche.

Mientras permanezco ahora en la cama con él, tan relajada y perezosa, con el brazo y la pierna sobre su cuerpo firme, suspiro sabiendo que hoy me va a costar mucho ponerme en marcha.

Esto es la gloria.

El cielo.

No recuerdo la última vez que experimenté una paz tan profunda, tan conmovedora y absoluta como la que siento entre sus brazos.

Y no estoy segura de que sea algo que pueda reclamar como mío, algo que pueda planear conservar.

Jack no está de humor ni para plantearse que Liam y yo podamos querer estar juntos. Los demás obstáculos de nuestras vidas tampoco van a desaparecer de la noche a la mañana.

Pero, por ahora…

Suspiro de nuevo y me acurruco contra él.

—Soy demasiado viejo —se queja él en voz baja—. Necesito dormir más para tener energía...

Me río suavemente, interrumpiéndolo. —No eres viejo. Solo tienes treinta y seis años.

Me besa, estirándose mientras me atrae hacia él para que nos miremos de frente. —Y tú solo tienes veintiséis. Tienes más energía y resistencia que yo.

Suelto una carcajada corta. —Sí, claro. —Levanto la mano para acariciarle el rostro y pasarle los dedos por el pelo, sonriendo—. No tienes ni una cana aquí. Y apuesto a que dejarías en ridículo a los hombres de «mi» edad con todo lo que hicimos anoche.

—¿Te molesta? —pregunta.

—¿Que anoche me hicieras ver las estrellas de diez formas distintas? No.

Casi sonríe, con esa ligera expresión de burla y diversión. —¿Te molesta que sea mayor que tú?

—No. —Lo beso—. Es solo un número.

Por la forma en que me mira y cómo hablamos de nosotros, parece dar a entender que esto es el comienzo de algo duradero.

Gruñe y se gira sobre mí, pero también conmigo, mientras intenta alcanzar el móvil en la mesilla de noche. Al tumbarse de nuevo para mirar las notificaciones, frunce el ceño. No ha movido el teléfono para ocultar la pantalla y, aunque lo hubiera hecho, yo habría sabido qué mostraría esa larga lista de notificaciones.

Nina.

Había llamado y enviado mensajes de texto toda la noche. Aunque Liam había puesto el móvil en modo no molestar, ella había intentado localizarlo sin descanso.

—Es como si supiera que he estado aquí toda la noche contigo —murmuro—. Y sus celos se han disparado.

Él baja el móvil y me abraza, como si necesitara el consuelo de mi contacto. —No podría haberlo sabido. Subimos por donde va el personal y allí no hay cámaras. Nadie se lo ha dicho. Kev no sabía que estabas aquí, y creo que le tiene demasiado miedo como para siquiera hablarle.

Me encojo de hombros, apoyándome para mirarlo más de frente. —¿No te cansa?

Él me sonríe. —No.

Levanto las cejas. —Eh... vale.

—Sus celos nunca han tenido oportunidad de cansarme. Desde mi ex, no he salido con nadie. No he querido volver a confiar en nadie para dejar que se acercara tanto.

Sin embargo, ahora mismo estoy desnuda y pegada a ti en la cama, tan cerca como pueden estarlo dos personas, y tú tampoco puedes confiar en mí. Odio esa punzada de culpa.

—¿No has estado con nadie desde ella? —pregunto.

Él niega con la cabeza. —Te tuve a ti el día de San Valentín, y la conocí a ella un año después. Nunca fuimos muy compatibles en la cama y no estuvimos juntos más de cuatro meses en total.

—Así que... ¿en realidad solo he sido yo? —Me siento honrada. Pero también más culpable.

—Sí. —Sonríe antes de besarme suavemente—. Así que no. No he tenido que lidiar con los celos de Nina por otra mujer porque no había ninguna otra mujer en mi radar. Hasta que vine aquí y te vi en esa cocina.

En lugar de hacerme ilusiones con que quiera mantenerme como la única mujer en su radar, pregunto: —¿Pero siempre ha sido así?

¿Interesada en ti?

Su sonrisa desaparece y asiente. —Sí, hasta cierto punto. Mi padre la contrató como publicista y entonces no era tan atrevida. En cuanto él se apartó del todo de la empresa por motivos de salud, ella se volvió más audaz.

—¿Y eso está... bien? —Pongo los ojos en blanco.

—No. No está bien. Pero como él supervisó su contratación inicial, es difícil deshacerse de ella.

—Tú eres el jefe al mando, ¿no?

—Lo soy. Pero mi padre todavía agradece el detalle de no sentirse descartado. Que su opinión siga siendo valorada. Normalmente lo es. En lo que respecta a Nina, está un poco protegida en su puesto gracias a él.

Niego con la cabeza. —Es una forma terrible de ver tu lugar de trabajo. Tener que aguantar que alguien te aceche de esa manera.

—Estoy de acuerdo. Por eso anoche me encargué de Pierce como lo hice.

Lo beso. —Y te lo agradezco, por muy excesivo que pareciera. Solo que no entiendo por qué llegarías a tal extremo por *mí*.

Se gira conmigo hasta que quedo debajo de él y cierro los ojos ante sus tiernos besos. —Porque me importas, Em.

Le acaricio la espalda con las manos. —Tú también me importas.

Antes de que podamos hablar —hablar de verdad sobre ese interés mutuo—, su móvil vuelve a sonar.

—Maldita sea. —Se incorpora para lanzar el dispositivo fuera de la cama.

Sin embargo, elijo la salida cobarde para evitar una charla profunda. Me aparto a un lado e intento levantarme. Si iba a discutir con él

cuánto me importaba, tendría que incluir decirle la verdad sobre Rory. Pero no podía. Tenía demasiado miedo de que se enfadara tanto que no quisiera saber nada de mí después.

—Estás aquí hasta la cuenta atrás de San Valentín y luego ¿adónde vas? ¿A México?

Él se sienta y me observa mientras me levanto y busco mi ropa. Frunciendo el ceño mientras se queda donde está, asiente. —Ese era el plan.

Y ahí está mi respuesta.

Nada puede prosperar seriamente entre nosotros cuando él siempre va a estar marchándose a otro lugar. Mi hogar está aquí. El hogar de Rory está aquí. Se me rompería el corazón al ver que mi hijo se encariña más con este hombre maravilloso pero que nunca es suficiente para retenerlo en casa y verlo crecer.

—Bueno. —Me subo los pantalones, sintiéndome sucia con la ropa vieja. Greg me traería algo pronto—. Hasta entonces —digo—. Tenemos que mantener esto, y cualquier otra cosa, en secreto. —Me pongo la camiseta—. ¿Verdad?

Él asiente. —Es lo mejor.

Me siento en el borde de la cama para ponerme los calcetines. —No necesito que Jack se entere.

Él pone los ojos en blanco. —¿Porque te lo haría pasar mal por eso?

—Sí, pero es que las cosas están un poco, esto, tensas entre Jack y yo ahora mismo. Cuantas menos cosas tenga para criticarme, mejor.

—Me parece justo. No me meteré en ninguna dinámica fraternal tensa.

Empiezo a calzarme. —Y yo no me meteré en medio de ninguna situación tensa con empleados, como con Nina. No necesito que

sepa que tú y yo estamos fallando en esta parte «falsa» de nuestro tiempo aquí.

—No te preocupes por ella. Mi padre le ha dado cierta protección, pero el jefe soy *yo*.

—Es que no puedo arriesgarme a perder mi trabajo porque soy incapaz de resistirme a ti.

Me atrae de nuevo a la cama y me besa. —No tienes nada de qué preocuparte por eso. Tu trabajo está seguro. El puesto es tuyo por derecho propio.

—Gracias. —Sus palabras de aliento significan un mundo para mí. Mientras que él puede planear marcharse por su trabajo, yo me quedaría aquí sin ningún plan de reserva.

—Me imagino que no querrías que Rory se enterara de que nosotros somos...

—No. —Niego con la cabeza y vuelvo a sentarme para ponerme el otro zapato.

—Me dijo que no sueles tener citas.

Suelto un resoplido. —Prueba con nunca. No tengo ninguna cita. —Miro de reojo su sonrisa de suficiencia.

Maldita sea, te voy a echar de menos cuando te vayas otra vez. San Valentín se nos echaba encima demasiado rápido. La cuenta atrás casi había terminado y él no tendría otra excusa concreta para prolongar su estancia aquí.

—Mantener todo esto en secreto parece lo más inteligente —digo.

—Lo sé —responde él.

Sin embargo, no se me escapa cómo baja la mirada y parece más desanimado cuando lo dice.

—¿Cuándo puedo volver a verte? —pregunta mientras me dirijo a la puerta. Se pone el pantalón del chándal y me sigue por la habitación.

Como los vídeos promocionales estaban a punto de terminar, no teníamos nada programado. La gran fiesta para la cuenta atrás de San Valentín sería en el salón pequeño a un lado del complejo. No era el lugar ideal para muchos eventos, pero estaba segura de que con las reformas de primavera que Liam estaba planeando, pronto lo sería.

—Voy a la cocina para adelantar trabajo para esa gran reserva de esta noche. Ese evento me está estresando y necesito revisar mis listas y comprobar qué tenemos preparado otra vez.

Asiente, caminando conmigo hacia la puerta. —Y sé que estarás ocupada con eso toda la noche.

—Sí.

—Iré a verte —dice con una suave sonrisa—. Solo para saludarte.

Sonrío. —Lo estaré deseando. Iré a casa unas horas antes de que empiece el turno de verdad. Pero luego tengo que asegurarme de concentrarme en lo que necesitamos para la gran noche de San Valentín también.

Él suspira, apoyándose contra el marco de la puerta mientras me quedo allí lista para irme.

—Sabes, antes odiaba esa maldita fiesta —admite.

—Yo también. —Siento que empiezo a ruborizarme—. Excepto aquel con el que estuve contigo.

Me atrae hacia él y me besa. —Nada se podrá comparar nunca con aquella noche.

Me río al romper el beso. —Oye, que yo también me lo he estado pasando bien desde que llegaste.

—Sin embargo, siento que aquella noche de hace cinco años inició algo duradero entre nosotros.

Pues sí que lo hizo, Liam. Fue la noche en que concebimos a nuestro hijo. El que tú no conoces.

—Y ojalá supiera cómo hacer que esto también dure —susurra mientras me atrae de nuevo para otro beso.

—Yo también me he estado preguntando eso —admito—. Pero ahora, de verdad tengo que irme.

Él asiente y me besa una vez más. —Adiós, Em. Nos vemos luego.

Solo porque podía y porque quería, vuelvo sobre mis pasos y lo beso un poco más largo y profundo antes de abrir la puerta y salir.

No es justo que sienta que me dejo el corazón atrás, en esa habitación con él. Pero la vida no siempre era justa. Yo lo sabía mejor que nadie.

Al atravesar el complejo, intentando que nadie me viera, niego que esto casi parezca el paseo de la vergüenza de la mañana siguiente. Tras su dulce beso de despedida y su confesión de desear algo más conmigo, me atrevo a soñar con una fantasía en la que no tuviéramos que ocultar nada, donde pudiéramos estar juntos sin que él necesitara marcharse a otro proyecto lejano.

Olvídalo, Em.

No va a suceder.

Incluso si pudiéramos intentar que una relación funcionara, eso significaría decirle a Rory que Liam era mi novio. A menos que quisiera empezar una relación sólida basada en mentiras, eso también significaría decirle a Liam que Rory era nuestro hijo.

Y ese sería el fin de todo. Me odiaría y sabría que se equivocó al confiar en mí.

Sería el final antes de empezar.

Así que olvida el tema.

Cuando empiezo a ocuparme de los preparativos para la gran cena de esta noche, me alegro de tener mi trabajo en el que centrarme como distracción. Porque está claro que mi cuerpo y mi corazón me están llevando definitivamente por el mal camino.

LIAM

Algo estaba cambiando entre nosotros.

Emmaline y yo estábamos cada vez más unidos. Yo me estaba implicando más a fondo. Y ella parecía casi reacia a aceptarlo.

Cuando me preguntó a dónde iría después por trabajo, me dejó un regusto amargo en la boca tener que decirle que volaría a México. Después de eso, tendría otros proyectos. Mi oficina principal y mi apartamento estaban en Nueva York.

No podía culparla por querer dar un paso atrás y protegerse. Cuando me miraba, veía a un hombre de negocios adicto al trabajo que rara vez se quedaba en un mismo sitio mucho tiempo. Y cuando probablemente se miraba a sí misma, veía a una mujer que había echado raíces por ella y por su hijo, y que no podría cambiar eso de la noche a la mañana. No se trataba solo de que ella cambiara su vida para encajarme en ella. También afectaría a otra persona. A su hijo.

El deseo de verla me atormentó durante todo el día, pero cada vez que quería ir a verla a la cocina, me preocupaba que mi costumbre de estar cerca de ella arruinara nuestros esfuerzos por mantenerlo todo en secreto.

Daba la impresión de que Emmaline ya estaba en proceso de dejarme ir. Había preguntado cuándo me marcharía. Estaba

poniendo distancia entre nosotros al mantener nuestro idilio en secreto. Y dolía. Un pinchazo se extendió por mi corazón al pensar en pasar otros cinco años sin ella en mi vida.

Mantenerme alejado de la cocina fue mi acto de bondad hacia ella. Ella no pasaba mucho tiempo allí durante el día, tal como me había explicado. Pero yo era muy consciente de cuándo volvía a estar en los fogones. El gran evento de la cena era una anomalía. Francino's no solía cerrar al público por el hecho de que alguien reservara todo el restaurante.

Pero aun así, durante todo el tiempo, mantuve las distancias. La respetaba demasiado como para andar incordiando. Estaba totalmente concentrada trabajando duro en la cocina y no quería interferir para nada.

Debido a que la noche de la gran cena era un asunto importante, estuve allí. Paseando por el restaurante, pude hablar personalmente con los invitados y hacer contactos. El politiqueo era un auténtico coñazo, pero lo hice, y me gustaba pensar que lo hacía bien.

Sin embargo, por desgracia, no todas las opiniones y comentarios sobre la experiencia de los comensales fueron entusiastas. A diferencia de todas las demás veces en las que me había tomado la molestia de ver qué decían los clientes sobre Francino's, el ambiente general que percibí de los invitados esta noche fue una aceptación más bien mediocre.

Whitney y Sam eran los jefes de sala, y les reconozco el mérito por su paciencia y amabilidad al ir de un lado a otro con las quejas y peticiones.

La carne estaba pasada de punto y alguna sin sazonar.

Los pedidos estaban mezclados.

Algunos querían un plato pero les traían otro.

A varias mesas les llegó la comida más tarde de lo previsto.

Kev estaba allí fuera, haciendo lo que podía para simpatizar con los invitados, pero como era tan torpe socialmente, pasé la mayor parte de la noche interviniendo y actuando más como un gerente que como el dueño. Gracias a mis años al frente de la empresa, estaba muy curtido en relaciones públicas.

Pero una vez que la mayoría de las cenas se habían servido y los postres estaban llegando a las mesas, me dirigí a la cocina para investigar.

Esto no era lo normal.

Emmaline no trabajaba así.

Algo pasaba y quería saber qué era.

La encontré cerca de la línea de parrilla en la que trabajaba normalmente. Cansada y estresada. Antes de acercarme lo suficiente para oír lo que decía mientras se enfrentaba al personal de cocina, me di cuenta de que estaba furiosa y agotada.

—Quiero que alguien me lo diga *ahora* —sentenció señalando con el dedo hacia la encimera.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Qué está ocurriendo aquí atrás?

—¿Qué es lo que *no* pasa? —gruñó ella, apartando la mirada fulminante de su personal para clavarla en mí—. ¡Todo ha sido un puto desastre durante toda la noche!

Fruncí el ceño.

—Lo sé. He estado ahí fuera tratando de apaciguar los ánimos con Kev. Por Kev —sacudí la cabeza—. Da igual. ¿Qué ha salido mal?

—¡Todo! —Se apartó de la encimera y extendió el brazo—. La mitad de los chuletones se han quedado fuera toda la tarde y se han echado a perder. Las pechugas de pollo las han echado en los mismos recipientes que el bacalao y se ha cargado todo el sazonado y la salmuera —señaló hacia las parrillas—. Tres quemadores

estaban desconectados, y Greg casi se quema el maldito pelo intentando arreglarlo una vez que encontramos el problema.

Él se dio unas palmaditas en su pelo pelirrojo.

—Y *eso* habría sido la mayor tragedia de la noche —dijo con ironía, tratando de bromear.

Avery le miró negando con la cabeza, haciendo una mueca.

—¿No? ¿No es un buen momento para un chiste que alivie la tensión?

—No —le espetó Emmaline—. No es momento para putas bromas. Quiero que alguien me diga qué ha pasado —se cruzó de brazos y recorrió al personal con la mirada—. Estuve aquí anoche hasta tarde revisándolo todo. He estado aquí esta mañana, volviendo a comprobar los inventarios. Todo estaba bien antes de empezar el servicio. Así que, ¿quién ha sido? ¿Qué demonios ha pasado para que toda la cocina estuviera patas arriba de esta manera? Y por el amor de Dios, ¿quién demonios sería tan descuidado como para dejar fuera cientos, si no miles, de dólares en carne para que se pudriera?

Nadie habló. Observé cómo todos la miraban con preocupación.

—¿Quién ha dejado comida fuera para que se echara a perder cuando estaba a buen recaudo? ¿Quién ha cambiado los ingredientes y ha manipulado los quemadores? —exigió saber.

Lewis levantó la mano tímidamente.

—Es como te he dicho, Emmaline.

Ella soltó un suspiro profundo y le miró.

—He llegado temprano como me pediste y he visto todas esas cosas fuera. He pensado que era un error y he guardado la carne y he intentado triar los recipientes de verduras que se habían quedado fuera. No me he dado cuenta de que llevaban tiempo ahí.

Emmaline bajó la cabeza un segundo.

—Lo entiendo. Y gracias por intentar hacer lo correcto. Pero ¿quién ha saboteado mi cocina?

—No creo que deba ser *tu* cocina después de este desastre —dijo Nina entrando en la estancia. Señaló con el pulgar por encima del hombro, indicando el comedor. Había estado por allí, pero sin interactuar con los invitados. Había estado entrando y saliendo de la zona, más bien como si tuviera curiosidad por ver cómo iba todo.

—Eso no te corresponde decidirlo a ti —le recordé.

Ella resopló.

—Bueno, no es que ella sea capaz de hacer su trabajo —Nina se cruzó de brazos y sonrió—. Te he visto ahí fuera intentando apaciguar a todo el mundo, porque estaban muy descontentos con sus platos.

Entorné los ojos; no quería sospechar de ella, pero maldita sea, mi instinto me decía que si alguien quería sabotear esto a Emmaline, era ella.

—Estaban descontentos con sus platos porque me he dejado la piel para asegurarme de que tuvieran algo que comer —espetó Emmaline—. He trabajado con lo que teníamos aquí atrás después de que alguien dejara cosas fuera deliberadamente y cambiara otras de sitio.

—Estoy segura de que todo ha sido un accidente. Ya sabes que esas cosas pasan cuando alguien que no está cualificado está al mando —Nina se encogió de hombros.

—¡No ha sido un accidente! —gritó Emmaline.

—No —negué con la cabeza y di un paso hacia Emmaline—. No hay forma de que tantas cosas sean un accidente.

—No lo ha sido —me aseguró ella—. Liam, yo estuve aquí. Lo dejé todo listo para esta noche.

Asentí, creyéndola porque me había demostrado que podía confiar plenamente en ella.

—Nina... —sacudí la cabeza y avancé hacia ella—. Hay cámaras que dan a esta cocina. Hay registros que pueden mostrar quién entró aquí en las pocas horas en que Emmaline y su personal estuvieron ausentes.

Ella levantó la barbilla.

—¿Y qué? ¿Es que *nadie* puede pasar por aquí cuando ella no está? —bufó.

—Un momento —Emmaline se acercó y entornó los ojos—. ¿Has entrado *tú* antes? —Su voz no era chillona, sino baja y cargada de ira.

—Puedo ir a donde quiera en este complejo —Nina sonrió—. Tengo autorización...

Golpeé la encimera con el puño.

—¿Has estado aquí dentro?

Nina me miró frunciendo el ceño, sobresaltada por mi golpe.

—Si lo he estado, ha sido solo para ver si el lugar estaba decente. Esta noche era una reserva importante y quería ver si todo parecía estar listo.

—¿Has manipulado la comida? —chilló Emmaline—. ¿Has entrado aquí a hurgar en cosas que no tenías por qué tocar? —Señaló a Greg —. ¡Podría haber resultado herido de gravedad! —Señaló las parrillas —. ¡La contaminación cruzada de ingredientes podría haber provocado una reacción alérgica grave a un invitado! —Abrió y cerró la boca, estupefacta—. Podrías haber intoxicado a muchísima gente

al dejar que se estropearan los productos de esa manera. ¡Tienes suerte de que nos hayamos dado cuenta a tiempo!

—Bueno, eso demuestra mi punto de vista —dijo Nina—. Demuestra que tienes que ser una incompetente para que ocurran tantos errores.

No respondió si lo había hecho ella. Pero no necesitaba oír las palabras. Su mirada de furia hacia Emmaline mientras esta la ponía en evidencia me dijo lo suficiente.

—Cómo has podido... —pregunté, con la voz demasiado baja para que probablemente me oyera—. Cómo has podido...

¿Cómo podía ser tan rencorosa para actuar de *esta* manera?

—Todo lo que prueba esta noche espantosa es que ella no es la profesional que pareces creer que es —Nina señaló a Emmaline, como si yo pudiera confundirme de quién estaba hablando—. Tiene que irse.

—¡Venga ya, por el amor de Dios! —gruñó Greg, negando con la cabeza.

—Tiene que irse, Liam —repitió Nina—. Y en cuanto la pongas de patitas en la calle, podemos revisar los currículums de otros chefs a los que les encantaría convertir este restaurante en todo lo que puede llegar a ser. Porque no es justo que tú estés tan estresado por culpa de empleados incompetentes como estos. Trabajas durísimo, incansablemente, y no está bien que alguien como ella te defraude así.

Cerré el puño con fuerza mientras la mecha de mi paciencia se consumía cada vez más rápido.

—Tiene que irse —repitió Nina delante de todo el personal de cocina, que observaba la escena.

No.

De ninguna puta manera.

El pensamiento de que Emmaline dejara su trabajo era ridículo.

Pero lo vi desde otra perspectiva.

El pensamiento de que Emmaline no estuviera en mi vida era un crimen que no podía tolerar.

Me giré hacia ella para hacerle saber que contaba con mi apoyo y que la defendería.

—A la mierda con esto —espetó Emmaline, arrancándose el delantal y evitando mi mirada—. No voy a... —Tiró el delantal sobre la encimera y se marchó a grandes zancadas.

EMMALINE

La furia me corría por las venas, calentándome tan rápido que pensé que podría explotar. Entraría en combustión si me quedaba en la cocina un segundo más mirando a Nina mientras admitía prácticamente que había estado aquí cuando no había nadie. No llegaba a confesar que había manipulado la comida y lo había mezclado todo solo porque quería dejarme en mal lugar.

Eso era todo.

Era capaz de caer tan bajo y ser tan manipuladora como para fastidiar las cosas a propósito.

Sacudí la cabeza al pasar junto al personal de cocina y mantuve la vista fija al frente con una visión de túnel absoluta. Las paredes se me echaban encima. La presión por mantenerme fuerte, con la cabeza alta y luchar en otro conflicto más estaba empezando a pasarme factura.

Los ayudantes de cocina y los camareros retrocedieron, abriéndose paso para dejarme pasar.

Ya estaba furiosa, frustrada y confundida por el hecho de que las cosas estuvieran saliendo tan mal. ¿Por qué tenía que salir algo mal cuando había dedicado tiempo y esfuerzo *extra* para asegurar que todo fuera sobre ruedas en esta noche tan importante? Horas por la mañana. Horas anoche hasta tarde. Todo ese trabajo, esa

planificación y ese perfeccionismo anal habían sido en vano porque esa mujer había decidido hacer jugarretas y se había tomado la libertad de arruinarlo todo en la cocina.

—Emmaline —Liam corrió tras de mí.

Mi visión de túnel no cedía, no obstante. Sabía de sobra que había llegado a mi límite. Necesitaba salir de allí. Encontrar un lugar donde sentarme y respirar para que se me pasara este cabreo. Recuperar la cordura no iba a ser fácil, pero tenía la lucidez suficiente para reconocer que necesitaba un descanso simplemente para asimilar el descubrimiento de que toda esta noche se había desintegrado en un fracaso vergonzoso por culpa de esa mujer.

—Emmaline, espera.

No podía mirarlo. No podía parar hasta que lograra calmarme y razonar sobre el hecho de que Nina fuera tan vengativa como para atacarme de esta manera.

—Déjela ir. —Ese era Greg. Él era quien mejor me conocía, y decirle a Liam que me diera espacio fue caído del cielo.

—Sí, déjenla que se vaya. —Nina soltó una carcajada, siguiéndome también por la cocina hasta el comedor—. Dejen que dimita.

Me detuve en seco. Parar tan de golpe y cortar mi impulso en medio de esta rabia ciega casi hace que me tropezara con mis propios pies al darme la vuelta para enfrentarme a ella de nuevo. —*No* voy a dimitir —dije entre dientes, apretando los puños e intentando no montar un numerito ni llamar la atención. Estábamos lo bastante cerca del comedor como para que los clientes pudieran vernos u oírnos. Seguro que en las mesas ya habrían terminado, decepcionados con unos platos que yo había intentado salvar como había podido con lo que tenía.

Pero antes muerta que permitir que Nina viera esto como mi renuncia. No iba a darle ni un milímetro de margen para que me reemplazara. No había pensado que tendría que preocuparme por mi

trabajo después de que Liam me tranquilizara al respecto. Me dolió ver que, después de todo, no podía confiar en sus palabras. Dijera lo que dijera, Nina seguía intentando arruinarme la vida y quitarme de su camino aquí.

—No va a dimitir —dijo Liam en mi defensa—. Y no está despedida. No se va a ninguna parte —ordenó con un tono frío y firme—. Le he dejado claro que no tiene voz ni voto en las condiciones de su contrato. —No pestañeó, sosteniéndole la mirada a Nina.

Su defensa ayudó. Sentí que podía tomar aire ante su convicción. Sin embargo, estaba demasiado estresada. Mi compostura se había desmoronado por lo sucedido en toda la noche, hasta el punto de que no podía mostrar gratitud alguna.

—Si necesita un minuto de descanso, puede tenerlo —dijo Liam—. Pero ni se le ocurra pensar que su truco para sabotearla va a funcionar.

Nina hizo una mueca de desprecio, cruzándose de brazos.

—Es una chef excelente —dijo Liam, defendiéndome públicamente.

Tragué saliva ante su cumplido. Normalmente salía aquí fuera precisamente para eso. Para escuchar cumplidos hacia la chef. No esta noche, cuando ella había interferido en mi trabajo. Este trabajo que yo amaba. Necesitaba este puesto, pero era mi pasión por mi carrera lo que no podía permitir que ella destruyera mientras se proponía arruinarme la vida.

—Solo la defenderías así si fueras parcial —replicó Nina con amargura—. ¡Solo llegarías tan lejos para apoyarla y defenderla, pase lo que pase, si te estuvieras acostando con ella o algo por el estilo!

Me eché hacia atrás ante su ataque verbal. De verdad lo había soltado. Había pregonado lo único que Liam no quería que el mundo asumiera. Por supuesto que lo había hecho. Por supuesto que había salido al ataque con una declaración así. Durante toda la noche

anterior, se había desvivido por localizar a Liam, como si supiera que yo había estado con él y no pudiera soportarlo.

—No puede negarlo, ¿eh? —Soltó una risa maliciosa, satisfecha con esta oportunidad de decir lo que pensaba—. Se está comportando como el playboy libertino que el señor Weston no quería para dirigir su empresa familiar.

—No se atreva a hablar de mí en esos términos. Mi padre sabe que he estado gestionando esta empresa perfectamente —se acercó a ella un par de pasos, señalándola con el dedo y apretando los dientes.

—Se está comportando igual que su abuelo, Liam. Acostándote con una empleada patética en uno de los complejos. ¿Y va a ser *ella*? ¿Va a ser tan estúpido y débil por alguien como *ella*? —me señaló con la mano de forma despectiva. ¿Una pobre perdedora que hace poco ha tenido que pagar un dineral a una turbia agencia de cobro de deudas? —Mirándome directamente, sonrió con la malicia que la caracterizaba—. Ni siquiera eres digna de alguien como él.

El corazón me dio un vuelco en el pecho. Latía con tanta violencia ante la oleada de dolor que sentí que el aire me asfixiaba.

Debió de oírme por casualidad cuando llamé a la agencia de recobros. Había llamado cuando dejaron un mensaje para que confirmara los detalles del pago y atendí la llamada aquí en el trabajo para no acabar en un juego del ratón y el gato por teléfono con ellos.

Era la única forma en que ella podía saber que acababa de usar mis ahorros para hacer ese último gran pago para saldar la deuda de mi hermano.

Sibilina y cruel, no le importaba lo más mínimo ventilar mis trapos sucios. Ni siquiera eran míos. Esa deuda era de Jack, no mía, pero a ella le daba igual. Había largado ese secreto que nunca debería

haber conocido. Sonriendo así, parecía condenadamente feliz de poder herirme y hundirme de cualquier forma que se le ocurriera.

Retrocedí, tambaleándome por el hecho de que pudiera ser tan mezquina, tan malvada, como para decir algo privado como aquello donde cualquiera pudiera oírlo.

—Ya basta. —Greg se abrió paso, zigzagueando entre el personal de servicio que estaba de pie en ese espacio abierto entre la puerta que conducía a la cocina y los comedores—. ¡Ya *basta*! —gruñó, dirigiéndose a Nina para echarla de allí—. No hables de ella así. Tú... —Cerró la boca de golpe, con una expresión de furia como nunca antes le había visto.

Liam no había reaccionado, mirando a Nina como si estuviera listo para expulsarla físicamente de este lugar, tal como había hecho con Pierce anoche. Me había defendido entonces, pero con la desgarradora admisión de que este ataque no era algo de lo que nadie pudiera salvarme, respiré a través de la agonía de la verdad.

Nadie podía defenderme del hecho de que el dinero andaba escaso. De que había pagado una deuda vergonzosa que yo no había contraído. El fracaso de Jack estaba mancillando *mi* reputación ahora, y la tristeza de haber permitido que se aprovechara de mi bondad durante tanto tiempo me rompió el corazón.

La conmoción me recorrió entera. El pulso me martilleaba los oídos con tanta fuerza que casi me mareaba mientras el resto del mundo se desdibujaba de mi enfoque.

Se suponía que eso era un secreto. Algo personal y solo entre Jack y yo. Nadie más debía saber cómo le costaba gestionar sus finanzas o su responsabilidad. Nunca se lo había contado a nadie, aparte de a Greg, y él jamás lo habría compartido.

Él estaba allí mismo, echando humo y pareciendo enfurecido por mí como solo lo haría un verdadero amigo.

Mientras parpadeaba e intentaba reaccionar a cómo ella había soltado todo eso, giré lentamente la cabeza para ver el resto de la estancia.

La gente estaba sentada a las mesas viendo cómo se desarrollaba todo. Los camareros y el personal de cocina me miraban boquiabiertos.

Otros sostenían sus teléfonos, grabándolo.

Me tensé, nerviosa porque esto iba a salir a la luz. Liam y yo acabábamos de hablar esta mañana sobre cómo teníamos que mantener esto como nuestro secreto. Pero ya estaba ahí fuera. Grabado y destinado a ser compartido.

No solo que nos acostábamos, sino también cómo había pagado la deuda. El secreto de Jack también estaría ahí fuera ahora.

Oh, Dios mío.

Esto no puede estar pasando.

Las lágrimas me escocían en los párpados, pero me negué a dejar que cayeran. No podía. No podía doblegarme así y llorar. La vida era dura, pero este no era mi primer rodeo en un momento difícil.

Podría superar esto, pero no era solo a mí a quien esto iba a golpear con fuerza.

Liam parecía haberse convertido en piedra, fulminándola con la mirada y, sin duda, preparándose para las represalias a las que se enfrentaría por este escándalo.

Un escándalo que él no había querido.

Noticias que intentaba evitar siendo un adicto al trabajo y no confiando nunca en una mujer.

No puedo creer que esté pasando esto.

Que después de todo lo que he intentado hacer para que las cosas salgan bien y de trabajar tanto...

Sacudí la cabeza y retrocedí. Estar en el centro de atención mientras la multitud permanecía en silencio me revolvía el estómago. Di un paso atrás, luego otro. Paso a paso, empecé a escapar de todo aquello.

No podía quedarme aquí parada y decirle a Nina que se equivocaba. No era así. Liam y yo nos acostábamos. Yo era una empleada de todo este lugar, aunque pareciera haber una distinción entre mi trabajo en Francino's y la parte del hotel en Maple Ville. Y acababa de pagar una suma enorme por la deuda de Jack, algo que ella ni siquiera debería haber sabido y que nunca habría descubierto si no estuviera tan empeñada en señalarme como su enemiga.

Todo porque quería a Liam.

Todo porque codiciaba al multimillonario rico, exitoso y sexy para ella sola.

El único hombre que se había interesado en *mí* cuando ninguna otra mujer podía atraerlo.

Un hombre del que yo no era digna porque estaba aquí, intentando sacar adelante mi vida como madre soltera con un hermano egoísta mientras él estaba ahí fuera trabajando duro para demostrar su valía ante su padre allá donde sus viajes le llevaran.

Tragué saliva de nuevo, con la boca tan seca que me sentía acorralada y atacada. Aclarándome la garganta ante la dificultad de cuánto necesitaba beber algo, emití por fin un sonido.

Liam se giró hacia mí. Frunció el ceño, y la muestra de preocupación en sus rasgos afilados fue otra punzada en mi corazón.

Abrió la boca, pero sacudí la cabeza y retrocedí más rápido. —No.

—Em. Espera. Para y...

—No. Yo... necesito espacio. —Me di la vuelta y me apresuré a salir de allí, sabiendo que Greg me cubriría en la cocina.

Tenía que alejarme y dejar que pasara la conmoción por todo lo ocurrido.

LIAM

—Has ido demasiado lejos —fulminé a Nina con la mirada, estupefacto por lo que había hecho.

Ella levantó la barbilla, desafiante.

—No tenía ningún derecho a intentar interferir en su puesto de trabajo. *Especialmente* después de haberle pedido a Carly que investigara el hecho de que hubiera ido en contra de mi decisión y de mis órdenes sobre cualquier tema de contratación aquí —avancé hacia ella, intentando no parecer demasiado amenazador. Trataba de reprimir la rabia y la frustración que se acumulaban en mi interior con tanta fuerza que me temblaba el cuerpo por la necesidad de desahogarme de alguna forma.

La gente seguía mirando. Puede que algunos incluso lo estuvieran grabando todo. Nada atraía tanto la atención como el drama y, desde que Emmaline había salido corriendo de la cocina, eso era lo único que nos seguía.

No necesitaba causar más daños actuando como un imbécil con Nina. El profesionalismo debía ser un esfuerzo constante en este lugar. No iba a permitir que nadie me grabara reprendiendo a Nina y diciéndole lo que pensaba de sus gilipolleces. Porque, si tuviera la libertad de defender plenamente a la mujer de la que me estaba enamorando, no dudaría ni un segundo.

Nina tuvo la audacia de poner los ojos en blanco. —Sí. Gracias por eso. He tenido una larga charla con Carly de la que podría haber prescindido.

—Me importa una mierda —gruñí, hablando lo suficientemente bajo como para que nadie pudiera oírnos de verdad—. Me trae sin cuidado. Va a tener que lidiar más con ella en cuanto esté aquí al frente de Recursos Humanos. Y también pondré a Lucas al corriente —añadí, refiriéndome al director de RR. HH. de toda la empresa. Estaba de año sabático, pero él se encargaría de esto de una vez por todas.

—No intente intimidarme —se señaló a sí misma con el dedo—. Su padre me contrató personalmente como jefa de publicidad cuando tu abuelo no podía estarse quieto y la empresa sufría un escándalo tras otro.

Apreté los dientes, tentado de agarrarla y zarandearla. —No intente compararme con él.

—Es imposible no hacerlo, Liam —se mofó, retrocediendo un paso al notar seguramente lo cerca que estaba yo de perder los estribos—. Anoche tuvo a esa cocinera en su habitación. No puedo probarlo. ¡Pero lo sé! Sé que estuvo con ella.

Me acerqué aún más, ignorando la tensión de mi mandíbula, que me dolía de tanto rechinar los molares. —¿Y qué si fuera así? No es de tu puta incumbencia.

—Hum —soltó una carcajada altiva—. *Sí* lo es.

—No. Nunca lo ha sido.

Ella sonrió con suficiencia y deseé poder borrarle esa expresión de la cara. —Tu padre me contrató para...

—Lo sé de sobra. Yo estaba allí. Siempre he estado allí. Esta es la empresa de *mi* familia. No intente informarme a *mí*. Sé que él la contrató. ¿Pero sabe qué? Yo soy el que está al mando. Yo soy el

dueño. No él. He tolerado su insistencia en que conserve su puesto, pero ya he terminado de fingir que debo aguantar sus estupideces.

—Solo estoy haciendo mi trabajo —se cruzó de brazos—. Él me contrató porque tu abuelo causó una reputación tan mala que tardamos años en recuperarnos.

—He dicho que no me dé lecciones. Sé lo que pasó. La contrataron para ser publicista y, desde que los escándalos cesaron, la relegaron a la gestión de relaciones públicas. Porque no hacía falta una publicista centrada en lo que él hacía. Ya no había por qué preocuparse de sus escándalos porque yo dirigía la empresa y es gracias a mi duro trabajo por lo que tenemos una buena reputación en la que apoyarnos.

Ella entrecerró los ojos, echando humo. —Anoche se acostó con ella. Intente negarlo —su mueca de desprecio se acentuó—. Veo cómo la mira.

Eso demostraba que nadie sabía lo del jacuzzi, entonces. Ni lo del vestuario. Eran pequeños consuelos cuando lo que necesitaba era un milagro.

—Ella *es* una empleada —argumentó.

—También es una amiga con la que crecí. Es la hermana de un viejo amigo mío. Emmaline no es, y nunca ha sido, *solo* una empleada, Nina. Eso tampoco es asunto tuyo, y estoy harto de que intentes entrometerte —le puse el dedo en la cara, sin haber terminado aún —. Y definitivamente no es asunto tuyo hablar de su situación económica ni menospreciarla en una circunstancia que carece de todo respeto y privacidad.

—No descargues tu ira conmigo —advirtió ella.

—Tú eres la única fuente de toda ella —gruñí.

—Solo decía las cosas como son —respondió con descaro.

—¿Y también saboteando deliberadamente el funcionamiento de este restaurante? ¿Intentando conscientemente dejarla mal y complicar las condiciones de su contrato después de que le dijera expresamente que no lo hiciera?

No pude evitar alzar la voz.

Greg se acercó, distrayéndome justo el segundo que necesitaba para calmarme.

—Se acabó el espectáculo —dijo con firmeza, sin rastro de su habitual tono jovial—. Volved al trabajo. Nosotros nos encargaremos de recoger por hoy. Los salones también se cerrarán para la limpieza —me miró a mí y luego a Nina.

No era como cuando Emmaline nos echó de su cocina en pleno servicio. Tenía razón. La gente se estaba marchando. La noche había terminado. Pronto estarían limpiando el comedor para cerrar Francino's. Pero yo sabía que estaba interviniendo para ayudarme a alejarme de Nina. Y para decirle a ella que se largara.

—Llamaré a Em...

Greg negó con la cabeza. —Yo me encargo ahí atrás. Todos nos encargamos. Ya ha echado suficientes horas extra esta noche, así que puedo ocuparme yo en su lugar. Déjale algo de espacio.

Solté un largo suspiro y asentí, agradecido por su consejo. Y por su apoyo. Ella tenía suerte de tener a un amigo tan bueno como él.

Antes de que pudiera volver a descargar mi cólera sobre Nina, me sonó el móvil. Con la esperanza de que fuera Emmaline, respondí. Por desgracia, no era ella.

Era mi padre.

—Liam —tosió—. ¿Qué *demonios* está pasando?

Levanté la vista para fulminar a Nina de nuevo.

—Hola, papá —respondí con cansancio.

Faltaría más, has corrido a llamarle para quejarte.

—¿Por qué estoy viendo un maldito vídeo sobre ti acostándote con alguien del complejo? —exigió con su voz ronca y curtida.

Danny se acercó, intuyendo que necesitaba ayuda. No iba a dejar que Nina se fuera de rositas; él me asintió brevemente y se dirigió a Nina mientras yo retrocedía para atender la llamada.

—Esa no es toda la historia —dije, odiando lo débil que sonaba ese comienzo. Odiaba incluso tener que defenderme a mí mismo o mi interés por Emmaline. Le había dicho que era por relaciones públicas, así que quizá el cambio de eso a algo más serio le resultaba alarmante al verlo a través de un vídeo compartido en internet.

—No quiero oír ninguna maldita historia. Ya he oído esta estúpida "historia" antes. ¡Me oí todas las excusas de tu abuelo para justificar su comportamiento y me decepciona que esté pasando ahora contigo!

—No es así.

Él gruñó. —¿No? ¿Entonces explíqueme por qué he visto un vídeo publicado de Nina recordándole que no se acueste con una empleada de ninguna de nuestras propiedades?

—Porque Nina se ha propasado y está siendo irrespetuosa —respondí con frialdad.

—No. No conviertas a Nina en la villana de esto...

—Lo es —le espeté, interrumpiéndolo—. No tiene derecho a hablar así a ninguno de nuestros empleados. No tiene derecho a sabotear la cocina en una noche importante porque está celosa de que esté enamorado de esta mujer. Y no tiene derecho a dejar que su obsesión conmigo nuble su juicio como parte del equipo directivo. Ha terminado. ¿Me oye? Ha *terminado* en la empresa.

—No es así —soltó un hondo suspiro—. Nina nos salvó cuando necesitábamos ayuda con el daño causado por el comportamiento depredador de tu abuelo.

—¿*Ella* nos salvó? —gruñí, odiando que todavía, después de los últimos cinco años siendo un adicto al trabajo y dándolo todo, él no viera mis esfuerzos como suficientes—. ¿Así que yo no tuve nada que ver con sacar adelante la empresa cuando él murió y todos esos escándalos salieron en las noticias? ¿Nunca se debió a mi ética y a mi liderazgo?

—Sabes que aprecio tu duro trabajo —dijo él.

—No lo sé. Sigues actuando como si estuviera destinado a meter la pata como hizo él.

—¿Cómo llamas a esa otra mujer, entonces? ¿Qué pasó con Kelly?

Cerré los ojos y rogué que este dolor de cabeza por el estrés cesara antes de que me consumiera. —Fue mi único intento de confiar en una mujer. La *única* vez que pensé que podría sentar la cabeza y tener una relación para calmar tu preocupación de que fuera un mujeriego como mi abuelo. Y aprendí la lección de no volver a confiar en otra mujer nunca más.

—¿Excepto en esta cocinera? —se rió con amargura—. Está cayendo en el mismo maldito truco, Liam. Otra cazafortunas hincándole las garras ya que no es más que una persona irresponsable y llena de deudas. ¿Cuándo va a espabilar y aprender?

Apreté los dientes, odiando que Nina hubiera aireado lo del pago de la deuda. No tenía los detalles, pero tenía la fuerte corazonada de que se trataba de Jack. Que Emmaline había cubierto la deuda de su hermano y Nina había fisgado para enterarse.

—He aprendido —le dije con calma—. He aprendido lo solitaria y oscura que es la sensación de no poder volver a confiar en nadie. Pero en ella sí confío. Porque la amo.

Decirlo en voz alta fue liberador, pero quería que fuera Em quien lo escuchara.

—La *amo*.

Él se quedó en silencio.

—No es una cocinera cualquiera. Siempre ha estado ahí, de fondo. La hermana de Jack Carter. No es una cazafortunas intentando aprovecharse de mí. No es una trepa corporativa intentando ganarse mi favor. Emmaline es una mujer trabajadora y tendría suerte de tenerla en mi vida.

—Pensé que había dicho que solo estaba haciendo unos vídeos promocionales con ella —respondió con brusquedad.

—Así era. Pero esta es una mujer con la que podría casarme —expliqué, demostrando que esto no era un lío pasajero. No era solo un ligue de un proyecto, un polvo conveniente en un complejo que estaba trabajando en adquirir y que pronto renovaría.

—¿Casarte? —preguntó él, incrédulo.

Me permití el asomo de una pequeña sonrisa. —Sí. Podría casarme con esta mujer si me diera una oportunidad. Ya va siendo hora de que me plantee formar mi propia familia.

Una ya formada, con Rory como hijo también.

Una vez más, fruncí el ceño ante el pensamiento de que se parecía tanto a mí que parecía que *fuera* mío.

—Por favor, haga lo que haga —advirtió, exasperado—, evita otro maldito escándalo.

—Lo prometo. No tengo ningún deseo de volver a pasar por aquel infierno.

—Pero deja a Nina al margen. Estoy seguro de que solo actúa por el bien de la empresa y que está haciendo lo mismo que tú, intentando mantener la reputación de la compañía a salvo y limpia.

—No —negué con la cabeza—. ¿Es que no me has oído? Amo a Emmaline —cuanto más lo decía, más fuerte lo sentía. No tratarla como un secreto desataba toda la felicidad que debería haberme permitido durante todo este tiempo—. No toleraré que nadie la amenace o la ataque de ninguna forma.

Darle un puñetazo a Pierce anoche fue un ejemplo de ello.

Aceptar con ella mantener este romance en secreto fue otro.

Y encargarme de Nina sería un ejemplo más de cómo proteger a la mujer que amaba.

—Me confió la empresa, mi liderazgo. No voy a complacerle con ninguna preferencia sobre el empleo de Nina —la observé mientras hablaba por teléfono.

Ella sonreía con suficiencia y parecía no prestar atención a lo que Danny le decía.

Pero sí me prestaría atención a mí cuando le dijera que dejara de una vez estas tonterías y dejara en paz a Emmaline... por última vez.

EMMALINE

El trayecto a casa desde el complejo turístico fue como un borrón. Tenía la mente embotada por tantas emociones y conduje de vuelta en piloto automático.

Me dolió que me trataran así, que me señalaran como si fuera una persona horrible. Me irritaba ser la víctima de una estratagema tan engañosa y rastrera. A Nina no tenía por qué caerle bien, pero maldita sea. Tomarse la molestia de arruinar las cosas en la cocina de esa manera era demasiado. Eso era un delito: desperdiciar inventario de calidad y los productos del restaurante. Manipular la parrilla podría haber herido a Greg o a cualquier otra persona, y eso era una acusación grave que nunca le perdonaría.

Al entrar en el aparcamiento y dejar el coche en mi plaza, miré hacia las ventanas de mi apartamento y temí la otra mitad de mis preocupaciones.

¿Cuánto tardarían en difundirse esos vídeos?

¿Lo sabrá ya Jack?

¿Los habrá visto?

Yo nunca estaba en las redes sociales, pero era muy consciente de cómo funcionaban y de la rapidez con la que algo podía volverse viral, como la pólvora. Por lo que Avery y Greg me habían enseñado

y contado, estaba llamando mucho la atención con los vídeos de la cuenta atrás para San Valentín. Esas publicaciones ya estaban teniendo repercusión, y tenía el mal presentimiento de que cualquier cosa nueva que se publicara sobre mí, o sobre Liam, o sobre Francino's o Maple Ville en general, podría difundirse más lejos y más rápido en este momento.

Desde que le dije a Jack que Liam y yo estábamos escenificando esos momentos románticos como un truco publicitario, tuve la sensación de que él lo había estado buscando. Y si yo aparecía en su hilo de noticias, cualquier cosa de esta noche podría verse de inmediato.

Solo había una forma de averiguarlo. No había venido para quedarme sentada en el coche toda la noche. Abatida y estresada por la pesadilla de turno que acababa de superar, miré el móvil antes de entrar.

Una pequeña esperanza surgió en mi interior ante la posibilidad de que Liam se hubiera puesto en contacto conmigo desde que me fui.

Pero no lo había hecho.

Avery y Greg sí me habían escrito, diciéndome que ellos se ocuparían de la cocina y que me tomara un tiempo para tranquilizarme.

Whitney fue más informativa, dándome casi un relato detallado de cómo Liam le había cantado las cuarenta a Nina.

Incluso Lewis me había enviado un mensaje diciendo que sentía mucho que la mujer de relaciones públicas me hubiera hecho la vida imposible. Se había ofrecido a venir horas extra para ayudar al día siguiente.

Suspiré, conmovida por la gente de mi lugar de trabajo, que se portaba más como mi familia que el propio Jack.

Cogí mi bolso y salí para subir. Con suerte, Rory estaría dormido. Odiaba que me viera así de estresada.

Jack estaba de pie junto a la puerta cuando la abrí.

Debió de verme llegar y se estaba preparando para el impacto.

O estaba impaciente por asestarlo.

—¿Cómo has podido hacerme esto? —preguntó acaloradamente.

Aunque mantenía la voz baja para no despertar a Rory, le imprimió toda la furia que pudo.

—¿Cómo has podido? ¿Cómo puedes mirarte al espejo y no sentir asco de ti misma?

Le miré fijamente, ni de lejos cerca de las lágrimas. Estaba demasiado agotada, dolida y cansada para tener energía para llorar. No por lo que él decía, por muy injusto e injustificado que fuera.

—¿Que cómo puedo mirarme y no sentir asco por el hecho de que sigo sacándote las castañas del fuego con tus deudas, cuando sé que nunca me devolverás ni un céntimo? Ya ves. Menudo misterio. —Cerré la puerta y me dejé caer en el sofá.

—¿Cómo has podido hacerme esto? —exigió él. Cerniéndose sobre mí, se cruzó de brazos y frunció el ceño. ¿Cómo has podido hacerlo tan público? ¿Cómo has podido airear que yo tenía deuda alguna?

Me lamí los labios y resoplé débilmente. —Yo no lo hice.

—¿Que no lo hiciste? —Se sentó y me miró con sorna mientras levantaba su teléfono, mostrándome un vídeo de Nina y yo en el comedor del restaurante—. Esto demuestra lo contrario.

—No se lo conté a nadie.

—Esa mujer parecía estar muy bien informada.

Negué con la cabeza, sin molestarme en gastar mis pensamientos en cómo eso demostraba que me tenía en tan baja estima, que creía que yo traicionaría su confianza y le contaría a alguien sus problemas. —Me oyó hablar con la empresa de cobro de deudas cuando llamaron. No se lo hice saber a nadie deliberadamente. No quería que nadie lo supiera.

—Y eso. —Volvió a rechinar los dientes y dejó el móvil con brusquedad—. ¿Qué coño has hecho? He llamado para comprobar la cuenta. Ha desaparecido todo.

Esbocé una media sonrisa ante su tono de sospecha. —De nada —dije, inexpresiva.

—¿Cómo? —Sacudió la cabeza y puso una mueca—. No. Espera. No quiero saberlo. Porque parece que debes de haberte acostado con *mi* amigo para que él te lo pagara.

Levanté la mano. —Para ahí mismo. Para *ahora* mismo.

—¡No!

Le lancé una mirada feroz. —He tolerado tu baja autoestima por no haber querido nunca que Liam y yo fuéramos amigos. Ni cuando éramos niños, ni como adultos. Nunca te he presionado por tu extraña fobia a que él pudiera ser mi amigo porque eso te haría sentir menos importante. Eso es lo que siempre ha parecido, y lo he tolerado.

Frunció el ceño de nuevo y abrió la boca, pero yo seguí hablando. —He aguantado tu expectativa de que puedes seguir aprovechándote de mí porque «somos familia» y debo ayudarte porque yo soy fiscalmente responsable, mientras que tú no lo eres. En absoluto.

—Eso es...

—Eso es *verdad*. —Le mantuve la mirada, desafiándole a discutir—. Pero no voy a sentarme aquí a escucharte acusarme de acostarme

con Liam por dinero para pagar tus deudas. Debería darte vergüenza incluso preguntarme eso o pensarlo.

Me puse en pie, demasiado alterada pero aún cansada. No podía quedarme aquí y discutir esto con él. —Debería darte vergüenza, Jack. Después de todo lo que he hecho por ti. —Negué con la cabeza—. He pagado esa deuda enorme con mis ahorros.

Entornó los ojos. —¿Qué ahorros?

—Una cuenta de la que nunca te hablé porque sabía que la verías como dinero fácil para «pedirme prestado» para otro préstamo, o cualquier otra cosa que quisieras tirar por el desagüe.

—¿Te estás burlando de mí por pedir un pequeño préstamo sobre una idea...?

—¡Todo son ideas, Jack! Nunca haces que se cumplan, por lo tanto, no pasan de ser ideas en tu cabeza. —Hice un gesto tajante con el brazo en el aire—. Así que adelante. Ten tus ideas. Intenta hacerlas realidad con tu propio dinero. He usado mis ahorros, dinero que he ido guardando desde que empecé a trabajar de adolescente. Dinero del que nunca te hablé porque eres un egoísta crónico y crees que puedes servirte de lo que tengo sin tener en cuenta lo duro que trabajo y cómo me organizo. Sin pensar jamás en devolvérmelo, igual que nunca se lo devolviste a nuestros padres.

Me miró con la boca abierta.

Nunca le había cantado las verdades de esta manera. Había soñado con ello. Durante años, en mi mente habían flotado múltiples ensayos de estas palabras. Ahora que me había lanzado, no podía parar.

—He *terminado*.

Él se levantó, negando con la cabeza. —No me trago eso. Te lo estás inventando. Es imposible que tuvieras unos ahorros ahí parados e intactos todo este tiempo mientras yo luchaba con las deudas.

—No. Hiciste que *yo* luchara con tus deudas porque sabes que me importas. He terminado.

Sacudió la cabeza. —Se lo has tenido que pedir todo a Liam.

—Nunca le he pedido nada. —Me abracé a mí misma, hartísima de esta noche—. Nunca le pediría nada porque siempre he creído que las mejores cosas de la vida vienen de lo que uno se gana trabajando duro.

Era un principio que él parecía incapaz de comprender.

—Nunca le he pedido nada a Liam. Ni siquiera...

Me detuve. El tiempo se congeló.

Apretando los labios, interrumpí mi verborrea antes de admitir algo que no estaba preparada para confesar.

Antes de que pudiera decir que nunca le pedí nada a Liam cuando supe que estaba embarazada, que nunca le pedí una pensión alimenticia, mi mente por fin alcanzó a mi boca.

Pero era demasiado tarde.

Jack me observó de cerca. Entornó los ojos como si estuviera atando cabos.

—¿No le pediste nada a Liam cuando te enteraste de que te había dejado preñada? —preguntó con desprecio.

No dije nada. Mirando al suelo, sembrado de migas de Jack picoteando toda mi comida, ni siquiera se me ocurría qué decir. Me estaba cansando ya. Esta obligación de mantener en secreto la identidad del padre de Rory. La carga de ocultar lo que sentía por Liam. Todo ello. Me estaba asfixiando bajo la presión del secretismo y de lo prohibido de toda la situación.

—Liam es su padre, ¿verdad? —preguntó.

Me había pillado, y yo no quería ni confirmar ni desmentir su suposición.

—Te dejó preñada y nunca quisiste admitirlo —acusó—. Dejaste que mi amigo te dejara preñada a pesar de que te *dije* que no se te ocurriera pensar que podrías tener a un tío como él. Que colarte por él sería una pérdida de tiempo porque no pertenecía a nuestro mundo; es rico y poderoso y viaja por todo el planeta. Te *dije* que no fueras a por él...

—Nadie me *dejó preñada* —le espeté. Puede que Rory no fuera planeado, pero no fue y nunca será un error. —Yo había participado plenamente aquella noche. Fue consentido, igual que las veces que había compartido con Liam desde que volvió a aparecer en mi vida.

—Es de Liam, ¿a que sí? —volvió a preguntar, furioso y exigiendo una respuesta—. Siempre lo he pensado. Lo mucho que se le parece. Cómo tienen los mismos gestos y el mismo humor irónico.

Contarle a Jack que Liam era el padre de Rory era algo que siempre había temido y que me había horrorizado tener que hacer. Parecía inútil intentar evadirlo por más tiempo. Pero me negaba a confesarle este secreto a él antes de poder decírselo a Liam. Él merecía saberlo antes que Jack.

Negándome a responder, me dirigí en su lugar a la puerta de entrada. —Tengo que irme a la cama. Ha sido un día y una noche muy largos, y necesito dormir.

—Estás evitando la pregunta.

Solté una risa débil mientras sujetaba la puerta abierta para instarle a que se fuera. —Estoy evitando el hecho de que, sea quien sea el padre de Rory, eso no cambia quién es *él*: un niño al que protegeré y amaré con todo mi corazón pase lo que pase.

Me dedicó una larga mirada.

—Y también estoy evitando el hecho de que te he señalado lo egoísta que eres, cómo me he gastado todos mis ahorros en ti, y que nunca te daré ni un céntimo más, y no tienes absolutamente nada que decir al respecto. Ni un gracias. Nada. —Negué con la cabeza y evité el contacto visual con él—. Gracias por cuidar de Rory esta noche. Te pagaré una tarifa por hora justa para compensarte por la molestia.

—Em...

—Estoy cansada. Me voy a la cama. Tengo otro gran evento en dos noches, y quiero estar lo más preparada posible.

Se fue sin decir una palabra más ni mirar atrás, y cerré la puerta tras él.

Una vez cerrada, eché el cerrojo y apoyé la frente contra ella. Cerrando los ojos, me atreví a soltar un suspiro largo y profundo, deseando que las feas emociones que oscurecían mi corazón y mi alma también se filtraran hacia fuera.

38

LIAM

A la tarde siguiente, cogí el teléfono y recé para que Emmaline contactara conmigo. Durante toda la noche, había luchado contra la indecisión de ir a hablar con ella o dejar que fuera ella quien se acercara a mí.

Sin embargo, tenía un intermediario.

Greg: **Solo entre tú y yo, de hombre a hombre**

Greg: **O quizá de amigo a amigo, si es que puedo decir que soy amigo de EL Sr. Weston, el dueño de este sitio**

Puse los ojos en blanco.

Liam: **Suéltalo de una vez**

Liam: **¿Ha venido hoy?**

Liam: **¿Cómo está?**

Liam: **¿Está disgustada?**

Mandó un GIF de alguien dando indicaciones a un camión para que diera marcha atrás.

Greg: **Vale. A eso iba.**

Greg: **Iba a decirte, como amigo de nuestra amiga común y genio de la cocina, que le dejes su espacio.**

Soltando un largo suspiro, bajé la cabeza.

Liam: **¿Es eso lo que ella quiere? ¿Que le deje su espacio?**

Greg: **Es lo que parece que necesita.**

Greg: **Me gusta considerarme un experto en el noble arte de calar a la gente. No soy tan estúpido como para mencionar tu nombre. Ella me hará saber si quiere hablar y cuándo.**

Lo que significaba que ahora mismo no estaba lista.

Greg: **Lo de anoche fue un desastre y no creo que te des cuenta de cuánto le afecta eso a nivel personal. Pone todo su corazón en esta cocina.**

Liam: **No permitiré que Nina se le acerque. Te lo prometo.**

Greg: **Si puedes cumplir esa promesa y hacerla realidad, es un buen comienzo.**

Greg: **Ya está súper estresada con este evento de San Valentín. Está intentando dedicarle toda su atención, como debe ser.**

Asentí aunque él no pudiera verme.

Greg: **Creo que ella y Jack también han tenido una pelea por lo otro.**

Fruncí el ceño y me apresuré a contestar. Pero en cuanto escribí, volví a borrarlo. No quería preguntarle a él. Quería preguntarle a ella.

Liam: **¿Lo otro?**

Greg: **Vale. Sí. No tiene sentido actuar como si Jack no supiera que querías acostarte con ella o incluso ser su**

amigo. Ha tenido que ver esos vídeos. Se ha descubierto el pastel, y apuesto a que no ha sido una conversación agradable para ella.

Debería haber estado allí. Para ayudarla.

Aunque no era la primera vez que se me pasaba ese pensamiento por la cabeza.

Liam: **Él no me deja hablar. Le he mandado mensajes. He llamado. Me he presentado en su casa.**

Greg: **¿A la casa? ¿A la casa de los padres de Em y Jack? Jack la perdió hace tiempo. Ahora tiene un piso.**

Me froté la frente y acepté ese estrés adicional.

Le llamé en su lugar. No respondió.

Greg: **No puedo hablar ahora. Estoy en la cocina.**

Greg: **Em es mi mejor amiga. No puedo arriesgarme a que se enfade conmigo por hablar contigo a sus espaldas. Pero lo hago porque personalmente te patearé el culo si no haces algo para que tu princesita de las RR. PP. deje de intentar sabotear todo lo que Em hace aquí atrás. Ella se merece algo mejor que eso.**

Greg: **Si quieres saber qué pasa con Jack, habla con ÉL. O espera a que Em esté lista para hablar contigo y pregúntale a ella. A mí no. No voy a contar secretos ni nada parecido.**

No esperaba que lo hiciera. Detestaba que sintiera que lo estaba poniendo en un compromiso.

Liam: **Lo respeto. Y gracias.**

Greg: **Solo dejo que me contactes para poder hacer lo mejor para ella. Y eso es aconsejarte que le dejes su espacio.**

Liam: **Te lo agradezco. Y Nina no podrá volver a hacer nada. No mientras yo esté presente.**

Greg: **¿No mientras tú estés presente? Entonces quizá lo que tienes que hacer es no estar vigilando a Em.**

Levanté la cabeza desde el comedor de Francino's. Había venido con la esperanza de ver a Em.

Greg levantó la cabeza desde la parrilla; lo veía a través de la ventana por donde se pasaba la comida a los camareros. Me lanzó una mirada para que me largara.

Greg: **Yo la cuido. Y por eso creo que lo de darle espacio es lo más inteligente por ahora.**

Me fui, frotándome la nuca y sabiendo que probablemente tenía razón.

Greg: **Y para tu información, si las cosas se arreglan entre vosotros, ella ya está obligada a ponerle mi nombre a otro hijo como recompensa por lo increíble que he sido como amigo todos estos años.**

Fruncí el ceño. —¿Eh? —

Pero luego, al releerlo e interpretar su predicción de que Emmaline podría tener otro hijo, sonreí.

¿Un hijo conmigo? Tenía que ser eso lo que quería decir. Porque, ¿por qué si no me iba a decir a *mí* qué nombre se pedía?

—Espera. —Me detuve en seco y volví a mirar el teléfono.

¿Otro hijo conmigo?

Apareció una pequeña línea de texto indicando que Greg había anulado el envío de ese último mensaje.

—Maldita sea.

Atrapado en la sospecha de que Rory podría ser hijo mío, volví sobre mis pasos por el vestíbulo para buscar a Kev. Este evento de San Valentín iba a ser algo importante, sobre todo porque supondría el fin de la cuenta atrás de las promociones. No solo iba a ser estresante para Emmaline en el restaurante. También añadía estrés a otros departamentos de por aquí.

—¿Cómo han ido las entrevistas? —le pregunté a Kev en la recepción.

—Nada mal. —Sonrió y miró hacia quien le había ayudado.

—Nada mal en absoluto —dijo Carly. Llevaba una mochila portabebés con su hija profundamente dormida.

Solté un hondo suspiro. —¿Estás *segura* de que quieres empezar tan pronto?

Ella asintió. —Estoy segura. —Me guiñó un ojo—. Eso sí, ten por seguro que siempre te tendré en marcación rápida como canguro.

Había llegado esta mañana para empezar a trabajar en un puesto a tiempo parcial. Después de ver los vídeos de anoche, dijo que estaría aquí para empezar a gestionar este asunto; refiriéndose a Nina.

Lucas incluso se había enterado, y también estaría pendiente de la correspondencia sobre lo que yo decidiera respecto a Nina.

Carly estaba aquí y lista para encargarse de cualquier problema de RR. HH. que causara Nina, pero vi cuánto disfrutaba también estando activa en su carrera. Estaba ayudando a Kev con los planes de contratación. Acababa de asesorarle y apoyarle durante una tanda de entrevistas para un nuevo responsable de limpieza.

Supe desde el primer vistazo que Maple Ville tenía mucho potencial como nueva propiedad de Weston LLC y me alegraba de que todo estuviera tomando forma tal como lo había imaginado, aunque aún no hubieran comenzado las reformas importantes.

Porque cuanto más imaginaba cómo crecería y cambiaría este complejo, más alimentaba mi fantasía de estar aquí para verlo todo hecho realidad.

No mentía cuando le dije a mi padre que amaba a Emmaline. Que podría ser la mujer con la que quisiera casarme.

Quizá antes de llegar a eso, podríamos hablar de Rory.

Me sentiría mejor sabiendo que *ningún* secreto planeaba entre nosotros antes de empezar el resto de nuestras vidas juntos.

Luché contra la necesidad de estar cerca de ella y dejarle su espacio. Durante los dos días previos al evento de San Valentín, hice todo lo posible por mantenerme ocupado y fuera de su camino.

Fui testigo de cómo Carly supervisaba las acciones de Nina.

Seguí intentando contactar con Jack, para que Emmaline no tuviera que responder a sus preguntas ella sola.

Cielos, incluso empecé a mirar qué casas había en el mercado.

Aun así, no podía mantenerme alejado.

Cuando alguien dijo que había fuego en la cocina, corrí allí para comprobar que ella estaba bien.

Luego, cuando me enteré de que un camión de reparto tenía problemas para acercarse a los muelles donde descargarían el cargamento de comida que ella había pedido, estuve allí para asegurarme de que no hubiera problemas.

Emmaline no me miró ni una sola vez, enfrascada en su modo de trabajo y diligente en su labor. Sin embargo, a lo largo de los días, divisé a Nina en segundo plano.

Adelante.

Atrévete.

Informa a mi padre e intenta dejarme mal.

Una vez que terminara este evento de San Valentín y nadie pudiera alegar que Emmaline y yo fingíamos nada para ninguna cámara, tenía la intención de buscar un momento para contarle la verdad que no quería guardar más en mi pecho ni ocultar en absoluto.

Este gran y glorioso secreto de que la amaba.

—Liam.

Greg me llamó mientras yo estaba en una reunión.

—Ven a la cocina, ahora. Avery tiene a Em en el comedor para distraerla. Date prisa.

Fruncí el ceño, temiendo lo peor. —Vuelvo enseguida —le dije a Danny en la sala de juntas mientras manteníamos una conferencia telefónica con los contratistas.

Fui allí corriendo, por el camino de los empleados para no ver a Emmaline en el comedor.

Greg arqueó las cejas y señaló a un desconocido que iba vestido de chef.

—¿Quién demonios eres tú?

El hombre sonrió con sorna. —¿Tío, son esas formas de hablarle a tu próximo jefe de cocina? —Resopló—. He venido para mi entrevista.

Rechiné los dientes y llamé a Carly. —Lárgate. Esas son mis formas de hablarte, *tío*. —Se marchó protestando, pero Greg lo escoltó fuera para que Emmaline no se enterara de lo que estaba pasando. El *tío* se quejaba de que una tal Nina le había sugerido que viniera a una entrevista ese día.

Me fui, satisfecho de haber interceptado otro intento más de Nina. No estaba haciendo más que cavar su propia tumba. Mi padre no se interpondría en mi camino a la felicidad. Haría esto de la forma

correcta, dejando que Carly y el máximo responsable de RR. HH. eliminaran el problema de Nina.

Porque cuando le confesara mi corazón a Emmaline, quería hacerlo sabiendo que ella podría contar conmigo para protegerla. Que su trabajo siempre estaría a salvo.

Que su corazón también podría estar a salvo conmigo, si es que alguna vez ella quería llegar a ese punto conmigo.

EMMALINE

—Vale, recuerda. Quédate...

—En la oficina pequeña y coloreo mi libro —Rory levantó el libro de colorear con temática de San Valentín que Avery le había regalado. En la otra mano llevaba el de las siete maravillas del mundo, que era más difícil de colorear por los espacios tan finos, pero parecía que le gustaba de verdad.

—Eso es. Lo siento, cariño —hice una mueca mientras lo guiaba al interior de la habitación—. No es lo ideal...

—¿Qué significa eso? —preguntó mientras se subía al sillón grande que ya nadie utilizaba. El pequeño espacio de oficina estaba desocupado y había permanecido vacío desde que Francino's se había quedado sin gerente.

—Eh... que algo no es como debería ser o como tú quieres que sea —eché un vistazo atrás, hacia el caos frenético de la cocina.

Becca acababa de llamar hace media hora diciendo que se había cortado la mano con un cristal roto que había encontrado en el ático cuando bajaba una caja con decoraciones de San Patricio; quería estar lista para quitar los corazones y el decorado del amor y sustituirlos por el verde y los duendes.

Estaba en urgencias; no era una herida de vida o muerte, pero Rory no era precisamente una buena compañía para tener allí. Avery estaba aquí conmigo y Jack no estaba disponible. No hablaba con él desde nuestra pelea de hacía dos noches. O él no me hablaba a mí.

Becca contactó con él como plan B y él le dijo que estaba trabajando.

Así que él estaba aquí, en el restaurante.

No era lo ideal. No quería ejercer de madre y de chef a la vez. No estaba bien y no era justo para ninguno de los dos, pero no sabía qué más hacer. Ese era el estribillo constante de mi vida como madre soltera. Si no desconfiara tanto de Liam después de que nuestro romance secreto se hubiera hecho público de forma tan estrepitosa, quizá le habría preguntado si Rory podía quedarse en su suite mientras durara mi turno.

Pero no podía.

Solo podía imaginarme la de problemas que le estaría dando su padre por el escándalo de estar acostándose conmigo, cuando precisamente se había empeñado tanto en *no* acostarse con una empleada ni iniciar una relación con ninguna mujer que pudiera traer secretos, escándalos y mala prensa.

Pero yo lo había hecho, y me ponía nerviosa pensar cómo reaccionaría él tras lo sucedido.

Pedirle que escondiera a mi —nuestro— hijo en su suite sería otra cosa que Nina o cualquier otro podría difundir como una mala noticia para aprovecharse.

—Me portaré bien, mami —me sonrió.

Avery pasó por allí. —Tú siempre te portas bien, Rory —le sonrió e hizo una mueca—. Yo también vendré a echarle un ojo cuando pueda.

Asentí, deteniéndome para besar la cabeza de Rory y retroceder. Avery caminó a mi lado. —Creo que todos nos aseguraremos de que no estorbe y se porte bien. Debería hacerlo —me volví a atar el delantal después de haber salido corriendo para traer a Rory aquí cuando Becca y su marido lo dejaron de camino a urgencias—. Se portará bien —dije. Rory era un buen chico—. Es solo por lo mal que queda. Lo poco profesional que parece que tenga a mi hijo aquí...

—Para —frunció el ceño—. *Eres* profesional, Em. Eres la mejor. No dejes que Nina te afecte.

Pero era poco profesional tener que traer a Rory. Me estresaba, y aunque estaba casi segura de que se quedaría en la habitación y estaría a salvo en la pequeña oficina, *estaba* allí. Lo tenía en mente mientras me lanzaba de lleno a gestionar la preparación de la comida para el evento de San Valentín.

Era un pequeño baile con pista de baile para los clientes que habían hecho reservas para la festividad. Las entradas se habían agotado pronto gracias a los vídeos promocionales que Liam y yo habíamos hecho. Aunque era más bien un evento tipo catering, seguía habiendo platos que cocinar. La gente podía elegir de un menú de edición limitada.

Después de lo mal que había ido la otra noche, aquella gran reserva de cena para la que se cerró todo el restaurante, me ponía nerviosa que las cosas salieran mal esta vez.

Liam dijo que a Nina no se le permitiría acercarse a la cocina, y Greg dio fe de ello instalando una cámara oculta, algo que le había dicho que no hiciera por razones legales.

Aun así, servía para demostrar que ella no entraba aquí a escondidas.

Me dolía que Nina no fuera sancionada por sabotear mi trabajo y la propiedad y el funcionamiento del complejo, pero no tenía ni tiempo

ni energía para estresarme por eso ahora. No se quedaría aquí mucho tiempo.

Y Liam tampoco.

Fruncí el ceño, intentando alejar ese pensamiento.

Todo lo que podía intentar era concentrarme en preparar los platos para esta noche y rezar para que Rory no se moviera de su sitio. Era un dilema terrible tener que hacer mi trabajo a medias y ser madre. Si tuviera una pareja en mi vida, no sería así, pero temía no ser capaz de encontrar nunca el momento o el valor para admitir ante Liam que Rory era suyo cuando en las noticias y en internet se gritaba a los cuatro vientos que se estaba acostando conmigo, una «perdedora patética» que nunca estaría a la altura de alguien como él.

—Respira, jefa —dijo Greg mientras trabajaba a mi lado en la línea.

Le fruncí el ceño.

—Ya casi ha terminado.

Asentí. —Lo sé. Pero...

—Pero nada —rebatió con amabilidad—. Casi hemos terminado con las cenas. Cualquiera que se quejara de lo de la otra noche se quedará impresionado con lo que hemos preparado hoy. Yo mismo lo he revisado todo tres veces contigo. Nadie ha manipulado nada. Pero si... —se rió entre dientes y miró hacia la zona de preparación a un lado— ni siquiera Lewis se ha cortado todavía.

—No lo gafes —murmuré.

—Y Rory está bien en la oficina. No es la mejor situación, pero lo estamos solucionando.

—¿Y si pasa la nueva de Recursos Humanos y ve que está aquí?

Él sonrió con picardía. —¿Carly? Es un sol. ¿Y cómo no va a respetarte totalmente a ti, una madre trabajadora que se las apaña

con lo que tiene? La he visto con su bebé en una mochila portabebés como cinco veces desde que llegó.

Asentí, esperando que tuviera razón. Carly y yo solo habíamos tenido unos momentos para hablar, y la mayor parte fue sobre la maternidad. Parecía dulce, pero justa, y esperaba que su llegada significara que no tendría que preocuparme por si Nina me hacía perder el empleo.

—¿Tienes que hacer un último vídeo con Liam esta noche? —preguntó Greg mientras trabajábamos bajo el calor de la parrilla.

—Creo que debía hacerlo —dije—. Pero después de todo lo que la gente oyó y vio la otra noche, creo que Xavier se ha dado cuenta de que sería muy mala idea recordarle a nadie que Liam y yo protagonizamos algún vídeo juntos.

—Apuesto a que está ahí fuera, de todas formas —me miró Greg—. Podrías asomarte y ver cómo va todo.

—¿Asomarme para ver cómo va un evento de San Valentín? —solté una risita—. No, gracias —negué con la cabeza y fruncí el ceño—. Ya te lo dije y te lo repito esta noche. Esta *no* es mi festividad favorita. Y sigo sin tener tiempo ni energía para el romance.

Greg se acercó a mí para decirme en voz baja: —Eso no te lo crees ni tú.

Le lancé una mirada de incredulidad. —Claro. Quizá en algún mundo de ficción delirante.

—Em, no te pongas así. Vi cómo te llevabas con Liam. Aunque tengáis ese pasado y aunque hayáis tenido problemas con Jack y Nina, vosotros dos *hacéis* buena pareja. El director de relaciones públicas tenía razón.

—Vale. Puede que Liam y yo estemos bien juntos, pero también es malo para nosotros intentar que funcione. Se marchará este fin de semana.

—No, no lo hará —dijo Lewis mientras traía un recipiente hacia nosotros en la línea. Casi se le cae—. Le he oído decirle a Kev que participará en el proceso de entrevistas para un nuevo subgerente la semana que viene.

Greg asintió. —Me ha preguntado si me gustaría formar parte de un panel de entrevistas para un gerente de restaurante a finales de mes.

Parpadeé, confundida por el hecho de que se fuera a quedar tanto tiempo cuando estaba tan acostumbrado a viajar.

Sin embargo, no tuve oportunidad de decir nada, porque Whitney entró con una bandeja de postres, sonriendo y silbando. —Alguien ha comprado un surtido para que lo pruebe el personal —anunció, dejando la bandeja alargada en un mostrador cerca de las puertas dobles que daban al pequeño espacio de recepción donde se celebraba el evento de San Valentín.

Todos vitorearon, y muchos cogieron algo para reservarlo y comerlo cuando estuvieran de descanso.

—Me aseguraré de que Rory también reciba uno —dijo Avery.

Le sonreí agradecida mientras se marchaba para sacarlo de la oficina un momento.

—¿Cómo va todo por aquí atrás?

Me giré y vi a Liam atravesando la sala, sonriéndome como si hubiera estado esperando para volver a hablar conmigo. Esa sonrisa fácil me entibió el corazón, pero estaba demasiado nerviosa para permitirme hacerme ilusiones.

Las cosas habían cambiado entre nosotros ahora. Nuestro secreto había salido a la luz. Incluso el de Jack. Pero yo aún tenía que revelar *mi* secreto.

La ligera mueca de su sonrisa pausada me recordó a Rory, y sentí ganas de encogerme. Había notado cómo Liam parecía observar a

Rory con curiosidad en los ojos, y temía que estuviera cerca de descubrirlo.

—Bien. Eh, creo —bajé la mirada, odiando lo incómodo que resultaba hablar con él ahora—. Estoy nerviosa, después de lo que pasó la otra noche, pero...

—Si algo sale mal, yo me encargaré —prometió.

—Nina no ha vuelto por aquí —me recordó Greg—. Nadie que no deba estar aquí ha entrado por ningún motivo.

—Bien. Eso está bien.

Liam me observó. —¿Te gustaría tomarte un segundo y salir a ver la fiesta fuera? ¿Ver cómo nuestra promoción ha hecho que se agoten las entradas?

Me encogí de hombros. —Eh... ¿Quizás? Estoy ocupada aquí. Y nunca he sido muy fan de las cosas de San Valentín...

Suspiró y me recorrió con la mirada. —Yo tampoco. Excepto por aquel año.

Quise sonreír ante su ligero filtreo. Quise deleitarme en la calidez de los recuerdos de nuestro San Valentín juntos, pero ¿era seguro hacerlo? ¿Era inteligente aferrarse a las cosas buenas que habíamos compartido cuando estaba tan claro que lo nuestro nunca duraría?

—Liam, uno de los patrocinadores te está buscando —dijo Nina, apareciendo por las puertas dobles.

La miré, desafiándola a intentar cualquier cosa.

Liam asintió. Intercambió una mirada con Greg, luego conmigo. —Vuelvo enseguida, Em.

No dije nada, demasiado tensa con Nina merodeando cerca.

Al pasar por mi lado, se inclinó. —Estás jodidamente acabada —sonrió con malicia—. Su padre se enterará de cómo has intentado

seducirlo.

Me apreté los labios y me negué a creer que realmente me estuviera amenazando. —No lo *intenté* —le dije con frialdad—, lo hice.

Ella entrecerró los ojos y se alejó a zancadas, negando con la cabeza. No debería haberme sentado tan bien enfurecerla, pero no soy más que humana.

—¡Emmaline!

Se me cayó la sartén que sostenía. También se me quitó de la cabeza cualquier pensamiento sobre Nina.

Ante el sonido del grito de pánico de Avery, giré la cabeza hacia donde procedía.

Greg también dejó el plato que estaba preparando. Juntos, corrimos hacia el pequeño despacho.

—¿Qué está pasando?

Rory estaba en el suelo, despierto y jadeando. Tenía la cara roja y los ojos llorosos mientras me miraba con miedo.

Me agaché, golpeándome las rodillas con las baldosas mientras lo examinaba. —¿Qué ha pasado? ¿Qué ocurre?

—Se ha comido una galleta y luego... —Avery rebuscó en su bolso, que debió de haber ido a buscar corriendo—. Creo que está teniendo una reacción alérgica.

—Está bien. No pasa nada, Rory. Estamos buscando el Epi Pen.

—¡No lo encuentro! —Avery volcó el contenido de su bolso mientras yo le decía a Greg que corriera a buscar el mío.

—¡Tenía el de repuesto aquí y no lo encuentro! —gritó.

Rory me apretaba la mano, temblando y llorando de miedo mientras luchaba por respirar. El pánico se apoderó de mí. El corazón me dio

un vuelco por el temor a perderlo. Nunca dejábamos que esto pasara. Siempre teníamos cuidado. Siempre llevábamos un Epi Pen y estábamos muy atentos.

—¿Qué pasa? —Liam llegó corriendo, abriéndose paso para llegar hasta nosotros.

—¡Necesito un Epi Pen! —Greg vació todo lo que había en mi bolso y todos nos apresuramos a buscar lo que Rory necesitaba para volver a respirar.

Liam se levantó, salió corriendo de la cocina y gritó a Kev que trajera el botiquín de primeros auxilios del vestíbulo.

El tiempo se volvió borroso. El terror me atenazó. Y mientras me desvivía por encontrar lo que necesitaba, sostuve la mano de mi hijo.

—Voy a llamar a una ambulancia —dijo Greg, retrocediendo. Su tono de preocupación me asustó, pues sugería que temía que no pudiéramos ayudar a Rory a tiempo.

Pero Liam estaba allí. Regresó a toda prisa, empujando para llegar hasta Rory. Al agacharse, no dudó en presionar el inyector contra el muslo de Rory, como si ya lo hubiera hecho antes. Sin vacilaciones, sin pestañear.

Tragué saliva, temblando de miedo mientras veía cómo surtía efecto de inmediato. Rory tomó aire con constancia. Su pecho subía y bajaba con más facilidad. Todavía tenía la cara roja, pero parecía más tranquilo.

—Gra... gracias, señor Sujetavelas —dijo mientras intentaba incorporarse.

—La ambulancia está en camino —anunció Greg. Dejó caer los hombros al ver que Rory ya se estaba recuperando.

—Ay, Dios —abracé a Rory e intenté no llorar ante lo terriblemente cerca que había estado de no poder respirar—. Madre mía.

Liam me acarició la espalda, agachado cerca de Rory y de mí. —Puede asustar mucho tener una reacción así.

—Sí —dijo Rory—. ¿Usted cómo lo sabe?

—He tenido un par de reacciones exactamente iguales —dijo.

Muy lentamente, levanté la cara y lo miré allí agachado en el suelo con nosotros. En lugar de estar fuera con los invitados, aquel jefe multimillonario estaba sobre las baldosas, reconfortándonos con su presencia.

—¿Sí? —preguntó Rory. Se incorporó más y respiró hondo otra vez —. A mí me pasa eso si como algo con frutos secos.

—No con todos —le recordé.

—A mí también —dijo Liam, mirándome.

Mi pulso se disparó cuando me di cuenta de lo que parecía estar insinuando.

—Yo también tengo una alergia poco común a los frutos secos —dijo Liam—. Me dijeron que es genética.

—¿Qué significa genética? —preguntó Rory. Desvió la mirada de mí a Liam.

Me lamí los labios.

El momento había llegado.

Ya no había forma de ocultarlo.

Tragué saliva y fruncí el ceño al sucumbir a toda la presión. La presión de desear la libertad de amar a este hombre. La necesidad de deshacerme del peso de este secreto. La preocupación de perder todo lo que teníamos juntos.

—Em. Me he estado preguntando... —dijo Liam. Puso esa mueca que precedía a una sonrisa lenta y divertida—. ¿Hay alguna

posibilidad de que *yo* sea el padre de Rory?

Rory se enderezó con un jadeo. Casi me da un cabezazo en la barbilla. —¿Eres mi papá? —le preguntó.

—¡Lo *sabía*! —dijo Danny mientras chasqueaba los dedos en plan «¡ajá!». Se había quedado de pie al fondo cuando ocurrió todo el revuelo.

—Si es que es su miniyo —dijo alguien más.

Mirando a Liam con las lágrimas nublándome la vista, asentí. —Ese San Valentín es el único que yo tampoco puedo odiar.

Él soltó un suspiro, observándome mientras Rory saltaba a sus brazos.

—Lo siento mucho, Liam. Lo siento. No dije nada porque te habías ido y no parecía que fueras a sentar cabeza nunca ni a querer una familia, y no quería exponerlo a sentirse rechazado ni ignorado.

Mientras las lágrimas caían y yo me ponía de rodillas para enfrentarme a él, me di cuenta de cómo abrazaba a Rory, acariciándole la espalda con la mano.

—Siento haber ocultado esto o haber mentido o lo que sea. Solo quería lo mejor para él. Lo mejor para ti, porque estabas comprometido con tu trabajo y no quería interponerme en eso —sorbí por la nariz, embargada por unas lágrimas que no podía detener.

Aun así, él seguía mirándome.

—Nada tiene por qué cambiar. Nada tiene por qué ser diferente. No voy a encadenarte aquí ni a pedir dinero ni nada.

Una sonrisa lenta cruzó su rostro mientras extendía la mano hacia mi cara. Acariciándome la mejilla, movió el pulgar para quitarme las lágrimas. —Lo cambia todo.

¿Qué? No. Me refería a que...

Cuando se inclinó y me besó, tomé aire profundamente por la forma en que lo había dicho.

Con una sonrisa.

Con suavidad.

Con felicidad.

Y sellándolo con un beso tierno.

Los sonidos de la cocina se desvanecieron a un segundo plano. Ni siquiera los gritos de alegría de Rory me llegaban. Todo lo que podía hacer era clavar mi mirada en este hombre maravilloso que parecía quererme para siempre.

—Voy a encadenarte a *ti* a mi lado —dijo mientras se levantaba, sosteniendo a Rory. Me tendió la mano para que pudiera levantarme con ellos.

Una vez que me rodeó con su brazo libre, volvió a besarme. Manteniendo sus labios a un par de centímetros de los míos, dijo: —Voy a pedirte que seas mi esposa.

Sonreí. Toda la incredulidad se desvaneció al mirar su mirada azul y saber que decía la verdad. —Ah, ¿sí?

Él asintió, con ojos solo para mí. —Eres la luz que he estado buscando, y nunca la volveré a perder.

—Esperad un momento. Eh, un *segundo* —dijo Greg—. ¿Es eso una propuesta real?

—Sí —le respondí a Liam, dándome cuenta de que era su forma indirecta de pedir algo con lo que yo solo había fantaseado.

Se inclinó para besarme de nuevo, pero antes de que nuestros labios se tocaran, un flash brilló entre la pequeña multitud que nos rodeaba.

Parpadeé, girándome al igual que Liam para ver a Xavier haciendo una foto, con el videógrafo al lado.

—¡Os lo dije! ¡Una química perfecta! —dio dos palmadas mientras Liam se reía entre dientes y nos giraba ligeramente para poder besarme otra vez.

40

LIAM

Nunca pensé que sería de los que se preocupan por San Valentín, pero el día después siempre tenía algo bueno. Se había terminado, y la gran presión sobre el romance dejaría de estar en la mente de todos.

Este año, sin embargo, me he despertado con el corazón rebosante de felicidad.

No solo porque tuviera a Emmaline en la cama conmigo, acurrucada contra mí y todavía dormida.

No solo porque fuera a tenerla siempre en mi vida, como mi prometida.

Sino porque podía dedicarme en cuerpo y alma a asegurarme de que ella nunca tuviera que preguntarse si éramos el uno para el otro.

He soltado otro suspiro profundo, y ha sido suficiente para que ella se despertara poco a poco. —Es demasiado pronto —gimoteó suavemente.

Le he besado la frente. —Entonces quédate un rato más.

—Pero Rory se levantará pronto —protestó.

—Entonces... yo lo mantendré ocupado mientras aprendemos cómo funciona esto de ser padre e hijo.

Se ha incorporado para mirarme y ha suspirado. —¿Estás enfadado?

—Me lo has preguntado unas cien veces anoche y mi respuesta es la misma.

Ha inclinado la cabeza hacia un lado. —¿Cien veces? No. Quizá unas veinte.

—Vale. Lo único que quería que entendiera era que no estaba enfadado porque me lo hubiera ocultado. Pensaba que la había convencido de ello cuando hicimos el amor, mi forma de silenciar su preocupación al respecto. —Pero mi respuesta sigue siendo no. —Estaba impactado, pero una vez que me ha explicado sus motivos y su miedo, realmente no podía culparla. Simplemente estaba abrumado por la alegría de que ahora pudiéramos retomar las cosas donde las dejamos hace cinco años.

Como habían pasado tantas cosas de la noche a la mañana, tenía el móvil conmigo. Ha vibrado en ese momento y he girado la pantalla para que la viera.

—Vaya —ha parpadeado Emmaline—. Son un montón de notificaciones por revisar.

—Luego —he respondido—. Las noticias sobre la pedida han volado. —Le he levantado la barbilla para besarla con más profundidad, esperando tenerla para mí sola un minuto más mientras Rory dormía en la otra habitación de mi suite. —Y espero que sepas que también habrá una pedida *de verdad*, con anillo y todo.

Ha sonreído contra mis labios. —Supongo que estamos demostrando que la campaña de RR. PP. ha funcionado de maravilla —ha bromeado.

—Oh, sí, vaya si ha funcionado. —Ninguno de los dos se dio cuenta de que terminaría con esa pedida, pero Xavier ha sido un genio de la dirección al cerrarlo todo con esa demostración definitiva de romance, sugiriendo que este complejo era también el lugar ideal para prometerse.

La campaña ha terminado por todo lo alto. Las reservas han subido. Los patrocinadores y proveedores llamaban y estaban dispuestos a participar en las renovaciones y el crecimiento de Maple Ville.

Nos hemos quedado tranquilamente mientras yo me desplazaba por las notificaciones, buscando cualquier cosa importante que requiriera mi atención.

—No puedo creer que cambiara los postres —dijo Emmaline, viendo mis correos electrónicos sobre el despido de Nina.

El correo electrónico venía de Lucas, que se había incorporado durante su año sabático. Lo firmábamos Carly y yo. Pero lo más revelador ha sido que mi padre incluso lo ha firmado. No tenía poder oficial, pero estaba más que feliz de dar su apoyo para deshacerse de Nina de una vez por todas.

Kev la había visto cambiar los postres y, cuando interrogaron a Nina al respecto, dijo que había visto a Rory rechazar el que tenía frutos secos y que quería darle una lección sobre no «conseguir siempre lo que quería en la vida», como forma de vengarse de Emmaline.

No se había dado cuenta de que él tenía una alergia grave, igual que yo, pero eso no importaba. Una vez que ha confesado lo que había hecho, y lo mucho que lo sentía, yo ni siquiera estaba de humor para escucharla.

—Nadie volverá a meterse con mi hijo jamás —he dicho.

Ella me ha besado la mejilla y ha sonreído.

No he podido evitar una sonrisa. —Sienta *realmente* bien decir eso. —La he hecho girar hasta tenerla debajo de mí. —Mi *hijo*. —No tenía fin la alegría de saber que ese niño inteligente y curioso era mi hijo. Que podría verle crecer con Emmaline a mi lado.

Me ha tomado la cara entre las manos y ha suspirado. ¿Pero cómo saldrá todo esto adelante?

—Si me preguntas a mí, es que *está* saliendo adelante.

—Pero tendremos tantos cambios con los que contar en el futuro.

Me he reído. —Sé que no debo sugerir cambiar nada en tu cocina.

Ha sonreído y se ha reído un poco por mis burlas, pero me he puesto serio rápidamente para decir con más claridad lo que no dije anoche. Estábamos ocupados compartiendo la noticia con Rory, que tenía muchas preguntas. Luego, una vez que nos metimos en la cama, finalmente solos, estaba emocionado por *mostrarle* lo feliz que me hacía lo que estaba cambiando entre nosotros.

—Todo lo que necesitas saber es que no me voy a ir. Me voy a instalar aquí contigo y con Rory. Estaré aquí para que él pueda tener una infancia buena como la que tuve yo.

Ha sorbido por la nariz, conteniendo lágrimas de felicidad. —Nunca podría haber soñado con que esto se hiciera realidad.

Dispuesto a secarle las lágrimas con besos, me he inclinado hacia su dulce rostro. Sin embargo, unos golpes en la puerta me han detenido.

—Señor Tercero... —Rory se ha detenido—. Supongo que ahora no puedo llamarte sujetavelas.

Le he dedicado una sonrisa pícara a Emmaline. —Pues me siento como uno ahora mismo —he bromeado.

—¿Mami? El tío Jack está aquí.

Nos hemos levantado y nos hemos dirigido al salón de la suite. Rory ya había dejado pasar a Jack. No me he separado del lado de Emmaline, ya sin miedo a elegirla como mía.

—Hola. —Jack ha fruncido el ceño. —¿Por qué lloras? ¿Ya? —ha desviado la mirada entre su hermana y yo. —Te lo juro, te haré pagar si le rompes el corazón, maldita sea.

Emmaline ha suspirado y se ha cruzado de brazos, apoyándose en mí mientras yo la rodeaba por los hombros con el brazo. —Deja de

actuar como el hermano protector.

—No es una actuación —ha dicho Jack, frunciéndole el ceño.

—Son lágrimas de felicidad, idiota. —Se ha limpiado bajo los ojos.

—Ah. —Jack ha hecho una mueca y me ha mirado con timidez. —Vale, entonces.

—Él quiere a mami —ha dicho Rory—. Y no es ninguna gilipollez —ha añadido, probablemente recordando la última vez que Jack no estaba muy entusiasmado conmigo y Emmaline.

—Ese lenguaje —ha susurrado Em.

—La quiero —he dicho, desafiando a mi viejo amigo a que me dijera que no podía. Estaba seguro de que me pondrían al día de todo lo que se había torcido entre los hermanos, y tenía el presentimiento de que mi corazonada de que Jack era demasiado orgulloso para admitir que estaba endeudado resultaría ser cierta. Pero me lo tomaría día a día, paso a paso.

—Escuchad, solo quería venir a pediros perdón y, esto..., a felicitaros. Me enteré de la gran noticia anoche y, bueno... —Ha vuelto a hacer una mueca. —Entenderé si no tenías prisa por decírmelo con cómo reaccioné antes. Lo siento.

Mirando a Emmaline, ha fruncido el ceño y se ha disculpado con más sinceridad. —Siento cómo me aproveché de tu amabilidad. Fui egoísta, y mañana mismo empezaré terapia para empezar a trabajar en ello.

Me ha mirado a mí también. —Y siento haberme distanciado y haberte alejado.

—Te lo agradezco —le he dicho.

—Te irá genial y, sinceramente, me alegro de que lo tengas ahora a él —le ha dicho a Em—. Ahora él puede cubrirte las espaldas si vuelvo a pasarme de la raya como un idiota.

Ella ha suspirado y ha ido a abrazarlo.

Rory se ha unido a la celebración y al ambiente de perdón. Ha invitado a su tío a desayunar, algo que Greg y Avery han subido pidiendo servicio de habitaciones.

—Cuantos más seamos, mejor —les he dicho, haciéndoles pasar también.

Nos hemos sentado todos a comer y, como la comida venía de la pastelería y no de Francino's, nos hemos librado de la crítica gastronómica de Emmaline.

Incluso si hubiera tenido algo que decir, escucharía cada una de sus palabras sabiendo que era el hombre más afortunado del mundo.

Había venido aquí impaciente por pasar a algo más emocionante y divertido, pero nunca podría haberme imaginado que primero tenía que volver a casa —junto a ella— para saber lo que realmente me estaba perdiendo.

Amor.

He llevado los platos a la cocina y ella me ha seguido allí. Me ha apartado para darme un abrazo rápido y me ha dicho de nuevo las que ahora serían mis palabras favoritas, una promesa que nos habíamos repetido innumerables veces durante la noche y que sin duda nos diríamos el resto de nuestras vidas.

—Te quiero —ha susurrado.

La he besado rápidamente. —Yo también te quiero.

Ahora lo tenía todo. Mi viejo amigo y yo estábamos en mejores términos. Tenía a mi prometida, una mujer maravillosa y trabajadora en la que siempre podía confiar. Un hijo.

Lo único que sería la guinda del pastel sería ponerse manos a la obra con un hermanito o hermanita para Rory.

—¿A qué viene esa sonrisita secreta? —me ha preguntado mientras nos abrazábamos.

He sonreído ante su mirada cálida. —Solo estoy emocionado por que el resto de mi vida empiece contigo a mi lado.

TAMBIÉN POR SCARLETT SHELTON

El Imperio Orlov Serie

Su Salvación Reluctante

Reclamada para Navidad Serie

Navidad con el diablo irlandés || El Bebé Navideño de la Mafia || La Reclamación Navideña del Mafioso

El Sindicato Ivanov Serie

La Cautiva de la Bratva || El Acuerdo Brutal || El Tránsfuga Enemigo || La herencia disputada

Eruditos Pecadores Serie

Devoción Cruel || Tentación Imprudente || Entrega Malvada

Su Bebé Secreto de San Valentín